



Esse
no era
el tranto

Ani M. Lay



Ese
no era
el trato

Ani M. Lay



Ese no era el trato.

© 2017, Any M. Zay

© De esta edición: Ediciones Besos de Papel

© Cubierta e interior: Munyx Design

© Imagen cubierta: fotolia

Impreso en: Gráficas Atlanta SL

ISBN: 978-84-946729-3-4

Depósito legal GC 193-2017

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

ANEXO

BIOGRAFÍA

*A todas las mujeres de carácter
que llevan una bruja dentro*

CAPÍTULO 1



Una mujer elegantemente vestida se tomaba un café en la cafetería frente a las oficinas de la Empresa León S.A.¹ El camarero, que no podía evitarlo, se quedó mirándola. Aprovechaba durante el rato que no entraban clientes para fijarse mejor en ella. Era una mujer con un magnetismo peculiar, que hacía que cualquier hombre se volviera para mirarla dos veces. A pesar de eso, también le sorprendía que siguiera allí, como si esperara algo o a alguien.

Otro detalle que la hacía peculiar es que estaba tranquila sin hacer nada, simplemente observando. Eso llamaba mucho la atención del camarero, ya que lo habitual era que los clientes como ella se aferraran a su móvil como si se les fuera la vida y, después de no más de diez minutos, se marcharan sin despedirse.

Por el contrario, esta mujer no era así. Tenía una agenda de cuero marrón sobre la mesa y no dejaba de mirar por la ventana. No tomaba notas ni tampoco miraba su móvil, que debía tener en su bolso, ya que en la mesa únicamente se encontraba la taza de café y la agenda. Simplemente, observaba a la gente pasar por la calle. Sus ojos iban de la agenda a la calle, sin detenerse un segundo en la gente que entraba y salía de la cafetería.

El camarero, Jorge, era el dueño del local, un hombre de unos cincuenta y pocos años que llevaba toda la vida regentando aquella cafetería. Era un hombre algo corpulento y el poco pelo que le quedaba apenas ocultaba su alopecia. Una persona alegre, a la que le encantaba hablar con todo el que entraba y, sobre todo, que se preocupaba de sus clientes habituales. Su vida la podrían describir las paredes de aquella cafetería.

Se preguntaba quién era esa mujer. Le parecía extraño que una mujer así siguiera en su cafetería sin hacer nada, tranquila, como si mantenerse sentada en aquella esquina delante de las cristaleras que daban a la calle fuera su cometido para aquella mañana.

La campanilla de la entrada sonó y le distrajo de la misteriosa mujer. Era otra mujer la que entraba en la cafetería, pero más joven.

La reconoció al instante y la saludó con una enorme sonrisa. Sin poder evitarlo, ella le devolvió el gesto con una dulce mirada de buenos días.

—Susi, lo de siempre, ¿verdad? —le preguntó el camarero a la mujer que acababa de entrar.

—Claro, Jorge, lo de siempre —soltó una carcajada al contestar.

Susi, o Susana, era una mujer de veintiséis años, alta y con curvas. No cuidaba en exceso su alimentación, de ahí que los cánones de belleza la consideraran gorda, aunque otros podrían decir que tenía un físico saludable. Odiaba el deporte y le encantaban las comedias románticas. Solía llevar el pelo recogido en una coleta o, al menos, con una diadema. No le gustaba gastar el dinero en ropa y era alérgica a los gatos.

Al terminar sus estudios de Derecho, consiguió trabajo en la Empresa León S.A. Al principio no le importó empezar en puestos no acordes a su titulación, pero de un tiempo para acá no pensaba lo mismo. Estaba harta de ser la chica de los recados o el perfil perfecto para desempeñar cualquier tipo de trabajo, porque ella lo veía como un reto y se adaptaba rápidamente a cada uno. No obstante, ahora estaba realmente cansada de ser un camaleón.

—¿Ya te han contestado? —le preguntó Jorge mientras preparaba el pedido.

—Sí —dijo sin mucho entusiasmo.

—¿Y? —dejó lo que estaba haciendo para acercarse.

—Me han contestado que por ahora no cuentan conmigo para ese puesto — intentó sonreír, mantener el tipo, pero para él era evidente su frustración. — Pero es perfecto para ti.

—Lo sé.

—¿Qué vas a hacer? —regresó a la máquina del café, intentando disimular lo triste que se sentía por ella.

—Creo que me enrolaré en un barco pirata y viviré un millón de aventuras en lugares lejanos con gente desconocida —su voz se volvió varonil y sarcástica.

Susana ya tenía suficiente con la carta de rechazo para un puesto en el Departamento Legal para encima tener que plantearse qué iba a hacer ahora. Prefería no pensar, pues era la segunda vez que lo solicitaba y esta vez creía que lo conseguiría.

Jorge no entendía por qué trataban así a Susana. Llevaba trabajando más de dos años, casi tres, y se merecía un ascenso. La veía una chica inteligente y

capaz de cualquier meta, así que estaba desconcertado por cómo la trataban.

Otro motivo por el cual Jorge estaba tan decepcionado es porque siempre le había caído muy bien Susana, le había cogido mucho cariño y sentía que era como una hija para él. Eso hacía todo esto algo más duro, ya que la Empresa León S.A. era su principal fuente de ingresos.

Cuando las oficinas se trasladaron al edificio de enfrente, los empleados se volvieron sus mejores clientes. La empresa llegó a un acuerdo para pagarles un café al día a sus empleados, para eso aplicó precios especiales aprovechando también para ganarse algún dinero extra con las comidas que se compraban para los directivos.

—Disculpa, no he podido evitar oírte y quisiera proponerte una cosa. ¿Me acompañas a mi mesa? —Susana se quedó mirando a aquella mujer elegantemente vestida, dudando en acompañarla a su mesa—. Serán cinco minutos.

—Bueno... si son cinco minutos —dijo Susana no muy convencida—. Avísame, Jorge —le indicó al camarero, haciendo este un gesto con la mano para señalarle que la había oído.

Mientras Susana caminaba detrás de aquella mujer hasta su mesa, no pudo evitar analizarla. La mujer desconocida era muy delgada, con unas proporciones perfectas. Su ropa resaltaba su cuerpo, llevaba una falda negra de tubo con una chaqueta en el mismo tono. La ropa le quedaba muy ceñida y entallada, estructurando una percha perfecta. Sus altos zapatos de tacón color *camel* eran preciosos y tenían pinta de ser muy caros, como el resto de su ropa.

Susana, sin darse cuenta, comparó la ropa de aquella mujer con la de ella y se sintió fatal. Aquella mañana se le había hecho tarde, como casi todos los días, así que cogió un vaquero oscuro con una blusa blanca y sus botas sin tacón, combinados con una americana roja que había dejado en el respaldo de la silla en la oficina. Apenas se había maquillado y, con las prisas, se había hecho una simple coleta que seguramente llevaba deshecha con el jaleo que había tenido en la oficina.

Al llegar a la mesa, ambas se sentaron, una frente a la otra. Al tenerla tan cerca pudo apreciar el sutil y perfecto maquillaje que le ocultaba algo de su edad. Susana pensaba que tendría unos cuarenta y pocos. Sin embargo, estaba confundida y la misteriosa mujer tenía cincuenta y un años.

—Me llamo Verónica Sex y soy sexóloga. —Sacó una tarjeta de su agenda que colocó sobre la mesa cerca de Susana, que la miró pero no la recogió—. Perdona que sea tan atrevida, pero al verte no he podido evitar pensar que eres la persona que necesito.

Susana no sabía que Verónica era una de las sexólogas más reconocidas del país y que entre sus clientes existían grandes nombres del mundo económico, político, deportivo y social. Sus honorarios eran muy altos y no cualquiera podía pagarlos. De ahí que sus clientes fueran exclusivos.

—¿Perdona? —Susana no sabía qué pensar—. ¿Qué?

Su cara reflejaba su confusión, no comprendía nada y menos cómo o para qué podía ser ella perfecta. —Disculpa, tu nombre es... —Susana.

—Encantada, Susana. Mira, soy una sexóloga poco ortodoxa y suelo ayudar a matrimonios, sin embargo, un cliente muy especial me ha pedido esto... como un favor y no puedo negarme —la simpatía de Verónica se desplegó por todos los poros de su piel, atrapando la atención de Susana.

—No... no... no entiendo —tartamudeaba desconcertada.

—Mi cliente no es casado, necesito una chica y tú cumples el perfil perfectamente.

—Perdóneme, pero esto es una locura —Susana hizo intención de levantarse, pero la detuvo acariciando su mano.

—Lo entiendo —Verónica sonrió—. Quédate con esto. Si buscas pasar una experiencia nueva y alucinante durante un fin de semana con todo pagado, soy tu mejor opción.

—Una pregunta —la mujer sonrió—, si usted es sexóloga y me necesita para un cliente, eso quiere decir...

Susana esperaba que aquella mujer se avergonzara de su propuesta, pero fue todo lo contrario. Verónica seguía sonriendo tan fresca y radiante como cuando se presentó hacía unos segundos.

—Sí, estás en lo cierto. Pero no te asustes, el cliente es joven, de tu edad y, en caso de que aceptes, nadie te obligará a hacer nada que no quieras. Jamás se me ha quejado un cliente en ese sentido y tampoco aprobaría algo así.

—Sinceramente, tal y como lo has dicho, parece otra cosa.

—Mujer —dulcificó los rasgos de su cara para engatusarla—, nada de eso. Si has tenido la impresión de que soy una proxeneta o algo así, para nada. Por favor, yo no soy así —soltó un par de carcajadas, restándole importancia.

—Discúlpame si he dicho algo... —se sintió culpable.

—¡Eh! No tienes que disculparte. Es normal que pensaras así, no he sabido explicarme. ¿Qué tal si empezamos de nuevo? —Susana se encogió de hombros, aún confundida—. Soy una sexóloga y quiero proponerte un fin de semana diferente para llevar a cabo unas sesiones en pareja con un paciente soltero. Las sesiones irán dirigidas en torno a la sensualidad y la sexualidad. Eso no te compromete a tener relaciones sexuales con mi paciente. Eso es decisión tuya. Se podría decir que lo del sexo es opcional, aunque es muy divertido —le sonrió pícaramente, guiñándole un ojo.

—Susi, el pedido ya está —dijo el camarero desde la barra.

—Ya voy, Jorge —gritó Susana sin muchas ganas de marcharse, pues quería saber más de aquella proposición.

—Ha sido un placer, Susana —aquella mujer extendió su mano para despedirse—. Piénsatelo y me comentas algo —recogió su tarjeta de la mesa y se la entregó.

Susana le estrechó la mano y se dirigió a la barra para recoger el pedido. Mientras le entregaba la tarjeta de la empresa a Jorge para que cargara el pedido, él quiso averiguar algo de su conversación con la mujer desconocida. Ella, que aún no sabía qué pensar de todo aquello, no dijo nada, solo guardó silencio.

En cuanto salió de la cafetería, Verónica cogió el móvil de su bolso y buscó en su agenda el teléfono de su cliente, el que necesitaba. En esa página había una foto suelta. La foto era de Susana y detrás tenía su nombre completo y su fecha de nacimiento.

Verónica se quedó mirando la foto, esperando que la persona a la que llamaba cogiera el teléfono. Al segundo tono, se oyó una voz.

—Dime.

—Acabo de soltar el cebo, ahora toca esperar.

—Verónica, ya sabes lo que espero de ti.

—Estoy en ello.

Susana repartió el café repasando aquella extraña conversación en la cafetería. Seguía sin creerse lo que le había pasado, así que se reía sola por lo absurdo que resultaba todo aquello.

Al llegar a su mesa, la sonrisa se desdibujó de su rostro, la carta seguía ahí, esperando el momento justo para recordarle que la habían rechazado de nuevo.

Estaba cansada y harta, así que abrió una hoja de *Word* y empezó a escribir una carta de despido.

La rabia la consumía por dentro, no se creía que la pudieran valorar tan poco. Tampoco que cinco años de duro esfuerzo para sacar una carrera no sirvieran de nada. No paraba de repetirse que si no la querían como abogada, no quería estar allí. Estaba fuera de control. La decisión estaba tomada, se iba a largar.

—Oye, ¿has visto lo que dice la revista *Cotilla*? —comentó una compañera de trabajo acercándose a su mesa.

—Déjame, Eva, no estoy de humor —le dijo de malas maneras.

Susana llevaba unos meses ocupando la recepción de marketing, se encargaba de filtrar las quejas de los consumidores y del departamento de producción, además de archivar, atender el teléfono y servir de apoyo en algún proyecto.

Susana se conocía a fondo la empresa, había rotado por todos los departamentos, pero ningún puesto era definitivo. Era la pieza justa que necesita toda empresa, esa que se adapta y puede encajar en cualquier parte. Aprendía tan rápido que para el Departamento de Recursos Humanos suponía una ventaja contar con una persona de su perfil.

En cambio, Eva llevaba mucho más tiempo trabajando en la empresa, pero de teleoperadora, recogiendo pedidos de las sucursales. Como su vida era tan sedentaria, tenía como unos veinte kilos de más y encima era bajita, por lo que aparentaba ser más ancha de lo que era. Solía vestir ropa holgada para disimular su sobrepeso, aunque se burlaba de ello porque en el fondo le afectaba. Era alegre y divertida, y una buena compañera de trabajo.

Eva tenía unos doce años más que Susana y presentaba el perfil de adicta a la prensa del corazón. Cada vez que disponía de unos minutos libres, cogía una de las revistas que compraba todas las semanas para comentarla con alguna compañera, además de ver todos los programas relacionados con la prensa del corazón. Eva vivía la vida de los famosillos que salían en esas revistas, porque sentía que su vida era demasiado aburrida para tenerla en cuenta.

Susana achacaba su obsesión por la vida de los demás a que vivía sola y no había superado su divorcio. De eso hacía ya unos cinco años pero, a los pocos meses de firmar la separación, su exmarido ya tenía un reemplazo para ella.

Una chica más joven y delgada. Eso la destrozó, por eso se aferró a ese mundo superficial.

—Espera un momento —Eva apartó a Susana del ordenador y se quedó mirando la pantalla, leyendo su carta de despido. Apenas le quedaba imprimirla y firmarla para entregarla en Recursos Humanos—. ¿Pero tú estás loca? —gritó.

—Déjame, Eva, lo tengo decidido.

—De eso nada —no le permitió acercarse al ordenador—. Párate un segundo y piénsalo. Si te vas, no tendrás derecho a nada. Entonces, ¿cómo vas a pagar las facturas: luz, alquiler...? Niña, piensa.

—Buscaré otro empleo.

—Susana, la cosa no es tan simple y lo sabes.

—De todas maneras, ellos no me quieren aquí.

—Párate ahí y rebobina, por favor.

—Volví a solicitar un puesto en el Departamento Legal y me han vuelto a rechazar —Susana le entregó la carta—. Estoy harta, yo no saqué una carrera para esto —levantó los brazos señalando su mesa.

A Eva le hubiera gustado tener las palabras justas para un momento así, sin embargo, no existía tal cosa. Lo único que le quedaba era proporcionarle algo de cordura a su amiga.

—Vale. Tienes razón. Pero...

—¿Qué? —estaba a la defensiva.

—No puedes hacer esto, esta no es la solución. Piénsalo bien.

—¿Y entonces qué hago?

Eva se devanaba los sesos intentando darle una salida a su amiga, pero ni ella misma sabía. De pronto, sin que se lo creyera, encontró la mejor opción a todo este asunto.

—Primero, guarda esa carta en el ordenador y te olvidas de ella por un tiempo. Segundo, coges tu currículum y lo envías. Si quieres podemos ir juntas por la tarde. Y tercero, esperas pacientemente a que te salga algo de lo tuyo, trabajando aquí. En ese momento, puedes entregar esa carta a Recursos Humanos. ¿Qué me dices?

La sonrisa de Eva era forzada, pues no sabía si había convencido a Susana. No obstante, estaba haciendo todo lo que podía para evitar que cometiera la mayor locura de toda su vida.

—Creo que te haré caso.

—Bien —pegó un brinco de alivio al ver que había conseguido apaciguar a la fiera.

—Ahora dime, ¿para qué viniste aquí? —necesitaba cambiar de tema de conversación.

—¡Ah! —Eva inmediatamente se dio cuenta de que podía distraerse con otra cosa—. El jefecillo se nos casa. Hay bodorrio a la vista —mientras hablaba, movía su cuerpo como si bailara.

—¿Qué? —Susana no comprendía su alegría.

—Mira, lo dice aquí —Eva fue a darle la revista, pero como le puso mala cara decidió leerle el artículo ella misma—. Escucha. Fuentes cercanas a la pareja nos indican que lo más probable es que dentro de muy poco el hijo del empresario Guillermo León le pida matrimonio a Almudena Chica, la conocida exnovia del cantante Tony Love. De confirmarse esta noticia, se espera que la pareja no tarde demasiado en pasar por la vicaría, dejándonos sin uno de los solteros herederos más importantes del país.

El hijo de don Guillermo León era el heredero de la Empresa León S.A., unos grandes almacenes con sucursales en todo el país. Una empresa muy conocida a nivel nacional, aunque no tardaría mucho tiempo en expandirse a nivel internacional, siendo la filosofía de la empresa: “ser la mejor opción para sus clientes, que el cliente encuentre todo lo que busca”.

Don Guillermo tenía dos hijas mayores, pero la tradición familiar hacía que el legado de la empresa quedara restringido a los hombres. Sobre todo, porque el fundador de la Empresa León, don Lucas León, padre de don Guillermo, en su herencia dejó claramente señalado que la empresa pasara de padres a hijos varones, sin excepción, continuando con la subsistencia del apellido León.

Actualmente, el heredero se encontraba trabajando junto a su padre, aprendiendo el manejo de la empresa. Era un hombre de treinta años, alto pero algo desgarbado. No se parecía físicamente a su padre, difería mucho de él. Era tímido y le faltaba empatía con la gente, al contrario que a su padre, cuya simple presencia imponía respeto. Siempre había sido un gran estudiante y su trabajo como economista era magnífico, pero le faltaba el olfato de su padre o su abuelo para los negocios. Algunos lo definían como tecnócrata, pero otros simplemente pensaban que era prudente.

En cambio, Almudena Chica era una mujer de veinticuatro años que fue

novia de uno de los cantantes pop del momento. Apenas le duró su relación seis meses, pero le sirvió para ir de plató en plató vendiendo su vida junto al cantante. Después de eso, participó en varios realities² y programas de comentarista.

No obstante, a los cuatro meses dejó de ser la novedad, y las revistas y los programas de televisión fueron perdiendo el interés. Por lo que intentó trabajar de modelo pero, a pesar de que tenía cuerpo para ello, los diseñadores no querían contar con una persona tan polémica como imagen de sus diseños.

Así que se vio desesperada, pues apenas le quedaba dinero y nadie le hacía caso; ni la invitaban a fiestas, ni le hacían fotos cuando iba a algún evento. Su paso por el papel cuché fue un abrir y cerrar de ojos. Algo que cambió al conocer al heredero de la fortuna León. Desde que lo conoció supo que sería fácil enamorarlo, y con él podría volver a las portadas de las revistas, además de la solvencia económica que le atribuía ser su novia. Tal y como pensó, él cayó en sus brazos como un corderito y las revistas no tardaron en llamarla para entrevistarla.

Sin embargo, él no soportaba todo ese mundo y ella, para no enfadarle, filtraba alguna que otra noticia para que los periodistas la persiguieran y así seguir saliendo en las revistas. Es decir, ser de nuevo el centro de atención.

Esta noticia que leyó Eva era una de sus filtraciones, uno de sus trucos para conseguir matrimonio. A Almudena se le estaba haciendo eterna la espera de ese anillo de compromiso que tenía elegido para su dedo. Dos meses antes, le pidió ir a pasear por la calle y de forma casual le pidió entrar en una joyería cercana a la empresa. Lo había planeado. Una vez allí, sutilmente lo acercaría al expositor y ahí se enamoraría de su anillo de compromiso.

En ese momento intentó convencerlo para que se lo regalara. Aunque siempre conseguía lo que quería, esta vez no fue así. El hijo de don Guillermo sacó a su novia de la joyería con una tonta excusa. Después de eso, utilizó toda clase de insinuaciones y cuentos para que le regalara el anillo que, con complicidad de la dependienta, esperaba el momento en que lo comprara.

Unas semanas más tarde, él compró el anillo que anhelaba. Almudena sabía por la dependienta que su novio compró el anillo. Así que ahora tocaba esperar el momento en que se lo entregara. Aunque estaba empezando a desesperarse, porque ese momento no llegaba.

A pesar de que lo deseaba con todas sus fuerzas, había otro motivo: asegurarse ser la futura mujer del heredero de la fortuna León. Sin embargo, él albergaba dudas de su relación con ella y no podía entregarle ese anillo sin más sabiendo lo que implicaba.

CAPÍTULO 2



Un móvil sonaba por la calle y una persona de pelo blanco se detuvo para cogerlo.

—Hola.

—Hola, todo sigue según lo planeado —se oye una sonrisa seguida de las palabras.

—Es una locura lo que pretendes, es mejor no hacer nada.

—¿Ahora te vas a echar para atrás?, no podemos hacerlo. Hasta el otro día estábamos de acuerdo.

—Ya lo sé. Pero...

—Pues déjate de dudas, es muy tarde para eso.

—No sé...

—No te preocupes, conozco a Verónica y ella se encargará de todo, es muy buena en su campo —de repente, se escucha de fondo un bocinazo—. ¡Mierda, te dejo! Seguimos hablando.

—Vale.

Susana había pedido tres horas libres por la mañana para ir a repartir currículums por la ciudad. La noche anterior lo redactó, agregando alguna que otra mentirijilla para que fuera más atractivo. Luego se hizo un croquis de los despachos de abogados que había en la ciudad. Pensaba no dejar ninguna opción fuera de su alcance.

En cada uno de ellos la recepcionista le atendía con una enorme sonrisa hasta que le mostraba el currículum. Era cuando la recepcionista se daba cuenta de que no era una clienta y dejaba de ser amable. En ese instante cambiaba la situación, la recepcionista lo recogía de mala gana y agregaba —

en caso de abrirse un proceso de selección de personal, «ya la avisamos. De todas maneras, por ahora no creo que se produzca, por eso le aconsejo que siga buscando»—. Después de eso, la recepcionista volvía a sus tareas ignorando a Susana. Ella se encontraba desesperada, así que insistía charlando, pero ni caso.

Susana solo buscaba algo de empatía para poder convencer a la recepcionista de que su currículum fuera uno de los primeros. Sin embargo, no servía de nada, pues las recepcionistas estaban acostumbradas a ese viejo truco. Así que sus intentos por cambiar de empleo lo antes posible se estaban viendo frustrados.

No obstante, en uno de los bufetes estaban buscando una becaria y Susana tuvo una entrevista con uno de los abogados del mismo. Tanto el abogado como Susana habían congeniado y ambos sentían que encajaría a la perfección en aquel lugar. Aunque la cosa cambió cuando supo las condiciones de trabajo y el sueldo que tendría.

El trabajo iba a ser más o menos el que desarrollaba en Empresa León S.A., pero el sueldo era la mitad. Con esa cantidad de dinero solamente podría pagar el alquiler y alguna que otra factura. Era tan consciente de sus gastos mensuales que tuvo que rechazar la oferta, pues el puesto de becaria sería como mínimo durante un año y podría alargarse a dos, lo que no era una opción para ella.

Susana guardó para sí su frustración y regresó a su trabajo remunerado. Al menos no había presentado su dimisión y tenía un trabajo al que ir. En realidad, se lo debía a Eva, que la había detenido.

Al llegar a su trabajo hizo lo de costumbre, se quitó la chaqueta y la puso en el respaldo de la silla, encendió el ordenador y colocó los papeles de su mesa por orden de prioridad mientras terminaba de encenderse. Nada fuera de lo común hasta que la aplicación de la intranet de la empresa le avisó de que tenía dos mensajes. El primero era de Eva preguntándole por su búsqueda de trabajo, y el segundo era de Recursos Humanos, querían verla.

No quería ilusionarse pero resultaba imposible. Leyó el mensaje cuatro veces porque no se lo podía creer. Entre más leía ese mensaje, su ilusión crecía más. Todo indicaba que lo más probable era que hubieran cambiado de idea respecto al puesto de trabajo en el Departamento Legal.

Antes de presentarse en el Departamento de Recursos Humanos, pasó por el

baño para arreglarse el pelo y la ropa. Debido a que esa mañana había decidido ir en busca de otro trabajo, se había esmerado en su vestuario; pantalón negro, camisa blanca y chaqueta negra. Un aspecto muy profesional. Así que la suerte estaba de su lado.

Al llegar al Departamento, que estaba en la tercera planta, la recepcionista la reconoció al instante. El hecho es que era conocida por todos en la empresa, sus continuas rotaciones laborales le hacían tener un conocimiento extenso de la misma, así como ser conocida por casi todos sus compañeros.

Susana no tuvo que esperar demasiado para ser atendida por Carolina Martínez, la directora. Estaba realmente nerviosa, pues hasta ahora no había tratado con ella, simplemente con su secretaria.

Carolina llevaba en la empresa más de veinte años y, a pesar de ser una persona exigente y autoritaria, tenía muy buena reputación entre sus empleados. Conocía a la perfección cada puesto de trabajo y ese había sido su éxito, saber cuál era el perfil idóneo. Para Susana era la mujer en que se miraba, pues se veía tan profesional que esperaba llegar tan lejos como ella.

Carolina era una mujer de unos cincuenta años, solía vestir elegante pero de forma casual. No llevaba el pelo muy arreglado, eso le daba una sensación de cercanía con sus empleados. Era de una mujer de su edad, tampoco aparentaba menos de los años vividos. Una mujer normal que había logrado por su profesión tener todo el reconocimiento de quienes la rodeaban.

Carolina se levantó para saludarla estrechándole la mano. Inmediatamente, Susana hizo lo propio. Tras una sonrisa de bienvenida, le invitó a sentarse en la silla en frente de su mesa. Esta no tardó ni un segundo en aferrarse a la silla, pues los nervios y la admiración que sentía por aquella mujer la tenían al borde de un infarto.

—Hola Susana, te pedí que vinieras porque quería hablar contigo personalmente.

Los nervios la atacaron con mayor ahínco, pues las ilusiones de que le dieran el puesto de abogada se estaban convirtiendo en realidad. No podía creérselo, al final sí la tenían en cuenta en aquella empresa. Veía su futuro muy próximo.

—Sí, claro, ¿para qué soy buena?

—Necesito una persona de total confianza para cubrir una vacante y creo que tú eres la persona idónea para ello.

—¿Cubrir una vacante? —Susana creía recordar que Eva le había contado que había una chica en el Departamento Legal a punto de pedir la baja de maternidad, así que resultaba obvio—. Si crees que soy la persona adecuada, estaré encantada de ocupar ese puesto.

—Me gusta mucho tu actitud. Es importante contar con gente como tú.

—Entonces, ¿cuál será mi nuevo departamento? —estaba brincando por dentro de la emoción.

—Subdirección. Tendrás que pasar algunos días con Carlota para que te enseñe cómo funciona su trabajo y...

—Perdona un segundo, ¿subdirección? Te has equivocado, querrás decir el Departamento Legal, ¿verdad?

—No, no me he confundido. Es subdirección. Necesitamos que alguien cubra el puesto de Carlota, como secretaria. —Carolina empezó a sospechar que sucedía algo raro, mientras que Susana se iba hundiendo en su propia frustración—. ¿Hay algún problema? Pensaba que estabas al tanto de que al marido de Carlota le detectaron cáncer y solicitó la excedencia. Ayer se mandó una circular y tu solicitud me llegó esta mañana solicitando el puesto.

—¿Perdón? Yo no he solicitado ese puesto.

—Espera un momento.

Carolina entró en la base de datos de la empresa para inspeccionar el expediente de Susana. Revisó dos veces el mismo y, en ambas ocasiones, confirmó la presentación de la solicitud.

No se conformó con verlo en el expediente, salió del despacho y se fue directamente a la recepcionista para pedírselo. No tardó mucho en llegar con una carpeta llena de documentación. En cuanto estuvo sentada abrió la carpeta, le entregó su solicitud y esperó a que fuera ella misma la que explicara todo aquel asunto.

La solicitud estaba escrita a ordenador, pero la firma al pie de la carta no era la suya. Sin embargo, era una buena imitación. Además, no había venido esta mañana a trabajar, así que no entendía quién la había hecho, firmado y entregado por ella.

—¿Esa es tu firma? —Carolina estaba empezando a desconfiar de la legalidad de aquella solicitud.

—¿Quién presentó mi solicitud? —No quería contar la verdad hasta tener toda la información.

—¿Acaso no fuiste tú? —Eso era tan sencillo averiguarlo que no mintió.

—Solicité la mañana libre y me acabo de incorporar, por eso no pude ser yo quien lo presentara.

—Espera un momento —Carolina cogió el teléfono y llamó a la recepcionista para averiguar quién presentó la solicitud—. Clara, ¿sabes quién presentó la solicitud de Susana Pardo? —Hubo un silencio—. Gracias, Clara —colgó el teléfono—. Susana, ¿conoces a Eva González? —todo se aclaró en su cabeza.

—Sí. Ahora lo entiendo todo, perdona, es que... —Susana disimulaba lo mejor que sabía, porque no quería meter en un lío a Eva.

Sabía que si contaba toda la verdad le despedirían y eso no lo soportaría.

—Entonces, ¿tú firmaste esa solicitud, Susana? —Carolina, que tenía muy buen olfato para las mentiras y los mentirosos, no se creía nada.

—Claro que es mi firma —no era boba y sabía que debía dar una buena versión de los hechos—. Es que ayer cuando vi lo de la vacante pensé en presentar una solicitud, pero estaba algo indecisa. Así que escribí la solicitud y la firmé, dejando para hoy la presentación después de consultarlo con la almohada. Tuvo que ser que Eva, que lo sabía todo, me quiso ayudar presentando la solicitud por mí. De ahí la confusión.

—De toda esta historia sustraigo que no estás del todo interesada en el puesto —Carolina seguía sintiendo que algo olía a podrido en toda la historia de Susana.

—Para nada, claro que estoy interesada. Son pequeñas dudas. Tonterías mías —Susana gesticulaba en exceso.

—Pues si estás interesada, tuyo es el puesto. ¿Alguna pregunta?

—No —negó con la cabeza.

—Entre hoy y mañana te mandaremos toda la información acerca de tu nuevo puesto.

—Vale, gracias.

Susana salió del despacho de Carolina sudando. Nunca se había visto en una situación tan comprometida, así que se fue directa al cuarto de baño de esa misma planta. Necesitaba refrescarse y calmarse.

Algo más serena, se fue directamente a ver a Eva. En cuanto su amiga la vio aparecer supo que algo malo había ocurrido. Susana estaba seria, con la mirada fija en ella y el semblante pálido, pero era evidente que estaba

enfadada. Cuando la vio, algo por dentro se le revolvió, ya que se había visto en una situación comprometida por su culpa.

—¿Qué tal? —estaba nerviosa y su voz no lo ocultaba.

—Eva, tenemos que hablar —miró para ambos lados y, agarrándola del brazo, se la llevó al baño para hablar sin testigos.

—¿Qué ha pasado? ¿Has tenido algún problema? —esperó a contestarle dentro del baño.

—¿Se puede saber cómo es posible que presentes una solicitud a mi nombre, falsifiques mi firma y encima no me digas nada? ¿No sabes en el lío en el que te puedes meter?

—Ayer te vi tan mal que pensé que sería bueno para ti un cambio. Algo nuevo.

—Eva, casi pierdes tu empleo si yo llego a contarle a Carolina Martínez toda la verdad.

—¿Lo hiciste? —sintió mucho pánico.

—No, mentí. Pero por tu culpa tuve que aceptar el puesto de secretaria del jefecillo.

—Eso es fantástico —Eva se puso a dar saltos de alegría—. ¿Sabes lo que significa eso? —Susana negó con la cabeza aún disgustada—. Si caes bien al jefecillo y consigues que valore tu trabajo, puedes pedirle ayuda para el puesto que quieres en el Departamento Legal.

—¿Qué?

—Sí. Mira, tú lo único que tienes que hacer es ser la mejor secretaria del mundo y, cuando vuelva Carlota, le pides que te ayude a entrar en el Departamento Legal. Él no se negará.

—Las cosas no son tan fáciles.

—Claro que sí. El jefecillo no tiene pinta de ser mal tipo. Solo le tienes que demostrar lo buena empleada que eres. Hazme caso y ya verás.

—Bueno... de todas formas tuve que aceptar el puesto, no me quedó de otra —a pesar de que se había calmado, no quería que Eva se fuera tan alegremente—. Pero esta me la vas a pagar. ¡Ah! Y la próxima vez que vuelvas a hacer algo parecido, no pienso callarme.

—Susi, no te enfades —abrazó a su amiga—. Además, podrás contarme cosillas sobre el jefecillo.

—¿Qué? —gritó muy preocupada al ver los ojos iluminados de su amiga.

—Que podrás ir informando sobre todo el tema de su boda y eso, tendremos conexión directa con la fuente —soltó varias carcajadas.

A pesar de sus reticencias iniciales, Susana comenzó a hacer cábalas acerca de la idea de intentar demostrarle al jefecillo que era una buena trabajadora. La idea de Eva no resultaba tan descabellada después de todo. Así que empezó a ver con cierto grado de optimismo su nuevo puesto de trabajo temporal.

Sin embargo, ni ese cierto grado de optimismo le quitaba la desilusión de no poder acceder al puesto que realmente quería, el cual estaba convencida que podría dar cabida a su desarrollo profesional y a la posibilidad de convertirse en una buenísima abogada.

Como no quería evitar otra situación incómoda por causa de Eva, disimuló su desilusión con una sonrisa y hablando de la posible boda del jefecillo. Eso distrajo lo suficiente a su amiga para poder enmascarar sus verdaderos sentimientos, lo que le dio cierto grado de paz.

Una paz que no duró mucho, al tropezarse con la extraña mujer de la cafetería. Susana y Eva iban saliendo del baño cuando vio a esa mujer charlando con don Guillermo León. Se les veía cómodos y riendo. Verónica también vio a Susana y le guiñó un ojo. Eso le heló la sangre y la dejó totalmente paralizada sin saber qué hacer, huir o saludarla.

—Bueno, Guillermo, seguimos hablando en otro momento, ahora tengo trabajo.

—Claro, Verónica, pásate otro día por aquí y conversamos con más tranquilidad.

Podía aprovechar y alargar aquella despedida, pero temía que Susana se le escapara. Aquella chica era su objetivo y la suerte estaba de su lado, pues todo aquello parecía de lo más casual, por lo que no iba a desaprovechar ese momento. Le dio dos besos a don Guillermo y se dirigió hacia aquellas dos mujeres.

Eva no sabía qué le pasaba a su amiga, no tardó ni un segundo en pasar de estar bien a ponerse pálida. Estaba clavada en el suelo, mirando a su jefe hablar con una bellísima mujer. Esas que podrían tener al hombre que se propusieran. Esa clase de mujer que a ella le gustaría ser.

Cuando Eva se percató de que la mujer se dirigía hacia ellas, se puso tensa, le imponía su belleza. Aunque se acercaba con una sonrisa y un gesto amable,

no podía dejar de sentirse intimidada.

—Buenos días —Verónica desplegó su mejor sonrisa—, ¿podría ayudarme, señorita? —sus ojos se clavaron en Susana.

—Sí —su voz era un susurro.

—Yo creo que... —carraspeó Eva para aclararse la voz— me voy, tengo un millón de cosas que hacer.

Susana no podía creerse que su amiga la dejara tirada de aquella manera. No tardó ni medio minuto en desaparecer. La cosa es que el anterior encuentro con Verónica había quedado en su memoria como una anécdota para contar a sus nietos. Por el contrario, la tenía otra vez delante de ella y la situación se tornaba diferente.

—Ha sido una suerte tropezarme contigo, no creí que trabajaras aquí —a Susana le sonó ridículo el comentario—. ¿Has podido pensar lo que te comenté ayer?

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Susana con dureza. Notaba que iba recuperando la compostura.

—He venido a ver a un cliente, nada más.

—¿Un cliente? —miró a todos lados para asegurarse de que no hubiera nadie escuchando a su alrededor—. ¿Don Guillermo...? —le abrió los ojos aclarándole el resto de su pregunta.

—Guillermo es un muy buen cliente, entre otros. Pero eso ahora no viene al caso, ¿has pensado mi propuesta?

—Todavía no.

Susana no entendía el motivo que le impedía negarse a aquella locura que le había propuesto Verónica. Supuso que el principal motivo para no negarse era el morbo de participar en algo así. De todas formas, tampoco podía aceptar sin más. Realmente, estaba hecha un lío y no sabía qué decisión tomar al respecto.

—Necesito que te decidas, porque la reunión es el próximo fin de semana y si tú no quieres debo buscar otra chica.

—Es que tengo dudas.

—Eso es fácil de resolver, quedemos esta noche para cenar y hablamos, ¿te parece bien?

Verónica sacó su agenda del bolso para entregarle otra tarjeta, detallando en el reverso la dirección del lugar donde se iban a citar. Luego se la entregó y,

con una sonrisa, se marchó.

Susana estaba parada en mitad de ninguna parte, entre sus pensamientos y aquella tarjeta. Un lugar que se encontraba a millones de kilómetros de la Empresa León S.A. Un lugar donde todo era posible y las cosas surrealistas eran viables.

Cuando pudo regresar a la realidad, se guardó la tarjeta en el bolsillo de su pantalón y regresó a su mesa para no hacer nada. No podía quitarse de la cabeza su encuentro con Verónica y su cita para esa noche. Aunque lo que más le preocupaba era aceptar o rechazar su oferta.

Al salir del trabajo, se fue directa a su casa, un piso pequeño de un dormitorio en un edificio muy viejo que no tenía ascensor. El piso estaba bien para una persona, tenía un alquiler razonable para su ubicación y el estado en el que estaba. Susana lo había encontrado al empezar a trabajar y, a pesar de que había sabido de sitios mejores, no le apetecía compartir piso. Prefería seguir allí antes de tener que compartir su espacio con otra persona.

A ella le hubiera gustado poder vivir un tiempo en casa de sus padres para poder ahorrar, pero la crisis hizo que su padre consiguiera trabajo como capataz en una finca vinícola a ciento catorce kilómetros de la ciudad, provocando que ella, para quedarse en la ciudad y mantener su actual empleo, tuviera que irse a vivir sola.

Tras pasarse gran parte del día comiéndose la cabeza por la propuesta, decidió que la mejor manera de tomar una decisión era ir a la cita y averiguar todo lo posible de ese asunto. De tal forma que Susana se vistió lo más elegante que pudo y acudió a la cita, pues no quería desentonar.

Al llegar al lugar de la cita, revisó varias veces la dirección. No podía creerse que la citara en un restaurante tan pijo. Aquel lugar tenía pinta de ser muy caro para el sueldo de Susana y sintió pánico de pensar cómo podría pagar la cuenta. Pero en la calle hacía frío y no pintaba nada de pie allí.

Entró con los nervios a flor de piel, buscando un motivo para salir huyendo hacia su casa. Una vez dentro, un elegante camarero le ayudó a quitarse el abrigo y le preguntó por su reserva. Susana sudaba, ya que no sabía qué decir, por lo que le mostró la tarjeta de Verónica y este, con una sonrisa, le pidió que la acompañara.

Si el restaurante tenía pinta de pijo por fuera, por dentro era peor. Las mesas estaban vestidas con elegantes manteles blancos con un bordado

brillante. En medio, una lámpara también en dorado daba un ambiente íntimo al local, la iluminación era débil. Las sillas que acompañaban a las mesas eran como sillones individuales con un estampado en dorado.

Susana siguió al camarero hasta un biombo que retiró, detrás, una mesa dispuesta como el resto. El camarero le indicó que avisaría a la señorita Sex y le preguntó si quería tomar algo de beber. Susana, que aún estaba procesando el lugar al que la habían enviado, negó con la cabeza. El camarero se fue y Susana esperó pacientemente.

Cuando Verónica llegó, el camarero colocó dos copas de vino blanco en la mesa y, al irse, situó el biombo para ocultarla de nuevo.

Vestía tan elegante como siempre y emitía una áurea de seguridad que le hubiera gustado poder tener para ella.

—¿Nerviosa?

—Un poco —dijo con voz rota.

—Tranquila, esto es una simple comida de negocios. No debes preocuparte. —Verónica, que leía a la perfección a la gente, sabía que necesitaba una explicación antes de confiar en ella—. ¿Has venido antes por aquí? —Susana negó con la cabeza reiteradamente—. Suelo utilizar esta mesa para tratar con los clientes. Si quieres podemos retirar el biombo, aunque yo lo prefiero para poder contar con cierta intimidad.

—Está bien así, gracias.

—Susana, ¿verdad? —la pregunta estaba de más, sabía a la perfección que ese era su nombre, pero necesitaba que se relajara y poder convencerla para que aceptara.

—Sí.

—Susana, creo que tienes dudas, ¿no es así?

—Sí, es que no me ha quedado claro del todo para qué soy perfecta.

—Yo trato a parejas sobre todo, pero esto es un caso particular que voy a atender por amistad. El paciente se podría decir que es inseguro con las mujeres y eso le ha llevado a relacionarse con mujeres que no le aportan nada. Por eso necesito alguien como tú.

—¿Yo?

—Sí, una chica con tus características físicas. —Lo que no sabía Susana es que Verónica la necesitaba a ella, solamente a ella. El cliente fue muy específico sobre su encargo.

—Sigo sin entender.

—El sujeto siempre se ha relacionado con mujeres extremadamente delgadas, que simplemente buscan su posición social y dinero. Así que requiero una chica que sea radicalmente opuesta. Una mujer que no recuerde a sus parejas anteriores.

—Es decir, necesitas una gorda que haga el trabajo sucio.

—Primero, no necesito una gorda, necesito una chica normal. Segundo, tampoco quiero que hagas el trabajo sucio, solamente quiero mostrarle que existe otro tipo de mujer. Y tercero, me encanta ese carácter. Eres perfecta para lo que quiero hacer —Verónica sonrió.

—¿Y todo esto qué tiene que ver con el... —Susana tomó un trago de vino para poder aclararse el nudo que tenía— sexo?

—Ya te he comentado que soy sexóloga, ¿no? —no esperó respuesta—. Así que pienso tratarlo como un problema para relacionarse con el sexo opuesto, para que gane en autoestima y pueda llevarlo a la práctica. En realidad, es un experimento que tengo intención de hacer con dos desconocidos, pues en parejas he tenido resultados muy satisfactorios —su voz era muy sensual.

—Entonces, somos tus ratas de laboratorio.

—No, para nada. Creo que estás exagerando —soltó un par de carcajadas.

—Bueno, ¿y cómo funciona esto?

—Es sencillo, si aceptas las condiciones tendrás que firmar un contrato de confidencialidad para evitar problemas en el futuro. El otro sujeto y tú tendréis que pasar una serie de pruebas médicas para evitar problemas. Si todo es correcto, el próximo viernes por la mañana iréis a una casa a las afueras.

—¿¡Tengo que acostarme con él!?! —más que una pregunta fue una afirmación con una expresión de asco.

—Te puedo asegurar que cuando veas al paciente quitarás esa cara de asco. De todas formas, no es obligatorio, yo trataré de mostrarle el arte de la seducción y explicarle cómo excitar a una mujer. El llegar más lejos no depende de mí. De todas maneras, hay una palabra clave para interrumpir los juegos, en el caso de que te sientas incómoda. ¿Te animas?

—No sé...

Susana estaba tan confundida que no sabía qué decisión tomar. Por un lado, pensaba que esto era una locura y que Verónica era una farsante. Sin embargo,

algo dentro de ella la retenía a no dar una negativa. Todo este tema le proporcionaba un gran morbo y una oportunidad que no se le volvería a presentar.

Verónica no podía dejar escapar esta ocasión. Se había dado cuenta de que Susana era una chica de carácter y convencerla no estaba resultando tan fácil como creía.

—Creo que estoy perdiendo cualidades. El día que te conocí tuve la sensación de que eras una chica sexualmente abierta y que buscaba una experiencia nueva. Pero veo que me equivoqué.

—Claro que soy una chica sexualmente abierta, pero esto no resulta tan fácil cuando una desconocida te lo propone —saltó a la defensiva.

—Vamos a hacer una cosa, voy a decirle al camarero que te sirva la comida y yo te traeré el contrato de confidencialidad para que lo leas mientras comes. Así puedes tomar una decisión —la desafió con la mirada—. Susana, solo puedo darte de plazo esta noche o buscaré a otra chica para esto.

—Lo entiendo.

Verónica lo veía en los ojos de Susana, le quedaba muy poco para que aceptara. El desafiarla había puesto en alerta su lado competitivo. Ahora pensaba dejarle el contrato y darle espacio para que lo pensara. Estaba convencida de que esta noche podría llamar a su cliente para decirle que tenía a los dos sujetos.

Todo estaba preparado, Verónica nunca dejaba nada a la improvisación. Se levantó de la mesa y fue en busca del contrato que tenía preparado mientras le servían la comida con otra copa de vino.

A los diez minutos, Susana tenía un sobre que le había entregado y un delicioso plato de pasta delante. En otra ocasión hubiera comido antes de tocar el sobre, para disfrutar de una exquisita comida en un lugar de lujo, pero la tentación que suponía el sobre era mayor.

Lo abrió y extrajo el contrato. Era un contrato clásico con huecos en blanco para añadir sus datos personales. Todo parecía correcto hasta llegar a las sanciones. Si firmaba el contrato y se negaba a cumplirlo, conllevaba una sanción enorme. Eran tantos ceros que se quedó sin aliento. Es decir, que si esa noche firmaba el contrato y al día siguiente cambiaba de opinión, se pasaría la vida trabajando para pagarle a Verónica.

Por el resto no vio inconveniente, pues no dejaba nada al azar. Si durante

las sesiones se sentía incómoda, podía utilizar la palabra clave. Tendría que respetar el anonimato de su compañero en las sesiones y no podía desvelar lo acontecido ese fin de semana durante el resto de su vida.

Todo aquello le gustaba, el hecho de que el anonimato fuera un requisito, que después de las sesiones el hombre y ella siguieran siendo desconocidos. En ese punto consiguió tomar una decisión.

Una vez que se comió el plato de pasta, le pidió al camarero hablar con Verónica. Ella llegó con un bolígrafo en su mano. No tuvo que decir nada. Susana se lo quitó y lo firmó.

Cuando Susana se hubo marchado del restaurante, Verónica le envió un correo a su cliente: “Todo sigue según lo planeado. Tengo a los dos”. Al día siguiente, su cliente lo vio y sonrió, contestando al mismo: “Cuando tengas las pruebas médicas quiero copia de todo, pronto te daré la información que me pediste”.

CAPÍTULO 3



A las nueve y media sonó el móvil de una persona con el pelo blanco en la calle. Miró la pantalla y descubrió quién lo llamaba.

—Buenos días —sonrió mientras saludaba.

—Buenos días, tengo buenas noticias, todo sigue según lo planeado. Todo está organizado para el próximo fin de semana.

—Al final tenías razón, ellos han aceptado. Esa amiga tuya es muy buena.

—Te lo dije. Nada puede salir mal. Lo tengo todo controlado. Conozco a Verónica y sé lo que es capaz de hacer.

—Tendré que fiarme.

—Por favor, no dudes, sabes que yo no haría esto si no pensara que estoy haciendo lo mejor para todos.

—De acuerdo, tú mandas. Como siempre.

—Bueno, ahora solamente queda que me pases la información que te comenté el otro día. Verónica la necesita.

—La tengo preparada.

—Perfecto.

—Te llamo más tarde.

Era algo arriesgado y poco ortodoxo. Sin embargo, la posibilidad de que todo saliera según lo planeado le hacía sonreír. Además, estaban teniendo mucho cuidado, nadie jamás tendría que enterarse de nada.

Susana no había parado de bostezar en toda la mañana, apenas tenía cabeza para centrarse en nada. Al llegar de la reunión con Verónica no pudo pegar ojo. Se pasó gran parte de la noche repasando las cláusulas del contrato y planteándose si había hecho bien firmándolo.

Su cabeza en ese momento era un martilleo constante y no podía pensar otra cosa que no fuera echarse una cabezadita. Lo malo era que los papeles se acumulaban en su mesa y las quejas que tenía que procesar no paraban de entrar en el servidor. Todo aquello era tan monótono que el sueño estaba pudiendo con la poca fuerza de voluntad que tenía.

Entre un bostezo y el siguiente, oscilaban unos tres o cuatro minutos. Hasta que le llegó un mensaje de Carolina Martínez, la directora de Recursos Humanos. Quería verla lo antes posible, así que se fue directa al baño para intentar arreglar un poco su aspecto. Cuando se miró al espejo, se dio cuenta de que poco podía hacer. Tenía una cara de sueño que ningún maquillaje podía ocultar y los párpados apenas lograban estar del todo abiertos. Era un caso perdido.

Tras intentar desesperadamente con agua fría arreglar todo aquello, se dio cuenta de que no tenía sentido, por lo que desistió y se enfrentó a las consecuencias de sus actos. Ella poco podía hacer por su aspecto, así que, con la frente bien alta, fue a ver a Carolina.

Cuando llegó a Recursos Humanos, Carolina la estaba esperando. Al verla aparecer con aquel aspecto se quedó bastante sorprendida. No esperaba que se presentara con aquella pinta. Era evidente que no había dormido nada, ya que las ojeras cubrían gran parte de su rostro.

—Buenos días, Carolina, ¿querías verme?

—Buenos días —dudaba si dejar todo esto para otro momento—. ¿Te encuentras bien?

La mente de Susana estaba en alerta para esa pregunta, sabía que se la haría, pues no había sido la única persona que le había preguntado durante la

mañana. Por lo que de camino se inventó una excusa bastante creíble acerca de su apariencia. No quería que pensara que se había ido de fiesta toda la noche.

—Bueno, la verdad es que no he dormido nada, mis vecinos tienen un bebé y se ha pasado toda la noche llorando. ¿Y tú sabes cómo hacen las paredes hoy en día!? Hablé con mis vecinos para ver qué era lo que ocurría, pero ellos estaban tan desesperados por los llantos de su hijo que no pude reclamarles. Otro vecino no fue tan delicado y llamó a la policía. Al final, se montó un enorme alboroto y, cuando me quise dar cuenta, estaba desvelada. Te prometo que hoy mismo iré a comprarme unos tapones para los oídos a la farmacia y así esto no volverá a ocurrir.

—No sé qué decirte... La verdad es que si las cosas sucedieron así, no me extraña la cara que tienes.

—Te lo agradezco, pero estoy bien. Dime, ¿para qué me llamaste?

—Quería presentarte a Carlota y que te pusieras de acuerdo con ella para que te explique sus tareas y cómo funciona la oficina del subdirector.

—No hay ningún problema, vamos cuando tú quieras.

—Pues vamos ahora.

Susana la acompañó a la última planta, Dirección. Al abrirse las puertas del ascensor, se topó una recepción vacía con un gran cuadro detrás en blanco y negro del anterior edificio de la Empresa León. Delante del mismo estaba don Lucas León, el padre de don Guillermo.

A un lado de la recepción se encontraban los aseos y, en el otro lado, una puerta cerrada que tenía el cartel de Sala de Reuniones. A la derecha, una gran cristalera separaba el espacio de la oficina de don Guillermo León. A la izquierda, otra gran cristalera separaba el espacio del pasillo y de la zona del subdirector.

Carolina giró a la izquierda y entró por la puerta abierta acristalada. Nada más entrar, se toparon con la mesa de Carlota. Ella no estaba, pero sí una mesa muy ordenada con un ordenador. Detrás de la mesa, la silla, y detrás de esta, un mueble bajo que limitaba su altura con el marco de una gran ventana. La persiana estaba cerrada, así que no se podía ver nada.

Justo en la pared de enfrente, había un sillón con un cuadro encima. A los lados del sillón, dos puertas. En la más próxima a la mesa de Carlota había un cartel que anunciaba el despacho de Subdirección. La otra no tenía nada.

Carlota salió del despacho del jefecillo y cerró la puerta. Vio primero a

Carolina, a la que atendió con una sonrisa, repitiendo el mismo gesto con Susana, la cual no conocía, pero había visto por las oficinas en alguna ocasión.

Carlota era una mujer joven, de cuarenta y cuatro años, la cual sufrió un duro golpe al detectarle a su marido cáncer de páncreas. En ese momento, presentaba metástasis en casi todo el cuerpo. Por eso solicitó la excedencia, para poder cuidar de su marido en esta fase final de la enfermedad.

—Buenos días, Carlota. Vengo para presentarte a Susana Pardo.

—Hola, encantada —Carlota no tardó nada en saludarla.

—Lo mismo.

—Bueno, os dejo para que pongas al día a Susana. Cuando termines, pasa por mi despacho para puntualizar algunas cosas.

—Sí, claro.

Carolina se fue y las dejó a solas.

—Aquí solamente deberás atender al hijo de don Guillermo. Ese despacho que ves ahí está vacío —Carlota señaló para la puerta sin membrete—. Son tareas de secretaría las que debes hacer. Lo importante es que organices la agenda y que le preguntes antes de confirmar ninguna reunión. Cuando él llegue, lo primero que haces es llevarle café y leerle la programación de ese día.

—¿El café lo compro abajo?

—No es necesario, aquí tenemos cocina. Acompañame.

Carlota llevó a Susana al otro extremo del pasillo, a Dirección. Abrió la puerta de cristal y saludó a la mujer que estaba sentada detrás de la mesa con un ordenador. Era una mujer de la misma edad que esta, pero extremadamente delgada, con unos altos tacones. En cambio, Carlota tenía unos zapatos de tacón más discretos. Se encargó de presentarle a Mar, la secretaria de don Guillermo.

Las tres terminaron en la cocina haciendo café. Las dos primeras tazas eran para los jefes. Mar se encargó de llevársela a don Guillermo y Carlota, junto con Susana, a su jefe.

Susana no esperaba conocerlo hoy, así que se puso muy nerviosa. Sabía tantas cosas de él por las revistas del corazón y por lo que le contaba Eva que más que su jefe lo veía como alguien famoso.

Al llegar a la puerta del jefecillo, Carlota le hizo una señal para que

esperara a que ella le indicara que pasara al interior del despacho. Susana estaba muy nerviosa, mientras su secretaria le entregaba la taza de café.

—¿Tienes un momento para conocer a Susana?, la chica que me va a sustituir —a su jefe no le gustaban los formalismos, por eso no lo trataba de usted.

Él cerró los ojos como si le molestara lo que le acababa de decir Carlota. No quería ningún cambio de secretaria y ella lo sabía. Pero no podía hacer otra cosa más que excusar su comportamiento, ya que su familia estaba primero. Lo que ocurría es que él era un hombre de manías y le encantaba la forma de trabajar de ella. Por ese motivo le costaba tanto disimular su malestar por toda esta situación.

—Yo no tengo tiempo para eso ahora.

—Susana está fuera. Se encuentra esperando —quería forzar ese momento para que aceptara que se iría un tiempo.

—¿Qué? Yo le dije a Carolina que no quería una nueva secretaria, que se podía ahorrar una nómina.

—No lo hagas —le reclamó entre dientes porque sabía que Susana estaría escuchando todo tras la puerta entreabierta.

—No me mires así. Yo no quiero ninguna secretaria.

Lo conocía perfectamente y sabía que cuando se ponía así era imposible tratar con él.

—Vale, ¿entonces qué quieres que haga?

—Deshazte de ella, que luego yo hablo con Carolina.

Susana estaba fuera oyéndolo todo, tal y como supuso Carlota. No se lo podía creer. Se encontraba algo ofendida y no pensaba pasar ni un minuto más allí. Así que se fue directamente a los ascensores a hablar con Carolina para que le devolviera su antiguo trabajo.

Carlota se hallaba en una situación complicada, ya que estaba convencida de que lo había oído todo, por lo que salió del despacho con una sonrisa para paliar los efectos de la perreta de su jefe.

Al salir se topó con una Susana malhumorada que iba directa a los ascensores. Sin detenerse ni un segundo, intentó retenerla. No quería que Carolina se enterara de nada de lo ocurrido. Creía que si calmaba primero a Susana y luego a su jefe, podría encauzar todo aquello.

Pero para eso necesitaba hacerle entender a Susana que tuviera paciencia

con su nuevo jefe, pues este necesitaba una secretaria, aunque fuera en contra de su voluntad. Y si la habían elegido, seguramente era la mejor opción.

—Susana, espera —la detuvo enfrente de los ascensores—. No se lo tengas en cuenta, está nervioso con una aplicación informática que está desarrollando con el Departamento Informático.

—Carlota, dime algo, ¿él sabía que yo iba a sustituirte? —Ella asintió con una mueca de desesperación—. Entonces no le gusté. Es mejor que busquen a otra chica para cubrir tu puesto. Alguien que sea del agrado del señor León —dijo con desprecio.

—No es eso, Susana. Lo que le pasa es que es como un niño pequeño, se resiste a los cambios. No quiere que me vaya, eso es lo que le pasa. ¿Sabes que los dos últimos años, cuando he salido de vacaciones, no ha querido poner a nadie en mi puesto? Es muy excéntrico —suspiró.

—¿No había nadie en tu puesto cuando estabas de vacaciones?

No se lo creía.

—Sí, así es —sonrió—. No sabes las discusiones que ha tenido con su padre por ese motivo. Susana, él necesita una buena secretaria y estoy convencida de que tú eres la adecuada.

—¿Y cómo hago para caerle bien? —preguntó.

Eso era lo que más le preocupaba, poder encontrar en el jefecillo un aliado para poder conseguir su ansiado puesto de abogada.

—Tranquila, dale tiempo. Es un buen jefe, te lo aseguro —Carlota sonrió a Susana con una gran ternura—. Anda, vamos a tomar café, que Mar nos espera.

Tal y como había dicho Carlota, Mar las esperaba con dos tazas de café para ellas. Durante cinco minutos, rieron y charlaron. Se sentía muy a gusto con aquellas dos mujeres, aunque hubo algo que le inquietó de la conversación.

—¿Pero has vuelto a ponerte esos zapatos? ¿No me dijiste que te hicieron daño el otro día? —le preguntó Carlota a Mar.

—Es que me encantan. Son tan bonitos y les estoy dando otra oportunidad.

—Creo que te vas a arrepentir.

—Lo estoy haciendo ahora mismo. La cosa es que el otro día me llevé el otro par de tacones a casa para llevarlo al zapatero y aquí solo tengo las sandalias.

—Pobrecita.

—Perdonad que me meta, ¿pero cuál es el problema? —Susana se arrepintió de hablar.

—Susana, don Guillermo nos quiere ver siempre con buena presencia y eso incluye tacones.

—¿En serio? —se sorprendió.

—Sí —Carlota sonrió encogiéndose de hombros—. Sin embargo, tenemos un pequeño truco, los tacones solamente los usamos en el trabajo. Yo, por ejemplo, tengo dos pares de tacones en mi cajón y me los pongo al llegar. Ni loca camino con esto por la calle.

Tanto Mar como Carlota rompieron a reír. Era una broma privada entre ellas. Tras más de ocho años juntas trabajando habían forjado una amistad, lo que había desembocado en una gran complicidad.

Después de algunas explicaciones, Susana volvió a Recursos Humanos, tal y como le pidieron. Allí tuvo que esperar a que Carolina terminara de atender a una visita, por lo que se puso a hablar con Clara, la recepcionista.

Clara era la persona más chismosa que conocía. Trabajar en Recursos Humanos le permitía estar al tanto del más mínimo cotilleo. Así que cuando le preguntó por su nuevo jefe, sonrió y eligió unas educadas palabras hacia el jefecillo. Ya tenía suficiente con lo que había pasado delante de Carlota para que encima se enterara todo el edificio.

La puerta del despacho de Carolina se abrió y salieron ella misma y una mujer que conocía perfectamente Susana, Verónica. Se quedó helada al verla. No se podía creer que estuviera allí. Cuando la vio, sonrió y, levantando la voz, la llamó por su nombre. La saludó con una sonrisa forzada, temiendo lo peor.

—¿Conoces a Susana, Verónica? —le preguntó Carolina.

—Sí, claro. Es una gran chica. Y tengo entendido que una muy buena trabajadora.

—¡Ah, no me digas que quieres robarnos a Susana!

Carlota y Verónica rompieron a reír.

Susana se percató de que entre ellas había una muy buena complicidad, lo que le hizo mantenerse en alerta para no cometer un error.

—Quiero aprovechar, ahora que estamos las tres, para pedirte un favor, ¿podrías darle libre el viernes próximo a Susana? Necesito a alguien que me organice la oficina y sé que es muy buena en eso.

—No sé, no sé... —dijo Carolina con una sonrisa en los labios. Se hacía la interesante—. Si es un día nada más, no pasa nada. Lo hago porque eres tú, ¡eh!

—Gracias, Carol. Eres genial.

Susana, que estaba viendo cómo Verónica interfería en su vida laboral, no pudo más, y la actitud amigable desapareció.

—Verónica, por favor, no es necesario —se acercó rápidamente a aquellas dos mujeres— que falte al trabajo el viernes. Yo puedo hacerlo en mi tiempo libre.

Verónica, que empezaba a darse cuenta de quién era Susana y de su carácter, la agarró de la mano y la apretó con fuerza como señal para que se callara. Todo le estaba saliendo tal y como lo tenía planeado, sin el menor esfuerzo, y no iba a permitir que se lo estropeará.

—Cariño —usó un tono dulce, pero el gesto de su mano apretándola decía todo lo contrario—, claro que es necesario. No sabes el lío que tengo allí —se giró hacia Carolina—. ¿No te importa, verdad, Carol?

—Por favor, Vero, claro que no. Pero te advierto que Susana es nuestra, así que no se te ocurra intentar robárnosla.

—Resulta muy tentador —Verónica rio sin soltar la mano de Susana.

Susana, discretamente, intentaba liberar su mano, pero tenía mucha fuerza y le fue imposible. De todas formas, Verónica la soltó desde que vio que tenía controlada la situación.

Tras algunos cumplidos y risas entre aquellas dos amigas, se despidió con una enorme sonrisa. Aquello fue oxígeno para la paciencia de Susana, que estaba tocando techo. No soportaba que nadie le controlara su vida, y menos que la trataran de mangonear.

—Casi se me olvida —Carolina entró en su despacho, recogió un sobre cerrado y se lo entregó a Verónica—. Es lo que me pediste.

—¡Casi se me olvida! ¡Vaya cabeza la mía! —rio.

—No me extraña que necesites que te echen una mano en la oficina.

Verónica guardó el sobre en un maletín de cuero marrón que llevaba en su mano. Era del mismo tono que su bolso colgado en el hombro y que su agenda que estaba en el interior de su bolso.

Al marcharse Verónica, Susana entró con Carolina en su despacho. Aunque no tardó demasiado en salir, pues le pidió que le llevara a Carlota una

documentación, comentándole que regresara por su despacho para informarle sobre sus nuevas condiciones laborales.

En contra de sus deseos, Susana cogió la carpeta y se fue directa a los ascensores. Allí se tropezó, otra vez, con Verónica. No se podía creer su mala suerte. No paraba de encontrarse con aquella mujer por todos lados. Se estaba arrepintiendo de haber firmado ese contrato.

Susana se fue directa al botón para llamar a los ascensores y Verónica, que esperaba a que saliera del despacho, la siguió. Se quedó mirando a las puertas omitiendo su presencia, como si fuera una desconocida. En cambio, Verónica no iba a desaprovechar la oportunidad para hablar con ella.

—No puedo creerme la suerte que estoy teniendo —dijo para sí Verónica.

A Susana le estaba empezando a caer mal.

—Aquí tienes —puso delante de su cara un sobre blanco del tamaño de un folio.

—¿Qué es esto? —le preguntó de malas pulgas.

—Susana, cambia esa cara, esa actitud no es buena. Si sigues frunciendo el ceño tanto te saldrán arrugas.

—Verónica, ¿qué es eso? —le indicó entre dientes.

—Si lo coges, te lo digo —de mala gana recogió el sobre y se quedó mirándola—. Instrucciones. Son simples instrucciones.

Susana abrió el sobre rápidamente y sacó dos folios sueltos y otro grapado. El primero contenía indicaciones para acudir el día siguiente, sábado, a una clínica privada. El segundo, indicaciones para el próximo fin de semana. Y los papeles grapados eran la copia del contrato firmado la noche anterior.

El timbre del ascensor al abrir la puerta la sorprendió y pegó un bote. Se llevó la mano al pecho junto con la carpeta para Carlota y los papeles. Mientras recuperaba el aliento del susto, no dejó de preguntarse: «¿Por qué habré firmado ese dichoso contrato?»

Por otro lado, Verónica estaba encantada con aquella situación. Lo tenía todo bajo control y las cosas estaban saliendo a pedir de boca.

—¿Entras o te quedas? —preguntó Verónica desde el interior del ascensor.

—Entro, entro —dijo con la voz entrecortada.

—Yo voy a la última planta, ¿y tú?

—A la última también —no pudo disimular su sorpresa mientras veía el reflejo de su rostro al cerrarse la puerta del ascensor.

—Susana, nunca me ha gustado presionar a las personas —mentira—. Pero si me obligas, lo haré. Te recuerdo que firmaste un contrato y que su incumplimiento... —Susana la interrumpió.

—Sé lo que firmé —se estaba empezando a cabrear y tampoco le iban las amenazas ni los ultimátums.

—Como está todo claro, te espero mañana a la hora indicada en la clínica. Vete sin desayunar para la analítica, que luego te invito yo a desayunar.

Susana odiaba madrugar. Sin embargo, la vida la había obligado a acostumbrarse a levantarse temprano a diario. Por ese motivo, los sábados eran sagrados. Nunca se levantaba de la cama antes de las doce del mediodía. Si tenía hambre o tenía que ir al baño, se levantaba para ir a la cocina o al baño y luego regresaba a su cama.

Los domingos dependía de si salía el sábado o no. Aunque no solía levantarse más temprano de las diez de la mañana. Para ella suponía una necesidad, porque le recargaba las pilas para poder tener energía el resto de la semana.

De tal modo que pensar en tener que levantarse temprano el sábado la ponía de muy mal humor, y todo por un fin de semana. Estaba sintiendo que todo aquello había sido una gran equivocación, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás.

El ascensor se detuvo y con él, sus pensamientos. Salió del ascensor guardando toda aquella documentación dentro del sobre y fue directa a la mesa de Carlota, donde se encontró a esta con Mar, charlando. Se detuvo un par de pasos antes de llegar a ellas y le hizo señales a Carlota para darle la carpeta con los papeles, teniendo cuidado con no darle los papeles que le había dado Verónica.

—Señorita Verónica, ¿le puedo ayudar? —preguntó Mar.

—Sí, creo que Guillermo ha dejado una documentación para mí.

—Sí, es cierto. Enseguida se la traigo.

Susana vio cómo Mar salió rápidamente en dirección a su mesa para recoger un sobre que luego le entregó. Su curiosidad creció sobre lo que tendría tanto aquel sobre como el que recogió en el despacho de Carolina.

En cuanto lo recogió, lo colocó en el interior de su maletín. Apenas tuvo tiempo de ver el grosor o algún detalle más. En medio de la curiosidad de Susana, Mar le indicó a Verónica que si necesitaba algo más de información

podía pedírsela a don Guillermo.

—Susana, deberías disimular un poco, está mal visto espiar conversaciones ajenas —le susurró Carlota.

—¿Qué? —se sobresaltó.

—Creo que es mejor que te vayas. No es buena idea que sigas aquí.

—Sí, claro.

Susana regresó a los ascensores para irse. Cuando las puertas se abrieron, don Guillermo apareció con otro hombre, riendo. El otro caballero vestía traje y apenas le quedaba pelo en su cabeza. Al salir del ascensor, su jefe vio a Verónica y no tardó ni un segundo en ir a saludarla. El otro hombre se quedó parado delante del ascensor mirando descaradamente a Susana, con lascivia. Asqueada, entró en el ascensor y no respiró de forma normal hasta que las puertas se cerraron y perdió de vista a aquel asqueroso baboso.

Cuando llegó al despacho de la directora de Recursos Humanos, esta la estaba esperando con documentación para ella. Susana entró y se sentó en una de las sillas enfrente de su mesa, poniendo el sobre de Verónica en su regazo. Con la puerta cerrada, Carolina, sentada delante, le entregó una serie de papeles. El primero era el incremento salarial por su nuevo puesto y las condiciones de su nuevo cargo. Los demás eran un contrato de confidencialidad sobre la información que iba manejar como secretaria de Subdirección.

Después de leerlo detenidamente no encontró nada extraño, simplemente tendría que manejar información delicada que tendría que mantener en la más estricta confidencialidad de la empresa, por lo que lo firmó y se llevó consigo la primera hoja.

En el ascensor, volvió a revisar su incremento salarial. No se lo podía creer. Con aquella cantidad de dinero podría cambiarse a otro sitio mejor. Un vecindario mejor y un piso algo mayor, además de darse algún que otro capricho. Era la primera vez que recibía una buena noticia de aquella empresa.

Con la mente puesta en su nuevo sueldo, se topó con Verónica otra vez. No se podía creer su mala suerte. Sin embargo, esta no la había visto, así que se escondió detrás de un perchero de pie lleno de abrigos a la entrada del departamento comercial. Allí podría vigilarla hasta que se fuera y así regresar a su mesa.

Susana se quedó sorprendida con lo que sus ojos captaron, charlaba con Eva. Ambas sonreían, lo que hizo que saliera de su escondite y averiguara qué grado de amistad tenían aquellas dos mujeres.

—Hola —dijo con voz seca.

Ni se detuvo para saludar educadamente. Se fue directa a su mesa y se sentó delante de su ordenador.

—Susana, ¿conoces a Verónica Sex? —la excitación rebosaba por cada sílaba en la voz de Eva.

—Sí, un poco.

—¿Desde cuándo? —la admiración que sentía por Susana creció tanto que Eva ni disimulaba delante de Verónica.

—No hace mucho que nos conocemos —dijo Verónica—. Aunque eso espero que cambie. Susana, te espero el sábado, no te olvides —en la última parte su voz se endureció.

—¿El fin de semana? —la voz se estresaba por momentos.

—Sí, Susana va a echarme una mano con la oficina —Verónica era rápida y sabía qué decir en cada momento.

Eva no se lo podía creer, su amiga iba a trabajar con la psicóloga de los famosos. Esa mujer que tenía una sección en su revista favorita. Esa a la que tantas veces veía en fotos de las mejores fiestas. Estaba sin palabras y eso no le solía ocurrir.

Antes de marcharse del todo, Verónica se quedó mirando a Eva y agitando un sobre con su mano, le dio las gracias y le guiñó un ojo. Simplemente le sonrió con sus ojos llenos de entusiasmo.

En cuanto Verónica desapareció, Susana interrogó a su amiga acerca de qué conocía a esa mujer. Eva, que estaba alucinando aún, empezó a relatarle cómo había ayudado a parejas famosas. También le nombró su consultorio en su revista favorita, sin dejar de mencionar reiteradamente cuánto la admiraba.

No obstante, a Susana no le interesaba nada de eso, simplemente quería saber a qué venía su agradecimiento y el gesto con el sobre. Al respecto, Eva le contestó.

—Me pidió un favor y no pude negarme. Es Verónica Sex, Susana, Verónica Sex.

Susana supo que en aquel estado no podría decir más que chorradas al respecto, pues su mente seguía colapsada con la presencia de Verónica.

CAPÍTULO 4



Verónica estaba delante de la puerta de la clínica mirando su reloj. Eran las ocho de la mañana del sábado y no había rastro de Susana. No se podía creer que se atreviera a dejarla plantada después de haber firmado el contrato. Sinceramente, esperaba un mayor grado de profesionalidad y no estar en la calle con el frío mañanero.

Susana apareció seis minutos tarde. Venía con cara de sueño y de pocos amigos. Vestía de forma deportiva con una gorra ocultando parte de su cabreo por madrugar un sábado.

No podía creerlo y se rio al verla. Era tan cómica su pinta que apenas disimuló. Era la primera vez que un cliente se presentaba con aquel aspecto a una cita.

Las risas de Verónica la pusieron de peor humor, así que se detuvo para darse la vuelta a casa. No obstante, cerró los ojos y respiró profundamente, odiándose por ser tan responsable o tan consciente de cuál era su deber.

—Buenos días, Susana —sonrió de forma descontrolada—. Me encanta tu look —estaba a punto de llorar de la risa.

—Buenos días para quien los tenga, ¿vale? —dijo secamente sin las más mínimas ganas de ser el centro de sus chistes—. Así que vamos. —Señaló con la mano la puerta de la clínica.

—Claro, lo primero es lo primero.

Verónica le indicó que pasara primero, para poder recomponer su fachada profesional. Aunque estaba siendo complicado, pues hacía tiempo que no se reía tanto.

Quitando lo cómico del vestuario, Verónica se había dado cuenta de que Susana era una mujer de carácter la cual podía sorprenderla en cualquier momento. Lo que la hacía un ser inestable para lo que tenía planeado, así que tendría que controlarlo todo mucho más. Eso incluía seleccionar su vestuario, pues el seleccionado hoy no entraba dentro de sus planes para el fin de

semana. Además, no ayudaría para lograr el objetivo que le marcó su cliente.

Verónica se encargó de gestionar todo, Susana simplemente tenía que seguir indicaciones. Primero la analítica y prueba de orina, luego la llevó a desayunar a una cafetería, aprovechando para pedirse un menú completo, pero eso no hizo que se le pasara su mal humor. Tras el desayuno, regresaron a la clínica para seguir con el reconocimiento médico. Todo parecía normal, era como el reconocimiento médico laboral. Nada fuera de lo común. Hasta que tuvo que ver a un ginecólogo.

—Espera un momento, ¿esto es necesario? —la voz de Susana estaba dos octavas por encima de lo normal.

—Susana, claro que es necesario. Tengo que garantizar que estés perfectamente. —Era mentira. Era la primera vez que incluía entre las pruebas médicas un reconocimiento ginecológico, pero fue una petición expresa de su cliente, y ahora debía mentirle—. Es algo rudimentario, no te preocupes, serán unas simples preguntas y una citología.

—¿No te vale con hacerme la prueba del VIH, sino que encima me vas a hacer una citología? ¡Estamos locos o qué! —Estaba alterada y no pensaba dejarle pasar ni una más—. ¿Me lo vas a negar? Vi el papel de la analítica y estaba marcada la casilla del VIH.

—Compréndeme, Susana —fingió ser una víctima—, tengo que asegurarme de que vosotros estéis bien. ¿Te imaginas que él tuviera algo y te lo pegara, o al revés? ¿Dónde quedaría mi reputación? Por eso prefiero parejas, no suelen ponerme tantos reparos ante esta clase de pruebas médicas.

—Creía haber entendido que el sexo era algo opcional.

—Claro que lo es pero, ¿y si ocurre? —dejó en el aire la posibilidad y se quedó mirándola, esperando su reacción.

Susana se quedó paralizada ante ese comentario. Era cierto que nunca estaba de más garantizarse de que se encontraba en perfecto estado salud y que si ocurría algo ese fin de semana, ella tendría que asegurarse de que ninguno llevara una sorpresa consigo. Tenía su lógica, aunque chirriaba un poco.

Verónica estaba algo nerviosa, ya que debía conseguir esas pruebas médicas, pues se comprometió con su cliente. No sabía si accedería finalmente o se negaría en rotundo, y estaba en todo su derecho.

—Sí, acepto hacerme el reconocimiento ginecológico, y quiero un certificado médico de él como que no tiene nada raro.

—Por supuesto, Susana. No hay ningún problema —respiró—. Además, pensaba pasarte copia de los resultados de las pruebas médicas para que tú también las tuvieras.

Seguía sin estar muy convencida y no entendía por qué no se negaba en rotundo. Todo aquello era una auténtica locura sin pies ni cabeza. Quizás fuera por el contrato o por el morbo de participar en algo así, no lo sabía, pero al final pasó a la consulta del ginecólogo.

Tras una bata blanca encontraron a una mujer con una gran sonrisa que la acribilló a preguntas. Sobre su menstruación, su primer coito... Se sentía cómoda con aquella mujer, así que contestaba sin darse cuenta de toda la información que le suministraba a Verónica. Al pasar al ecógrafo, ya no estaba tan cómoda, aunque la doctora puso de su parte. Al final todo era normal y, tras la extracción de tejido para la citología, se pudo vestir.

Eran casi las doce del mediodía cuando Susana y Verónica salieron de la clínica. Estaba desesperada por llegar a casa y olvidarse de todo, en cambio, la sexóloga quería conocerla un poco más, tener más datos de aquel carácter, por lo que la invitó a comer. Se quedó mirándola espantada y rechazó su invitación, largándose antes de que pudiera decir algo que la comprometiera a quedarse más tiempo con ella.

Al llegar a casa, se duchó. Lo necesitaba. Una vez duchada, se puso el pijama y regresó a su cama, su lugar favorito para el sábado. Después de pasarse toda la mañana haciéndole caso a Verónica, ahora le tocaba hacer lo que ella quería. Pero su mente se centró en todo lo ocurrido, analizándolo todo.

El dichoso contrato le hacía ser tan vulnerable que se odiaba a sí misma por haberlo firmado. Aún se preguntaba qué se le había pasado por la cabeza para aceptar algo así, ya que, ¿quién en su sano juicio se iba a pasar un fin de semana con un desconocido a una casa a las afueras? Era una auténtica locura.

Y lo que más rabia le daba es que era demasiado tarde para echarse atrás. Nunca había sido una cobarde o una inconsciente y, en aquel instante, le encantaría serlo. Olvidarse de todo y mandar a Verónica y su contrato a freír espárragos. Pero eso supondría traicionarse a ella misma.

En vista de que su mal humor iba en aumento, intentó ver el lado positivo a toda esta situación. Sin embargo, no era así. Le mataba la curiosidad de saber qué le esperaba el próximo fin de semana, cómo sería él y qué clase de

terapia practicaba Verónica. El no saber le hacía sentirse aterrada por lo que podría encontrarse el fin de semana.

—Hecho. El miércoles tendré los resultados de Susana. Aunque no me garantizan tener la citología hasta el viernes.

—Genial, Verónica, sabía que podía confiar en ti.

—Tengo que reconocer que ha sido complicado, Susana es una mujer de carácter.

—Eso tengo entendido. Eso es lo que ando buscando. Una mujer con carácter que sepa guiarle. Por cierto, Susana fue hoy, ¿y...?

—El lunes —no dejé que terminara de hablar—, debo ir uno por uno. No pueden conocerse todavía. Sigo tus instrucciones.

—Perfecto, confío en ti. Ellos tienen que terminar juntos.

—Creo que pones demasiadas esperanzas en mis habilidades. Esto no lo he hecho nunca.

—Será un éxito.

El fin de semana fue horrible para Susana, analizando y pensando todo el rato. Tenía la cabeza embotada, no podía seguir así, por lo que el lunes laboral fue todo un alivio para ella. Nunca había agradecido tanto tener que madrugar para ir a la oficina, ya que durante su jornada laboral su mente se mantendría ocupada y no tendría que pensar en Verónica y su fin de semana.

Llegó como cada lunes, cansada y con cara de pocos amigos. Sus compañeros se habían acostumbrado a esperar una media hora para hablarle. Sabían que era el tiempo que necesitaba para que su chip “modo trabajo” se activara.

Aquella mañana era un poco diferente. Tenía la expresión de siempre, pero deseaba mantenerse muy ocupada para no darle pie a su caprichosa mente y regresar a todo el tema del fin de semana. Tras un vistazo a los papeles que tenía sobre la mesa, aquello no era suficiente para alejar su mente de todas sus preocupaciones, así que fue en busca de otra distracción.

Tomó el ascensor sin saber muy bien si hacía lo correcto, se bajó en la última planta y, tras respirar hondo, fue a la mesa de Carlota. Ella estaba saliendo del despacho del jefecillo.

Tras los clásicos saludos iniciales, Carlota comenzó a explicarle sus funciones. Ambas se sentían cómodas, habían conectado y Susana se sentía mal por lo de su marido. Era una buena mujer y no era justo lo que le sucedía.

Lo que hizo que creciera su admiración por ella, pues no sabía cómo actuaría en un caso como el suyo.

De la nada apareció don Guillermo con esa expresión seria y malhumorada que le correspondía cada día. Llevaba un traje gris marino con corbata a juego. Su pelo blanco engominado ocultaba que le hacía falta un corte de pelo, siendo su aspecto impoluto. El típico en directivos de sesenta años.

—Carlota, ¿mi hijo está ocupado?

—Buenos días, don Guillermo. Su hijo me telefoneó esta mañana para avisarme de que llegaría más tarde. Si quiere le comento que usted lo busca.

—Sí. Dile que venga a mi despacho, necesito hablar con él.

—Don Guillermo, le presento a Susana Pardo, será la nueva secretaria de su hijo durante mi excedencia.

Él asintió con la cabeza, pero no hizo ningún movimiento para saludar correctamente. Todo lo contrario. Después de su movimiento de cabeza, se fue a su despacho tal y como vino, con su cara seria y su actitud autoritaria.

—Don Guillermo es así. No suele ser muy conversador —la miró con ternura—. Él es muy diferente —señaló el despacho de su jefe—. Es más fácil de tratar.

—¿Tú crees? —no pretendía ser tan sarcástica, pero le fue imposible ocultarse.

—Sí, claro que sí.

—Recuerdo que la semana pasada no quiso ni conocerme.

—Bueno... —plegó los labios al recordar la pataleta de su jefe—. Lo del otro día no lo tengas en cuenta, fue algo fuera de lugar. Sin embargo, es una gran persona, dale tiempo. Ya verás que no tardarás en cogerle cariño. Es un gran chico.

—Si tú lo dices... —Era su expresión cuando quería acabar una conversación que sabía que no iba a ningún lado.

El teléfono sonó y Carlota no pudo tener opción a réplica.

—Oye, Susana, ¿te importa poner esto —señaló una carpeta— sobre la mesa mientras atiendes el teléfono?

Siguiendo sus indicaciones, cogió la carpeta y fue al despacho. Cuando giró el pomo, sintió que se metía en la boca del lobo, ya que su mente fue incapaz de repeler las palabras de la semana pasada. Al tropezarse con un despacho vacío, se relajó.

El despacho era rectangular y amplio, con las paredes en un tono grisáceo. Los muebles eran todos en color negro. Al entrar se podía encontrar enfrente una gran mesa con dos sillas delante de esta. En una esquina de aquella mesa, la pantalla y el teclado del ordenador. El resto del espacio estaba ocupado por algunas carpetas, todo muy ordenado. Y detrás de esta, un gran mueble que ocupaba toda aquella pared, desde la mesa del jefecillo a otra mesa redonda rodeada de sillas en el otro extremo.

La pared que pegaba a la puerta, que era la misma pared de detrás del escritorio de Carlota, tenía un gran ventanal con la persiana abierta. Susana se fijó que la ventana de Carlota daba a un gran balcón, al cual tenía acceso por una puerta al lado de la ventana del despacho.

En la pared opuesta había una puerta que daba a un baño privado, justo detrás de la mesa rodeada de sillas, el cual poseía un pequeño armario donde el jefecillo guardaba una muda de ropa por si requería cambiarse de ropa para acudir a alguna reunión.

Susana se tomó su tiempo para dejar la carpeta en la mesa de su nuevo jefe, pues aprovechó para analizar todos los detalles del despacho. No había fotos de él ni de su familia. Parecía muy impersonal. Sin vida, como si fuera salido de un catálogo.

Sintió un escalofrío al pensar qué clase de hombre era el jefecillo para no tener ni una foto de su familia en algún rincón, o una simple foto de su novia sobre la mesa. Eso le hizo pensar que debía ser una persona muy fría, ya que para ella era imprescindible tener una foto de sus padres en su mesa.

Carlota fue en busca de Susana, pues tardaba mucho tiempo en regresar. Se topó con una chica ausente, analizándolo todo y envuelta en sus pensamientos. Cuando sus ojos la pillaron observándolo todo, esta se asustó, pegando un bote. Carlota sonrió y le hizo un gesto con la cabeza para que regresara al trabajo.

Mientras iban saliendo, Carlota le comentó que la llamada era de él para avisar que regresaría en media hora. Al oírlo, un suspiro se escapó de los labios de Susana y ella le apretó cariñosamente la mano para animarla. Sin embargo, una llamada hizo que tuviera que regresar a su escritorio, evitando el encuentro con su nuevo jefe.

Carlota agradeció que se tuviera que ir, ya que no quería que la pobre Susana tuviera que presenciar otra patalata de su jefe. Prefería estar a solas

con él e intentar encauzar su comportamiento pueril.

Él llegó muy malhumorado. Carlota se extrañó muchísimo, pues pocas veces le veía enfadado. Entró a su despacho rezongando como un niño pequeño. Se quedó mirándolo, sin saber si debía dejar que se calmara o comentarle que su padre hacía rato que le buscaba. Al final optó por avisarle.

Carlota vigilaba desde la cocina la puerta del despacho de don Guillermo. Esperaba ver salir a su jefe para llevarle el café y repasar su agenda. En cuanto le vio salir, preparó el café y se lo llevó.

El jefecillo estaba recostado en la silla con las manos en la cara. Su postura le indicaba que estaba agobiado, muy exhausto. El cariño maternal que sentía le hacía sentir lástima por él.

—El café.

—¡Oh, gracias! Me hace falta —se sentó correctamente delante de su mesa.

—¿Tienes un momento para hablar?

—¿Tiene que ser hoy? —Se quedó mirándolo, intentando decidir si era el momento de hablarle de Susana o no—. Llevo un día de mierda.

—Bueno... lo dejamos para otro momento.

Él sentía un gran cariño y respeto por aquella mujer que lo trataba como su hijo. Así que le señaló la silla para que se sentara y hablara, aunque no estaba de humor para nada ni nadie.

—Debemos hablar de Susana Pardo, mi sustituta.

—¿Ahora?

—Sí —fue tajante—. Es necesario que conozcas a Susana y que os adaptéis. Yo a partir del lunes no estaré y quisiera que os llevarais bien —hizo una mueca de disgusto—. ¿Quieres cambiar esa cara, por favor? —Suspiró cuando él puso cara de resignación—. He visto su expediente y es impresionante, ha pasado por casi todos los departamentos sustituyendo y tiene muy buenos reportes de sus jefes. Encima Carolina considera que es la persona adecuada para sustituirme. Susana Pardo es la mejor opción. Estoy convencida. He tratado a esa niña dos días y se le ve muy competente.

—No hay más alternativas, ¿eh? —dijo con resignación.

—No.

—Entonces —cerró los ojos como si le costara hablar—, te prometo que seré un buen chico.

—Gracias —sonrió—. Le diré que se pase por aquí cuando tenga un hueco

para presentártela —comentó mientras se levantaba para irse.

—Mejor no le digas nada. Prefiero conocerla el lunes, cuando la cosa sea inevitable —Carlota cruzó los brazos sobre su pecho y se quedó mirándolo con reproche—. No me mires así, esta es mi forma de ser un buen chico.

Tuvo que sonreír. Él siempre hacía eso. Utilizaba las frases de otros a su favor. Con él era muy complicado discutir, pues no le gustaba, ya que sabía que los enfrentamientos no eran lo suyo, su timidez se lo impedía.

Al menos, Carlota había conseguido que aceptara que se iba a marchar y que necesitaba a una persona como secretaria. En el fondo, sospechaba que terminaría llevándose bien con la nueva, pues él no era su padre y tenía un gran corazón que le impedía ser injusto.

Cuando Carlota llegó a su mesa, se dio cuenta de que no había repasado la agenda con su jefe. Además, había varias reuniones que debían ubicar y necesitaba que le asignara fecha y hora. Así que, con agenda en mano, tocó en la puerta y pasó cuando le dio permiso.

—Perdona, ¿tienes un momento para mirar la agenda? —Le señaló la silla frente a su mesa.

—¿Tengo algo para hoy? —preguntó con alarma en su voz.

—Creo que no, espera —Carlota revisó la agenda, mientras tomaba asiento—. No.

—¡Uf! —suspiró—. Menos mal, no tengo hoy el cuerpo para nada.

—Debemos mirar un par de cosas. ¿Prefieres que venga más tarde?

Carlota se dio cuenta de que no mentía cuando decía que no tenía un buen día. Pocas veces le había visto tan agobiado por algo. Y ella sabía que su educación le impedía mandarla a la mierda en aquel preciso momento.

—No es necesario, vamos a mirar eso —señaló intentando ocultar su malestar.

—Vale —ignoró todas las señales e hizo caso a su jefe—, tu padre quiere que te reúnas con Carolina para valorar los despidos de la sucursal de Valencia.

—¿Yo?

Afirmó con la cabeza con cara de circunstancia.

La sucursal de Valencia llevaba dos trimestres muy malos en cuanto a las ventas. Más concretamente desde que la administración la tenía su cuñado, el marido de Alexandra. Jacinto Manso era el marido de su hermana mayor, y su

padre, al igual que él, no lo soportaba. Era un presumido, bueno para nada. Por eso don Guillermo lo mandó a la sucursal de Valencia. Lo quería lejos de su vista.

—De eso nada —dijo alterado—, que Carolina se reúna con mi cuñado y que se entienda con él.

—¿Y si don Guillermo pregunta? —dijo con miedo.

—Le comentas que no quiero saber nada de ese tema y, si no le gusta, que se encargue él personalmente —estaba descargando parte de su cabreo en todo esto.

—Entendido —añadió Carlota, carraspeando para cambiar de tema—. ¿Querrás reunirte con los de informática para la aplicación esta semana?

—Sí, claro.

—¿El viernes?

—¡Mierda! —se llevó las manos a la cara para masajearse la sien—. El viernes tengo un curso, así que anula todas las citas para el viernes. —Carlota revisó la agenda buscando ese curso, pero no tenía nada apuntado.

—No tengo nada de un curso.

—No te preocupes, se me olvidó decirte que voy a hacer un curso el viernes y sábado. Son unas charlas —volvió a llevarse las manos a la cara como si todo aquello le molestara mucho.

—No hay problema, en principio no tienes nada para el viernes. Entonces la pongo para el lunes.

—No, mejor para el jueves. No pongas nada para el lunes, porque no sé cómo se desenvolverá la nueva.

—Tienes razón —sonrió Carlota.

—¿Algo más?

—Sí, tu padre quiere reunirse con contabilidad el miércoles y quiere que vayas.

—Sí, no hay problema. El miércoles está bien.

Carlota no tardó mucho en dejarlo solo y él lo agradeció. Estaba muy agobiado, tenía muchas cosas en las que pensar y ninguna era de trabajo. Se sentía acorralado por varias cosas, sobre todo por Almudena. Tenía que tomar una decisión ya.

Hacía dos semanas que tenía el anillo. Lo tenía allí en la oficina, donde ella no lo pudiera encontrar. En dos ocasiones estuvo a punto de dárselo, pero en

el último momento se arrepintió. No entendía qué le pasaba. Llevaba un tiempo con ella y la quería. Lo normal sería casarse y darle los nietos que desea su padre. Sin embargo, algo en su interior se lo impedía.

Para eso quería ese fin de semana, necesitaba reflexionar y aclararse. Tenía que tomar una decisión sobre ese anillo y no seguir alargando esa situación. Sobre todo por Almudena, que no se merecía tener que esperar por sus dudas.

De ahí toda la excusa del curso, requería tiempo. Pensaba contarle todo a Almudena el miércoles, para no darle mucho tiempo a quejarse y montar una pataleta. En realidad, iba a pasar el fin de semana fuera de la ciudad, lejos de todo y de todos, en un lugar donde pudiera pensar qué iba a hacer.

—Te acabo de mandar los resultados al correo.

—¿Ya? Pensaba que no los tendrías hasta el viernes.

—Me los acaban de pasar y creí que querías tenerlos lo antes posible. — Verónica, eres la mejor. Lo veré luego. Si tengo alguna duda, te llamo.

—Hay una cosa que quería comentarte sobre los resultados de Susana, ¿tienes un momento?

—Sí, claro. ¿Existe un problema?

—No, está perfectamente. Pero cuando se realizó la prueba ginecológica, comentó que tomaba anticonceptivos.

—Creía que Susana no tenía pareja.

—Y así es. Lleva más de un año sin pareja, pero la toma para regular su ciclo menstrual.

—¿Podrá tener hijos?

—Sabía que me lo preguntarías, así que le consulté a la doctora y me comentó que las pruebas no arrojaban posibles problemas reproductores, por lo que al dejar los anticonceptivos no debían existir problemas.

—Eso no es lo que esperaba.

—Lo sé, pero como comprenderás no puedo decirle a Susana que deje la píldora anticonceptiva por otro método anticonceptivo. Sería muy sospechoso.

—No me gusta lo que me estás contando.

—Me lo puedo imaginar. Pero te puedo asegurar que Susana es una mujer con mucho carácter y no se doblega con facilidad. Así que con ella deberás tener cuidado.

—Creo que sé cómo lidiar con una trabajadora, Verónica.

—Simplemente te aviso. Ten cuidado con ella.

—Gracias, pero no creo que me haga falta.

Las intenciones de Verónica eran buenas, no pretendía ir de sabionda. Simplemente quería advertirle sobre el carácter de Susana, ya que temía que todos sus esfuerzos del próximo fin de semana fueran inútiles si su cliente no tenía cuidado con lo que hacía.

Después de hablar con su cliente, metió los resultados en dos sobres. Por un lado, los resultados de las pruebas de Susana con un certificado del otro paciente como que estaba en perfecto estado de salud. En el otro sobre, lo contrario. Metió los dos sobres en su maletín y fue a visitar a sus dos pacientes de la terapia del fin de semana.

Primero fue a por Susana. Era la más cercana que tenía. Además, quería tantear cómo se encontraba, ver qué actitud tenía para el fin de semana. Y como no creía en milagros, sabía que no le iba a gustar que le recordaran lo del fin de semana.

Verónica desplegó su mayor sonrisa cuando se dirigió a la mesa de Susana. En cambio, esta se quedó pálida, con los ojos muy abiertos, tal y como esperaba encontrársela. Conocía a las mujeres así, independientes y controladoras. Por eso seguía sin entender cómo se había prestado a esto. No parecía la clásica mujer que se deje arrastrar por impulsos.

Susana quería morirse. No paraba de preguntarse qué hacía Verónica allí, en la oficina, donde se encontraban sus compañeros. Si alguien se enteraba de lo que pensaba hacer este fin de semana, sería horrible para ella. Por eso la quería lo más lejos posible de su trabajo.

—Buenos días, señorita. ¿Puede ayudarme? —Verónica era muy lista y sabía cómo tratar con Susana.

—Buenos días, señorita Sex. ¿Para qué soy buena? —Agradeció que Verónica no la saludara por su nombre.

—Soy tan tonta, no sé dónde queda el baño, ¿puedes indicarme? —Lo entendió enseguida. Quería que la acompañara.

—Claro, si quiere la llevo.

—¡Oh, gracias! Eres un encanto.

Susana y Verónica se dirigían a los servicios al lado del ascensor, cuando las puertas se abrieron y don Guillermo vio a Verónica. Él no iba a bajarse en aquella planta, pero al verla ni lo dudó.

—¡Verónica! ¿Tú por aquí? —Se vio sorprendida por la aparición de don

Guillermo, y Susana no se quedó atrás.

—¡Guillermo! Hola. Pasaba por aquí y pensé en hacerte una visita.

—Genial, necesito hablar contigo sobre esa documentación que me mandaste. Hay algunas cosas que no entiendo y quiero que me expliques.

—No te preocupes, enseguida subo. Primero voy a ir... —se acercó a él y bajó el volumen de su voz— al baño.

—Claro, vete.

En ese instante, don Guillermo se percató de la presencia de Susana. Cuando sintió la mirada inquisidora de él, tragó con fuerza haciéndose daño. Se quería morir, ya que no sabía cómo podría explicar su presencia.

—Soy tan despistada que no daba con el baño y tuve que pedirle ayuda a esta encantadora chica.

—Me alegro de que mi personal te ayude.

Susana sonrió con desgana, pues no sabía qué hacer.

—De todas maneras, no acompañes a Verónica a estos baños, acompáñala a los de Dirección, en la última planta, seguro que están en mejores condiciones.

—Sí, señor León.

Don Guillermo le dedicó una media sonrisa a Susana y se dirigió a los ascensores, mientras se despedía de Verónica.

Susana no se podía creer de la que se había librado. No era por decir la verdad sobre su relación con Verónica, sino por la vergüenza que suponía contarla. Además de tener miedo de perder su puesto de trabajo, y más ahora que se acababa de enterar de que a su padre le iban a despedir y volvían a la ciudad.

La acompañó a los aseos de la última planta. Carlota y Mar se extrañaron de ver a Susana con Verónica Sex, pero ella se encargó de elevar la voz al indicarle el lugar del baño, y esta, como un corderito, la siguió al interior del mismo.

—¿Qué quieres, Verónica? —Tenía prisa por alejarse de ella.

—Esto es para ti —le entregó un sobre y ella no demoró en abrirlo—. Como puedes ver, son los resultados de tus pruebas médicas. Tengo que felicitarte, estás más sana que una manzana.

—Gracias —dijo con desgana— ¿Y esto? —le mostró el certificado del otro paciente.

—Me pediste un certificado del otro paciente. Como puedes ver, se

encuentra en perfectas condiciones.

Susana lo ojeó rápidamente, sin embargo, su mente se quedó con la edad que indicaba el papel.

—¿Treinta años?

—Te dije que era un chico de tu edad. ¿Te parece mayor? —Verónica estaba desconcertada.

—No, es que esperaba a alguien más mayor, creo...

—Susana, no tengo costumbre de mentirle a mis pacientes. Te dije que era un chico joven y puedes ver que lo es —sabía por dónde le saldría—. ¡Ah! Y te prometo que esa es su edad real.

—Vale —seguía descolocada con la edad.

—Bueno, te espero mañana. Tienes todas las indicaciones en el papel que te dejé. ¡Ah, se me olvidaba! No traigas mucha ropa, del vestuario me encargo yo.

—¿Cómo que del vestuario te encargas tú? —sintió pánico, imaginándose ropa ceñida y con poca tela.

—No debes preocuparte, será ropa que te gustará. Tranquila.

—¡Qué fácil! —utilizó todo su sarcasmo.

—Yo he cumplido con los resultados, ¿alguna duda? —Verónica quería acabar rápido con aquello y no estresar a Susana con detalles.

—Un millón.

—Pues entonces será mejor dejarlo para mañana.

Verónica se giró y entró en uno de los aseos, esperando que Susana no tardara en marcharse. No quería seguir hablando, ya que podía no presentarse mañana en su casa al agobiarse.

En cuanto reaccionó, Susana tomó los resultados y los metió en el sobre. Luego los escondió debajo de su ropa y salió como alma que lleva el diablo directa a su mesa, donde tendría más oxígeno para respirar. En su afán por salir corriendo, no dijo nada a Carlota ni a Mar, y ambas se quedaron preocupadas. No obstante, don Guillermo no tardó en llegar a la última planta y ambas volvieron a su trabajo sin poder comentar nada.

Por otro lado, Verónica se reunió con don Guillermo para charlar sobre la información que le pasó ella.

Por la noche, Verónica recibió en un restaurante al otro paciente y le entregó sus resultados médicos. Al igual que Susana, se sentía agobiado con todo eso y

no paraba de preguntarse si hacía lo correcto participando en algo así, por lo que la sexóloga intentó centrarse en trivialidades y no dar muchos datos que pudieran estresar a su paciente.

—¿Todo listo?

—Están algo asustados, pero creo que he conseguido apaciguar sus nervios.

—Confío en ti, Verónica.

—Espero estar a la altura, aunque veo cierto grado de compatibilidad entre ellos.

—Mantenme al tanto de todo, ¿vale?

CAPÍTULO 5



—Buenos días, ¿Susana Pardo? —una voz al otro lado del portero automático.

—Buenos días, sí.

—Soy el taxi que pidió.

—¡Ah! Ya bajo —dijo sin mucho entusiasmo.

Al soltar el botón del portero automático, resopló. Era real. Se había acabado el tiempo. Había llegado y ahora tocaba enfrentarse a las consecuencias.

Cogió una pequeña maleta que había preparado durante una noche de insomnio y se aseguró de dejar su casa bien cerrada. Mientras terminaba de girar la llave no se creía lo que estaba haciendo, siendo su única motivación la cifra de indemnización que debía pagar por incumplimiento de contrato.

Nada más verla, el taxista la ayudó a guardar su maleta al tiempo que ella entraba en el taxi. Se acomodó en el asiento y se colocó el cinturón de seguridad. Entonces, un parlanchín taxista comenzó a criticar a los políticos. Ella no tuvo que decir nada, simplemente asentir en algún que otro comentario, el taxista era un experto monologuista.

Durante el trayecto, su mente se evadió del taxi y se centró en el misterioso hombre con el que iba a pasar el fin de semana. Todavía no le cabía en la

cabeza que un hombre de treinta años se prestara a una terapia así. Sin duda debía de tener algún defecto físico o mental para necesitar ayuda sexual. Lo peor de todo esto era que no había llegado a esa conclusión hasta anoche, sintiéndose asustada por lo que podía encontrarse.

El taxi se fue alejando de la ciudad por el sureste hacia la sierra. Poco a poco se fue adentrando por una carretera secundaria, hasta llegar a la entrada de una especie de finca con dos grandes puertas de hierro en verde. En la entrada había un cartel que ponía: “Finca Sex”. Susana no tuvo dudas de que estaba en el lugar correcto.

El taxi accedió por un camino de grava hasta llegar a una explanada frente a la entrada de la casa. Tenía dos plantas, con pinta de ser antigua, tejas en el tejado y fachada de piedra. A pesar de que parecía vieja, se notaba que todo estaba bien cuidado. La entrada tenía un pequeño porche también en piedra. Sobrio, sin macetas ni decoración.

Lo que más llamaba la atención de aquella fachada era la gran puerta de madera que daba acceso al interior. Tenía pinta de ser madera maciza y encajaba con la decoración, pues poseía unos remaches en negro por toda ella.

Los árboles colindantes estaban todos bien atendidos. Sin ramas secas tiradas por el suelo ni montones de hojas apiladas. De las ramas de los árboles caían pequeños farolillos unidos por un cable que salía del tejado de la casa. Seguramente de noche tenía que ser precioso todo iluminado.

Mientras Susana ojeaba el lugar donde pasaría el fin de semana, otro taxi entraba por el camino de grava. Rápidamente sacó de su cartera un billete de diez euros más del importe del taxímetro y se lo entregó al taxista. A cambio debía esperar diez minutos antes de irse. Era su seguro por si veía algo raro.

El taxista recogió los diez euros con una sonrisa y asintió con la cabeza. Luego se bajó del taxi para sacar la maleta. Susana estaba histérica y necesitaba un minuto para respirar. Así que cerró los ojos e intentó relajarse. Debía mantenerse serena para ver las cosas con perspectiva.

Entonces sintió una ráfaga de aire entrando dentro del taxi. Supuso que el taxista le abrió la puerta para que saliera de él. Antes de abrir sus ojos, se dijo a sí misma que tenía diez minutos para tomar una decisión, quedarse o irse.

Al abrir los ojos se tropezó con un hombre joven, de unos treinta años. Pelo rosado y vaqueros gastados. Pelo revuelto castaño y unos grandes ojos marrones que la estaban mirando.

Susana tuvo que tragar con fuerza el exceso de saliva que se estaba produciendo en su boca. Aquel hombre era atractivo. No parecía tener problemas físicos o mentales. Al contrario, tras aquella ropa se apreciaba un cuerpo delgado y tonificado. Quizás de hacer algo de deporte.

—Hola —le sonrió.

—Hola —dijo embobada por la impresión de tropezarse con un chico normal, nada que ver con lo que había imaginado.

—Bienvenidos —gritó Verónica desde la puerta de la casa.

Vestía un suéter amarillo y un vaquero.

Justo a tiempo para sacar a Susana de su trance, pues se había quedado fascinada con su compañero para el fin de semana.

Al igual que ella, él se quedó ensimismado mirándola, pero consiguió disimularlo un poco más. Consideraba que Susana era una chica preciosa, ya que esperaba encontrarse algo peor.

Ambos tenían los mismos miedos y sufrieron una inmensa alegría al ver que el fin de semana que se imaginaron no se presentaba como tal.

Verónica les dio prisa para pasar al interior de la casa. Primero pasó Susana tropezando torpemente con el felpudo de la entrada. Luego entró él, que al ir detrás de ella, pudo admirar su cuerpo, sobre todo, su redondo y hermoso culo.

La casa estaba decorada en colores cálidos con aire rústico. Al entrar, un enorme salón comedor que terminaba en una puerta abierta a la cocina. En frente se hallaba una escalera que daba acceso al piso superior. Al lado, una puerta de acceso a un despacho y otras dos puertas más.

—Bienvenidos a mi casa, espero que os sintáis cómodos —anunció con una enorme sonrisa.

A Susana le gustaba la decoración y la casa en general. Resultaba acogedora. A su compañero le pasaba algo parecido. Ambos no paraban de analizar lo que sus ojos podían ver.

—Primero os voy a indicar la distribución de la casa. Arriba —señaló la escalera—, los dormitorios. Cada uno tiene el suyo. La primera puerta para ti —miró a Susana— y el otro... —el chico asintió—. Aquí abajo tenéis el salón comedor y la cocina —indicó la puerta detrás de la mesa del comedor—. Este es mi despacho —la primera puerta al lado de la escalera—. Luego tenéis aquí la habitación de juegos y la última puerta es el acceso a mi casa.

—¿Habitación de juegos? —Susana había leído demasiadas novelas eróticas para saber que eso no era nada bueno.

—Sí, venid.

Verónica abrió la puerta de la habitación de juegos y descubrió que era una habitación de juegos. Había un billar, una mesa de ping-pong y una especie de barra de bar al fondo, al lado de unas puertas de cristal que daban a una piscina.

—Muchas veces utilizo esta habitación para mis sesiones, ya que la gente al jugar al billar o al ping-pong se relaja —aclaró Verónica, y Susana se sintió fatal.

—Dijiste que la otra puerta era la de tu casa.

Al hablar aquel hombre, a Susana le pareció conocida su voz. Al poder ojearlo más detenidamente le resultó familiar, como si le conociera. Sin embargo, no sabía de qué. Él pareció sentirse incómodo y Susana dejó de mirarlo.

Lo simpático de todo esto es que a ese hombre le ocurría lo mismo con ella, le resultaba tremendamente familiar su cara, pero tampoco podía recordar de dónde.

—Sí, eso dije. Esta es vuestra casa para el fin de semana. Yo tengo otra casa anexa tras esa puerta. Esta parte la utilizo para los pacientes —iba hablando mientras accedía de nuevo al salón comedor—. Hay un timbre por si necesitáis hablar o comentar algo. Bueno... dejémonos de tanto parloteo y vamos a empezar.

—¿Empezar? —preguntó Susana.

—Sí. Os recuerdo que firmasteis un contrato de confidencialidad —ambos asintieron—. Bueno, pues para respetarlo, este fin de semana tú —miró a Susana— serás Rojo y tú —señaló al hombre—, Azul. Yo seré Amarillo —rompió a reír—. Y la palabra clave para las sesiones es Parchís.

—Solo falta el verde, ¿no? —comentó con sarcasmo Susana.

—Ese es mi marido, que mañana se unirá a nosotros. Me pareció simpático utilizar estos nombres, espero que estéis de acuerdo.

—Me da igual —dijeron los dos no muy animados.

—Este fin de semana las reglas serán: Primero, nada de datos personales que puedan identificaros, nombres, apellidos... Acordaos del contrato de confidencialidad. Segundo, podéis charlar entre vosotros o no. Se trata de

pasar un buen fin de semana. Tercero, en vuestra habitación tenéis la ropa para cada una de las sesiones. Hay un papel con las indicaciones. Y cuarto, las sesiones son obligatorias, pudiendo utilizar la palabra clave cuando os sintáis incómodos o no os guste algo.

—¿Algo más?

—Rojo, cambia esa actitud e intenta pasar un fin de semana diferente. Azul, ¿alguna pregunta?

—No.

—Mejor. Son las once, ¿qué tal si pasamos a mi despacho y realizamos la primera sesión?

Verónica les hizo pasar al interior de su despacho. Era amplio, con un escritorio al fondo delante de una estantería con montón de libros. Cerca de la puerta, dos sofás; uno pequeño para una persona y otro mayor para dos, ambos se encontraban enfrentados con una pequeña mesa de café. Encima de la mesa de café, una caja de pañuelos de papel.

Les pidió que se sentaran en el sofá grande y, antes de reunirse con ellos, recogió dos carpetas de su mesa. Se sentó en el sofá más pequeño, enfrente de ellos. A Susana le mosqueaba qué podían contener esas carpetas. Pudo ver que por fuera en una ponía Rojo y en la otra, Azul. Era información de ellos.

Sin pensar lo que estaba haciendo, se levantó de un salto y le quitó las dos carpetas. Esta se vio sorprendida, no se lo esperaba. Antes de que Verónica pudiera reaccionar, Susana abrió su carpeta y la examinó. Aquella carpeta contenía toda su vida. Su nombre, apellidos, edad, gustos, novios, estudios, nombre de sus padres, direcciones...

—¿PERO QUÉ COÑO ES ESTO? ¿CÓMO... —la lengua de Susana se trababa de los nervios.

—Devuélveme la carpeta.

Verónica intentó quitarle las dos carpetas, pero no pudo. Susana esquivó su movimiento. No pensaba soltar nada de aquello hasta obtener una respuesta. Y estaba convencida de que no sería fácil.

—Aquí está mi vida, son todos mis datos —no se calmaba.

—Tranquilízate, por favor —le pidió Verónica entre dientes—. Te lo explicaré todo.

—Claro que me lo explicarás todo, por supuesto. Eso no lo dudes, pero primero tengo una pregunta para ti, Azul. ¿Cómo has conseguido esta

documentación? ¿Quién te la ha dado, eh? Contesta —Susana estaba desatada.

—Información, ¿qué información? —Azul no sabía a qué se refería.

—Esta, imbécil —le gritó agitando las carpetas.

—¿Qué? —Azul estaba perdido, su mirada pasmada iba de Susana a Verónica y viceversa.

—Por favor, dame esas carpetas. Yo te lo explicaré.

—Te voy a refrescar la memoria —abrió la carpeta y lo primero que vio fue su alergia a los gatos—. Esto mismo, ¿cómo has sabido que soy alérgica al pelo de gato? ¿Quién te lo ha dicho?

En ese instante, la mente de Susana revivió el día en que Verónica recogió distintos sobres. El sobre de don Guillermo, el de Carolina y el de Eva. Cualquiera de ellos puede tener estos datos, siendo lo más doloroso la traición de su amiga.

—¿Eres alérgica a los gatos? —Azul preguntó desconcertado.

—Te estás equivocando. Él no tiene nada que ver con esas carpetas.

—¿Ah sí? —La desafió con la mirada—. Pues vamos a comprobarlo. Toma —le entregó la carpeta que ponía Azul.

—Pero... —Azul no se podía creer lo que veía— son mis datos personales. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Cuándo?

—¿Tú no lo sabías?

—¡No! —chilló.

—Si ni tú ni yo... ¿Quién? —los dos miraron cómo Verónica se sentaba en el sofá tranquilamente.

—Esos datos me los proporcionó mi cliente, bueno, algunos, no todos. Otros los he conseguido por mi cuenta.

—Pero, ¿por qué...? —preguntó más relajada Susana.

—Necesitaba saber algunas cosas de vuestro pasado para intentar enfocar la terapia.

—¿Como qué? —Susana tenía la misma pregunta, pero se adelantó Azul.

—¿Queréis sentaros, por favor? —Verónica quería controlar la conversación, mientras tramaba una estrategia.

—Mi cliente, que no es él, como acabas de comprobar, quería que intentara ayudar a David. —En el afán de buscar una versión creíble, Verónica desveló el verdadero nombre de Azul—. Mi cliente considera que tiene un problema al seleccionar novia y, por lo que he investigado, a ti te pasa lo mismo, Susana.

—Ya era tarde para ocultar los verdaderos nombres de sus pacientes.

—¿Yo un problema? —esta vez Susana se adelantó a David.

—Sí, los dos. Los dos elegís parejas que no son compatibles con vosotros. En el caso de David es obvio, está acostumbrado a que las mujeres se le acerquen y lo manipulen, anulándolo. No sé si es por falta de autoestima o por timidez. En el caso tuyo, Susana, es que te van los desafíos y buscas parejas con un carácter fuerte, lo que produce un choque cuando intentas imponerte en la relación.

—Eso... —Susana enmudeció y David no sabía qué pensar.

—El caso es que Susana representa el prototipo de chica que jamás se arrimaría a David, pues ella esperaría que él diera el primer paso. Tampoco es su prototipo físico. Ni rubia ni delgadez extrema. Por eso ambos necesitan esto. Además, Susana, sería una forma de aprender a fijarte en otra clase de hombres.

—No sé qué pensar —dijo Susana.

—Yo tampoco —añadió David.

Verónica aprovechó que eran más vulnerables para quitarles las carpetas. Cuando se las quitó a ambos, respiró. Aquellas carpetas contenían información que ellos no podían saber aún, si no, aquel fin de semana sería un auténtico desastre. Peor de lo que estaba siendo.

—Bueno... —carraspeó— ahora que está todo aclarado, vamos a empezar con la sesión.

—¿Qué? —Susana gritó poniéndose en pie.

—Siéntate, Susana, por favor.

—Parchís, parchís y parchís.

—¡Susana! —reclamó Verónica.

—Necesito pensar —Susana salió del despacho sin saber muy bien qué hacer.

Estaba confundida con todo lo que había dicho Verónica y no podía seguir con aquello hasta que tomara una decisión.

—Estoy con ella —David hizo lo mismo y abandonó la habitación.

Cuando Verónica salió para buscarles, se encontró a Susana sentada en el gran sillón con las rodillas dobladas en el pecho y sus brazos rodeándolas. Estaba hecha un ovillo. En cambio, David estaba asomado a una de las ventanas, mirando el patio.

David se quedó pensando en las palabras de Verónica. Quizás eso explicaba todo lo que le pasaba, su indecisión. Puede que las sesiones le ayudaran a aclararse y conocerse un poco mejor.

En el sillón, Susana hacía algo parecido. Analizaba también sus palabras y le dolieron. Se sintió atacada, además de criticada por su mal gusto a la hora de elegir novio.

Por otro lado, Verónica cerró la puerta de su despacho y, sacando su portátil de un cajón del escritorio, se puso a espiarles por las cámaras escondidas en la casa. La casa disponía de un circuito cerrado de cámaras tanto del exterior como en el interior. Aunque los dormitorios no disponían de ello. Verónica lo utilizaba para espiar a sus pacientes y tener una mejor visión de su relación personal.

—Vaya mierda, ¿eh? —dijo David mirando a Susana. Esta se vio descolocada por la voz de él—. Todo esto... es una mierda, ¿no? —se acercó a ella hasta quedarse al lado del sillón.

—La verdad es que sí.

—¿Sabes lo que vas a hacer? —Negó con la cabeza—. Yo tampoco. Lo único que sé es que no quiero regresar aún a mi vida.

—A mí me pasa igual.

—Vaya mierda...

—Sí, vaya mierda....

Tras varios suspiros de ambos, sus miradas se encontraron y se sonrieron por lo patético que era todo aquello.

—Hola, soy David. Quiero decir —cerró los ojos un segundo— Azul, encantado —estiró su mano para saludar a Susana.

—Hola, soy Susana/Rojo —le estrechó la mano—. Lo mismo digo.

—¿Sabes?, este fin de semana quiero ser otra persona, no yo.

—Me apunto a tu idea.

—Creo que podemos llevarnos bien, será un fin de semana, probamos lo que nos propone y, si no nos gusta, “PARCHÍS” —ambos sonrieron.

Susana se ladeó, apoyando sus piernas dobladas en el asiento del sillón. Le señaló a Azul que se sentara a su lado. Él se sentó en el otro extremo, copiando su postura.

—Ya que estamos aquí, dime, ¿quién es Azul?

—Tengo treinta años y dos hermanas mayores. Estudié Empresariales y

actualmente trabajo. Me gusta mi trabajo y creo ser bastante competente en él. No se me ocurre más nada.... No sé. ¿Y tú?

—Tengo veintiséis años y soy hija única. Mis padres no pudieron tener más hijos. Adoro a mi madre, pero me saca de mis casillas. Me agobia. Qué más... ¡Ah! Estudié Derecho, tengo trabajo y lo odio.

—Lo siento.

—No lo sientas, no debería quejarme. Tengo un buen sueldo y gracias a ello soy independiente.

—Ya... las cosas no están para tirar cohetes, ¿eh?

—La crisis.

Quizás en otro tipo de circunstancias, esta conversación pondría nerviosa a Susana, pero no. Extrañamente, Azul la hacía sentirse muy cómoda. Como si pudiera hablar de cualquier tema.

—¿Qué clase de música escuchas? —Rojo sentía curiosidad por aquel hombre delante de ella.

—Sobre todo música de los ochenta: Mecano, James Brown, Madonna, Michael Jackson, Queen... Esa clase de música.

—¿Qué edad decías que tenías? ¿Treinta o cincuenta? —bromeó.

—¡Muy graciosa! A ver, dime qué música te gusta.

—¿Estás seguro? —Él asintió con una sonrisa, esperando que dijera Ricky Martin o Chayanne. Sin embargo, Rojo le iba a dar una sorpresa—. A mí me va el heavy metal, chaval: Hamlet, Mägo de Oz, Saratoga, Barón Rojo... Aunque también te puedo hablar de los ochenta o noventa con grandes grupos como Metallica.

—¡Vaya! —la miraba pasmado.

—¿Sabes, abuelito? Stravaganzza versionó el tema de Mecano “Hijo de la Luna”, y es muy bueno.

—Lo miraré, creo... —dijo no muy convencido.

—¿Alguna vez has oído buen metal?, te aseguro que te gustaría.

—Déjame que lo ponga en duda.

—Debes ir a un concierto de Mägo de Oz, son increíbles —Rojo seguía insistiendo.

—Perdona, pero es que no me encajas en el tipo de gente que le gusta ese estilo de música.

—¿Te refieres a que no estoy llena de tatuajes ni llevo la cara llena de

piercings? Eso es insultante. Además de ser un cliché. —Se comportó como si estuviera mosqueada.

—Perdona, yo no quería... —intentó arreglarlo.

—No pasa nada —ella sonrió, relajando el ambiente—. La verdad es que en mi caso no tengo *piercings* porque mi madre siempre me tuvo atada en corto. Es bastante clásica. Hoy se lo agradezco.

—Dices que no tienes piercings, ¿y tatuajes? —se puso colorado al preguntar, y a Rojo le pareció muy mono.

—Tengo uno. —Sus ojos se abrieron de curiosidad. Para divertirse, se humedeció los labios, creando un ambiente de misterio—. La silueta de una bruja en la cadera, muy cerca... —bajó la mirada— de mi ingle.

Azul tragó tan fuerte que Rojo lo pudo oír. No pudo evitar reírse. Acababa de hacerle pasar un mal rato, comprobando que era tímido, pero curioso. Aunque ella lo era más.

La conversación siguió un rato más. En todo discrepaban. Si a Azul le gustaban las películas de ciencia ficción, Rojo prefería las comedias románticas. La cosa era ser opuestos en casi todo. Pocos puntos tenían en común.

Los cambios de temas arrojaban más datos sobre sus diferencias. A Azul le gustaba correr por las mañanas, Rojo se inclinaba por nada de deporte, pues el *zapping* no era una opción, el cual supuso un tema de discusión entre ellos. Rojo lo defendía y Azul lo rechazaba.

Riendo y charlando, se pasó el tiempo volando para los dos. Para Azul era la primera vez que se sentía muy cómodo charlando con una mujer que no fuera sus hermanas. Y para Rojo era relajante no sentirse atacada por sus gustos musicales o cualquier otra cosa.

—La cosa no empezó muy bien esta mañana, pero creo ha sido lo mejor para ellos.

—¿Qué ha pasado?

—Susana descubrió la información que me pasaste de ella y se puso muy agresiva. Esa niña tiene mucho carácter.

—¿Lo solucionaste?

—Creo que sí. Pero tengo que andarme con ojo. Es muy intuitiva y puede echar abajo todo en un segundo.

—¿Y ahora?

—Están los dos charlando y riendo en el sillón. Son tan compatibles. Definitivamente, podrían formar una buena pareja.

—Te lo dije.

—Ya.

—Sígueme manteniendo al tanto.

—Vale.

CAPÍTULO 6



—Siento interrumpir, pero es la una y, si os parece bien, tendré la comida lista para las dos.

—¡Eh! —Rojo y Azul se miraron. Azul se encogió de hombros y le tocó tomar la iniciativa a Rojo—. Sí, claro.

—Estupendo. Si queréis podéis subir arriba a vuestras habitaciones a descansar un poco y a las dos bajáis.

—Vale —añadió Azul.

A pesar de que Verónica hablaba suave tanteando el terreno, Rojo no se fiaba de ella, algo en su interior le decía que debía tener cuidado. Así que quiso dejar las cosas claras desde el principio.

—Verónica... quiero decir, Amarillo, pienso ser Rojo este fin de semana y participar en tu ridícula terapia, pero te advierto que no quiero jueguecitos raros. Nada de cosas subidas de tono. Ya lo sabes.

—No te preocupes, Rojo, te aseguro que no habrá cosas raras.

—Yo pienso lo mismo —añadió Azul, pero quedó raro, ya que sonó sin convicción, más bien como apoyo moral.

—Tendré en cuenta todo esto y os aseguro que será un fin de semana agradable.

Rojo fue a coger su maleta, que estaba junto con la de Azul en la entrada, pero este no la dejó. La agarró y se la subió sin darle opción a quejarse, así que Rojo se quedó rezagada detrás de él.

Mientras subían los escalones, Rojo no pudo evitar echarle un vistazo al

cuerpo de Azul. En general, estaba bien. No tenía pinta de machacarse en el gimnasio y tampoco tenía un buen culo, aunque el pantalón intentaba marcarle la zona. De todas maneras, era un hombre atractivo, educado y encantador. El hombre que su madre aprobaría como yerno.

Azul dejó la maleta de Rojo delante de la primera puerta y, con una media sonrisa, siguió hasta la otra. Era un simple pasillo con dos puertas. Rojo respiró hondo y entró en su dormitorio.

Era un dormitorio enorme con dos ventanas en la misma pared, la cual estaba cubierta por una gran cortina que la ocupaba. En el interior del dormitorio no había muchos muebles. Una cama gigantesca, dos mesillas de noche con su lámpara de pie y un diván. No había ni un armario ni una cajonera. Enfrente dos puertas. Al abrir la primera, entró en otra habitación a modo de vestidor. Tenía armarios en un lado de la pared, dejando la pared del fondo para un espejo de pie, colgando en la misma.

En él había varias prendas en diversas perchas, numeradas. Todas en color rojo. Tuvo que sonreír al verlo. Examinó cada una de ellas, llamándole la atención un vestido. Era un palabra de honor corto, de corte recto. Muy sencillo y elegante. Justo debajo del vestido, unas sandalias de tacón rojas.

Justo al lado del perchero de la ropa en el bastidor, había un folio escrito a ordenador. Eran las indicaciones para la ropa, dejando la nota al pie: “La ropa es un regalo por participar en la terapia”.

Susana se quedó pasmada mirando la nota. Toda aquella ropa se la podía llevar. No era gran cosa, aunque le hizo ilusión tener aquellas prendas en el armario de su casa. Así que se fue al principio de la lista y cogió la ropa indicada. Es decir, agarró la percha número uno y la dejó sobre la cama.

Luego sopesó la idea de colocar la ropa de su maleta, pero le dio pereza. Apenas la usaría, así que puso la maleta sobre el diván y la abrió, sacando de ella lo estrictamente necesario.

Aún le quedaba abrir la otra puerta, que se imaginó que era el baño. Después de ver la habitación y el vestidor, dio por sentado que el baño sería igual de grande. Su curiosidad le gritaba que fuera a verlo y no tardó mucho en ir.

Al abrirla, se encontró un gran baño pero con un hombre en él. Al principio no se lo podía creer, el baño conectaba con los dos dormitorios. Era un ancho pasillo con dos puertas en cada extremo, conectando los dos dormitorios.

Azul la saludó con la mano y mirándola con expresión confusa. No sabía qué pensar de todo aquello, le parecía una cruel broma. A él no le importaba compartir un baño, pero que ambos dormitorios tuvieran acceso al baño... eso era demasiado rebuscado.

—Esto tiene que ser una broma —su voz se reveló más aguda de lo normal.

—A mí tampoco me hace gracia.

—Verónica me va a oír.

—Le va a dar igual. No hay más baños en nuestra parte de la casa.

Azul tenía razón y eso le dio rabia.

—Yo creo que si nos ponemos de acuerdo, no habrá problema. Tú utiliza esa parte y yo esta —señaló para su lavamanos.

El baño era un ancho pasillo. Entrando a la derecha se tropezaban con una bañera blanca de patas, un armario sin puertas con muchas toallas y algunas minibotellitas de gel o champú y, al lado, una ducha con una mampara opaca. En el lado opuesto, en el centro de la pared, un ojo de buey y, a los lados de este, dos espejos redondos. Debajo se encontraban dos lavamanos empotrados en un mueble y, a cada extremo de los lavamanos, dos inodoros con su portarrollos de papel higiénico al lado.

—Esto no es normal, ¿qué pasa si yo entro y te estás duchando? ¿O en el inodoro?

—Podemos tocar en la puerta antes de entrar en el baño. Así nos aseguramos de que el otro no lo usa.

—¡Vaya mierda!

—Será algo incómodo, pero el domingo acabará todo.

—Tienes razón —resopló.

Azul entró en su dormitorio cerrando la puerta tras de sí. Necesitaba alejarse de Rojo. Desde que le contó lo de su tatuaje, tenerla cerca le suponía una enorme tentación. Tampoco facilitaba el hecho de poder acceder a su dormitorio. Sobre todo, porque entre más tiempo pasaba con ella, más le gustaba.

La única explicación que encontró era una simple atracción física que se acabaría el domingo, debido a que era un soplo de aire fresco, algo diferente. Opinaba que era una novedad estar al lado de alguien así. Además, ahora mismo no podía añadir un problema más a su vida, de tal modo que creyó que lo mejor sería mantener la distancia.

De repente, un golpeteo en la puerta le interrumpió de sus pensamientos. Era Rojo la que le pedía permiso para entrar. Azul no tardó nada en abrirle la puerta y ella pasó, observando la distribución de la habitación. Eran los mismos muebles colocados en el lado opuesto.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Azul.

—¿Puedo comprobar una cosa?

Apenas hubo asentido, Rojo fue directa a una de las mesillas de noche. No encontró nada. Se fue a la otra y, en el primer cajón, halló lo que buscaba. En el interior había una caja de preservativos y un libro de posturas sexuales. — Espero que esto no sea lectura obligatoria —dijo con sarcasmo, mostrando lo que había en el interior del cajón.

—Déjame ver —Rojo se apartó para que él pudiera ver.

—¿Te lo puedes creer?

—Me da igual —cerró el cajón.

—¿Te da igual?

—Sí —se encogió de hombros—. Este fin de semana no tengo pensamiento de practicar sexo, así que me da igual lo que pueda haber en ese cajón.

—¿En serio no te molesta?

—Sí, no me importa. Que Verónica lo haya puesto ahí no quiere decir que tenga que usarlo.

Rojo se sintió una idiota. Ella entró indignada por lo que había encontrado y, tras escucharle, se dio cuenta de que tenía razón. Verónica era una provocadora y ella no tenía que entrar en su juego.

—Perdona —comentó con un hilo de voz.

—Espera —la agarró suavemente por el brazo y sintió una pequeña descarga eléctrica, al igual que ella. Ambos quedaron mirándose durante un segundo y él continuó—, no te enfades y disfruta. Eso haré yo.

—Creo que voy a seguir tu consejo.

—Bien.

—¡Ah! Voy a ducharme, si no necesitas el baño.

—No.

Sonrió hasta que Rojo se hubo marchado de su habitación. Pensar en aquella mujer desnuda en la ducha le hizo estresarse. Intentó serenarse leyendo un poco en su libro electrónico, pero fue en vano. Su mente volaba a su silueta femenina en la ducha y, si le sumaba el sonido del agua que llegaba a su

habitación, eso incentivaba su imaginación.

Después de ducharse a toda prisa por si él entraba en el baño, se vistió con la ropa que le habían seleccionado. Era un *leggin* vaquero con una camiseta ceñida roja con escote en forma de “V”, teniendo un pequeño fruncido a la altura del pecho. Para los pies, sus *All Star* negras.

Cuando Rojo se miró al espejo se quedó sin aliento. Estaba increíble. Aquella ropa marcaba las mejores partes de su cuerpo, su culo y sus tetas. Entre más se miraba al espejo del vestidor más se gustaba a sí misma. Y no pudo evitar preguntarse cómo estaría vestido Azul.

Mientras estaba en el vestidor, oyó el agua de la ducha. Así que supuso que se estaría duchando, lo que hizo imaginárselo en la ducha. Desnudo. Se le erizaron todos los pelos de la nuca, ya que no podía negar que sentía cierta atracción por él.

A los dos en punto, Azul golpeó la puerta del dormitorio de Rojo en el pasillo para bajar juntos. Cuando abrió la puerta, se encontró un hombre joven muy atractivo; vaqueros y camisa azul de algodón que le marcaba su torso. Su pelo mojado y revuelto le daba un toque rebelde a su imagen.

La respiración de ambos se vio interrumpida durante un segundo. Ninguno pudo evitar mirar descaradamente al otro. Ambos sentían una atracción física complicada de ocultar, así que, con unas sonrisas tontas, no pudieron evitar que sus miradas se cruzaran.

Tras unos minutos de inspección por parte de ambos, bajaron a la planta inferior para comer. Verónica les esperaba junto a la mesa. En la misma había un gran mantel dividido en cuatro secciones, cada una de un color: rojo, azul, amarillo y verde. Los colores del parchís. Rojo flipaba con lo monotemática que podía llegar a ser.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a comer. El ambiente era algo incómodo y tenso. Las miradas se iban cruzando de un lado para otro sin decir nada. Nadie rompía aquel silencio y era muy frustrante para todos.

—¿Os gustan vuestras habitaciones? —Azul miró a Rojo y ambos afirmaron sin emitir la menor sílaba—. ¿Nada que objetar?

—Para nada —soltó Rojo con cierto grado de hostilidad en su voz.

—¿Te molesta algo, Rojo? —Azul le abrió los ojos para que se callara.

—No —dijo con sarcasmo—. Es todo lo contrario. Tengo que agradecerle que el baño conecte ambos dormitorios. Resultará muy práctico cuando de

noche quiera meterme en la otra cama.

—Rojo —suspiró—, debes entender que yo suelo tratar a parejas con problemas. Por lo que la casa está preparada para matrimonios.

—Vale —agregó sin mucho entusiasmo.

La tensión siguió en la mesa, ya que Rojo no dejó a un lado su hostilidad hacia Verónica. Hubo un instante en el que se levantó para ir a la cocina y Azul aprovechó para insistirle que dejara esa actitud. Al tiempo que hablaba en voz baja, algo pasó entre ellos que sus miradas se quedaron enganchadas. Al regresar Amarillo, se produjo una desconexión. Por suerte para ellos, no lo percató.

Después de comer, Amarillo y Rojo se encargaron de recoger y poner todo en el lavavajillas. Azul se fue a dar un paseo por los alrededores, necesitaba aclararse, y estando cerca de ella se sentía más confundido. Por otro lado, Rojo se tiró en el sillón a ver la televisión. Como nada servía, no paraba de cambiar de canal, mientras se preguntaba qué pasaría si se acostara con él.

Se lo planteó de la siguiente forma: “Somos dos adultos libres que se sienten atraídos físicamente, ya que es obvio por parte de ambos. Si decidiéramos pasar la noche en la misma cama no pasaría nada, pues no cometeríamos ningún delito. Además, hace más de un año que no estoy con un hombre, así que la verdad es que echo de menos el contacto con otra persona, un hombre.”

Entre más lo pensaba, su cuerpo más se estremecía. Le pedía a gritos que no perdiera la oportunidad, pero algo la frenaba. Que él pudiera pensar que era una fresca que se acostaba con cualquiera, aunque eso no era cierto, ya que al romper con Adolfo se quedó emocionalmente tocada.

A las cuatro y media, Amarillo los esperaba en su despacho para una sesión. A la hora indicada, él se dirigió al despacho tropezándose con Rojo, tirada en el sillón. Le dedicó una sonrisa y un leve movimiento de cabeza para animarla a ir a la sesión que había preparado. Ella no tenía muchas ganas de tratar con la sexóloga, pero su sentido de la responsabilidad le hizo levantarse y entrar en el despacho.

Amarillo los esperaba sentada en el sofá de un cuerpo, dejando libre el otro mayor. En las mismas posiciones de aquella mañana, Rojo y Azul respetaron sus sitios. No tardó en darse cuenta de la energía de cada uno; él presentaba una actitud más receptiva, en cambio, ella era pura hostilidad.

—Buenas tardes, esta sesión la quería dedicar a los ex. Que me hablarais de vuestras parejas, sobre todo, por qué creéis que no funcionó o cómo os sentisteis durante la relación. Me gustaría que os abrierais —Amarillo se quedó mirando directamente a Rojo, haciendo una pausa—. Si estamos de acuerdo —ella suspiró y no dijo nada al respecto, aunque no cambió su actitud —, empecemos. ¿Te parece bien que seas tú, Azul? —él se encogió de hombros—. ¿Con cuántas chicas has estado? Me refiero como pareja.

—Cuatro... —dudó—. Bueno... a la primera mejor no contarla.

—Vale, tres. ¿Puedes definirme a esas chicas físicamente?

—No sé.

—Toma de ejemplo a Rojo. ¿Se parecían a ella?

—No —sonrió. Amarillo se le quedó mirando, obligándole a continuar—.

Rubias y delgadas.

—Rojo también es delgada.

Él sabía muy bien que el tema del peso era una cosa muy delicada, así que se puso nervioso, pensando que su siguiente comentario podía ofenderla. Al contrario, Amarillo sabía a dónde quería llegar, pues tenía claras instrucciones sobre qué hacer con Azul.

—Veo que no sabes explicarte. Vamos a hacer una cosa. Rojo, ¿puedes levantarte y servirnos de modelo, por favor?

Ella se levantó con desgana y sin la menor idea de a dónde quería ir a parar con todo aquello.

—Esto no es buena idea. —No quería ofender a nadie.

—Tranquilo. Rojo es una mujer de carácter. Estoy convencida de que se siente a gusto con su cuerpo y no se va a ofender por lo que digas.

—No te preocupes —ella le guiñó un ojo, para darle confianza.

Rojo quería aparentar indiferencia ante todo aquello, pero en realidad sí le molestaba que la compararan con otras mujeres. Temía no salir bien parada en la comparativa, más bien sabía que eso iba a ocurrir.

—Has dicho que eran rubias, primera diferencia con Rojo, ella es morena. Respecto a lo demás, ¿qué puedes contarnos? —Amarillo se estaba dando cuenta de que a Azul le estaba costando mucho ser sincero.

Tenía las palabras atragantadas en su garganta. Sus ojos se centraban en su cuerpo y, en su comparación mental con sus antiguas parejas, salían perdiendo. Se estaba sintiendo muy nervioso, ya que le daba vergüenza reconocerlo en

voz alta.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Rojo al ver el miedo en sus ojos.

—Sí.

—Tranquilo... —le sonrió, estaba anteponiendo su madurez a sus sentimientos.

—Vale —Azul se decidió a hablar, pero clavó su mirada en sus manos, que no paraban quietas, y realizó una descripción lo más fría posible—. Esas chicas no tenían tanto pecho, ni caderas, ni culo, estaban tan obsesionadas con su peso que eran muy delgadas.

A Rojo le dolió, no pudo deshacerse de esa sensación tan rápido como ella hubiera querido.

—Entonces, ¿te gusta más un cuerpo muy delgado?

—No. —Ni él mismo se dio cuenta de lo que contestaba. Fue instintivo.

—Es decir, te gusta más un cuerpo como este. Entonces, ¿por qué te fijaste en esas chicas?

Rojo sonrió por dentro.

—Yo no me fijé en ellas. —Se estaba arrepintiendo de ser tan franco.

—¿Cómo que no te fijaste en ellas? —Rojo no pudo evitar meterse.

—Creo que ellas se fijaron en mí y luego yo en ellas. Pero... —se calló.

—¿Qué? —La curiosidad de Rojo era superior a ella misma.

—Menos la primera, bueno... no sé... —Tenía delante de él dos pares de ojos esperando más información. Se sentía acorralado, así que cerró los ojos y dio los menos datos que pudo—. No creo que nunca se fijara en mí, a mí ella me gustaba. Pero la cosa fue mal desde el principio. No creo que ni deba nombrarla.

—Esa chica que tú comentas, ¿tiene más similitudes con las otras tres o con Rojo?

—Con Rojo —dijo con un hilo de voz.

—De lo que has dicho sustraigo que con esa primera chica fuiste tú el cazador. Con las otras, la presa. ¿Se puede definir así?

—Creo que sí. —Azul se sentía raro, entre juzgado y un idiota por no darse cuenta.

—Eso da igual, ¿no? Ser presa o cazador. Mientras seas feliz con la otra persona —agregó Rojo, al sentir empatía por su compañero de sofá.

—En realidad tienes razón, Rojo. Sin embargo, suele ser mejor cuando

ambos son cazadores, porque así no se conformarán con cualquier cosa. En el caso de Azul, me temo que él ha sido una presa domesticada. Se ha conformado en sus últimas relaciones y no ha añadido nada a la relación. — Eso no puede ser —dijo para sí Rojo.

—Azul, ¿te has sentido tú mismo con esas chicas, con las tres últimas?

Azul se quedó pensando en esas tres relaciones y Verónica tenía razón, llegando a la conclusión de que nunca se sintió cómodo del todo con ninguna. Siempre ellas se imponían sobre él, con ninguna sintió ser feliz del todo.

—No. —Le dolió ser sincero.

Amarillo miró con superioridad a Rojo, haciéndole ver que ella era la experta.

—Ese es tu problema, debes volver a ser al cazador. Aunque salga mal. No tengas miedo al fracaso. Piensa que el éxito es posible porque hay fracaso. Es la única manera de que encuentres lo que necesitas. Además, es una herramienta para saber lo que quieres. Piensa en ello, ¿vale? —comentó con voz suave.

Rojo estaba desconcertada, Amarillo había dado en la clave con Azul. Quizás sí sabía lo que hacía y debía confiar en ella.

—¿Qué, Rojo, te animas o prefieres “parchís”? —Amarillo la desafió.

—He tenido tres relaciones: Nacho, Rafa y Adolfo. La peor fue la última. Lo de Nacho fue una tontería de instituto, aunque con los otros dos la cosa fue algo más seria. Me atraen los hombres morenos, más altos que yo. Una cosa como Azul —se sonrojó.

—¿Cómo era vuestra relación a nivel emocional?

—Una montaña rusa, al menos con Adolfo. Era muy celoso y controlador. No soportaba que desconfiara de mis sentimientos y siempre terminábamos discutiendo, no confiaba en mí y me dolía.

—¿Cómo lo solucionabais?

—Con sexo. Cuando discutíamos el sexo era increíble. Pero no fue suficiente...

—Nunca es suficiente —Amarillo hizo una pausa, él escuchaba atentamente—. ¿Los otros también tenían carácter fuerte?

—Sí, pero es algo que me gusta... —sus ojos se clavaron en los de Amarillo— ser la presa. Me gusta que un hombre me conquiste, yo no podría ser un cazador.

—Rojo, dudo mucho que seas una presa, eres una cazadora que se deja cazar —carraspeó—. A las mujeres les suele gustar ser conquistadas, pero eso no es malo. Simplemente te gusta que el hombre dé el primer paso.

—Entonces, ¿cuál es mi problema?

—En mi opinión —iba con pies de plomo, no quería un enfrentamiento con ella—, buscas un hombre de carácter fuerte porque te atrae o porque piensas que es lo que necesitas. Para ello, ocultas tu propia personalidad, hasta que sale a la luz.

—¿Crees que soy capaz de ocultar mi carácter? —preguntó jocosamente.

—Las mujeres somos buenas actrices cuando queremos —hizo un pausa—. Retomando lo que estaba diciendo, no puedo evitar resaltar que comentaras que el sexo era increíble, por lo que sustraigo que asocias el carácter fuerte a una buena relación sexual. No sé si es porque te gusta un hombre dominante en la cama o porque te excita esa lucha de poderes en la cama. Eso no lo tengo claro, aunque me temo que es lo segundo.

—Tú eres la experta —Rojo no quería darle la razón, pero tenía que reconocer que era buena.

—En el fondo, creo que no le das la importancia que tiene a la empatía con la otra persona. Tu carácter y el suyo deben empastar. Eso también ayuda a tener una buena relación sexual.

—Me aconsejas que salga con una persona sin carácter —utilizó todo su sarcasmo.

—Todos tenemos carácter. Te estoy diciendo que busques a alguien con quien te sientas cómoda siendo tú. A eso me refiero.

—Lo tendré en cuenta.

Rojo se quedó pensando en todo lo que le había dicho y había llegado a la misma conclusión que ella. Su carácter es demasiado fuerte para estar con un hombre que la quiera controlar.

Le daba mucha rabia que supiera más de ella que ella misma, y encima le diera consejos. Necesitaba estar sola y repasar aquella conversación. En ese momento no podía seguir allí.

—Creo que por hoy ha sido suficiente, ¿qué os parece jugar un rato al billar?

—Paso —dijo Rojo—. Me apetece leer un rato. —Se levantó y se fue.

—Yo me voy a dar una vuelta, tampoco tengo ganas —Azul copió a su

compañera.

Ambos tenían cosas en las que pensar, cosas que hasta ese momento ninguno se había planteado.

Azul se retiró a caminar por la casa, analizando su conversación con Amarillo. Rojo se quedó tirada en el sillón sin mirar nada. Ni encendió la televisión. Su cabeza estaba en cualquier parte menos allí.

Amarillo se sentó en su escritorio y, sacando su portátil del cajón, empezó a rellenar la ficha de sus dos pacientes, añadiendo datos que había logrado durante la sesión y anotando sus conclusiones de cada paciente.

Rojo no podía seguir callada, necesitaba hablar. Seguía algo desconcertada con la conversación de la sesión y tenía que hablarlo con alguien. Azul no era una opción, estaba tan tocado emocionalmente como ella. Así que le quedaba Amarillo.

Se acercó al despacho con indecisión y golpeó la puerta entreabierta. Amarillo levantó la cabeza de su portátil y se quedó mirándola. Era evidente que su hostilidad había desaparecido y que estaba más receptiva. Esa era la chica que necesitaba para ese fin de semana. Sonrió por dentro.

—¿Podemos hablar?

—Claro, pasa. Dime, ¿qué necesitas? —utilizó una voz suave para que el animalito indefenso que tenía delante de ella no saliera corriendo.

—Es sobre la conversación.

—¿La sesión?

—Como quieras llamarlo. —Cerró su portátil y, rodeando su mesa, se colocó enfrente de su paciente, apoyando su peso en el escritorio—. Crees que tengo un problema, ¿verdad?

—Susana, no tienes un problema. Un problema es que estuvieras casada con un hombre con el cual no eres compatible y, si le añades niños, eso es un gran problema. Pero a ti lo que te pasa es que te has centrado en un tipo de hombre que no te conviene.

—¿Y qué me aconsejas?

—Mira, no soy quién para decirte con quién debes salir, solamente puedo orientarte con cuál ha sido el problema con tus anteriores parejas, y tengo la impresión de que asocias el buen sexo con carácter. Ahí radica tu error. Todos tenemos carácter, fuerte o débil, pero eso no quiere decir que seamos mejores o peores en la cama, sino diferentes. Fíjate en Azul, es un hombre con carácter,

pero su timidez y educación lo hacen parecer débil. Eso no quiere decir que sea malo en la cama.

—Me estás diciendo que debo fijarme en hombres como Azul...

Un golpeteo en la puerta les interrumpió. Era Azul, quería hablar con Amarillo. Ella inmediatamente le hizo pasar. No se creía su buena suerte. Tenía la oportunidad perfecta para crear una amistad, pudiendo germinar en algo más, estando convencida de que iba a ser así.

—Pasa, Azul. Me imagino que vendrías a hablar sobre la sesión.

—Vengo más tarde si estás ocupada —dijo él al ver a su compañera.

—No, quédate, pasa, por favor.

Amarillo les indicó a los dos el sofá grande y ella ocupó el pequeño.

—Los dos estáis confundidos, pero por cosas diferentes. Tú, Susana, quiero decir, Rojo, sientes que acabo de romper tus esquemas sobre el tipo de hombre que te conviene. A ti, Azul, te pasa lo mismo. Bueno, os voy a recetar que paséis tiempo juntos.

—¿Qué? —preguntó algo alarmado, ya que él había decidido alejarse de ella para evitar una mayor atracción.

—Me explico. Rojo, quiero que conozcas a Azul y te des cuenta de que los hombres como él también tienen carácter, y que la debilidad de David, quiero decir, Azul, es que es tímido y demasiado educado. Azul, tú también harás lo mismo. Te acercará a Rojo y te darás cuenta de que las mujeres con carácter no muerden, y eso hará que ganes en confianza a la hora de hablar con una chica. Ambos os necesitáis.

Amarillo estaba muy molesta con ella misma. Había instalado el tema de los pseudónimos por la confidencialidad y era la primera que no lo respetaba. — Se me ocurre una idea —agregó Amarillo. A Rojo no le hizo gracia y Azul temió lo peor—. Esta noche tenía preparada una cena algo elegante y formal, donde podréis conocer a mi marido. Se me ocurre que puede ser una cita para los dos solos. Si queréis.

—¿Una cita?

—Sí, o míralo así, Azul, una cena con una amiga o una desconocida. —Se felicitaba a sí misma por su idea.

—No creo que sea buena idea.

—Yo pienso lo contrario, Rojo. Será un momento para que habléis y os deis cuenta de que existen otro tipo de mujeres o de hombres. —Repartió la mirada

por sus dos pacientes.

—¿Nos estás recetando una cita? ¿Hablas en serio? —Rojo no pudo evitar que sonara más sarcástico de lo que ella quería.

—Sí. Son deberes para esta noche. Conoceos.

Azul y Rojo se miraron, estando algo confusos sobre si seguir el consejo de Amarillo u olvidarse de todo aquello.

CAPÍTULO 7



Siguiendo las indicaciones, Azul se vistió con la ropa que tenía señalada en la planilla de su vestidor. Vaquero gastado azul oscuro, camisa celeste, corbata azul perlada y americana azul marino. Inicialmente se peinó con raya y el pelo aplastado, aunque luego cambió, se revolvió el pelo, se lo dejó despeinado, eso le daba un aire más juvenil.

La principal razón de cambiarse el pelo era que no quería verse como todos los días cuando iba al trabajo. Ese fin de semana era Azul y no David, por lo que no quería nada que le recordara quién era, o al menos esa noche.

Rojo también siguió las indicaciones de su planilla. Se puso el vestido rojo con las sandalias de tacón, no muy altas. El pelo se lo recogió en un moño clásico para dejar su cuello libre. Se puso unos pequeños pendientes imitando a una perla y se quitó su reloj, completándolo con un maquillaje sutil.

Estaba preciosa. No podía dejar de mirarse en el espejo del vestidor. Aquel vestido le encantaba y era perfecto para su figura. Tenía que reconocer que Amarillo era muy buena seleccionando la ropa.

Tanto Rojo como Azul se evitaron mientras se preparaban, así que ninguno sabía cómo vestía el otro. En el caso de él, era la forma que tenía para mantener a raya sus ganas de besarla. En cambio ella, buscaba sorprenderle con su aspecto. Le gustaba imaginarse la cara que pondría al verla. Era un cosquilleo que le recorría el cuerpo y le subía el ánimo. Algo que hacía mucho que no sentía.

Un golpeteo en la puerta del dormitorio de Rojo le avisó que él la esperaba. Respiró hondo y muy decidida se fue a la puerta. Al abrirle, tuvo que apoyarse en la puerta, pues sus piernas a duras penas sostenían su peso. Estaba guapísimo. No pudo evitar observarle detenidamente. Un latigazo recorrió su cuerpo hasta llegar a su bajo vientre para quedarse ahí. Su cuerpo le gritaba que necesitaba a un hombre, o a ese hombre.

Azul juntó los labios para intentar controlar su libido. Estaba muy sexy. Su

cuello desnudo era una tentación. Apretó los puños para evitar tirarse sobre ella y besarla, quitarle ese vestido y llevársela a la cama. El paquete de preservativos lo tenía muy presente en aquel momento. Se dio cuenta de que esa noche le iba a ser muy complicado estar al lado de ella, ya que no podía quitarle los ojos de encima con deseo.

Tras diez minutos de contención por parte de ambos, bajaron al salón. Rojo caminaba despacio, ya que su cuerpo no paraba de mandarle señales de su desbocado deseo. Tampoco el cuerpo de Azul se quedaba atrás. Notaba cómo su cuerpo se rebelaba a lo éticamente correcto.

Delante de la mesa se encontraron con Amarillo con la misma ropa de la tarde. Les esperaba con la mesa puesta. Había un mantel blanco con lo necesario para dos comensales. Uno enfrente del otro. La comida y un candelabro de tres brazos con velas mejoraban la mesa.

Amarillo los piropeó y les deseó una buena cena, añadiendo antes de irse que podían encender las velas y poner música. A la defensiva, ambos contestaron que no era necesario. Lo que pasaba es que temían no llegar a comer nada. Un ambiente romántico avivaría la atracción física que sentían.

Cuando desapareció tras la puerta de acceso a su casa, Azul retiró una silla para Rojo. Una vez acomodados ambos, los nervios se apoderaron del ambiente. Se iban pasando los platos de comida con sonrisas nerviosas. Ella tenía el estómago lleno de nervios y apenas se sirvió comida. Él se sirvió más de la que podía comer por el estrés.

Cuando las miradas se cruzaban, inmediatamente se apartaban. Eran como dos adolescentes en su primera cita. Al menos, lo sentían así. Les encantaba esa sensación y les sorprendía que después de tantos años pudieran tenerla otra vez. No podían creerse lo fuerte que era la atracción. Estaban desconcertados.

—¿Por qué viniste?

—¿Perdón? —la pregunta pilló por sorpresa a Rojo, pues estaba regodeándose en lo que estaba sintiendo.

—¿Que cuál fue el motivo para que vinieras? —repitió la pregunta.

Azul necesitaba alguna distracción. No podía seguir mirando el cuello desnudo de Rojo como si le fuera la vida.

—La verdad es que... —sonrió coquetamente— aún me lo pregunto. —No era la respuesta que esperaba—. Supongo que fue porque necesitaba un

cambio o algo así.

—¿Un cambio?

—Es complicado... —suspiró—. Yo estudié Derecho y empecé a trabajar en Empresa... bueno, en una gran empresa. Llevo allí tres años y he solicitado dos veces un puesto en el Departamento Legal, pero prefieren mantenerme rotando por varios departamentos cubriendo vacantes.

—¿En serio? Tu jefe es un... —se calló el insulto.

Al centrarse ambos en la conversación, el ambiente se fue relajando.

—Me sentí fatal, así que busqué trabajo en otro lado, pero no hay nada. Al menos, me han vuelto a cambiar para cubrir otra vacante. —Sentía lástima, pues se le notaba que estaba mal en el trabajo.

—¿Te han vuelto a rotar?

—Sí, y no te lo pierdas. Mi nuevo jefe, el jefecillo... —

¿El jefecillo? —le interrumpió.

—Sí, le dicen así porque es el hijo del dueño. Es un niño mimado. Y pensar que tendré que aguantarle el lunes, me dan arcadas.

—Joder, lo siento.

—No te preocupes, sé domar a las fieras. —Ambos sonrieron y el ambiente se terminó de relajar—. ¿Y tú?

—También es complicado... —Sonrió—. Quería alejarme unos días de todo para tomar algunas decisiones personales. Eso es todo. Cuando Verónica me lo propuso pensé que podría ser bueno para pensar.

—¿Por eso te aíslas? —Azul se quedó desconcertado ante su pregunta—. Me refiero a que aprovechas cualquier momento para estar solo... caminando por ahí fuera.

—Más o menos —contestó dudoso.

—¿Y el trabajo?

—Bien. Me gusta mucho.

—Vaya, ¡qué envidia! —Él se sintió mal tras su comentario.

—¿Vives con tu familia? —preguntó rápidamente para cambiar de tema.

—No, mis padres viven a las afueras. Soy una chica independiente, ¿y tú?

—También, pero mis padres viven cerca. Creo que comentaste que no te llevas bien con tu madre.

—No es eso. Es que es muy mandona y siempre está sobre mí juzgando todo lo que hago. A veces me asfixia, aunque otras me gusta que esté pendiente de

mí.

—¿Y tu padre?

—Mi padre es un pedazo de pan. Nada que ver con mi madre, ¿y tú?

—Te vas a reír, pero es al revés. Mi madre es la mejor madre del mundo.

Siempre pendiente de todos. Pero mi padre... —

Es duro, ¿eh?

—Es un dictador.

—Joder, ¡qué mal!

—Ya, pero es mi padre. —Él se rio al recordar algo de su niñez.

—¿De qué te ríes? —preguntó con mucha curiosidad, sonriendo por empatía.

—Me acordé de una cosa de cuando era niño. —Abrió los ojos esperando que hablara—. Vale... creo que te dije que tengo dos hermanas mayores. Bueno, pues ellas solían vestirme con su ropa, me disfrazaban de mujer. Mi padre un día las pilló y al final recibimos los tres. Ellas por vestirme como una niña y yo por dejarme. Ese es mi padre.

—Eso es una chiquillada —agregó Rojo entornando los ojos.

—Claro que lo era, aunque mis hermanas lo recuerdan de otra forma.

—¿Tus hermanas?

—Sí, Alexandra y Valeria. Son unas locas. Bueno... Alexandra se casó y se reformó, aunque fuera con un imbécil. Tiene una niña. En cambio, Valeria sigue haciendo lo que le da la gana.

—Entonces —sonrió con malicia—, tú eres el niño bueno.

—Creo que sí.

—Me hubiera gustado tener hermanas. Tiene que ser divertido.

—Depende de qué clase de hermanas. Con las mías te aseguro que es frustrante. Son tremendas.

—No digas eso. Seguro que son geniales.

—Te puedo asegurar que no es así.

Con el ambiente más distendido, resultó más fácil que saborearan la comida. Los nervios se evaporaron y continuaron charlando, pues ninguno permitía que los silencios fueran muy largos, buscando centrarse en la conversación y no en la atracción física.

La conversación se fue enfocando a su etapa académica. Sin entrar en detalles. Simplemente se fueron contando anécdotas sobre su época escolar.

Rojo le reconoció que su afición a la música heavy metal se debía a su primer novio, Nacho. Él representaba todo lo que su madre no quería para ella y eso le hizo más atractivo, aunque fue un simple capricho adolescente.

Azul confesó que en el instituto era tan tímido que apenas tenía amigos, además de gustarle estudiar. Eso le hacía ser un paria, lo que le llevó a mirar a las chicas de lejos y no intentar nada más que una simple amistad. En la universidad fue diferente, porque empezaron a ser ellas las que se acercaban a él.

Tras comentar algunos momentos bochornosos de sus vidas, pasaron a hablar de películas y libros. Los gustos de ambos eran tan dispares que simplemente podían escucharse, aunque Rojo conocía alguna que otra de las películas que nombraba, ya que su exnovio, Alfonso, era friki de la ciencia ficción.

Tanto Rojo como Azul estaban empezando a entumecerse allí sentados y, a pesar de cambiar de postura, se encontraban incómodos. Así que ella le propuso sentarse en el sillón pero, al levantarse de la mesa, vio por la ventana los farolillos de los árboles encendidos. Desde la ventana se veía precioso y, sin decir nada, se fue a la puerta de la entrada y la abrió.

La imagen resultaba tan romántica... La casa estaba iluminada por los farolillos y una inmensa luna llena que cubría una noche despejada. A Rojo le apetecía pasear entre los árboles, hasta donde alcanzaba la iluminación de los farolillos. Azul, detrás de ella, descubrió su hallazgo y no se pudo resistir a la idea de dar un paseo por los alrededores de la casa.

La idea era perfecta, pero Amarillo no pensaba lo mismo. El circuito de cámaras no era muy bueno en el exterior, por lo que no podría espiarles, de tal modo que no sabía qué pasaría con ellos fuera del alcance de sus cámaras.

Al dar unos pasos en el exterior, Rojo se abrazó. La noche era fresca y sintió un escalofrío. Un Azul muy caballeroso no tardó ni un segundo en quitarse la americana y le ayudó a ponérsela. Cuando la tuvo puesta, sintió el calor que desprendía y se abrazó a ella. Al ladear la cabeza para apoyar su mejilla en su hombro, olió el perfume de la americana. Oía a él, le resultó embriagador.

Cuando recuperó el sentido de la realidad, se giró para darle las gracias. Estaba a un palmo de él y aprovechó para ponerle ojitos tiernos y una sonrisa seductora. Le gritaba que la besara. Él captó el mensaje, pues notó el impulso

de besarla, pero lo rechazó con mucha fuerza de voluntad. Rojo no fue la única que sintió una punzada de decepción.

En vista de que no iba a lograr nada de él, se apartó y empezó a caminar por el patio en dirección a los árboles. Él la seguía, respirando profundamente e intentando recuperar fuerzas para su autocontrol, ya que estar con ella estaba siendo duro. Sabía que podía abandonarla y encerrarse en su habitación, alejarse de ella. Sin embargo, eso no era una opción en aquel momento. Algo en su interior se negaba a acabar con aquello.

Desde que salieron de la casa, apenas pronunciaron palabra. Se dedicaron a observar y a comentar ligeramente la bonita noche que les cubría. Azul mantenía las distancias y Rojo le buscaba con la mirada.

Esperó estar entre los árboles para volver a atacar con una miradita coqueta. Azul se mantuvo firme y solo le sonrió. La frustración de Rojo empezaba a hacer mella, estaba desesperada por un beso. Lo quería ya, en aquella noche tan romántica, como en las películas.

No sabía qué pensar de él. Se lo estaba poniendo muy fácil, le estaba diciendo con los ojos “Bésame” y Azul, ni caso. No entendía qué podía pasar. En otras ocasiones le había funcionado, así que cabían dos posibilidades: Primera, no le atraía, y la segunda, no entendía el mensaje de sus ojos. Supuso que era la segunda, pues la primera resultaba demasiado dolorosa para aceptarla, por lo que atacó.

—Hoy dijiste en la sesión que te parecía atractiva, creo que mentiste para no ofenderme —dijo con coquetería.

—No mentí.

—¿Seguro?

—Yo nunca miento —afirmó muy serio—. No me gustan las mentiras. Prefiero callarme que mentir.

—Entonces, ¿te gusta mi cuerpo? —Se colocó las manos en la cintura y arqueó su espalda para resaltar su pecho.

—Sí. —Tragó tan fuerte que su nuez se movió bruscamente.

Esa era la señal que estaba esperando, así que no esperó a que se pasara el efecto. Ella se acercó y él retiró la mirada hacia la luna, buscando desesperado una distracción.

—La luna esta noche es preciosa. ¿Te has fijado?

—Ahora mismo estoy ocupada en otra cosa.

Rojo le agarró el mentón y se acercó lentamente a su cara, quedándose a escasos milímetros. Estaba esperando el momento en que él la mirara. No tardó mucho en que sus ojos se cruzaran. Sentía su respiración ligeramente acelerada sobre su rostro, al igual que él.

Se mantuvo, saboreando el momento. El primer beso era el mejor y ese instante previo de deseo era excitante. Quería recrearse, por eso no le besó y siguió allí, inmóvil. En cambio, él cada vez estaba más nervioso. Ya nada podría evitar que lo que llevaba queriendo hacer desde que la vio fuera a ocurrir. Así que se tiró a la piscina, sin esperar a comprobar que hubiera agua.

Al tener sus labios sobre los suyos, ella no pudo evitar sonreír. Al final, el ansiado beso había llegado y ahora lo iba a disfrutar.

Ella dejó que él tomara la iniciativa. Sus labios se movieron lentamente por los suyos. Centímetro a centímetro. Ella entreabrió un poco sus labios para darle carta blanca a su lengua. Sin embargo, él no se aprovechó de ello. Desesperada por un beso más profundo y húmedo, introdujo su lengua en su boca. Notó que le pilló de improviso, pues hasta ese momento ella no había tomado la iniciativa, simplemente se dejaba llevar por él. Esto hizo que él se rindiera ante su deseo y se dejara llevar por aquel beso.

Los brazos de Rojo rodearon el cuello de Azul. Sus labios sabían tan bien que ella no pensaba despegarse de ellos, por eso formó un nudo en su cuello. A él le pasaba algo parecido. Sus manos se colocaron en sus caderas, acariciándolas. Le encantaba tocarlas, sentir unas hermosas y carnosas caderas, mientras su lengua saboreaba su boca.

Poco a poco la temperatura empezó a subir entre ellos. Sus cuerpos se iban calentando con los besos y estos cada vez eran más fogosos. Estaban empezando a cruzar la línea de no retorno. Ambos se estaban dando cuenta, sobre todo cuando él descendió sus manos de las caderas a su culo. Allí apretó con fuerza sus nalgas y la empujó hacia él. Con sus cuerpos separados por unas escasas prendas, Rojo notó algo duro en su bragueta.

Ella fue la primera en apartar sus labios. Aquel no era un lugar apropiado para continuar con aquello. No obstante, él estaba enloquecido y no dejó que se fuera a ninguna parte. La mantuvo apretada contra él. Fuertemente. Al no disponer de sus labios, se fue a su cuello desnudo. Ese que tan tentadoramente le gritaba durante la comida.

La respiración de Rojo era irregular, al igual que la de él. Estaban con los

pulsos acelerados y la libido al máximo. El cuerpo de ella luchaba contra su mente, ya que este era el que mantenía cierto grado de sensatez, aunque estaba empezando a perderla con los besos de Azul en su cuello.

—Para, por favor —dijo con un hilo de voz.

—No.

—Sí.

Él paró y la miró con los ojos encendidos de lujuria. Ella estaba como él, con ganas de más, pero aquel no era el lugar.

—Aquí no —comentó Rojo.

La cordura regresó a él y se puso colorado. Estaba avergonzado por cómo había perdido los papeles, sobre todo, porque jamás le había pasado. Estaba asustado. No entendía nada, lo que produjo que la soltara y diera un paso atrás. No podía mirarla a la cara. Aquella no era forma de hacer las cosas.

—Disculpa, yo...

—Tranquilo —le acarició el brazo y él huyó sobresaltado por el roce de ella—. ¿Algún problema?

—Esto no es buena idea. No debemos continuar con esto. Yo no puedo... Perdona.

Azul salió caminando rápidamente para la casa y Rojo le siguió unos pasos por detrás. Se detuvo con la puerta abierta y esperó a que ella entrara para cerrarla. No la miraba, evitaba cualquier tipo de conexión. Ella no sabía qué hacer o qué decir, porque no entendía nada de lo que había pasado.

Azul le dio las buenas noches y subió las escaleras, ni esperó a que hablara. Ella se quedó pasmada mirando cómo él desaparecía de su vista. Entró como un huracán a su dormitorio y se quitó con rabia la corbata, desabrochándose los dos botones superiores de su camisa. Se sentía confuso y sin fuerzas para luchar contra ese deseo que le hacía enloquecer. Se llevó las manos a la cabeza en un acto desesperado, sentándose en el borde de la cama, intentando buscar una solución a su locura por ella.

Rojo aún seguía al pie de las escaleras mirando hacia arriba, preguntándose qué había pasado. Lo primero que pensó es que no le gustó el beso, algo que desechó por su erección. Segundo, que fuera gay. Tuvo que reírse, pues era evidente que no fue eso. Tercero, se asustó porque le gustó demasiado. Esa resultó ser la respuesta más lógica que encontró, quedándose con ella.

Ahora le tocaba mover ficha a ella y lo sabía. “¿Regresar a su dormitorio y

quedarse con las ganas, o seducir al cobarde hombre del otro dormitorio? ¿Qué realmente quería hacer?”. Era complicado, ya que su cuerpo le pedía marcha pero su cabeza le decía que fuera prudente.

Amarillo había presenciado toda la secuencia, cómo Azul había llegado primero a la casa y luego había desaparecido hacia los dormitorios como alma que lleva el diablo. Algo había pasado entre ellos en la zona de los árboles, pero no lo había podido ver. Las cámaras no tenían tanto alcance. Estaba asustada de que se hubieran enfadado y él no quisiera saber nada de ella ahora. Eso complicaría su trabajo.

El problema era que no podía sacar nada en claro hasta el día siguiente, ya que Azul estaba en su habitación y Rojo estaba empezando a subir las escaleras. Con lo poco que sabía no podía hacer nada, sino esperar.

Rojo entró en su dormitorio sin saber qué hacer. Seguía dándole vueltas al asunto. Le apetecía estar con él, pero en el fondo le daba reparo que pudiera pensar que era una descarada o una ninfómana.

—Vamos a ver, Susana —habló para sí misma—. Eres una mujer independiente y fuerte. No necesitas tener la aprobación de nadie para entrar en ese dormitorio y darte un gustazo. Te lo mereces. Además, sois adultos libres, más bien, sois dos desconocidos libres que a partir del lunes ninguno sabrá del otro, por lo que no debe importarte lo que piense de ti.

Aunque no quisiera reconocerlo, estaba desesperada por estar con él. Y más aún después de besarle. El simple hecho de imaginarse su boca por todo su cuerpo le excitaba. Era espantoso reconocer cuánto le deseaba.

Antes de entrar en su dormitorio debía tener una estrategia o plan. No podía entrar sin más. Debía seducirle. Se fue al baño y se fue desmaquillando mientras analizaba sus posibilidades. Cuando terminó, se quedó mirando al espejo y se dio cuenta de que aún llevaba su americana. En ese instante supo qué debía hacer.

Con las ideas claras, se acercó a la puerta de su dormitorio por el baño. Antes de tocar, repasó su plan. Al tiempo que lo hacía, se fijó que llevaba las sandalias de tacón, así que se las quitó y las dejó allí. Respiró hondo y tocó en la puerta.

El golpeteo de la puerta le asustó, pues estaba ensimismado quitándose los zapatos sentado en la cama. La invitó a pasar y ella tímidamente accedió a su dormitorio.

—Perdona, pero quería devolverte la americana.

Rojo se giró y esperó a que él se levantara para quitársela, lo quería bien cerca para lo que tenía planeado.

—No te hubieras molestado. No me hacía falta. Pero, gracias —dijo educadamente.

—Ya... —sonrió con malicia—. Es que quería pedirte otro favor —él le retiraba la prenda.

—Dime.

—¿Ves la cremallera del vestido? Es que... —hizo un gesto de timidez, como si le diera vergüenza algo— antes, al subírmela, me dio la sensación de que no estaba muy sana. ¿Puedes bajármela lentamente? —giró su cuello para mirarle—. No quiero romper el vestido. Parece caro.

—Vale —su voz fue aguda. Se debía a lo nervioso que se había puesto pensando en su desnudez.

—Tú bájala tranquilo, que yo agarro el vestido por delante.

Él comenzó a bajar la cremallera y lo primero que encontró fue el sujetador beige sin tirantes de ella. Siguió descendiendo la cremallera y descubriendo más piel de la espalda. Sus ojos estaban desenfocados y no paraba de tragar nerviosamente. Estaba notando cómo aquella cremallera se convertía en su propia Viagra particular.

Cuando terminó de bajar la cremallera, ella se giró y le sonrió, agarrándose el vestido a la altura del pecho con las dos manos. Él estaba controlándose para no arrancárselo y tirarla sobre su cama.

—Muchas gracias... —dijo con sonrisa de niña buena—. Bueno... ¡que descanses!

—¿Eh? —no podía hablar, su mente seguía en aquella espalda.

Rojo recordó lo que había dicho Amarillo, Azul era un hombre tímido y extremadamente educado. Era la mejor explicación para entender el motivo por el que no le había quitado el vestido y tirado en la cama.

—¡Buenas noches! —Elevó sus talones un poco y juntó los labios con los suyos para rozarle en un tímido beso.

Azul se quedó con las ganas de otra clase de beso y aquel roce solamente le había hecho darse cuenta de lo mucho que la deseaba. Ella seguía parada delante de él, esperando una reacción suya. No se hizo esperar, porque él no podía más.

Sus manos se fueron a los botones de su camisa y fueron sacando cada botón de cada ojal. Rojo sonreía. No escondía el placer que suponía que se fuera desnudando para ella. Poco a poco fue descubriendo que Azul no se depilaba. Tenía vello en su pecho, lo justo para parecer más varonil y no un osito de peluche.

Se terminó de desabrochar los botones de los puños y se quitó la camisa, tirándola al suelo. Al segundo, el vestido estaba también en el suelo. Ella lo había soltado. Ambos estaban convencidos de que esa noche no pensaban dormir solos, ninguno.

Él la tenía desnuda delante y no se cortó en observarla descaradamente. Lo mismo hizo ella. Aunque él tenía mejor panorama, ya que aún llevaba los pantalones, algo que no tardó en solucionar. Sus manos se fueron al cinto y, con maestría, se deshicieron de él, terminando en el suelo con el resto de la ropa.

Ahora estaban igualados. Ambos en ropa interior. Observándose. Calculando o esperando quién daba el siguiente paso, cosa que no tardó en hacer Azul. Al repasar el cuerpo de ella, sus ojos se centraron en su tatuaje, ocultado una parte por sus braguitas. Se arrodilló delante de ella y las retiró, lo justo para ver el tatuaje entero. La miró a los ojos y luego lamió el tatuaje.

Su lengua rozó solo la porción de piel del tatuaje, pero ella sintió como si la hubiera lamido entera. El deseo se clavó en su vientre bajo y no pudo evitar emitir un gemido. Él repitió el gesto y ella volvió a gemir, pero esta vez vino acompañado por la sensación de humedad de sus partes. Era oficial, estaba excitada con su simple roce.

No quería que se diera cuenta de ello, así que le agarró por la cara y le obligó a ponerse en pie. Cuando lo tuvo delante de ella, lo besó. Esta vez no esperó a que su lengua tomara la iniciativa. Fue a saco. Estaba demasiado excitada para esperar a que él se decidiera.

Su beso fue apasionado y sin ningún pudor, no tenía nada que perder y tampoco pretendía perder tiempo en tonterías. Aprovechando el beso, las manos de él fueron al broche del sujetador. Sus dedos se liaron y no eran capaces de desabrocharlo. Al final, ella le dio un pequeño golpe en el hombro y se apartó un poco de él para quitarse ella misma el sujetador.

Sus ojos se fueron a sus pechos desnudos, estaba hipnotizado por ellos. Parecía que nunca hubiera visto unos. Sin embargo, lo que le pasaba es que

estaba fascinado por su tamaño. Las anteriores parejas apenas tenían pecho por su delgadez y ahora tenía delante dos turgentes y potentes pechos con sus enormes pezones dilatados. Se le hacía la boca agua, pero primero debía tocarlos.

Sus manos se encargaron de cada uno de ellos. Primero los agarraron en su totalidad, midiendo su tamaño. Luego fueron acariciándolos alrededor del pezón, jugando con ellos, para terminar apretándolos ligeramente.

Rojo soltó un gemido. Ya era oficial, sus bragas estaban mojadas del todo. Así que llevó la mano al bulto de su entrepierna y lo acarició. Él cerró los ojos y su garganta emitió un ruidito a modo de gemido. Su mano notaba la erección y supo que ambos estaban listos para pasar a la siguiente fase.

Lo primero que hizo fue ir al interruptor de la pared y apagar la luz, la intimidad de la oscuridad hacía aquel acto más sórdido. La iluminación era casi nula, algo que no le gustó, quería poder verla, quería saber qué expresión ponía cuando la penetrara, pretendía ver cómo eran sus orgasmos. Así que se fue a la ventana y abrió las cortinas de par en par, dejando que la luz de la luna llena les acompañara aquella noche.

A Rojo le gustó la idea, resultaba romántica. Le gustaba que la luna fuera testigo de su encuentro sexual. Ella le sonrió y le besó de forma ardiente, sin contenerse, dejándose llevar por el momento.

Con el ambiente lleno de excitación, se fue a un cajón de la mesilla de noche y sacó el paquete de condones, mostrándoselo. No tuvo que decir nada, él era consciente de lo que había que hacer. Ella se tiró en la cama, mientras él se colocaba el condón.

Estaba encendido y sus ojos no lo ocultaban. Sus manos agarraron las braguitas y se las quitó, descubriendo su excitación. Eso lo estimuló más, aunque a ella le dio vergüenza. Él se colocó a su lado en la cama y la besó, dejándola con ganas de más, porque su boca se fue a sus pechos. Tenía la necesidad de probarlos y no podía aguantar más.

Se metió en la boca toda la porción de pecho que pudo, utilizando su lengua para lamerlo a medida que iba soltando piel. Su boca se quedó con el pezón para provocarla. Rojo no pudo más y gimió. El placer y la excitación recorrían su cuerpo desesperados por salir.

Mientras su boca estaba ocupada, su mano también. Fue descendiendo por su vientre hasta llegar a su sexo. Las piernas se abrieron y le dieron acceso a

él. Sus dedos se encargaron de descubrir la excitación de ella y sentirla al introducirlos en su vagina.

—Ya no puedo más —le susurró Rojo.

—Vamos.

Se colocó encima de ella con cuidado para no aplastarla, pero ella estaba demasiado ansiosa y le besó con brusquedad. Él se quedó encima de ella, apoyando su peso en ella. Fue extraño lo cómodo que se sintió, no tenía miedo de hacerle daño, pues el cuerpo carnoso y vigoroso le daba seguridad.

Ella pudo sentir su erecto pene listo para penetrarla. Con ayuda de su mano, fue guiando el miembro. Poco a poco fueron sintiendo su avance. Cuando terminó de cubrirla, esperó a que ella se adaptara a él. Las piernas de ella rodeando su cintura fueron la señal para comenzar el baile pélvico y de jadeos. La cosa no tardó en subir de tono hasta que ambos estallaron en un grito ahogado.

Azul se sintió aliviado cuando notó el orgasmo de ella, ya que no podía seguir reteniendo el suyo. Su excitación era tal que le costó un gran esfuerzo no ser egoísta y dejarse llevar por su cuerpo.

Rojo estaba fascinada con aquel hombre. Había estado muy por encima de sus expectativas. Todo había sido tan erótico y excitante que quería más. Necesitaba más. Aunque primero debía coger fuerzas, no pensaba irse de aquella habitación en toda la noche.

Él se giró para liberar su cuerpo y se colocó a su lado boca arriba. Su respiración era acelerada al igual que la de ella. Estaba asombrado y orgulloso con el buen trabajo que había hecho.

Mientras iba recuperando el aliento, su mano se deshizo del condón, dejándolo en el suelo. Cuando lo hizo, se dio cuenta de que aún llevaba los calcetines negros puestos. No pudo evitar soltar una carcajada y eso llamó la atención de Rojo. Ella le miró y a él le entró más la risa. Estaba desconcertada, hasta que le señaló con su dedo los calcetines, ahí rompió a reír.

—Cariño —utilizó voz melosa, al tiempo que se apoyaba en su pecho para mirarle—, ¿tienes frío en tus piececitos?

—Se me olvidó quitármelos. Me parezco a mi padre, durmiendo con calcetines —rio.

—Entonces es algo genético.

—Quita, anda —quería levantarse para quitárselos, pero ella no le dejó.

—De eso nada, cariño. Para eso estoy yo —ella seguía con el mismo tono de voz.

Se levantó y le quitó los calcetines mientras él miraba desde la cama apoyando sus codos para levantar el torso. Todo aquello era muy sexy para los dos. Fue retirando los calcetines de forma muy sensual, a él le estaba poniendo muchísimo verla desnuda quitándole los calcetines.

Cuando quitó el primer calcetín, se enderezó arqueando la espalda y, estirando el brazo, lo dejó caer al suelo. Volvió a repetir el mismo gesto cuando quitó el otro calcetín.

—Ahora —se colocó las manos en su cintura con la espalda muy arqueada —, vamos a jugar un poquito.

—¿La nena quiere jugar?

—Sí —puso voz de niña pequeña y cara de mimo.

—Pues me estoy poniendo malo viendo a la nena.

Él no mentía. La visión del cuerpo de Rojo le tenía excitado. Su cuerpo lentamente estaba estimulándose con la simple idea de tenerla otra vez debajo de él, ayudando mucho la actitud de ella.

Rojo recogió la caja de condones del suelo para coger uno para poder seguir jugando. Cuando la tuvo en sus manos estaba toda rota. La desesperación de Azul por ponerse el condón había roto en exceso la caja y ahora los condones se salían de ella. Ella no pudo evitar mirarle con reproche y él se encogió de hombros.

A pesar de eso, ella seguía con ganas de marcha, así que le tiró un condón a la cara y colocó la caja encima de la mesilla de noche, con cuidado de no dejar tirado ningún condón. Él visualizaba todo desde la cama y le encantaba observarla así, desnuda. Toda para él.

—Oye, deja de mirarme así —sintió algo de pudor.

—¿Cómo?

—Así —le indicó sentándose sobre él.

—Eres preciosa y quiero comerte entera.

Aquello la dejó descolocada, porque no había rastro del hombre tímido sino de un hombre sexualmente desatado. Estaba encantada.

Azul se enderezó y fue a su objetivo: sus pechos. Se relamió antes de meterse un pezón en la boca. Del otro pezón se encargó su mano. Su boca

chupaba desesperada. Ella arqueaba la espalda mientras emitía un gemido tras otro. Los ojos no tardaron en ponérseles en blanco de lo mucho que le gustaba. Rápidamente notó cómo su cuerpo se estremecía y se preparaba para otro orgasmo.

Su pene tampoco tardó mucho en hacer acto de presencia. El cuerpo de ella era suficiente estimulante para él. Con los dos listos, ella le obligó a apartarse para ponerle el preservativo. No se sorprendió de encontrarlo preparado para la acción, aunque ella lo estimuló un poco más con su mano. Él tuvo que terminar de tumbarse sobre la cama y dejarse llevar por su buen trabajo.

Una vez listo, le puso el condón y regresó a su antigua posición, a horcajadas sobre él. Agarró el pene y poco a poco fue dejándose caer para que fuera entrando dentro de ella. Cuando terminó de entrar, gritó y luego se empezó a mover lentamente para ir adaptándose a él.

Azul colocó sus manos en sus caderas para ayudarla en sus movimientos. Pero ella tenía sus propios planes y no iba a permitir que tomara el mando. Se movía cada vez más rápido y se tocaba. La imagen era hipnótica para él, sobre todo cuando se tocaba los pechos o pellizcaba los pezones y le sonreía con malicia. Eso le hacía excitarse más. Ella disfrutaba exhibiéndose para él y él enloquecía mirándola.

No podía más. Estaba a punto de estallar. Pero no quería hacerlo sin ella, así que se enderezó agarrándose a ella y la empezó a besar por el cuello, la boca, la oreja... todo lo que tenía acceso, al tiempo que sus manos se fueron a su culo y lo agarraron con fuerza, violentamente, estrujándolo. Todo ello hizo que se excitara mucho más y terminara moviéndose muy violentamente para llegar al orgasmo.

Ella no era boba y sabía el motivo por el cual tomó la iniciativa, no podía esperar por ella. Aunque tenía que reconocerle que no era egoísta, pues la ayudó a acelerar y poder los dos disfrutar de un buen orgasmo.

Él se dejó caer en la cama y ella encima de él, sobre su pecho sudado. Ambos sudaban con la respiración estrepitosamente acelerada. En cuanto ella recuperó resuello, se incorporó y le sonrió.

- Tengo que reconocerlo, amigo, eres bueno en esto.
- Tengo que reconocer que tú también.
- Eso ya lo sabía —dijo ella con superioridad.
- Engreída.

—Un poquito —hizo un gesto con su mano, indicando poca cantidad.

Ella regresó a la misma postura, sobre su pecho. Le gustaba oírle el corazón desbocado, latiendo con fuerza, al mismo ritmo del suyo.

—¿Rojo? Quiero disculparme por lo de antes. No me malinterpretes, yo te deseaba muchísimo. Creo que te lo he demostrado —sonrió—. No quería complicar las cosas, porque esto no está bien, yo no...

—Cállate, abuelo —levantó la cara para mirarle a los ojos—. ¿Esto es el siglo XXI? No, es el siglo XIX —le besó con lengua—. Paz y amor, abuelo. Paz y mucho, pero que mucho SEXO.

—Eres genial.

—Tú tampoco estás mal.

Ambos no pudieron evitar reírse ante aquel comentario, para luego dejarse vencer por el cansancio.

CAPÍTULO 8



La claridad de la mañana le despertó. Eran las seis y media. Al abrir los ojos se encontró su rostro, un ángel dormido delante de él. Se quedó mirándola, la tenía enfrente, de espaldas a la ventana. Parecía estar profundamente dormida. Aún llevaba el pelo recogido, aunque deshecho. Estaba preciosa y muy relajada.

Una poderosa idea se apoderó de su mente, volver a verla fuera después del fin de semana. Quedar como amigos y seguir manteniendo el contacto. Poder intentar algo sin Verónica cerca. La idea le gustaba y mucho.

A medida que iba pensando en ella, una serie de imágenes de la noche anterior se apoderaron de su mente. Una tonta sonrisa dominó su boca. Su cuerpo era turgente, carnoso y lleno de vida. Cuando la tocó, no sintió estar con un conjunto de huesos. Sus caderas eran redondas y perfectas. Nada que ver con sus anteriores parejas. Era un cuerpo que le invitaba a tocar y a pecar.

Cerró los ojos para saborear las imágenes de su cuerpo. Siguió sonriendo con cada detalle que su mente le brindaba. Había sido increíble lo de la pasada noche. Hacía mucho tiempo que una mujer no le excitaba tanto y se lo pasaba tan bien en la cama. Supuso que se debía a que con ella se sentía cómodo.

Entre más lo pensaba, más llegaba a la conclusión de que su comodidad se debía a que no se sentía juzgado ni tenía la sensación de estar haciendo algo mal. Una sensación extraña para él, ya que las mujeres con las que había estado solían quejarse cuando se dejaba llevar por su excitación. En cambio anoche, fue libre y fue un hombre muy feliz.

Esto le dejaba claro que debía cambiar su vida, porque hasta ahora no se había planteado qué quería. Eso era lo que él quería, alguien que le hiciera sentir como Rojo anoche. Realmente, era lo que necesitaba en su vida. La idea le revolvió las entrañas, ya que implicaba muchas cosas que debía enfrentar el lunes por la mañana.

Después de observarla durante un buen rato, se levantó y se fue a duchar teniendo cuidado de no despertarla. En el baño, seguía dándole vueltas al mismo asunto, llegando a la misma conclusión. Era todo tan claro que sintió miedo de cuál sería el siguiente paso.

Rojo se despertó en la cama de él. La claridad que entraba por la ventana era cegadora. Prefería seguir durmiendo, pero no podía. Extrañaba su cama y su casa. Cuando consiguió abrir los ojos y ver con claridad, recordó lo que hacía en aquella habitación. Una sonrisa picarona apareció en su rostro. Se sentía bien y feliz. Había tenido una buena noche, por lo que no se molestó por levantarse temprano un sábado.

Estaba desnuda debajo de una sábana, así que se la enrolló alrededor de su cuerpo para ir a su habitación. La puerta del baño estaba entreabierta y lo vio. Si huía por el pasillo no tendría que hablar con él, aunque resultaba algo patético, por lo que respiró profundamente y, recogiendo toda su ropa, se ajustó la sábana y golpeó en la puerta para indicarle que iba a entrar.

Azul se quedó boquiabierto mirándola. Si esa mañana parecía un ángel por la luz que entraba por la ventana, ahora parecía una diosa envuelta en esa sábana. No podía dejar de mirarla. Su mente empezó a jugar con la idea de quitarle la sábana y llevarla hasta la cama. Era tan fuerte esa idea que estaba a punto de hacerlo, pero se controló porque ella siguió hasta su dormitorio.

A Rojo le había pasado lo mismo. Estaba mirándole embobada. Se encontraba desnudo delante del lavamanos con una simple toalla en la cintura. La tenía muy baja. Tanto que podía disfrutar de su cuerpo. Un cuerpo que le tentaba a repetir lo de la noche anterior.

Cuando recuperó un poco la cordura, sonrió y siguió de largo. Al pasar a su lado, le dio la sensación de que él quería decirle algo o pararla. Sin embargo, no hizo nada y ella temía no poder controlarse, y caminó más rápido hasta su habitación.

Dentro respiró profundamente. Sin él delante podía mantener a raya su libido. Además podía pensar qué iba a hacer el resto del fin de semana, pues ahora las cosas entre ellos eran muy diferentes.

Un golpeteo en la puerta la asustó. Pegó un bote soltando la ropa que llevaba y agarrando con más fuerza la única prenda que la cubría. Se giró para ver quién era. Era Azul en la puerta, agarrando con fuerza la misma para no tirarse sobre ella y arrancarle la sábana.

—Hola, era para comentarte que el baño está libre.

—¡Ah! Gracias

Ambos se quedaron mirando como si ninguno supiera qué decir, o esperando que el otro hablara. Empezó a sentirse incómoda y bajó la mirada hacia sus manos, topándose con la sábana. Entonces, se fue a la cama y la deshizo.

—Espera —le indicó tirando de la sábana de su cama—. Ya que estás aquí, llévate la sábana.

Sus movimientos limitados a una mano se vieron mal compensados porque la sábana, enrollada a su cuerpo, empezaba a ceder. Rápidamente soltó la sábana de la cama y agarró la que amenazaba con caer al suelo.

—¿Puedes echarme una mano? —le señaló.

—Claro.

Rojo se agachó para sacar un trozo de sábana de debajo del colchón, proporcionando una fantástica vista de su pecho a él. Tragó saliva en seco y sintió que su cuerpo estaba comenzando a excitarse. Tomó la sábana y la enrolló para llevársela, ocultando una importante parte de su cuerpo que se atrevía a revelar su deseo por ella.

—Oye —él se quedó mirándola—, ¿podemos no mencionar nada de lo de anoche a Verónica? Es que no quiero que me psicoanalice. Estuvo bien, no me

malinterpretas, pero es que... Bueno... fue una noche, ¿no?

—No te preocupes.

La excitación de Azul cayó en picado. Sus palabras le sonaron que lo de la noche anterior no se iba a repetir. La desilusión creció dentro de él mientras regresaba a su habitación.

Sabía que no tenía nada que decir al respecto. Realmente fue una noche, aunque esperaba seguir disfrutando de su cuerpo todo lo que pudiera. Tampoco le parecía mala idea ver a Rojo o Susana a partir del lunes. Ver si podía funcionar algo entre ellos. Después de sus palabras, esa idea quedó aniquilada.

Rojo se sintió una mierda. No entendía por qué había dicho eso. No quería decir eso. Simplemente que no le gustaba que su vida sexual fuera de dominio público. Sin embargo, acababa de alejarle de su lado y lo sabía.

La alegría de esa mañana había desaparecido, ella se encargó de mandarla tan lejos como ese hombre. Sin fuerzas para arreglar aquel marrón, se fue a la ducha y, dejando la sábana en el suelo, abrió el grifo y dejó que el agua arrastrara todos sus males.

No pensaba obsesionarse por ninguna mujer, en su vida tenía muchos problemas y debía centrarse en solucionarlos. Arrojó la sábana a la cama y se puso a ordenar su habitación. Lo primero que hizo fue colocar la caja rota de preservativos en el cajón, poniendo el libro de posturas encima para no verlos. Luego cogió un pañuelo de papel para recoger los envoltorios rotos y los condones usados. Lo envolvió todo en una bola y buscó una papelera. En su habitación no había ni rastro, por lo que fue al baño para tirarlo.

Entró y lo tiró en la papelera. Al girarse para irse vio a Rojo. Estaba en la ducha. A pesar del cristal opaco, pudo apreciar su figura. Estaba tocándose el cuerpo, repartiendo el agua que caía del grifo. Él sintió envidia de esa agua. Celos de no poder estar dentro de esa ducha, tocándola.

Azul se asustó del rumbo que tomaban sus pensamientos. Le había dado fuerte por esa chica y no sabía el motivo, pues llevaban menos de veinticuatro horas y estaba bastante pillado por ella.

—¿Qué haces aquí? —gritó Rojo.

—Nada, perdona —salió corriendo para su habitación.

Una enfurecida Rojo salió de la ducha chorreando agua. Cogió dos toallas, pelo y cuerpo, y se fue en busca de él para reclamarle.

—¿Qué hacías mirándome?

—Fue un accidente. No me di cuenta de que te estabas duchando —se intentó defender.

—¡Ah! Ahora los mirones lo llamáis así, ¿accidente?

—Susana, por favor. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre.

—David, por favor —utilizó su sarcasmo.

—Te lo juro, no quería mirar.

—Pero miraste. ¿Acaso anoche no tuviste suficiente?

—No —fue sincero.

Rojo se quedó descolocada y Azul aprovechó para besarla. Un beso casto, sin ánimo de intentar llegar a algo más. Un tierno roce que supo a poco a ambos. Cuando se separaron, se quedaron mirando el uno al otro, tragando saliva en seco para poder hablar.

—Perdona —se disculpó con ella por su conducta.

—¿Perdón? —Le dolió su educación. Una rabia se apoderó de ella—. Al menos si me vas a besar, podrías hacerlo bien.

No se podía creer lo que había dicho y él tampoco.

Fue ese segundo de duda lo que indignó a Rojo; ella pretendía irse, pero él no lo permitió. La agarró del brazo y tiró de ella. Del tirón se vio pegada en su pecho, mirándolo. Él le acarició la mejilla y la besó. Sin pedir permiso, metió su lengua en su boca y la apretó contra su cuerpo. Ella rodeó su cuello con sus brazos y se dejó llevar por aquel fogoso beso.

El ambiente se caldeó y algo se apoderó de él. Necesitaba su cuerpo debajo del suyo. De forma urgente. La apartó suavemente y la llevó hasta la cama donde la empujó sobre el colchón. Ella lo miraba con deseo y con una sonrisa maliciosa, sabía lo que iba a hacerle.

Se quitó la toalla y descubrió su erección. Cogió un condón y se lo colocó. Ella se lamía el labio, le estaba excitando más. Tampoco se contenía, le deseaba. Quería que fuera rudo con ella, le gustó que la tirara en la cama, que la mirara como si fuera de él, se excitaba con todo aquello.

—No te contengas, duro —le suplicó.

—¿Duro? —No se lo esperaba.

—Sí.

Él sumergió su mano entre sus piernas y se sorprendió de encontrarla lista. Sin saber muy bien lo que tenía que hacer, agarró sus pies y los arrastró hasta

él. Le abrió las piernas y, con su ayuda, alzó su pelvis. La tenía agarrada por sus muslos. Colocó su pene y la penetró. Medio segundo después, la envistió con dureza.

Ella gritó de placer. Él esperó un poco y repitió el gesto. Volvió a gritar. Para provocarle, se quitó la toalla y dejó su cuerpo a la vista, eso le dio valor para volver al ataque. Ella se tocaba enloquecida por el placer, induciéndole a perder la cabeza y continuar aquel baile hasta que ninguno de los dos pudiera aguantar más.

Sin fuerzas, se dejó caer sobre ella. Rojo le cogió la cara y le besó. Estaba sonriendo. Acababa de recuperar la alegría perdida. Se sentía genial y no quería salir de aquella cama en todo el día.

Él se apartó y la miró desconcertado, ya que pensaba que no quería nada de él y que no se repetiría lo de anoche. Se alegró de estar equivocado.

—Creo que me pasé antes, lo siento —dijo ella.

—Pensé que no te lo habías pasado bien anoche.

—Anoche tuve dos maravillosos orgasmos y esta mañana otro. ¿Sabes el tiempo que no sentía algo así? —se asustó de su franqueza.

—¿Cuánto?

—Más de un año —se avergonzó de reconocerlo—. ¿Y tú?

—Tan buenos, nunca. Pero estuve con una chica el miércoles —reconoció, sintiéndose mal por ello.

—No me extraña. —Él la miró desconcertado—. Eres rico. —

No soy rico.

—Eres rico, apestas a dinero. No es necesario que mientas.

—No miento.

—Entonces es tu familia la del dinero. —Lo notó en sus ojos, lo había pillado.

—Mi padre.

—Lo sabía.

Ella se colocó la toalla y se levantó para irse. Mientras veía que se iba, algo se apoderó de él.

—Me gustaría quedar un día, si quieres.

—¿Quedar? —preguntó ella espantada al girarse.

—Sí, el próximo fin de semana, podemos ir a comer o a donde tú quieras.

Si hubiera sido por ella le hubiera dicho que sí en ese preciso momento,

pero las cláusulas del contrato estaban muy presentes en su cabeza.

—No es buena idea.

—Vale —dijo con desilusión.

A ella se le partió el alma porque realmente quería verle fuera de allí.

—Mira, firmamos un contrato y si nos vemos, lo incumpliríamos. Yo no puedo permitirme eso. No tengo dinero. No soy como tú.

—Yo tampoco tengo dinero.

—¿En serio?

Él sabía a lo que se refería ella y le daba rabia tener que darle la razón al respecto.

—Tienes razón.

Tras una sonrisa forzada, Rojo se fue a su habitación. Necesitaba estar sola y pensar. En su habitación, se secó el pelo al tiempo que analizaba lo que había pasado. No había duda para ella, le gustaba todo de él. Su cuerpo y, sobre todo, el sexo. Le preocupaba engancharse emocionalmente de él y sufrir por otro hombre, por lo que mantendría las distancias.

Azul llegó a una conclusión parecida. Más bien no quería quedarse fascinado por ella y terminar el resto de su vida solo por compararla con todas. Así que la solución era tomar distancia, tal y como había decidido ayer.

Un golpe en la puerta de Rojo y otro en la puerta de Azul les sacó del trance. Era Amarillo anunciando el desayuno. Ninguno abrió su puerta, pues no fue necesario.

Azul se fue al armario y cogió la ropa indicada para el día. Un bañador azul marino, bermuda en el mismo tono y camiseta celeste. Combinado con unas chanclas en azul, también. Cuando vio la ropa recordó la piscina que había en un lateral de la casa y le asustó, ya que Rojo estaría en bikini delante de él.

Rojo llegó a la misma conclusión que él al ver la ropa. Verónica les ponía las cosas difíciles a ambos. El bikini era estampado en diferentes tonos rojos, el pantalón corto con el mismo dibujo, camiseta de tirantes en rojo lisa y chanclas rojas.

Ambos bajaron a desayunar sin acercarse demasiado. pues el día de la piscina se presentaba complicado para la atracción física que sentían ambos.

Al llegar al salón encontraron a un hombre vestido de verde al lado de Amarillo. Era el marido de Verónica, un hombre de pelo canoso corto, un poco más alto que Azul, con un cuerpo muy atlético. Muy atractivo para sus

cincuenta y tres años.

Azul sintió algo de celos al notar las miradas de Rojo en aquel hombre. Era inevitable para ella. Era muy atractivo y le llamaba la atención.

Amarillo les presentó a su marido, Verde, sonrió y les invitó a comer. En ese momento, una mujer salió de la cocina y se encargó de servirles el desayuno. Rojo se quedó parada, pero Azul parecía acostumbrado a que le sirvieran otras personas, ella lo achacó a ser un niño rico.

Después de comer, tocaba la inspección de las instalaciones de la casa. Amarillo les llevó a la sala de juegos. Al entrar se encontraron con la puerta de cristal abierta, invitando a pasar el día en la piscina.

Amarillo notaba una energía rara entre ellos, de lo que sustrajo que lo de la noche anterior había sido algo malo, pues evitaban mirarse y tocarse. Su trabajo se complicaba y no tenía mucho tiempo.

Verde se fue directamente a la piscina con un libro. Lo dejó en una hamaca y se quitó la ropa para tirarse a la piscina. Mientras tanto, Amarillo se encargaba de empezar la sesión de esa mañana.

Se colocó delante de la mesa de billar por uno de los laterales más largos y pidió a Rojo y Azul que hicieran lo mismo. Ellos quedaron de espaldas a la piscina para que no se distrajeran con la presencia de su marido. Cada uno de ellos se colocó en una esquina de la mesa, algo que no gustó a Amarillo.

—Para la sesión de hoy, tenía pensado juegos de rol, pero creo que esta mañana no estáis muy receptivos. Así que vamos a charlar un poco —no tenía tiempo que perder, por lo que se le ocurrió una idea arriesgada— de vuestras fantasías sexuales.

—¿Qué? —gritaron los dos.

—Espero que sepáis lo que son. Me imagino que sí —se quedó mirando a uno y a otro, ambos afirmaron con la cabeza—. Empecemos contigo, Azul, dime una fantasía sexual que tengas.

—No sé...

—Estamos entre adultos, no te preocupes. Habla con confianza. ¿O prefieres que no esté Rojo?

Amarillo buscaba una reacción para saber a qué atenerse, pero Rojo se mantuvo impassible. Por otro lado, Azul la miró y, cuando ella le devolvió la mirada, la apartó, como si temiera su reacción.

—Por mí no hay problema, me voy —dijo algo indignada.

—No, no pasa nada, quédate.

—¡Genial! Somos todo oídos. —Amarillo le sonrió para darle confianza, pero no sirvió de nada, estaba muy nervioso.

—Ella está en la ducha —cerró los ojos para poder imaginárselo mejor.

—¿Estás con ella? —Él asintió—. ¿Qué hace?

—Se está tocando. Miro cómo pasa sus manos por su torso, sus pechos, sus hombros... —Ella se dio cuenta de que hablaba de ella, o al menos eso creía.

—¿Te excita?

—Sí.

—¿Ella sabe que estás con ella dentro de la ducha?

—Sí, a ella le gusta que la mire, me mira con picardía para provocarme. Yo no lo puedo evitar y me toco. Eso le encanta y se pasa la lengua por los labios —no cabía duda, era ella—. Me insiste y me vuelve loco.

—¿Qué más hace?

—Me da la espalda y se frota contra mí. No aguanto más y la agarro. Una mano al pecho y otra a su... —se puso muy colorado— entrepierna. Está muy —carraspeó de los nervios— excitada. Yo enloquezco y no puedo esperar más. Entonces... le separo las piernas y lo... hacemos...

—Muy bien. No es la clásica fantasía que esperaba, pero no está mal —se giró a Rojo y la miró—. ¿Te apetece ser la siguiente?

—No entiendo para qué sirve esto.

—Es un ejercicio...

—Vale. Yo estoy bailando muy sexy para él. Me mira y más contoneo mis caderas. Le deseo. Quiero provocarle. Entre más bailo, noto que me acaloro. Él se acerca y yo le provoco con mi baile. Sus ojos se oscurecen y me arrastra al aseo masculino. Me mete en un retrete, agarrándome las manos en alto con una suya, y con la otra toca mi sexo. Me retuerzo para liberarme, pero no puedo. Mi excitación crece. Él sigue, hasta que me obliga a darme la vuelta, me baja las bragas y, agarrándome con fuerza por los brazos, me penetra.

—Bien. Muy bien. Un clásico, la fantasía en un sitio público —sonrió, pero Rojo la miró mal—. Vuestras fantasías son muy diferentes. De la primera destaque: lugar privado y masturbación. De la segunda: lugar público y sumisión.

—Un segundo, ¿en serio te gusta que te sometan? —preguntó extrañado Azul.

—Sí, ¿por qué no? Es divertido. ¿Nunca has probado a inmovilizarla?, si se hace con consentimiento puede ser divertido.

—Azul, Rojo tiene razón. Puedes inmovilizar las manos o los pies de una chica y eso te hace sentir con más poder sobre ella, incrementa la excitación. Jugar no es malo cuando se hace de forma consensuada.

—Es que no lo veo —agregó él.

—A este punto quería llegar. Los dos me habéis relatado dos fantasías diferentes. Las parejas deben hablar estas cosas y ver si es posible llevarlas a cabo. Es una forma de unión. Se pueden poner unos límites para que ambos puedan disfrutar de la fantasía. ¿Alguna vez habéis hablado de esto con vuestras parejas?

—No —fue rotundo.

—Yo sí pero salió mal. Él se pasó y terminamos discutiendo, como siempre.

—Por eso os digo que lo habléis antes, pues muchas veces existen barreras infranqueables para vuestra pareja, y se trata de divertirse, no de hacer vuestra voluntad.

—¿Hablarlo?

—Sí, hablarlo. Le cuentas a tu pareja lo que te gustaría hacer y, si ella quiere, lo lleváis a cabo. Es muy sencillo, Azul. Solamente necesitas saber hasta qué punto puedes llegar para que tu pareja no se sienta incómoda.

—Eso no siempre funciona —afirmó Rojo.

—Por eso tenéis que saber leer las señales. Y no forzar a vuestras parejas a hacer algo que no quieran. Ahora quiero que entre los dos me inventéis una fantasía. ¿Quién empieza?

—Yo —dijo Rojo sin mucho énfasis—. Entro en el baño y me lo encuentro con una simple toalla en la cintura. —Abrió los ojos al darse cuenta de que hablaba de él—. Se queda mirándome, voy totalmente desnuda. No llevo nada de ropa. Me acerco a él y le quito la toalla. Él sigue sin apartar la vista de mí...

—Ahora continúa tú. —Amarillo le cortó el rollo y le molestó.

—Ella se acerca a mí y me agarra mi... —titubeó por miedo a su reacción— pene. Yo me dejo llevar por el movimiento de su mano que hace que me... —carraspeó— empalme, sigue hasta que se arrodilla y me hace una felación...

—Sigue, Rojo.

—Con su pene listo, le llevo al dormitorio para empujarle sobre la cama. Con una cuerda le ato las manos y las piernas, no se puede mover. Disfruto del momento.

—Sigue, Azul.

—Ella empieza a masturbarse delante de mí, yo me retuerzo por intentar tocarla. No puedo más, la quiero encima de mí. —Estaba tan sumido en la fantasía que no se daba cuenta de que todo su pudor había desaparecido.

—Sigue, Rojo.

—Finjo tener un orgasmo para ver su frustración. Sonrío y me dirijo a la cama para introducir su pene en mí.

—Sigue, Azul.

—Noto cómo entra lentamente. Dentro de ella me dejo llevar por el movimiento de sus caderas. Rezo para aguantar lo suficiente y poder llegar juntos al orgasmo.

—Sigue, Rojo.

—Veo que él no puede más y acelero el ritmo para estallar juntos.

—Sigue, Azul.

—Cuando estallamos, ella se abraza a mi pecho y sonrío.

—Bien hecho.

Las últimas palabras de Amarillo los sacó a ambos del trance en que se vieron sometidos por la fantasía. Sin darse cuenta, mientras hablaban, habían ido juntándose. Ahora estaban en el centro de la mesa, a escasos milímetros. Mirándose fijamente. Con las respiraciones aceleradas y excitados por fantasear con la idea de tener sexo juntos.

—Perdón, debo darme una ducha de agua fría. —Azul salió disparado hacia los dormitorios. Necesitaba alejarse de ella.

—Yo creo que voy a dar una vuelta.

—Azul, Rojo, la sesión no ha terminado.

—Parchís —dijeron ambos a la vez, mirándose espantados por pensar lo mismo.

Amarillo sonrió. Eran muy compatibles. Más de lo que ellos se podían dar cuenta. Lo único era si estarían dispuestos a formar una pareja.

Rojo se fue a la piscina y, quitándose las chanclas, se sentó en el borde de la piscina y se remojó los pies. Necesitaba pensar. En ese momento era muy vulnerable, pues no podía dejar de pensar en él.

—Susana, ¿qué pasa entre vosotros? ¿Habéis discutido? —Se quitó las sandalias y se colocó al lado de ella, en la misma postura.

—No —respondió con un hilo de voz.

—¿Entonces?

—Quiere que seamos amigos al salir de aquí —Amarillo sonrió—. Pero eso es imposible.

—¿Por qué? —se notó la sorpresa en su voz.

—El contrato, no podemos.

—¡Ah claro! —No había caído en eso.

—Pero da igual, él es un niño rico, yo no tengo nada que ver con él.

—¿Cómo sabes que es rico?

—Apesta a billetes por todos lados.

—Eso no quiere decir nada. —Pensó rápido cómo arreglar lo del maldito contrato—. Te propongo algo, no pienses, disfruta estos días. Olvídalo todo y pásalo bien con él.

—No, eso no es buena idea.

Rojo se levantó y, cogiendo sus chanclas, se fue a su habitación. Al llegar se encontró a la mujer de esa mañana haciendo la cama. Estaba terminando, así que no esperó mucho a que la chica acabara.

Aprovechó para leer o buscar cualquier tipo de distracción, pero lejos de Azul. Lo mismo hizo él. Hasta que tuvieron que volver a reunirse.

—Tenemos un problema —le indicó Verónica.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó.

—¿Sabes que les hice firmar un contrato de confidencialidad por si este fin de semana no salía como esperábamos?

—¿Y qué? Nunca estuve conforme con eso, me pareció una tontería.

—Es que en ese contrato pone que ellos no deben relacionarse después de este fin de semana.

—Verónica, ¿qué? —gritó—. Eso no es lo que yo busco y lo sabes.

—Lo sé...

—Arregla eso, ¡YA! —volvió a chillar—. Que yo me encargaré del resto —sonrió al recordar lo que planeaba para ellos.

—De acuerdo, lo arreglaré.

—Más te vale porque quiero que esto salga bien, esto es importante, ya lo sabes. —Su voz era muy dura e intensa.

- Sí, lo sé, y creo tener una solución.
- Eso espero y manténme al tanto.
- De acuerdo.

CAPÍTULO 9



Justo después de almorzar, Amarillo reunió a Rojo y a Azul en su despacho. Les pidió que se sentaran en el sofá grande como en otras ocasiones. Amarillo se fue a su mesa y cogió dos carpetas, las mismas carpetas que les arrebataron el primer día. Le entregó cada una a su titular y se sentó. Ellos revisaron lo que contenían. Las primeras hojas eran la información personal, la que descubrieron en la primera sesión. Detrás estaba el famoso contrato de confidencialidad.

—¿Y esto? —preguntó Rojo.

—Es para vosotros. Podéis hacer lo que queráis con ella. Mi marido tiene preparada una pequeña hoguera por si os apetece destruir la documentación.

—¿Destruirla? —Él estaba tan desconcertado como ella.

—Quemarla, mejor dicho.

—No entiendo, ¿por qué nos das esto?

—Os estoy dando la libertad de elegir. Podéis seguir siendo dos desconocidos que el lunes vuelven a sus vidas o, por el contrario, dos amigos que no quieren perder el contacto. Vosotros elegís.

Los ojos de Azul y Rojo se iluminaron. No se lo podían creer.

—¿Tenemos un minuto para pensarlo? —Amarillo afirmó con la cabeza y los dejó solos con la puerta abierta—. ¿Qué vas a hacer?

—Yo, quemarlo —dijo rotundamente Rojo—. Yo elijo ser libre para decidir. Además, esto nunca me gustó.

—Yo pienso lo mismo.

Rojo se levantó para ir a buscar la hoguera y quemar todos esos papeles. En cambio, él siguió sentado pensando.

—Espera, Susana, por favor. Si quemamos esto, ¿te gustaría... —carraspeaba de los nervios— quedar?

—¿Tomar café?

—Lo que quieras.

Rojo se quedó dudando un segundo, aunque tenía claro que le apetecía verle fuera de allí. Así que se fue al escritorio y, arrancando una hoja del bloc de notas, apuntó su teléfono. Dobló el papel y regresó al lado de él.

—Toma. —Él cogió el papel y descubrió su teléfono, sonriendo—.
Llámame y quedamos el fin de semana.

—¡Te llamaré! —Azul estaba dando saltos de alegría por dentro.

—Si me llamas, llámame por la noche porfi. El lunes empiezo a trabajar para el hijo de mi jefe.

—¿El mimado? —Guardó el papel en el bolsillo de su pantalón.

—Sí.

Una enorme sonrisa se desplegó en las caras de los dos. No se podían creer lo que les estaba pasando. Iban a quedar fuera de allí y podrían intentar tener una relación. Ambos estaban ilusionados con ello.

Amarillo les acompañó hasta la hoguera y allí ambos arrojaron las carpetas. Azul y Rojo vieron cómo las llamas consumían los papeles y volvían a tener su libertad.

—Con lo que a mí respecta, sois dos amigos que han venido a pasar el fin de semana a mi casa.

—¿Nada de pacientes? —puntualizó Rojo.

—No. Ahora simplemente sois Susana y David.

—¿Y qué pasa con Rojo y Azul? —preguntó David.

—Sois unos amigos. Rojo y Azul son pacientes. Susana y David, amigos —sonrió Verónica.

—Hola, soy Mario. —El marido de Verónica se presentó extendiendo su mano a ambos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Susana.

—Ahora nada... si queréis quedaros en la piscina, podéis hacerlo. Esto es un fin de semana de amigos. Nada más.

David sonrió a Susana y, con risa maliciosa, se quitó el pantalón y la camiseta rápidamente. Ella se dio cuenta de que algo tramaba, así que le amenazó con pegarle. Él no hizo caso, la levantó del suelo y se tiró con ella en brazos a la piscina.

Cuando Susana salió del agua empezó a gritarle, estaba echando humo. En cambio, David parecía divertirse. Eso la enfureció. Salió de la piscina muy

molesta y amenazándole con su mirada, no sirviendo de nada porque David se puso a nadar sin prestarle la menor atención.

Se quitó la ropa con ayuda de Verónica y la colocó en una tumbona. Esta le pasó una toalla y se secó, para luego tumbarse en una tumbona a tomar el sol. Intentó relajarse y olvidarse de la broma de su nuevo amigo.

Prepararon una jarra de sangría, Susana aprovechó para tomar un poco y disfrutar de la tarde que tenían por delante.

—Verónica, ¿qué vamos a hacer esta tarde? —preguntó David saliendo del agua.

—Yo no sé qué vas a hacer tú. Yo, disfrutar de mi marido.

Susana no pudo dejar de observar a David. El agua le corría por todo el cuerpo. Bebió un gran trago para poder calmar el calor que estaba sintiendo por dentro.

—¿No hay sesión? —David estaba desconcertado.

—No tenía pensado hacer nada. Os recuerdo que somos unos amigos, un sábado por la tarde.

—Nos retiramos —Verónica llamó a su marido con un dedo—, como te he dicho, David, voy a disfrutar de mi marido. Ahí hay sangría por si queréis tomar algo —señaló para la barra y se fueron a su parte de la casa, dejándolos solos.

Cuando terminaron de hablar, a Susana no le quedaba sangría en su vaso. Se la había bebido muy rápido. Se levantó y fue a por un poco más. En ese momento, el cuerpo de Susana llamó la atención de David.

El bikini resaltaba cada una de sus curvas y dejaba mucha piel a la vista. Tragó con fuerza haciéndose daño, aunque no se dio cuenta, ya que estaba muy atento a su culo.

Se acercó a la barra a su lado mientras se servía una copa. Colocó una mano en su cintura y se puso a charlar con ella sobre la sangría. La mano fue descendiendo hasta que llegó a su objetivo. Tenía su mano cubriendo una nalga. Ella, con su mano libre, la quitó y la volvió a colocar en la cintura.

—No te pases, chaval —le indicó.

—Perdona, es que me gusta tu culo —la miró directamente a la cara sin pudor.

—Espera un momento —estaba desconcertada—, ¿dónde está el chico tímido?

—Bueno... —se puso colorado.

—Ese es el hombre que conozco.

—Susana, con ese bikini me cuesta ser tímido —susurró en el oído.

—Tampoco es que tú me lo pongas fácil —sus ojos le miraron de arriba abajo descaradamente.

Susana sentía calor, no sabía si era por la sangría o por tenerle cerca, pero estaba muy acalorada. Así que dejó el vaso vacío, se fue a la piscina y se tiró en ella. El agua estaba fría y le ayudó a sentirse mejor. Hasta que sintió a alguien detrás de ella. Se giró y lo vio.

Él no perdió el tiempo y la besó. La apretó contra él y se dejó llevar por lo que sentía. Ella no tardó en corresponderle. Los dos eran muy conscientes de dónde estaban y no cruzaron los límites. Eran besos que los dos podían manejar.

Cuando Verónica llegó a su casa, cogió su móvil y le mandó un mensaje a su cliente: “Objetivo cumplido. Se sienten atraídos”. Al darle enviar, se sintió victoriosa y decidió celebrarlo con su marido en el dormitorio.

En la piscina, poco a poco los besos se terminaron yendo de las manos y ambos terminaron en el dormitorio de él teniendo sexo. Sus cuerpos estaban ansiosos. Ninguno podía controlarse. Se deseaban y no paraban de tocarse, lamerse y besarse. Era tal énfasis que terminaron más rápido de lo que querían. Tanto que se quedaron sin palabras.

Estaban tirados en la cama, desnudos, mirándose boca arriba.

—¿Tú... acabaste? —preguntó con miedo David.

—Sí, ¿tú también?

—Sí —sonrió abiertamente.

—¿Sabes?, yo no soy así, no me suele pasar esto... —La miró desconcertado—. Llegar al orgasmo tan rápido. No sé qué me pasa contigo. Es raro.

—Yo no tengo ese problema. —Después de hablar se arrepintió—. Quiero decir, que yo... que a mí no me pasa —retiró la mirada.

—Lo he pillado, tranquilo —ella se apoyó en su pecho.

—Me lo estoy pasando genial, no quiero que llegue el lunes —suspiró, recordando todo a lo que tendría que enfrentarse.

—Yo también me lo estoy pasando bien.

Ambos se quedaron en la cama, sin decir nada. Pensando en que la burbuja

que se había formado alrededor de ellos se rompería el lunes. Para ellos, esa idea los estaba matando por dentro. Sus cuerpos estaban acurrucados sobre una cama, pero sus mentes volaban lejos de ellos.

CAPÍTULO 10



Como cada lunes, el despertador sonó en casa de Susana. Al contrario que otros lunes, estaba despierta. A las seis se había desvelado y no pudo pegar ojo. Estaba pensando en David y preguntándose si la llamaría. Le preocupaba que después de pasar un magnífico fin de semana juntos, él pasara de ella.

El domingo cuando se despidieron, quedó en que la iba a llamar, pero temía que cambiara de opinión. Susana llevaba más de un año sin pareja y le apetecía empezar algo con él. Hacía mucho tiempo que no tenía esa sensación de mariposas en el estómago y, sobre todo, esas ganas locas de arrancarle la ropa a otra persona.

Al levantarse se acordó de que ese día empezaba en Subdirección con el jefecillo y sintió una pesada carga sobre sus espaldas. Se fue a la ducha, pero eso no sirvió de nada. Cuando salió de la ducha, tenía un mensaje de David: “Hola Rojo, soy Azul. No me he olvidado de ti. ¿Qué tal si te llamo a la noche? Estoy deseando verte. No sé qué me pasa. Un beso, Azul.”

Susana tenía una cara de tonta enamorada que no podía con ella. Lo releyó un montón de veces. Estaba montada en una nube y no pensaba bajarse de ella. Quería que le durara todo el día, así que no pensaba amargarse por nadie, ni por su nuevo jefe. Haría un buen trabajo y obviaría sus pataletas infantiles.

Se puso su mejor ropa: falda y chaqueta negra, camisa roja de manga corta y zapato cómodo. Los zapatos de tacón los llevaría en una bolsa para cambiarse en el trabajo. Se recogió el pelo en un moño bajo y se maquilló muy poco, quería aparentar profesionalidad.

Llegó a la oficina con una sonrisa, no paraba de repasar mentalmente el mensaje. Se sentía feliz, algo que notó Eva, que subió para desearle buena

suerte en su primer día. Quiso sacarle información, pero Susana recordó que al jefecillo le gustaba tomar café al llegar, así que se metió en la cocina para que, nada más llegar, tuviera su café en su mesa.

Eva se encargó de vigilar el pasillo desde la cocina y vio salir del ascensor a don Guillermo y a su hijo. Se pararon un momento para hablar y luego cada uno tomó dirección para su despacho, por lo que se escondió rápidamente en la cocina, no quería que la pillaran allí. Nadie la vio.

Mar salió a atender a su jefe y Susana hizo lo mismo. Eva la acompañó hasta los ascensores y le deseó buena suerte. Ella suspiró y, con una sonrisa forzada, fue a llevarle su café.

Antes de entrar en el despacho, cogió la agenda y un bolígrafo con su mano libre para repasar el día. Seguía las instrucciones que le había dado Carlota, no quería que nada saliera mal.

Susana tocó en la puerta y no obtuvo respuesta. Esperó un poco y entró lentamente.

—Buenos días —dijo insegura.

No había ni rastro de su jefe. Su mesa estaba vacía y el resto del despacho también. Sin embargo, la puerta del baño estaba ligeramente abierta y la luz estaba encendida.

Susana dejó el café en la mesa y le esperó repasando su agenda. Quería tenerlo todo controlado. No quería problemas a primera hora de la mañana.

—Estoy en el baño, ahora salgo.

El jefecillo se miró en el espejo intentando aclararse. Esta mañana se había levantado de muy buen humor, pero acababa de recibir un mensaje de Almudena y no le gustaba. Pensaba presentarse hoy en la oficina para aclarar las cosas. La realidad le explotaba en la cara.

La noche anterior había decidido hablar con ella y decirle que rompía la relación, algo que no se tomó como esperaba. Se hizo la loca y no quiso oírle. Se fue sin escuchar las razones por las que quería dejar la relación, así que le escribió un mensaje: “Almudena, esto va en serio. Lo siento, pero no puedo seguir contigo.”

Almudena no esperaba que la dejara, y menos estando tan cerca de su ansiado anillo de compromiso. Esa noche se vio sorprendida por la noticia, así que no quiso escucharle. Aquel mensaje lo cambiaba todo, por lo que tendría que seducirle otra vez.

El jefecillo salió del baño y vio a Susana de pie, mirando la agenda. Sus ojos repasaron una y otra vez a su nueva secretaria. No había duda. Estaba sin palabras y con el semblante descompuesto.

Susana notó una mirada, así que levantó la vista en dirección al baño y le vio.

Se quedó desconcertada. No entendía qué hacía él allí, así que se giró y le preguntó.

—David, ¿qué haces aquí? —Cuando dijo su nombre sus peores temores la envolvieron.

—Susana, yo trabajo aquí. Soy David León.

Ella se quería morir, la agenda y el bolígrafo cayeron al suelo. Su felicidad se había topado con la cruda realidad.

—Tú eres el hijo de don Guillermo, de eso me sonaba tu cara.

—¿Tú no serás...? —se fue directo a su mesa y revisó todas las carpetas hasta encontrar la de su nueva secretaria, Susana Pardo.

David se dejó caer sobre su silla y Susana hizo lo mismo sobre otra enfrente de su mesa. Ninguno podía creerse que fueran jefe y secretaria. El destino se había reído de ambos, era muy surrealista.

Se quedaron mirando el uno al otro, sin pestañear ni pronunciar palabra. Ninguno de los dos jamás se había imaginado algo así. Los pensamientos de ambos iban por cauces diferentes. Susana no paraba de recordar las veces que había criticado al jefecillo delante de él. En cambio, David no sabía cómo iba a ocultarle a Susana todo el tema de Almudena. Aquello era un caos y ninguno sabía cómo responder a ello.

El teléfono sonó y los dos pegaron un bote. Era el de la mesa de Susana, así que salió disparada para atenderlo. Respiró hondo y contestó educadamente. Era Eva preguntándole por el encuentro con su nuevo jefe.

—Hola, ¿qué tal todo por ahí?

—Bien, adaptándome al nuevo jefe —dijo Susana sin mucho entusiasmo.

—Entonces, ¿todo tranquilo?

—Sí.

—El jefecillo no está triste, ni lo ves con mala cara... —Susana sabía que a Eva lo menos que le importaba era ella.

—Eva, ¿qué quieres? —utilizó un tono autoritario, porque en aquel momento no tenía paciencia para nadie.

—Acaba de saltarme la noticia en *Facebook*, de que el jefecillo y

Almudena tienen problemas.

—¿Qué? —Susana miró al interior del despacho, pues la puerta estaba abierta.

—Lo que he leído. Están diciendo que han roto. Bueno... pone crisis.

—No. —No se lo podía creer.

—Lo que te digo. Yo tampoco me lo puedo creer.

—Eva, te tengo que dejar, el jefecillo me llama.

—Claro, si te enteras de algo, me avisas.

Que la noticia estuviera circulando esa mañana no era raro. La noche anterior, después de ver a David, Almudena fue a tomar algo con una amiga y, tras tres Martini sin comer, habló de más. La famosa amiga era una chismosa que no tardó en soltar la noticia, enfadándola muchísimo al enterarse esta mañana. Por eso le mandó el mensaje a David, ya que ella tenía pensado esperar un poco más antes de reconquistar a su novio.

Susana colgó el teléfono y se fue directa al despacho de David. Cerró la puerta y se sentó en la misma silla de antes. Él seguía sumergido en sus pensamientos sin percatarse de lo que pasaba a su alrededor.

—Dime que no has roto con Almudena por mi culpa. —Él se quedó sin aliento al oír la voz de Susana.

—¿Qué?

—Eva acaba de decirme que en las redes sociales están diciendo que has roto con tu novia —él tragó con fuerza—. ¿Es cierto?

—Sí. —No podía ocultar la verdad.

—¡Dios mío!

—Susana, tú no tienes la culpa. Todo ha sido culpa mía. Además, la relación estaba rota de hace tiempo, pero no tenía fuerzas para tomar la decisión adecuada —se disculpaba.

—Me has utilizado. Te has acostado conmigo para saber si querías o no a tu novia —se sintió una idiota.

—Todo es culpa mía. Lo sé.

—Claro que es culpa tuya. Me dejaste seducirte. ¡Dios! —se llevó las manos a la cabeza.

—Susana —se levantó para consolarla.

—No me toques, ni te atrevas —sintió asco de sí misma y, sobre todo, de él. —Susana... —No podía hacer nada para arreglarlo, lo notó en su

mirada.

—Señor León, si no me necesita, me gustaría irme a mi mesa —se mostró fría y distante.

—Puedes irte.

Sin decir nada más, Susana salió corriendo de aquel despacho. Se sentó en su mesa y se llevó las manos a su cara. Todo había salido mal. Notaba que las lágrimas de frustración estaban a punto de salir de sus ojos. No quería llorar allí, y menos delante de él, por lo que cerró los ojos y respiró hondo para poder controlarse.

David no podía quitarse la mirada de asco y rabia de su cabeza. Había perdido cualquier oportunidad con Susana y le dolía. Tal y como estaban las cosas no podía trabajar con ella. Sin meditarlo, llamó a Recursos Humanos.

Susana vio el teléfono parpadear y cogió el auricular sin pensarlo. Su antiguo teléfono actuaba de centralita, por lo que el parpadeo era una llamada entrante pendiente de atender. Sin embargo, este no era el caso. El teléfono parpadeaba porque la línea estaba ocupada.

—Hola, Carolina.

—Buenos días, David.

—Te llamaba porque... —titubeaba.

Susana reconoció la voz de Carolina y la de David. Se dio cuenta de que era una llamada privada. Debía colgar el teléfono y no escuchar, pero algo se lo impidió. Sospechaba que pasaba algo, porque esa llamada le pareció relativamente inusual.

—¿Ha pasado algo? —preguntó alarmada Carolina.

—Sí, no quiero a Susana. Búscame otra.

—¿Ahora me lo dices? —hizo una pausa para respirar profundamente—. ¿Tú crees que yo puedo perder el tiempo en buscarte una secretaria cada vez que tú quieras? David, has tenido una semana para decidirte. Tengo tu firma aceptando a Susana. Es una buena trabajadora, así que dudo mucho que en... —miró su reloj— menos de una hora puedas valorar su profesionalidad.

Susana no se creía lo que oía, estaba desconcertada.

Carolina estaba muy enfadada. Se temía esta reacción de David, pero no tan pronto. Carlota le había avisado de que se iba a comportar así y de que Susana era la adecuada para el puesto. Así que esperaba poder convencerle y mantenerla de secretaria.

—Me da igual, quiero a otra persona. Seguro que tienes otra persona por ahí que puedas ponerme. O mejor, no quiero ninguna secretaria. Yo puedo con todo.

—David, sabes que tu padre no lo va a aceptar. Además, ¿tú crees que puedo movilizar los recursos de la empresa así como así? Eso no es justo ni para la empresa ni para la persona que está ocupando la silla de tu secretaria.

—Carolina no estaba esa mañana para pataletas.

—Carolina, ¿te tengo que recordar mi apellido? —David se impuso, aunque se arrepintió al segundo siguiente.

—Sé perfectamente cuál es tu apellido —algo que molestó profundamente a Carolina—. Vale —suspiró resignándose a la evidencia. Era el hijo del jefe—. Si me das una razón de peso, reubico a Susana. Pero tiene que ser una razón de peso, David.

—¿Eh? —estaba contrariado, porque no tenía una razón de peso. Lo único que tenía eran razones personales que no podía saber nadie.

—David, estoy esperando —endureció su voz. No podía perder toda la mañana en una rabieta de niño mimado.

—Por favor, Carolina. Cámbiame la secretaria —suplicó.

—Te he pedido una razón de peso y no has dicho nada. Necesito un motivo para cambiarla. Si no tienes ninguno, ella se queda.

—Es que... —resultaba patético.

—Te voy a echar una mano. En esta hora escasa de trabajo, ¿ha sido irrespetuosa?

—No.

—¿Te ha desobedecido? ¿O has visto una dejadez de sus obligaciones?

—No.

—¿Lo ves, David? No tienes más que los motivos de siempre. No quieres adaptarte a los cambios. Y no voy a ser partícipe de una rabieta de niño pequeño.

Susana respiró. No podía perder el trabajo. En aquel puesto cobraba más y podía ayudar mejor a sus padres.

—Espera un momento, Carolina, tengo una razón. —Pensó rápidamente qué podía decirle. Su mente le proporcionó una imagen de Susana esa mañana, con aquella ropa. Parecía más mayor. No resaltaba ninguna de las partes de su cuerpo que a él le gustaban—. Su ropa.

—¿Su ropa?

—No me gusta como viste —cerró los ojos arrepintiéndose de lo que estaba haciendo.

¿Qué?, gritó la mente de Susana al oírle.

—Déjame ver qué puedo hacer.

Carolina no sabía qué pensar de la conversación con David. No se podía creer que Susana viniera mal vestida a la oficina. Solía ser correcta. Se notaba que no combinaba bien la ropa, pero mal vestida... Eso le parecía demasiado. Tendría que comprobar si era cierto lo que le contaba o simplemente era una excusa para su rabieta infantil.

David no se creía lo que había hecho. Era un hijo de puta en toda regla. Estaba perjudicándola por no saber enfrentar un problema personal. Jamás había actuado así y se sentía fatal por ello.

Susana siguió con el teléfono descolgado un rato sin poder moverse. No se creía lo que había oído. No se podía creer que el hombre del fin de semana fuera el que estaba en el despacho. Sintió una enorme decepción. No se merecía ni las gracias. La estaba acusando de algo falso porque no la quería a su lado, y eso le dolía.

Todo pintaba fatal para ella, no pudo evitar recordar la llamada de su madre contándole que regresaban a la ciudad por su cumpleaños. Le proporcionó un pinchazo. Su padre llevaba más de tres nóminas sin cobrar y estaba intentado que le dieran los papeles para poder arreglar la ayuda por desempleo, el paro. Ahora iba a necesitar dinero y, si la reubicaban, volvería a cobrar su anterior sueldo. Ella necesitaba su nuevo sueldo e iba a luchar por él.

Susana no sabía cómo lo iba a hacer, pero tenía que conservar su puesto de secretaria de Subdirección. Revisó la mesa de Carlota y vio una carpeta que tenía una nota, le indicaba que era para Recursos Humanos. Cogió la carpeta y se fue directa a los ascensores. Dentro, se preocupó de arreglarse el pelo y la ropa.

Entró en el departamento saludando con la mano a Clara y se fue directa al despacho de Carolina. Tocó en la puerta y esperó a tener permiso para pasar al interior del despacho.

Cuando la vio, se sorprendió. Susana tenía un aspecto impecable. Muy profesional. Perfecta para ser la secretaria de Subdirección. En ese instante, se dio cuenta de que David exageraba y de que era una de sus pataletas de hijo

del dueño. Sintió un enorme alivio porque no tendría que cambiarla, ya que fue una petición que le hicieron.

—Carolina, disculpa —desplegó su mejor sonrisa, amable y cálida—.

Tengo esta carpeta que dejó Carlota y no sé a quién debo dejársela. —

Dámela a mí misma. Yo me encargo. —Susana se la entregó.

—Es que no sabía si se la podía dejar a Clara y ante la duda...

—Hiciste muy bien. Me alegro de verte. Estás muy guapa esta mañana — Susana se sonrojó y se miró la ropa, fingiendo timidez.

—No creo que sea para tanto. Pensé que esta era la ropa adecuada para trabajar con el Señor León.

—Es perfecta —volvió a repasar su atuendo y no tenía ninguna objeción.

—Gracias de nuevo —fingió otra vez timidez—. Te dejo, que seguro que tienes un millón de cosas que hacer.

—Eso es cierto.

Carolina estaba enormemente decepcionada, no se podía creer lo que había hecho David. No podía dejarlo pasar, tenía que hablar con él. Esperó a que se incorporara a su mesa y llamó a subdirección.

Susana se sentó delante de su mesa y el teléfono sonó, era del despacho de Carolina. Conocía la extensión. Sonrió y cogió el teléfono, atendiéndola con mucha amabilidad. Le pidió hablar con David y le pasó la llamada a su jefe. Este la atendió desconcertado. Debió colgar el teléfono, pero no lo hizo, se quedó oyéndolo todo. Quería garantizarse de que no perdería su nuevo sueldo.

—Carolina, hola —dijo con recelo.

—David, acabo de comprobar con mis propios ojos el vestuario de Susana —no quería alterarse, pero le molestaba muchísimo su actitud— y tengo que decir que es muy profesional y excelente para su trabajo en Subdirección. Mira, David —resopló para contener su rabia—, si tienes mucho tiempo libre, yo aquí no. La próxima vez que me molestes por una chorrada infantil sin ningún fundamento lógico presento una queja a Dirección.

—Carolina, no es necesario llegar a eso.

—David, la próxima vez que desees movilizar los recursos de la empresa vas a tener que justificarme con hechos tus exigencias. De otra manera, no pienso hacerte caso. ¿Queda claro?

—Tienes toda la razón.

—Menos mal que Susana no se ha enterado de nada de esto, porque me da

vergüenza ajena tu llamada y esta llamada.

—Te haré caso y aprenderé a trabajar con ella, no te preocupes. No te molestaré más.

—Eso espero.

Carolina colgó con rabia el teléfono. Jamás había actuado así, pero su actitud infantil le había hecho descargar la frustración acumulada de todo el fin de semana. Al menos agradecía que no se hubiera enterado de nada, ya que estaba buscando su sustituta.

David se sentía el ser más miserable del mundo. Su actitud no tenía calificativo y se merecía los reproches de Carolina. Acababa de meter la pata hasta el fondo, pero agradecía que Susana no se hubiera enterado de nada. Ella no se merecía pagar las consecuencias de sus actos. Sin embargo, el pensar en trabajar con ella se le hacía cuesta arriba, porque le gustaba mucho y no sabía si podría controlarse en la oficina.

Susana seguía cabreada, a pesar de que supo controlar la situación. De tal modo que tenía dos opciones; olvidarse del tema, pero controlando que no volviera a jugársela, o demostrarle que con ella no se jugaba. No quería más tonterías de esta clase y no pensaba permitirle ni una tontería más. Por eso, optó por la opción dos.

Rebuscó en su bolso, pero no encontró su pintura de labios roja, así que se fue hasta Mar y le preguntó si tenía una. Esta se lo prestó. Se fue al baño y se pintó los labios de rojo. Se desabrochó el botón de su blusa para dejar a la vista su escote y se colocó las tetas. Luego, se subió la falda por encima de sus rodillas. Pensaba darle una lección a ese capullo.

—Susana, ¿qué haces?

—Comerme una ficha y contar veinte —rió por el símil que hizo con el juego del parchís.

—¿Qué?

—Nada —le devolvió la pintura de labios—. Gracias.

Salió del baño con Mar mirándola espantada, aunque Susana tenía claro lo que iba a hacer. Se fue hasta la puerta del despacho de David y se volvió a desabrochar otro botón, dejando a la vista todo el sujetador negro, y se remangó más la falda. Tocó y entró en el despacho, cerrando la puerta.

La cara de David al verla no pasó desapercibida para ella. La miraba espantado, repasando su cuerpo con descaro.

—Señor León, quisiera charlar con usted un momentito —utilizó una voz melosa.

—Sí —carraspeó para aclararse la voz, porque tenía la boca seca—, claro.

—Creo que no hemos empezado con buen pie y quisiera saber qué puedo hacer para arreglarlo. —Susana se sentó en la silla cruzando sus piernas y se llevó un dedo a sus labios. Sus gestos estaban muy estudiados. Estaba seduciéndole—. Yo estoy aquí para atenderle —se inclinó hacia delante para que David tuviera una mejor visión de su sujetador. Él tragó con fuerza.

—No... —apenas tenía voz— ... necesario...

—Claro que sí. —Descruzó las piernas y las dejó un poco abiertas, lo que la falda le dejó, para luego juntar las rodillas. A David se le hacía la boca agua con el cuerpo de Susana—. Es muy necesario que nos entendamos, señor León. Yo quiero ser una buena trabajadora. —Cruzó otra vez las piernas y, con su mano, acarició una de ellas.

David notaba cómo sudaba y su cuerpo se caldeaba. Se estaba excitando viendo a Susana y no podía detenerlo. La visión y sus insinuaciones le estaban provocando una subida de tensión.

Susana se sentía orgullosa de sí misma. Estaba logrando lo que buscaba, lo tenía donde ella quería. Ahora tocaba la última parte de su actuación.

—Señor León, usted no creo que me esté entendiendo —seguía con la misma voz melosa—. Yo puedo ser muy buena secretaria.

Susana se levantó y se acercó a David por su lado de la mesa. Él ni se inmutó, aún no quería descubrir su excitación ante ella.

—Señor León, hágame un poquito de caso, por favor. —Ella tiró de la silla, la giró y él se sonrojó. Susana al principio no lo entendió, pero luego se dio cuenta del bulto de su pantalón—. Señor León, es usted un niño malo. Espero no ser la culpable de eso —señaló la entrepierna acercándose más a él.

—¡Ah! —suspiró—. Susana, no aguanto más. Me vuelves loco.

—Lo siento —fingió arrepentimiento—, yo no quería. Se debe a mi ropita. —Se giró despacio hasta regresar a la misma postura.

—Tu cuerpo... —Él intentó tocarla, pero ella se apartó rápidamente.

Él se sorprendió.

—De eso nada, señor León. Eso no está bien.

—Susana —le reclamó.

—Ni Susana ni nada —chilló, cambiando de actitud. Ahora era ella

realmente. Iba a mostrarle todo su enfado—. Me vas a oír bien, capullo. —Su mirada de odio le dio miedo a David. Ella se acercó para confrontarlo bien cerca—. Juegucitos los justos, ¿vale? A mí tú no me vas a joder porque no me da la gana, ¿me oyes? Así que la próxima vez que tengas una queja de mí, me lo dices, en vez de ir a Carolina a lloriquear.

—¿Lo sabes? —estaba asustado.

—Claro que lo sé, imbécil. Soy más lista que tú. ¿Creías que no me enteraría? Pues lo siento, lo sé todo. Ahora voy a aclararte un par de cositas. Así que me vas a oír —él asintió con la cabeza—. Tú y yo nos vamos a llevar bien, vamos a ser muy profesionales. Olvidaremos lo del fin de semana y no vamos a tener ningún tipo de relación fuera de este edificio. Y cuando se incorpore Carlota me vas a ayudar a conseguir un puesto en el Departamento Legal, ¿lo pillas o te lo repito?

—Vale.

—Otra cosa, no juegues conmigo, David. Más te vale que no intentes putearme. Yo necesito trabajar y no un capullo que me esté jodiendo, ¿me oyes? —Su vergüenza le impedía enfrentarse a ella.

—No volverá a pasar.

—Eso espero —se alejó de él y se colocó la falda y abrochó los botones de su blusa—. David, llevo tatuada una bruja porque tengo una dentro, más te vale no cabrearla —aclaró.

—¡Te he dicho que no se repetirá! —le gritó cansado de sus reclamos. No la podía mirar, se sentía fatal.

Susana sintió que se había pasado bastante con él. Todo su numerito no era necesario. Hubiera podido hablarlo tranquilamente. Sin embargo, él no le reprochó nada y eso la desarmó, haciéndola sentir una mala persona.

Necesitaba alejarse y se fue a su mesa. No podía estar más allí. Estaba con la cara descompuesta, sintiéndose la peor persona por jugar de aquella manera con el hombre que tan feliz la hizo el fin de semana.

Mar se acercó al verla para averiguar qué había pasado, estaba preocupada. Susana no podía hablar, necesitaba tiempo para recuperarse. Le indicó que todo estaba bien y se puso a trabajar. La respuesta no le gustó, pero al menos pareció bastarle por el momento.

CAPÍTULO 11



A media mañana se presentó Verónica. Susana se sorprendió al verla allí. No entendía nada. Vestía muy elegante, pero no traía consigo la actitud altiva de otras veces, parecía preocupada.

—Susana, me gustaría hablar contigo y con David.

—Conmigo no tienes nada de qué hablar, pero espera un momento —cogió el teléfono y llamó al despacho de David—. Señor León, la señorita Verónica Sex desea hablar con usted.

Verónica se quedó espantada al ver la actitud fría con que se dirigía Susana a David. Algo malo había pasado. Estaba cabreada, muy enfadada, e iba a solucionarlo; sobre todo porque no iba a perderse todo su trabajo del fin de semana.

—Cuelga el teléfono. Y vamos —le ordenó Verónica.

—¿Qué? —dijo con mala leche.

—Me has oído perfectamente —siguió manteniendo el mismo tono.

Verónica abrió la puerta del despacho de David y esperó a que entrara. Ella siguió trabajando en el ordenador, ignorándola, así que fue hasta Susana y, agarrándola del brazo, la llevó hasta el interior del despacho.

Él se vio sorprendido con la visita de las dos mujeres y no entendía nada. Susana se sacudía para liberarse del brazo de Verónica. Cuando lo consiguió, se apartó y cruzó los brazos sobre su pecho con actitud hostil. Al soltarla, aprovechó para cerrar la puerta y tener algo de intimidad.

—Ahora, ¿me vais a explicar qué ha pasado aquí?

—Nada —dijeron los dos a la vez.

Era obvio que mentían.

—Venía a hablar con vosotros, pero hasta que no me digáis qué pasa no pienso hablar. Y tengo toda la mañana libre —suspiró Verónica sentándose en una de las sillas delante de la mesa.

—¿Quieres saber qué pasa? —Verónica afirmó con su cabeza—. Ese capullo ha intentado despedirme esta mañana.

—Eso es mentira. Solo quería que te pusieran en otro departamento.

—Me da igual. Has intentado deshacerte de mí. Después de haberse pasado el fin de semana llevándome a su cama, ¡claro, ahora ya no te interesa!, ¿verdad? —ella le miraba con coraje.

—Susana, no puedo trabajar empalmado, por eso quería que te cambiaran —se puso colorado al darse cuenta de la presencia de Verónica, pues no se dio cuenta de su franqueza hasta que se oyó.

—Eso no es excusa. —Susana quería aparentar estar ofendida, pero en el fondo le gustaba sentirse deseada por un hombre. —Perdóname, no quise perjudicarte. Es que...

—Es que nada, David. ¿Por qué no lo hablaste conmigo? ¿Por qué fuiste corriendo a Carolina para que me cambiara de departamento?

—Fue infantil e irresponsable, lo siento.

—¿Infantil? ¿Irresponsable? Irresponsable es follar con una mujer que no es tu novia.

—No tengo novia.

—Pero la tenías el viernes, el sábado y el domingo cuando lo hicimos en tu cama.

—No me di cuenta de que no la quería hasta que te conocí.

—Di mejor hasta que me tuviste en tu cama.

—Susana, creo que nunca la quise... no como... —se mordió la lengua.

La frustración de Susana se incrementó al fijarse en Verónica, que escuchaba atentamente.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —le gritó a Verónica.

—Sí, lo sabía —reconoció sin el menor rasgo de arrepentimiento.

—¿Y lo dices así?

—Creo que es hora de que hable yo. Susana, siéntate y tranquilízate —ella se hizo la remolona, pero se sentó en la otra silla a su lado—. Sí, lo sabía. Sabía que David tenía una novia que no quería, con la que no era nada compatible, con la que tenía una relación infeliz.

—¡Claro, cómo no! —Susana no pudo evitar sacar su sarcasmo.

—Yo también tuve mis reparos cuando me enteré de la novia de David. Pero me di cuenta enseguida de que él no la quería, aunque creo que él no era

consciente. Luego te conocí a ti, con ese carácter, y me di cuenta de que sois muy compatibles. No me mires así. Lo confirmé este fin de semana. Os entendéis.

—El fin de semana es pasado —afirmó con desilusión.

—No digas eso, Susana. El fin de semana te proporcionó conocer una persona compatible contigo.

—Una persona que se acostó conmigo teniendo novia —señaló.

—Intenté evitarlo, pero... —David habló sin levantar la vista, se avergonzaba de sí mismo.

—Eso es cierto pero, por lo que he oído, ya no, ahora es libre. Podéis intentarlo.

—No. Paso de capullos, ya tuve bastante con Adolfo.

—Susana tiene razón. Es mejor dejarlo estar. Ser profesionales y aprender a trabajar juntos.

Susana y Verónica se quedaron mirando a David, espantadas. No esperaban ese grado de madurez. Eso descolocó a ambas. Lo que esperaban es que siguiera disculpándose hasta que cediera, no que aceptara la responsabilidad de sus actos.

—Esto habla bien de ti, David —comentó Verónica.

—Eso da igual ya. ¿A qué has venido? —le preguntó David, queriendo cambiar de tema.

—Quiero disculparme con vosotros dos —levantó las manos para frenar las preguntas—. Dejadme hablar. Yo sabía que los dos trabajabais aquí. Que erais compañeros de trabajo. Sabía mucho de vuestras vidas, pero no sabía que Susana iba a ser tu secretaria. Esta mañana cuando hablé con mi cliente sobre los resultados del fin de semana me comentó esto —señaló a ambos—. No es justo nada de esto. Por eso me disculpo. Fui utilizada como vosotros.

—¿Quién es tu cliente? —Susana no podía más con todo esto.

—No os lo puedo decir. Pero puedo deciros que está cerca y que os conoce. Las instrucciones eran sencillas, que Susana Pardo y David León se conocieran y existiera un acercamiento físico entre ellos.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Sí lo sabía, pero no podía decirlo.

—¿Por qué aceptaste esto?

—Le debía un gran favor —confesó Verónica.

—¿Es hombre o mujer? —preguntó Susana.

—Eso lo tendrás que descubrir tú, aunque estoy segura de que lo descubrirás, y muy pronto. Eres muy intuitiva.

Verónica fue sincera cuando le indicó a Susana que descubriría todo, porque así lo creía.

Una vez que se sinceró, se levantó y se fue, dejándolos a solas. Necesitaban tiempo para recuperarse de lo que empezó el fin de semana. Estaba convencida de que terminarían juntos porque los reclamos de Susana eran despecho. Se habían enamorado el uno del otro, estaba segura de ello.

—Acabo de ir a comprobar si mi trabajo había surtido efecto, no me ha gustado lo que he visto —dijo Verónica por teléfono al salir de Empresa León S.A.

—¿Qué ha pasado?

—No te va a gustar. Susana está muy enfadada con David por lo de su novia.

—¿Por la modelito? Ella es mucho mejor que esa boba.

—Tiene motivos para estar muy enfadada.

—¿Motivos? ¿Cuáles?

—David y ella tuvieron relaciones sexuales el fin de semana y se siente engañada y utilizada. Sinceramente, yo estaría igual que ella.

—Creía que simplemente había un tonteo entre ellos.

—Yo creía eso también, hasta hace un rato que he hablado con ellos.

—¿Crees que se arreglarán?

—Yo creo que sí. Estoy casi segura de que ella está enamorada de él, sin embargo, no sé... si ella podrá dejar a un lado todo este tema.

—¡No me lo puedo creer!

—Era de esperar con el carácter de Susana.

—No contaba con esto.

—Bueno, te estoy avisando para que sepas cómo actuar. Mi parte está hecha. Ahora te toca a ti.

—Vale, gracias.

El resto de la mañana pasó sin sobresaltos. Todo pareció estabilizarse. David y Susana actuaban muy profesionalmente. Él le pidió que le tuteara, pero ella se mantuvo firme. Era su forma de mostrarle su enfado.

Mar tenía una enorme curiosidad por el ambiente en Subdirección pero, al

ver el semblante tan serio de su nueva compañera, prefirió no acercarse. La tensión se palpaba desde su mesa. Notaba cómo la cosa no andaba muy bien por esa zona.

Cerca de las cuatro de la tarde, apareció un mensajero preguntando por Susana Pardo. Traía una caja alargada. Susana se sorprendió porque no esperaba que nadie le enviara nada, y menos al trabajo. Firmó la entrega de la caja y la abrió. Dentro había un ramo de rosas rojas de talle largo con una nota: “Lo siento, nunca quise hacerte daño. El Capullo”.

Su primera reacción fue enfadarse, arrugando la tarjeta para tirarla a la papelera. La bola de papel cayó por fuera y la recogió. Al recogerla, se paró un segundo a pensar, sentándose en su silla. Simplemente se estaba disculpando, así que ella reconsideró su enfado y volvió a leer la nota. Se dejó llevar por la compasión y no fue a gritarle.

Mientras Susana releía la nota, las puertas del ascensor se abrían para entrar en escena Almudena. Se había puesto una blusa con un gran escote y una falda muy corta. Estaba decidida a conseguir su anillo de compromiso. Entró con paso decidido y se paró delante de la mesa de Susana, al percatarse de que no era Carlota. Era otra chica mucho más joven y guapa.

—¿Quién eres? —preguntó de malas maneras.

Susana la reconoció al instante por su foto en las revistas de Eva. De forma instintiva, arrugó la nota en su mano y, disimuladamente, la echó en la papelera.

Almudena no pudo evitar echar un vistazo a las flores de la caja y creyó que eran para ella, lo que hizo sacarle una sonrisa. Ganó en confianza y vio su objetivo más fácil.

—Buenos días, soy la secretaria del Señor León. —A Almudena le gustó que dijera Señor León y no David.

—Hola, soy Almudena Chica —le sonrió—, la novia de David León —se regocijó en el apellido.

—Encantada, señorita Chica —Susana marcaba distancia, porque se sentía muy incómoda.

—¿Está David?

—Sí. ¿Quiere que le avise?

—No es necesario.

Almudena no esperó ni un segundo más, entró por el despacho sin pedir

permiso. Estaba convencida del cariñoso recibimiento que le haría su futuro prometido, así que pasó muy sonriente y arqueando su espalda para favorecer su escote.

Cuando David la vio, se puso pálido y de la impresión se puso de pie. No la esperaba tan temprano, creyó que la vería a la salida. Y, sobre todo, temía la reacción de su secretaria.

Susana se levantó para ver todo mejor, pero se quedó medio escondida en la puerta. Tuvo que sonreír ante aquella estampa, novia y amante juntas. Quería ser indiferente ante todo aquello, pero no podía. Aún no se había hecho a la idea de que ese hombre tenía novia.

—¡Almudena! —su voz era muy alterada.

—David, cariño —se acercó para besarle los labios.

—¿Qué haces? —se alejó.

Almudena se quedó sorprendida de la reacción. No esperaba que la rechazara. Creía que la recibiría con los brazos abiertos.

David no podía creer que tuviera a las dos allí, y menos que Almudena quisiera darle un beso, después de que el día anterior no quisiera escucharle.

Susana debió regresar a su mesa, pero no podía. Le importaba David y quería ser testigo de su reconciliación con su novia para hacerse a la idea. Olvidarle.

—David —le reclamó.

—Almudena, ¿qué haces aquí?

—Visitar a mi novio —sonrió tontamente—. Estaba pensando en ir a dar un paseo romántico, luego a un restaurante a comer y terminar en mi cama, o sea, he venido a secuestrarte —intentó acercarse, pero él se alejaba.

—Anoche te dije que no podíamos seguir juntos.

—No empezarás con la tontería de anoche. Pensaba que ya se te había pasado esa chorrada.

—Almudena, escúchame —él hablaba despacio—. No podemos seguir juntos, yo ya no siento lo mismo por ti. Si quieres podemos ser amigos.

—¡¿Amigos?! —gritó ella—. En serio, ¿me estás dejando? David, no vas a encontrar a nadie mejor que yo —ella dejó a un lado su sonrisa tonta para mostrar su peor cara.

—Lo sé. —Él no quería que se enfadara, la conocía.

—Pues si lo sabes, ¿por qué? —ella seguía alterada, cruzando los brazos

sobre su pecho.

—Almudena —tragó con fuerza—, creo que nunca he estado enamorado de ti.

—¿Creo?

—No me he expresado bien. Estoy seguro de que nunca he estado enamorado de ti. Supongo que era atracción.

—Eres un imbécil —Almudena sacó su carácter—. Te vas a arrepentir de todo esto y cuando te des cuenta del error que cometes, no pienses que voy a volver contigo. De eso nada.

—Lo siento.

Almudena se sentía ofendida y su estrategia de reconquistarle había sido un desastre, así que solamente le quedaba salir dignamente de su despacho. Levantó la barbilla, se giró y salió de su despacho.

Susana se retiró de la puerta rápidamente y se colocó a un lado. Quería evitar un problema al salir esta. Sin embargo, nunca salió. Almudena se quedó parada en la puerta del despacho, mirando a la mesa de Susana, observando las rosas rojas de su mesa. Aquello le abrió los ojos y la indignó, por lo que regresó sobre sus pasos.

—David, quiero la verdad, ¿para quién son esas rosas?

—Almudena, no.

—¿Para quién son? —Las lágrimas estaban a punto de salir de sus ojos.

—Es mejor que no lo sepas.

Susana regresó a su posición en la puerta, David de reojo la vio. Podía cerrar la puerta y mantener esa conversación en privado, pero deseaba que ella escuchara y viera que él no sentía nada por Almudena.

—¿Hay otra mujer? —las palabras quemaban la garganta de Almudena.

—Sí.

—Has pasado con ella el fin de semana, ¿verdad?

—Sí. —David no podía mirarla a la cara, se sentía avergonzado.

—¿Te la has tirado?

—Le he hecho el amor, Almudena. —Eso le dolió, porque ella sabía que él diferenciaba entre amar a alguien y tener sexo con alguien, también quería que le quedara claro.

—¿Cuántas veces?

—No sigas por ahí.

—¿Cuántas?

Susana suplicaba para que le dijera que una solamente.

—He pasado todo el fin de semana con ella —suspiró y le dijo lo que quería oír— en la cama.

—¿No pensaste en mí ni una sola vez cuando estuviste con ella?

—No.

Susana se preguntaba por qué no mentía, esto era demasiado para cualquier mujer.

—¿La quieres?

—Creo que sí.

Susana se quedó con la boca seca al oírle.

—¡Eres un HIJO DE PUTA!

Almudena se desató, se fue hecha una furia hacia David para pegarle. Él se defendió, agarrándole las muñecas. Al verse indefensa forcejeó con él, pero no sirvió de mucho, hasta que elevó su rodilla y le dio un rodillazo en su entrepierna.

Él la soltó y se llevó las manos al dolor. Unas intensas fatigas le dejaron la vista nublada y sin fuerzas, por lo que terminó en el suelo en postura fetal.

Susana salió de su escondite y fue a defenderle porque vio las intenciones de Almudena de rematar la faena. Susana consiguió alejarla lo suficiente para que la patada que lanzó no le diera.

—Vale ya.

—¡HIJO DE PUTA! ¡CABRÓN! ¡TE ODIÓ!

Almudena se vio incapaz de seguir pegando a David, así que empezó a gritar insultos como loca. Susana la mantuvo agarrada por detrás para que no intentara matarle a patadas.

Los gritos llegaron a oídos de don Guillermo, que salió de su despacho para ver qué pasaba. Mar miraba desde la puerta acristalada de Subdirección, viendo cómo Susana agarraba a una descontrolada Almudena.

Mar se encogió de hombros al ver a su jefe y este no tardó mucho en entrar en el despacho de su hijo. Se quedó espantado al ver a su hijo tirado en el suelo y a su secretaria agarrando a Almudena. No entendía nada.

—¿Qué pasa aquí? —gritó.

—Yo le voy a decir lo que pasa —le dijo Almudena aún sujeta por Susana—. Su hijo es un hijo de puta que me ha puesto los cuernos con una

guarra.

Don Guillermo no se podía creer lo que oía.

—¿Eso es verdad? —David asintió mirando a su padre.

—¿Lo ve? Su hijo es un cabrón que me quiere dejar por una guarra.

—Almudena —dijo don Guillermo aclarándose la voz—, si mi hijo te ha hecho eso, yo no puedo hacer nada. Son cosas de mi hijo.

Almudena esperaba algo más de comprensión por parte de su suegro. No obstante, él se alegraba de que David rompiera con ella, no la soportaba.

—¿No piensa decirle nada a su hijo? —estaba sorprendida—. ¿No piensa defenderme?

Como Almudena ya no luchaba tanto, Susana la sujetó sin hacer fuerza.

—Mira, niña, si mi hijo te ha sido infiel, yo creo que es mejor que te olvides de él. No es bueno suplicar amor.

Almudena consiguió liberarse totalmente y se quedó parada delante de él. Entonces, levantó su mano y abofeteó a su suegro. Susana se llevó la mano a la boca de la impresión, al igual que Mar, que lo estaba viendo todo desde la puerta del despacho de David.

Don Guillermo no hizo nada. Se mantuvo impassible, aunque le dolió. Eso hizo que la indignación llenara a Almudena y que se marchara entre lágrimas, tirando las rosas al suelo para pisarlas. Al irse, se tocó la zona de la cara dolorida.

Don Guillermo ayudó a levantarse a David del suelo y lo llevó hasta su silla. Seguía dolorido.

Susana fue a buscar una toalla mojada de agua fría para aliviarle algo el dolor. Mar esperó a que Almudena se fuera y bajó a buscar hielo a la cafetería.

—Vamos a ver, ¿puedes hablar? —David negó con la cabeza—. ¿Tú sabes qué ha pasado aquí? —miró a Susana, que llegaba con la toalla para David.

—¡Eh! —Susana miró a David y este le dio permiso para hablar—. Su hijo acaba de romper con su novia y ella no se lo ha tomado bien. Como él estaba algo indefenso, yo intenté evitar que le siguiera pegando.

—Gracias —dijo, sabiéndole a poco la información—. Vamos a ver, no hables si no puedes, ¿es cierto que le fuiste infiel? —Él asintió—. Yo nunca lo he hecho, pero todo el mundo sabe que no te pueden pillar.

—Yo se lo dije —comentó con un hilo de voz mientras se colocaba la toalla

en el cuello para aliviar la fatiga.

—Mira que eres imbécil. Eso no se cuenta. Te callas y ya...

—Yo creo que ha sido muy valiente —afirmó Susana, porque le estaba dando coraje la actitud de su padre.

Don Guillermo la miró mal. Pensaba que ella no pintaba nada allí y le hizo una señal para que se fuera. Susana captó el mensaje y salió del despacho, pero dejó la puerta abierta para oír la conversación desde su mesa.

—Entonces, ya es oficial, has dejado a esa boba aspirante a modelito.

—Papá —le reclamó.

—David, no me mires así. No sé qué demonios hacías con una chica así. Esa modelito jamás me daría el nieto que yo necesito.

—Papá.

—Creo que hoy está siendo un muy buen día.

Mar llegó con el hielo para David. Susana se lo quitó de las manos y se fue al despacho de su jefe. Se fue directa al baño de David, sin pedir permiso, cogió una toalla y envolvió el hielo para dárselo a su jefe.

—Ahora dime una cosa, esa chica, la amante —Susana estaba caminando muy despacio hacia David—, ¿fue un revolcón o pinta serio?

—Esto es hielo para —Susana le entregó la toalla y le señaló la entrepierna — la inflamación.

—Gracias, ya puedes irte —le dijo don Guillermo. David le hizo un gesto para agradecerle la preocupación—. Venga, contesta.

—Me gustaría... —cerró los ojos y se sinceró— probar suerte con ella.

—Eres un calzonazos, a mí tú no has salido.

Susana se quedó paralizada al oír su declaración, estaba fuera del despacho muy cerca de la puerta, así que lo oyó perfectamente.

—No la conoces. No tiene nada que ver con las otras —sonrió al recordar el fin de semana.

—Eso espero, porque quiero nietos. Así que date prisa.

Susana sintió pasos y se agachó corriendo para recoger las rosas pisoteadas del suelo. Disimulaba.

—Ni te molestes en recoger eso, llama a limpieza y que manden a alguien.

—De acuerdo, señor León.

Don Guillermo pasó de largo y no se fijó más en Susana. Siguió a su despacho. Haciéndole caso, llamó. A los diez minutos llegó una chica y limpió

todo aquello.

Al tiempo que la chica limpiaba, fue a preguntarle cómo se encontraba. Estaba sentado con el hielo colocado y los ojos cerrados.

—¿Qué tal estás?

—Mejor, gracias. —Escuchó ruido fuera y se asustó al pensar que podía ser Almudena—. ¿Quién está ahí?

—Es la chica de la limpieza. Tu novia loca se ensañó con las rosas, no dejó ni una viva.

—Lo siento.

—Nada. Te las pensaba devolver.

—Vale.

Susana se giró para irse, pero necesitaba que hiciera algo por él, aunque le daba vergüenza pedírselo.

—Susana, necesito un favor —ella le dio permiso para hablar con la mirada —, si no quieres, no pasa nada.

—Venga, suéltalo.

—¿Podrías mirarme la zona? —Susana abrió los ojos, jamás esperaba algo así—. No sé cómo está y tengo miedo de que...

—De acuerdo —después de acceder se arrepintió—, aunque yo no soy médico.

—Pero lo has visto antes.

David le dio un golpe bajo.

Susana cerró la puerta del despacho y pretendía llevarlo al baño, pero le dolía al caminar. Así que optó por ponerlo de espaldas a la puerta y bajarle ella los pantalones. Lo hizo muy lentamente, porque le dolía el simple roce. Lo mismo hizo con los calzoncillos. Todo era normal. Lo tenía colorado y algo inflamado, pero normal. No tocó nada, se limitó a observar.

Cuando quedó más tranquilo, le volvió a poner la ropa. Le ayudó a sentarse y él se colocó el hielo. Susana se ocupó de él. Lo cuidó. Se encargó de atender llamadas y mantener a su jefe tranquilo.

Lo peor fue controlar los chismorreos en la oficina. A la salida, todos sabían que Almudena se había ido llorando de la oficina de David, confirmándose la ruptura de los dos. Sin embargo, lo que ocurrió en aquella planta se mantuvo en un total grado de discreción.

CAPÍTULO 12



Almudena salió llorando de rabia de la Empresa León S.A. No podía creerse que le hubiera puesto los cuernos, él no era esa clase de hombres. Pensaba que lo tenía controlado y lo suficientemente engatusado para que no se fijara en otra mujer, pero acababa de demostrarle lo contrario.

Lo que más rabia le daba era no haber visto las señales. No haberse dado cuenta de que otra lagarta estaba detrás de su hombre. Se maldecía por su mala suerte. De tenerlo todo, a la nada en unos pocos días.

El rencor recorría su cuerpo, necesitaba vengarse de él. Tenía que pagarle con la misma moneda. No podía dejar las cosas así. Además, no pensaba callarse nada. Iba a contarle todo, iba a dejar su imagen pública por los suelos, tal y como estaba su orgullo en aquel momento.

Cogió el coche y se fue a la casa de Max, Máximo. Era su antiguo novio antes de conocer a David. Él fue quien los presentó, ya que se conocieron en la facultad y, desde entonces, eran amigos.

Max era mucho más atractivo que David y transmitía un magnetismo y una seguridad que muchos hombres quisieran para ellos mismos. Siempre vestía correctamente y tenía mucha labia. Delgado, tez morena y de enormes ojos verdes, que encandilaban a cualquier hombre o mujer que tuviera delante. Su aspecto de seductor sinvergüenza les encantaba a las mujeres, sabiendo de antemano qué buscaba y quién era él.

Aunque no lo quisiera reconocer, Max era bastante engreído y le encantaban las mujeres. Solamente había estado pillado por un par de tías y una de ellas fue Almudena. Le fastidió mucho que le dejara por su amigo, pero su orgullo le impidió decir lo que sentía. Así que se refugió en el sexo.

La familia de Max tenía dinero cuando era pequeño, pero poco a poco se fueron quedando sin él. Sin embargo, Max consiguió hacer la carrera a través de becas y de los apuntes de David. A él no le gustaba mucho estudiar, pero

fue la única solución que encontró para poder recuperar la posición social que tenía antes.

Estuvo trabajando para una agencia de representantes y conoció a mucha gente. Ahora, con la crisis, trabajaba para una cadena de televisión consiguiendo entrevistas y rellenando contenido en varios programas. Su labia y su aspecto le ayudaban, aunque prefería su anterior trabajo de representante.

Ella siempre acudía a él cuando tenía un problema, pues conocía a la gente adecuada o sabía siempre cómo ayudarla.

Almudena tocó en su puerta, rezando para que estuviera en casa. Después de aporrear la puerta como una loca, Max le abrió adormilado. Tenía el torso desnudo perfectamente depilado, marcando cada uno de sus magníficos músculos. Llevaba unos simples pantalones de pijama que le caían en la cadera, haciendo las delicias de cualquier mujer.

Al verlo, se tiró a su cuello y lo besó con desesperación. Él no tardó en corresponderla. Esto era habitual en ella. Cuando se cansaba de su novio, venía a buscar buen sexo a su casa. La primera vez se sintió el peor amigo y evitó que se repitiera, luego ella le confesó que no quería a David y que solo deseaba el dinero de su familia.

El verdadero motivo de esos encuentros era que él seguía pillado de ella a pesar de todo. Le encantaba su cuerpo y el sexo era increíble. Además de encontrar en ella la justa combinación de niña inocente y gata salvaje que le gustaba. No había encontrado a ninguna otra igual.

Max intentó en más de una ocasión avisar a su amigo, convencerle de que la dejara, pero le era muy leal, al contrario que él. En vista de que David no era consciente de la realidad, tenía un vídeo de Almudena desnuda en su cama con él encima y fotos de ellos dos juntos. Hasta ahora no lo había utilizado, porque no quería perder a su amigo y no quería hacerle daño, pero no dudaría en usarlos en caso de que fuera necesario.

Entraron en el piso y Max cerró la puerta, mientras seguía besándola. Supo enseguida que algo había pasado, estaba desatada. Así que, después de un par de besos, se separó y se fue a la cocina a buscar algo de comer.

—¿Qué haces? —preguntó malhumorada por dejarla allí.

—Desayunar, que no he comido nada. Tengo hambre —le gritó desde la cocina—. Anoche trabajé hasta tarde.

—Vamos a la cama y te deajo comerme entera —dijo con voz seductora.

—A ver —suspiró regresando sobre sus pasos—, ¿qué te pasa?

—Nada. —Era evidente que mentía.

—Mentira.

—Odio que me conozcas tan bien —comentó con voz mimosa.

—Si me cuentas qué te pasa, te llevo a la cama. Si no me lo dices, a la calle. Si me mientes, a la calle —hablaba en serio y lo sabía.

—No quiero hablar.

Él se mantuvo indiferente, cruzó los brazos sobre su pecho y esperó a que ella tomara una decisión.

—Te regodeas, ¿verdad? —Él la miró extrañado—. No pongas esa cara, seguro que tu amiguito te lo ha contado.

—¿El qué? —estaba intrigado.

—Este fin de semana, tu amiguito se ha ido con una guarra a no sé dónde.

¿Te lo puedes creer?

—No. —Estaba con la boca abierta.

—Pero espera, que ahora viene lo mejor, ayer rompió conmigo, pero no le dejé hablar y me largué antes de que pudiera contarme toda la historia.

—Eres única para oír exclusivamente lo que quieres oír.

—No me lo esperaba y no sabía cómo reaccionar. Luego fui a tomar unas copas, me encontré con Rosa y solté la lengua.

—Mal hecho.

—Ya. Esta mañana, en todos lados apareció que habíamos roto. ¡Vaya mierda! —se llevó las manos a la cabeza. Respiró y continuó—. Yo pensaba esperar un par de días y luego hacerle entrar en razón, pero con ese bulo por ahí, me vi obligada a hacerlo hoy.

—Veo que te fue de maravilla —fue sarcástico.

—Tu amiguito me confesó lo del fin de semana con la guarra, encima cree estar enamorado. Todo se ha ido a la mierda.

—¿Sabes quién es ella?

—¿Crees que si supiera quién era estaría aquí?

—No.

Almudena estaba hecha polvo, no podía disimular con Max, él la conocía.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que hable con él? —preguntó sorprendido.

—No serviría de nada. Conozco a David, se ha dado cuenta de que no me quiere. —Se fijó en su torso desnudo y recordó el motivo por el que estaba

allí—. Quiero venganza —le dijo pasando la lengua por sus labios.

—De eso nada.

—¿Cómo?

—Tú no necesitas sexo, necesitas un amigo y no sé si yo te sirvo. —Estaba siendo sincero.

—¿Me desprecias? Eres un hijo de puta.

—Nena, esto es un castigo divino. Tú le has puesto los cuernos muchas veces conmigo y ahora él te paga con la misma moneda.

—No es lo mismo.

—Que tú te hayas acostado conmigo, ¿cuántas?, ¿dos?, ¿diez?, ¿veinte veces? No importa, pero que él lo haga, sí. Me encanta tu lógica —se reía de ella.

—Max, no te burles de mí. Esto es grave.

—¿Por qué? Tú no lo quieres, él no te quiere. Ese matrimonio que tú querías hubiera sido un error.

—Yo no puedo ser pobre.

—Podrás salir de esta, eres una chica lista.

—¿Eres de gran ayuda, capullo! —le chilló con rabia.

—Espera un momento —la agarró del brazo para detenerla—, ¿a dónde vas?

—A hundir a tu amiguito.

—De eso nada —la agarró con más fuerza.

—¿Qué?

—Vas a ser una buena chica y te portarás bien.

—¿Qué dices?

Max pensaba a toda velocidad, tenía que chantajearla si quería salvarle el culo a su amigo, además de salir bien parados él y David de toda esta historia.

—A ti te interesa volver a las revistas, ¿verdad? —Sus ojos se iluminaron—. Puedo conseguir que entres en “La Casa Vip”.

—¿En serio?

—Sí. Conozco a alguien que puede hablarle bien de ti a los productores.

¿Qué me dices?

—Por supuesto —enseguida desconfió—. ¿Pero qué quieres a cambio?

—Que seas una niña buena. Puedes ir a todos los programas de la televisión que quieras. Puedes decir lo que te dé la gana. Pero siempre dejarás a David

como un rey.

—No me lo puedo creer.

—Claro que sí. Puedes decir que tú y David lo dejasteis de mutuo acuerdo y que ahora sois amigos, lo que te dé la gana, pero siempre dejando en buen lugar el nombre de David León.

—Tu amiguito no sabe el lameculos que tiene —lo miró con rabia, no le gustaba ser chantajeada así.

—Nena, eso solo lo sabemos tú y yo. Ahora vamos para mi cama, que se me acaba de abrir otro tipo de apetito.

Max se la llevó a su dormitorio, aprovechando la ocasión para saborear su cuerpo. Ahora que finalmente David había roto con ella, él se sintió liberado de la culpa que sentía por estar teniendo relaciones sexuales con ella. Al contrario que ella, que jamás sintió que engañara a su novio, ya que valoraba más los orgasmos que cualquier tipo de ética.

Él la obligó a ponerse de pie en frente de la cama, le abrió las piernas y le bajó el tanga. El cuerpo de ella se excitaba con el simple roce de sus dedos en el cuerpo. Le inclinó el torso para que se apoyara en ella y la dejó esperando, creando tensión sexual con la espera.

Se fue a la cocina y cogió una zanahoria de la nevera. A Max le gustaba jugar y tenía varios trucos sexuales. Almudena seguía esperando en la misma postura cuando él llegó. Levantó la falda y empezó a pasarle la zanahoria muy fría por sus nalgas. Ella sentía el frío en su piel y se retorció. Siguió pasándola hasta llegar a su ano. Como no dejaba de retorcerse, le pegó una nalgada, pero le gustó y mucho, estaba muy excitada.

La zanahoria se regodeó en su ano, pero sin penetrarla. Él sabía cómo excitar a una mujer. Cuando estuvo satisfecho, la zanahoria siguió su avance hasta llegar a su sexo. Ella arqueaba su espalda y no dejaba de moverse, no podía contenerse. Cuando la introdujo un poco en su interior, gimió de placer. El contraste del frío con su cuerpo caliente la excitaba todavía más. No podía más, quería su pene, así que le suplicó para que la penetrara. Para castigarla por intentar tomar el mando, le introdujo la zanahoria en su vagina y ella gritó de placer.

Él retiró la zanahoria de sus partes y, con su mano fría, palpó la zona. Estaba tan excitada que no podía contenerse. Su cuerpo respondía con el mínimo roce. Se fue al cajón de su mesilla de noche, sacó un condón y la

penetró con fuerza, una y otra vez hasta que llegó el orgasmo de ella. Sin embargo, él siguió penetrándola hasta que llegó el suyo.

Almudena estaba tirada en la cama al lado de Max. Esto era lo que ella consideraba buen sexo. Esto era un orgasmo en condiciones. Esto era un hombre que sabía excitar a una mujer. Nada que ver con David.

El sexo con su novio era aburrido, nunca tomaba la iniciativa y siempre terminaban haciéndolo igual. Era muy torpe excitándola, aunque tenía que reconocerle que le ponía ganas y seguía al pie de la letra sus indicaciones. Pero a ella le iba un sexo más duro y sórdido como con Max.

Después de recordarle su trato y de prometerle un par de entrevistas en prensa y televisión para hablar de su amistosa ruptura con el heredero de Empresa León S.A., consiguió echarla de su piso. Debía avisar a su amigo del pequeño trato que tenía con su ex, porque no se fiaba de ella y seguramente intentaría liarle de nuevo. El problema era que no tenía tiempo para hablar con él ese día y tendría que esperar hasta el día siguiente, por eso le envió un mensaje para verse.

A las diez de la mañana del martes, Max llegó al trabajo de su amigo, después de cerrar una entrevista en “Corazón Rosa” con el periodista Angelus, uno de los más mordaces e importantes de la revista. Ahora le quedaba mirar qué programa querría entrevistarla, aunque creía que con la entrevista cerrada no le costaría nada conseguirla.

Max conocía aquel edificio, había estado otras veces. Al llegar a la última planta, se quedó mirando para Subdirección. De espaldas a él estaba el mejor culo que había visto nunca. Era una mujer joven con un pantalón negro, blusa verde y tacones altos. Aquella mujer era todo curvas. De repente, ella entró dentro del despacho de su amigo. Sin quitarle los ojos de encima, revisó su cuerpo antes de que desapareciera de su vista.

Se quedó esperando a que saliera aquel cuerpazo. Le oyó la voz dentro del despacho, porque la puerta se quedó abierta, era una voz joven y seca. Tenía un trato distante y formal con su amigo. Le extrañó, ya que a David no le iban las formalidades.

No tardó mucho tiempo en tener delante a aquella diosa. Tenía el pecho justo para su curvilíneo cuerpo. Era guapa, pero muy seria para su gusto. Sus ojos repasaron su cuerpo y, cuando regresó a su cara, ella lo miraba con dureza, tenía carácter. Al momento, captó el mensaje de su mirada: “No tienes

nada que hacer conmigo, largo”. Era la clásica chica que buscaba novio, matrimonio y niños; y ninguna de esas cosas entraba en sus planes.

—Buenos días, ¿necesita algo? —abrió los ojos para intimidarle.

—Buenos días, preciosa.

—¿Disculpe?

—Perdón, simplemente quería hacer un cumplido —dijo Max en su defensa, aunque no tenía excusa.

—Pues evite hacerlos conmigo, señor. —No pensaba ceder ni lo más mínimo con aquel hombre.

Desde que lo vio supo que era un baboso. El típico hombre guapo y atractivo que busca una noche loca de sexo; nada serio, solo diversión, un hombre que no le iba a proporcionar nada. Nada de lo que ella buscaba en ese momento, y menos en el trabajo. Ya bastante tenía con toda su experiencia del fin de semana con su nuevo jefe.

—¡Qué hostilidad! —sonrió, siendo el único que se rio.

—¿Max? —preguntó David del interior del despacho, saliendo para verificarlo.

—Buenos días, señor importante.

—Hola, Max —le abrazó con entusiasmo—. ¿Qué haces aquí? Pensaba que nos veríamos a la noche.

—El trabajo, macho. Últimamente soy como los vampiros, vivo de noche, duermo de día.

—Dime, ¿a qué has venido?

—Quería hablarte de una cosa si tienes tiempo.

—Para ti claro que sí —David miró a su secretaria—. Por favor, Susana, no me pases llamadas.

—Claro, señor León —dijo ella.

—¿Señor León? ¿Cuántos años tienes, tío?

—Déjalo, anda —le indicó haciéndole pasar al interior de su despacho.

—Tu secretaria está buenísima, pero es una borde que te cagas.

—Max, deja tranquila a Susana —suspiró—. No quiero problemas, por favor. Ahora dime, ¿de qué quieres hablar?

—Venía a avisarte —ambos se sentaron uno enfrente del otro con el escritorio en medio—. Almudena vino a verme ayer muy cabreada —recordó todo lo sucedido con ella—. Me contó un par de cosas que no me creo aún,

pero bueno, volviendo al caso. La calmé y no va a criticarte por ahí.

—¿Cómo?

—Le ofrecí una serie de entrevistas y programas en la tele, lo que a ella le gusta. No pudo rechazarlo. A cambio va a contarle a todos que se lleva bien con su ex y que sois amigos.

—No me lo puedo creer.

—No te preocupes, sé tratar con mujeres así, solo buscan ser famosas y un hombre con dinero para casarse.

—No hables así de ella.

—David, desengáñate. Ella no estaba enamorada de ti, sino de tu apellido, iba detrás de un hombre rico que le solucionara la vida. ¿Por qué te crees que apenas duró nuestra relación? No tengo dónde caerme muerto. Eso fue lo que pasó.

—No sé...

—Mira, si te vas a poner a defenderla, me voy.

—No, perdona —suspiró para aclararse las ideas—. Gracias. Te debo una.

—Más vale que la descuentes de todas las que te debo yo.

—Vale.

—Esto por un lado, ahora quiero que me cuentes qué ha pasado. Hasta el otro día estabas a punto de pedirle matrimonio.

—¿Tienes tiempo?

—Por un amigo, siempre.

—Yo necesitaba tomar una decisión sobre Almudena, porque no estaba muy convencido de casarme con ella. Tenía que salir de dudas y entonces conocí a una mujer.

—¿Una mujer? Se pone interesante.

—Era increíble. Me sentí tan cómodo con ella... Me atraía muchísimo, su cuerpo, su voz, su risa... todo de ella.

—¡Mierda!, ¿no te habrás enamorado de ella?

—Sigo. —Max afirmó con la cabeza—. Intenté mantener las distancias, pero no pude.

—¿Te la tiraste?

—Sí.

—¿Cuántas? —sus ojos lo miraban orgullosos.

—Pasé todo el fin de semana con ella —la cara de Max pedía más

información— en la cama. ¿Contento?

—Mucho.

—Lo más extraño es que no sentí remordimiento por Almudena. Me di cuenta de que no la quería y que prefería estar con... —se calló.

—Te veo pillado de esa mujer, ¿qué tiene de especial para que...?

—Max, todo. No la conoces. Es increíble. Me escucha, no me juzga, ni intenta cambiarme... puedo ser yo.

—¿Y el sexo?

—El mejor de mi vida.

—Tío, ¿a qué esperas para estar con ella? —Max quería lo mejor para su amigo.

—Ella no quiere ni verme, está mosqueada y tiene sus motivos.

—No creo que sea para tanto.

—Cuando nos conocimos, ella no me reconoció y yo no le conté lo de Almudena. Ahora ella piensa que la utilicé para pasar el fin de semana.

—Explícale todo.

—Lo intenté, pero ahora... la cosa se ha complicado.

—David, eres un melodramático, ¿complicado?

—La chica que conocí el fin de semana es Susana.

Max se quedó pensando y luego recordó el nombre de la secretaria. Su primera reacción fue darse la vuelta y mirar para la puerta, luego se giró y su amigo le afirmó con la cabeza. No entendía nada.

—Explícate porque no entiendo nada.

—Carlota trabajó como mi secretaria hasta el viernes y el lunes comenzó Susana. Yo no sabía que iba a ser mi secretaria y ella no sabía que yo era David León. Simplemente fuimos Susana y David.

—¿¡Desnudos!? —dijo con picardía.

—Vale ya. No quiero bromas con ella. No quiero más problemas —le conocía y sabía que estaba mal por todo esto.

—Una más, ¿te gusta? —señaló con la cabeza a la puerta.

—Sí. Es diferente.

—Y yo que pensaba que ahora que estabas soltero saldríamos a ligar los tres... ya veo que no va a ser así —se resignó—. Te voy a dar un consejo de amigo. Esa tía tiene carácter y mucho, por lo que vi. Si ella está mosqueada es porque le importas, por lo que te aconsejo que te mantengas cerca, muy

educado, muy caballeroso y muy correcto, y cuando la veas flojear, te lanzas. A por todas. Tu objetivo es desnudarla. Si no te deja, malo. Pero si se deja, es que siente algo por ti. David, solo tendrás una oportunidad. En ese momento no flaquees, bésala, piropéala, sé muy romántico. Que ella vea que le importas. Es la única forma de que la conquistes de nuevo.

—Yo pensaba esperar unos meses y pedirle una cita.

—No hagas eso. Haz lo que te digo. Espera una o dos semanas y te lanzas. No esperes mucho, por si otro tío se te adelanta, porque tu secretaria está muy buena.

—Oye —le llamó la atención.

—Aunque te digo una cosa, esas tías son las que buscan marido y niños.

—No me importa.

—Tío, estás fatal. No tienes remedio —se levantó y se fue a la puerta—. Me voy antes de que se me pegue algo.

Max salió del despacho y esperó a que David se reuniera con él. Quería ayudarlo y sabía cómo.

—¿Te vas ya? —preguntó David desde la puerta.

—Sí, tío, tengo cosas que hacer. Por cierto, ya lo sabes, si Almudena te da la lata, avísame. Yo me encargo, no la dejes acercarse a ti.

—Gracias, Max.

—Te lo digo muy en serio, David, Almudena solo quiere un marido rico. Ella me lo reconoció ayer, nunca te quiso. No creo que quiera a nadie... quizás a sí misma. No te fíes de ella.

Susana mantenía su mirada en la pantalla del ordenador, pero estaba muy atenta a la conversación.

—Señorita —ella lo miró—, es un placer.

—Lo mismo digo —su voz sonó suave porque no utilizó su mirada de lascivia.

—David, nos vemos hermano. Tenemos que salir una noche los tres, como antes, ¿eh?

—Claro. No hay problema.

Max se marchó con el deber cumplido, no le hizo falta darse la vuelta para saber que la secretaria de su amigo estaba descolocada por la información que le había dado y esperaba que le ayudara para llegar hasta ella.

—Parece un buen amigo —comentó Susana regresando al trabajo.

—Lo es, es un gran tipo. Estoy seguro de que si lo conocieras te caería bien. —No, gracias. Ya tengo amigos —la hostilidad de Susana regresó.

En ese instante, se dio cuenta de que su amigo podía tener razón, Susana bajaba la guardia a veces y tenía que aprovechar en esos momentos.

CAPÍTULO 13



El jueves salió en la revista *Corazón Rosa* la entrevista de Almudena, confirmando la ruptura con David León. Ya era oficial, no estaban juntos. A Susana no le dio tiempo ni a llegar a su mesa cuando se vio abordada por Eva. Estaba con la revista en la mano, deseando comentárselo todo.

Como la conocía bien, cogió la revista y la ojeó. En el reportaje, pudo comprobar que su ex no decía nada malo de David, algo extraño después de ver su comportamiento del lunes. No se explicaba qué había cambiado.

David sorprendió a las dos mirando la revista y ambas palidecieron al verlo observando la revista por encima de su hombro. Del susto, la revista cayó al suelo y él la recogió. Revisando el artículo mejor, se dio cuenta de que Max había hecho bien su trabajo y que le debía una muy grande.

—Max lo logró —lo dijo en voz alta para que Susana lo oyera, quería que supiera la verdad.

—¿Max? —su enorme curiosidad no la frenó a preguntar.

—Max le convenció para que no hablara mal de mí y veo que lo logró.

—¿Por qué?

—Es un buen amigo. Además, a ella tampoco le conviene tener a Max en contra.

David le devolvió la revista con una media sonrisa mirándola directamente a los ojos, sintió cómo se derretía por dentro. Le quemó su mirada. Su odio estaba desapareciendo día a día y eso le daba miedo. Sonrió a Eva y se metió en su despacho.

—Susana, ¿entonces las cosas entre ellos no terminaron bien?

—¿Qué? —seguía analizando la mirada de su jefe.

—Lo del jefecillo y Almudena.

—No digas nada —la amenazó—, pero la cosa no terminó bien.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—¿Eh? —titubeó buscando un motivo—. Don Guillermo nos dijo que no dijéramos nada.

—¿Hasta don Guillermo estaba? —comentó asombrada.

—Sí, así que no digas ni pío de esto. No quiero problemas.

—Seré una tumba.

Eva se fue siendo la mujer más feliz del mundo con su revista, sabía la verdad y gracias a su amiga.

Susana se puso a trabajar, pero no pudo evitar analizar su relación con David desde el fin de semana hasta la aparición de Max. Quería alejar esos pensamientos de ella, aunque no podía, regresaban con más fuerza. Hasta ese momento, su cabreo la había tenido ocupada; sin embargo, le flaquearon sus fuerzas y la piedad se apoderó de ella.

No era ninguna novedad para ella que Almudena tuviera pinta de ser una trepa, pero estar con alguien por su apellido le parecía demasiado. No obstante, pensándolo detenidamente, no parecía estar muy afectada para en unos días salir en una revista hablando de su ex.

Tampoco eso lo exculpaba, él debió contarle todo cuando la metió en su cama. A su favor tenía que ella también le provocó esa noche. Por otro lado, tampoco le dijo nada al día siguiente. Sus pensamientos se cruzaban unos con otros. Estaba hecha un lío y no sabía qué pensar al respecto.

Así siguió todo el día, analizándolo todo. Su compasión crecía y su odio se iba evaporando sin darse la menor cuenta.

Por la tarde, una mujer de la edad de su madre se le acercó. La reconoció al instante, era Alfonsina Castaño, la mujer de don Guillermo. La recibió con una enorme sonrisa.

Alfonsina Castaño era una mujer muy agradable, solía pasarse por la empresa saludando y charlando con los empleados. Tenía el pelo plateado muy corto y solía vestir con ropa elegante pero no muy recargada. Era una mujer corpulenta, algo regordeta, eso le proporcionaba un aire de cercanía.

Susana la conoció al entrar a trabajar en las oficinas. Cada vez que la veía, siempre le saludaba y le preguntaba por su madre. Alfonsina y Petra eran

amigas en la infancia, por eso le cogió mucho cariño.

—Alfonsina, ¿cómo se encuentra?

—¡Ah! Pensaba que me ibas a decir doña Alfonsina e iba a regañarte. Muy bien, cariño, ¿y tu madre?

—Bien, pronto regresará con mi padre.

—Dile que quiero tomarme un café con ella, por favor. Hace tanto que no la veo que echo de menos nuestras tardes juntas hablando y jugando al dominó, al parchís o al cinquillo...

—Se lo diré.

—¿Mi hijo está muy ocupado?

No terminó de preguntar cuando David salió de su despacho para darle una carpeta a su secretaria.

—Mamá —le sorprendió.

—Hola, cariño —le dio un besito en la mejilla.

—¿Necesitas algo?

—Nada, cariño, hablando un ratito con tu secretaria mientras espero a tu padre. Me lleva al teatro.

—Eso está bien. —David le dio un beso a su madre y se fue a meter en su despacho.

—Cariño —David se giró para mirarla—, me alegro de que Susana sea tu secretaria. Es como en los viejos tiempos.

—¿Qué dices, mamá?

—Seguro que no te acuerdas, eras muy pequeño. —Miró espantado a su madre—. No me mires así, tú y Susana jugabais juntos. —Se sorprendió, al igual que su hijo—. A ti te encantaba estar con ella, recuerdo que te sentabas en el suelo y la mirabas cómo jugaba con tus juguetes. Es muy bonito veros otra vez juntos.

Susana estaba sin saber qué decir.

—¿Yo jugaba con Susana? ¿Con ella? —preguntó intentando recordar.

—Sí, tengo una foto de los dos —repartió su mirada y se centró en su hijo—. Esa foto que te gusta tanto, la que tengo en mi habitación. Tendrías cuatro o cinco años y Susana dos años, creo. ¿Sabes la que te digo? La del marco plateado.

—Sí, sé cuál es.

Clavó la mirada en su secretaria porque ese detalle no lo recordaba. A ella

le pasaba lo mismo. Nunca se imaginaron que se conocían de antes.

—Me imagino que si no te acuerdas de Susana, menos te acuerdas de Petra, su madre, mi mejor amiga. Es una pena que ya no nos veamos, echo de menos nuestras tardes hablando —suspiró al recordar.

La conversación se vio interrumpida por don Guillermo, que se llevó a Alfonsina. Mientras se iba, se quedó mirando a Susana y a su hijo, los dos desconcertados, mirándose. No pudo evitar pensar la bonita pareja que hacían y lo mucho que le gustaría emparentar con su mejor amiga. Era el mismo sueño de hace años, cuando veía jugar a David con Susana siendo niños.

El fin de semana, Susana necesitó aclararse, así que quedó con su amiga Cam, Camelia, era su amiga del instituto cuando salía con Nacho. Alta y delgada, con un sugerente pecho operado, que no tenía pelos en la lengua y no se solía reservar nada. Por eso Susana la quería tanto, sabía que siempre le iba a decir lo que pensaba.

Cam, después del instituto, no quiso seguir estudiando, por lo que se puso a trabajar en un bar de camarera. Ese bar era de su padre, al morir lo reformó y lo cambió por completo. Al estar en una zona muy buena, pudo rentabilizar su inversión, ahora era un éxito.

Era muy conocido, “La Luna Negra”. Todas las noches había espectáculos de *strippers*. Casi todos sus novios habían sido trabajadores. Su actual pareja, Mario, era un *stripper* y un chulo que no soportaba. Por eso evitaba quedar con él, Cam lo sabía y también lo evitaba. Prefería a su anterior novio, Manu, ahora era bombero y era un tipo legal.

Susana sabía que si alguien podía entender todo lo que le había pasado, esa era Cam. Quedó con ella en una cafetería a comer un trozo de tarta y un café. Su amiga llegó tarde, como de costumbre, según ella su novio necesitaba desahogarse. Para ella era un capullo ególatra que sabía que le contaría el verdadero motivo por el cual llegaba tarde.

Susana le contó a su amiga lo que sucedió el fin de semana, no se dejó ningún detalle. Quería que pudiera juzgar lo ocurrido. Luego le contó todo lo que sucedió el lunes por la mañana, sin omitir detalles de la visita de Almudena. Estaba encantada escuchando, no podía creerse la película que le estaba contando su amiga.

—¿Qué opinas de todo esto?

—Después de oírte, tengo que reconocer que no quisiera estar en tu pellejo.

Debes tener un lío mental brutal.

—Ni te lo imaginas.

—A mi manera de ver, tienes tres opciones: Primera, pedir un cambio a otro departamento; segunda, seguir ahí pero siendo muy profesional...

—¿Y?

—Y tercera, intentarlo.

—¿Intentarlo?

—No te engañes, Susana, a ti te gusta. Se nota a kilómetros. Estás pillada por ese tío, otra cosa es que no quieras tener algo con él por ocultarte que tenía novia. Eso lo respeto.

—¿Me estás diciendo que intente tener algo con un tío que no respeta a su novia?

—Creo recordar que él se disculpó y le confesó la verdad a su novia, reconociendo que le gustaba otra mujer. Mira, Susana, no te digo que corras a sus brazos, pero eso no lo hace un hombre normal. Lo habitual es que se hubiera callado y hubiera seguido con su novia. En cambio, él le dijo la verdad.

—No sé qué pensar de todo esto...

—Yo creo que deberías hacerte las siguientes preguntas: ¿Te ves con él dentro de 15 años? ¿El sexo es bueno? ¿Sientes que es tu amigo además de tu novio? ¿Te gustaría que fuera el padre de tus hijos? Si todas estas preguntas son afirmativas, Susana, inténtalo. No te dejes llevar por ralladuras de cabeza, no merece la pena, la vida es corta y si esperas mucho tiempo te puedes arrepentir.

—Oye, ¿desde cuándo mi amiga se ha vuelto tan profunda?

—Tía, la muerte no espera por nadie y, cuando menos te lo esperas, te ves bajo tierra.

—Cam, ¿qué ha pasado?

—Un amigo, tía. Un hombre bueno que lo tenía todo. Tenía un buen trabajo, su novia embarazada, y va la vida y se lo lleva. Derrame cerebral. Tenía veintinueve años. No es justo.

—Lo siento, Cam. ¿Le conocía?

—No creo. Era un cliente del bar. Bueno... más bien un amigo. —Tenía lágrimas en los ojos.

—¿Por qué no me has llamado? Hubiera estado contigo.

—No te preocupes. Simplemente me ha hecho mirar las cosas desde otro ángulo.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, avísame.

—Bueno... —sonrió— quizás te necesite dentro de unos meses. Dudo que Mario quiera cambiar pañales.

—¿QUÉ? —gritó Susana.

—Estoy embarazada. Bueno... el primer retraso.

—¿Estás segura?

—Me he hecho tres tests de embarazo, creo que sí.

Susana abrazó a su amiga. La veía tan feliz que se vio contagiada. Aparte de estar contenta, no podía dejar de pensar lo cambiada que estaba. Nunca se imaginó que Cam quisiera una familia con niños, eso jamás fue su prioridad. Ella no era como el resto, siempre fue diferente y, al verla ahora, le sorprendió.

El lunes por la mañana decidió no comerse más la cabeza y olvidarse de todo. David se había comportado correctamente, no había intentado nada y había mantenido las distancias, por lo que no tenía motivos para pensar que seguía interesado en ella. De tal modo que debía seguir con su vida y ser muy profesional para conseguir su ansiado puesto en el Departamento Legal.

A media mañana, Mar apareció en su mesa con una carpeta para David, parecía muy incómoda. Susana recogió la carpeta con reticencias y su curiosidad hizo el resto. Le preguntó por ella, sonrió con frialdad y le explicó el problema que existía en la sucursal de Valencia. No daba crédito a lo que oía y llegó a la misma conclusión, don Guillermo no quería problemas con su hija y obligaba a David a llevar todo ese asunto.

En cuanto Mar se fue, Susana hizo sus propias averiguaciones. Al ser la secretaria de David, tenía acceso a mucha información de la empresa. Revisó toda la documentación de la carpeta y estudió el caso, sería necesaria una reestructuración de toda la plantilla, provocando muchos despidos.

No se quedó con los datos, también telefoneó y habló con algunos trabajadores. El haber trabajado para varios departamentos le permitía conocer mucha gente y de distintas sucursales, eso facilitó mucho su sondeo de información. Al terminar la última llamada, la conclusión era clara: el gerente era un gilipollas.

Con toda esa información, creía tener la solución al problema y podía salir

beneficiada la empresa del proceso. Hizo un esbozo de su solución para no dejarse nada en el tintero. Sin embargo, tenía sus reticencias, pues no sabía si su jefe vería con buenos ojos que ella hiciera su trabajo.

Susana entró en el despacho con miedo por la reacción de él, no quería perder su puesto de trabajo y tampoco cabrearlo. Pero era tarde para dar marcha atrás, el puesto de trabajo de mucha gente que ella conocía estaba en peligro y no podía permitir que lo perdieran por la mala gestión del cuñado de David.

—David, ¿tienes un momento? Quiero comentarte una cosilla.

Se quedó sorprendido, era la primera vez que lo llamaba por su nombre y no le decía “Señor León...”. Max tenía razón, estaba bajando la guardia y pronto tendría su momento para recuperarla.

—Sí, claro, pasa. —Ella se sentó.

—Mar me dejó esta carpeta para ti, don Guillermo quiere que te encargues de esto.

—Le he dicho a todos que no pienso encargarme de eso, eso no es responsabilidad mía. Eso es tarea de Dirección —se puso de malhumor.

—He estado indagando un poco y creo tener la solución. —Era todo oídos, ella se había convertido en su persona favorita.

—Dime. —Le pareció estar muy receptivo.

—Primero sería necesario realizar un estudio de la situación real de la sucursal, para ello yo pondría a trabajar al Departamento Legal, Recursos Humanos y Contabilidad. Se debe determinar cuál sería la cantidad de despidos necesarios para mantener a flote la sucursal y qué departamentos han de ser centralizados. Luego, yo mandaré a alguien del Departamento Legal con Carolina y les plantearé a los trabajadores la situación real. Que vean que a la empresa le importan sus trabajadores, implicarles en el proceso. Se podría reubicar a los trabajadores que quieran, para salvar algunos. Realizar jubilaciones. Que el impacto sea mínimo y la imagen sea menos negativa.

—Me gusta tu idea, pero eso no servirá de nada. No con... —se mordió la lengua, pero ella supo leer su silencio.

—Respecto al gerente, tu cuñado, creo tener la solución. —David abrió los ojos y escuchó atentamente—. Yo creo que podrías aprovechar la reestructuración para realizar un control de su gestión. Es decir, marcarle objetivos y mantenerle a raya.

—¿Cómo?

—Podrías poner a alguien de Contabilidad que revise las cuentas cada mes o dos meses y le vaya indicando cuál es la mejor gestión, es decir, que le enseñe el camino. Buscar alguien por encima de él que le lleve atado en corto. Todo esto puede estar supervisado por ti o tu padre, sin que tu cuñado lo sepa. Lo que pienso es que tienen que hacerle creer que esto es el proceso habitual cuando hay una reestructuración.

—Susana, eres genial. —Se levantó de su silla y se fue a ella y la besó—. Gracias. —Volvió a besarla.

Aquellos dos besos les supo a poco a ambos.

—Lo siento, ha sido un impulso —le indicó con unas ganas locas de besarla.

—No pasa nada, tranquilo. Bueno... —dijo ella aclarándose la voz, algo nerviosa por los besos— redactó mi propuesta y la envió con tu nombre.

—De eso nada.

David la agarró de la mano y la llevó a rastras hasta el despacho de su padre, no quería que nadie se beneficiara de su trabajo. Deseaba que su padre lo valorara, que viera su profesionalidad.

Ella opuso resistencia cuando se dio cuenta a dónde la llevaba. No quería hablar con don Guillermo, le daba mucho respeto y miedo. En cambio, David no iba dejar escapar esta oportunidad para que su padre conociera su verdadera capacidad.

Dentro del despacho, a Susana le temblaba todo, no sabía qué pretendía su jefe y el pánico la invadió. David le indicó a su padre que ella tenía la solución y le dio paso para que expusiera su propuesta. Le temblaba la voz y hubiera preferido huir, pero se mantuvo firme y consiguió terminar de exponer las mismas soluciones que había dicho hacía unos minutos.

—Veo que la hija de Manuel y Petra, además de bonita, es una gran trabajadora.

—¿Conoce a mis padres? —preguntó desconcertada.

—¿No eres Susana Pardo Mesa?

—Sí —le tembló la voz.

—Pues entonces eres la hija de Petra y Manuel. Quizás no lo recuerdes, pero te conozco desde que eras un renacuajo, tu madre y mi mujer eran inseparables.

—Mamá comentó algo el otro día.

—Susana —carraspeó don Guillermo—, ¿podrías tener un informe de tu propuesta listo para hoy? ¡Ah! Fírmalo con tu nombre.

—Sí, claro.

Susana no sabía qué pensar, don Guillermo sabía quién era ella. Toda su vida creyendo ser invisible en aquella empresa y ahora descubría que sus padres y su jefe eran amigos. Estaba desconcertada y no sabía si todo lo que le estaba pasando era bueno o malo.

Al salir del despacho, Mar la abordó, pero ella seguía en shock. Estaba pálida, la secretaria se asustó y le ofreció su silla, ella se sentó sin poder decir nada. Su cabeza seguía repasando cada uno de los detalles de los últimos minutos.

Dentro del despacho, un orgulloso David se congratulaba de tener una solución al problema de su cuñado, y le gustaba ser el descubridor del potencial de Susana. Además, su padre parecía contento con la propuesta, ella era una muy buena trabajadora y había sido menospreciada en aquella empresa.

Salió del despacho de su padre y se encontró con su secretaria sentada en la silla de Mar, bebiendo agua. Al verle, ella regresó de sus pensamientos y se incorporó para regresar a su mesa. Ambos empezaron a caminar juntos hacia sus respectivas mesas, cuando sus piernas flaquearon y él tuvo que agarrarla. Durante un momento se miraron a los ojos y estuvieron a punto de besarse, pero una preocupada Mar se acercó a ellos, interrumpiendo la conexión.

David se encargó de llevarla a su mesa, Mar lo observó todo desde la suya. Notó algo raro entre ellos dos, pero no le dio importancia. El jefecillo era tan amable con todos que no le pareció sospechoso. Por contra, para David y Susana fue otro momento de debilidad.

El resto de los días fueron un sufrimiento para él, viendo cómo Susana bajaba la guardia y él no se decidía a dar el paso. Tenía miedo de su reacción. Sin darse cuenta, cada día confiaba más en él y se sentía más cómoda, por lo que se estaban acercando uno al otro sin ser conscientes de ello.

El viernes, David se reunió con el Departamento de Informática para terminar de desarrollar su programa informático, en el cual había puesto muchas expectativas. Con él pensaba hacer más fácil su trabajo y poder

ahorrar tiempo. Sin embargo, la reunión fue un desastre, no habían avanzado nada, todo lo contrario, y se sentía frustrado.

Susana vio la frustración de su jefe y pensó mantenerse alejada, aunque no pudo. Últimamente se había portado muy bien con ella y no le gustaba verle así. Respirando profundamente, fue a comprobar su estado.

David daba vueltas por la oficina, nervioso. Intentaba buscar una excusa que darle a su padre para el gasto de recursos de la empresa por un programa informático que era imposible llevar a cabo. Conocía muy bien el carácter de su padre y su opinión sobre gastar dinero en programas informáticos. Creía que no valían la pena.

Ella lo tranquilizó primero y le pidió que le explicara todo el problema. Necesitaba conocer todos los detalles. No se enteró nada de lo que le explicó, utilizaba demasiados tecnicismos. Además, sus conocimientos en ratios y contabilidad eran mínimos. Lo único que se enteró es que David quería poder cruzar datos de varios departamentos.

Después de su explicación, cogió el teléfono y llamó al Departamento de Informática. Tuvo que esperar un poco a que la pudiera atender Ricardo, el director del proyecto.

—Hola Ricardo, soy Susana Pardo.

—Susana, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—Podría quejarme, pero para qué...

Susana rio.

—Ricardo, perdona que te moleste pero, ¿puedo hablar contigo de mi jefe, el jefecillo?

—¿Ahora te tienen allí?

—Sí —dijo sin mucho entusiasmo.

—Lo que hacen contigo no hay derecho, deberían ponerte en el Departamento Legal de una vez.

David estaba oyendo toda la conversación, porque Susana tenía activado el manos libres.

—Tienes toda la razón, Ricardo, pero eso ahora da igual, necesito saber si existe solución al problema del programa de mi jefe.

—Susana, es que lo que él quiere es muy difícil.

David escribió en un trozo de papel: “cruzar datos”.

—Lo que tengo entendido es que él lo que quiere es cruzar una serie de datos para poder evaluar, no sé qué...

—Eso mismo me pasa a mí, no sé qué quiere. Yo no entiendo de ratios y esas cosas, estoy perdido.

—Vale... —Susana pensó con rapidez— ¿y si consigues que él pueda acceder a todos los datos y después él se encargara de enlazar lo que necesita?
—Miró a David y parecía conforme.

—Podría hacer que el programa le diera acceso a la información en varias pantallas y luego él redirigirlo todo a otra pantalla para tener los datos a mano.

David movió la cabeza, afirmando y sonriendo.

—Eso sería genial. Oye, pásale un correo con tu nueva propuesta, yo creo que le gustará.

—Susana, debería incluir tu nombre.

—Déjalo, ya me invitas a un café otro día.

—Vas a dejarme llevarme todo el mérito.

—Claro que sí.

—¿Y qué tal si, en vez de un café, te invito a comer?

—Ricardo, no tienes tu suerte —ella rio, pero a David no le gustó nada.

—Susana, soy un buen chico.

—Todos sois unos buenos chicos hasta que os bajáis los pantalones.

—No he dicho siempre —los dos rieron.

—Tú mándale eso al jefecillo y ya veré si acepto esa comida.

Susana se sintió algo incómoda con aquella conversación, la verdad que el coqueteo era algo habitual, siempre de forma inocente, pero la cara de David le decía que eso no le había gustado mucho.

Con el problema solucionado, regresó a su mesa y David se pasó el resto del día corrigiendo algunas cosas de su nuevo programa informático. No era lo que quería, pero era algo parecido a lo que él pretendía inicialmente.

A la hora de salir, Alfonsina se presentó en las oficinas, había quedado con su marido para ir a una cena benéfica. En cuanto se fueron, Mar aprovechó para irse a su hora. Susana quería irse también, pero su jefe no salía de su despacho, así que fue a decirle que se iba para casa.

—David, si no necesitas nada me voy, ¿vale?

—Susana, ven aquí. —Estaba emocionado, ya tenía su programa listo para

trabajar—. Mira, ya está. Lo has logrado.

—Me alegro por ti —intentaba mostrar interés, pero le daba igual.

—Gracias, Susana. Eres increíble.

Él la abrazó y ella se quedó paralizada. No sabía si debía abrazarle o seguir quieta. En cuanto se dio cuenta de que ella no le abrazaba, él se apartó avergonzado. Mientras se separaba, sus miradas se cruzaron y no pudo evitar besarla. Ella no se quedó indiferente a su beso y le correspondió, ambos estaban siendo presas de su frustración sexual al trabajar juntos.

Los brazos de Susana rodearon su cuello sin dejar de saborear sus labios. Las manos de David se colocaron en sus caderas y fueron descendiendo lentamente hasta su culo. Primero lo acariciaron y luego sus manos agarraron sus nalgas para obligarla a juntar sus cuerpos.

Se vio sorprendida y abrió un poco sus labios, lo justo para que aprovechara para introducir su lengua. Fue tímidamente accediendo a la boca de ella, algo que no le molestó. El primer roce de sus lenguas incrementó el calor de sus cuerpos, ambos estaban empezando a pasar esa línea roja de no retorno que separa a dos cuerpos vestidos de dos desnudos.

—David, no. Aquí no. —Susana fue la primera en ser consciente de dónde estaba llevando los besos.

Él le besaba el cuello, no quería parar, tenía muy presente el consejo de Max.

—Susana, no puedo parar. He intentado ser un buen chico, pero no puedo seguir así.

—David, nos pueden pillar. —Miró su reloj.

—Ya no hay nadie en el edificio —dijo regresando al cuello de ella.

—David —ahogó sus palabras con un beso.

Tampoco quería parar y se dejó arrastrar, estaba poseída por su propia excitación.

Él no aguantaba más y se separó de ella para aflojarse la corbata y desabrocharse la camisa, los primeros botones. Sus ojos estaban encendidos y disfrutaba con eso. Ella lo imitó y le mostró el sujetador, enloqueciendo. Su mano se apoderó de un pecho y su boca de su cuello, le encantaba sentirse tan deseada y tan excitada.

Bajó su bragueta y metió su mano, palpando su miembro excitado, y sonrió al darse cuenta de que no era la única que estaba lista para jugar un rato.

Aquel roce le hizo perder la razón y la llevó hasta la mesa con sillas. Las empujó con fuerza para apartarlas, cayéndose al suelo y haciendo un ruido brutal.

No se inmutaron ante el ruido. Él la colocó sobre la mesa pidiéndole que se acostara, remangó su falda y se tiró sobre ella. Pensaba besarla desde el cuello hasta todo su ombligo, quería asegurarse de excitarla mucho, porque él no iba a aguantar mucho al penetrarla.

Mientras la besaba, su mano se encargó de introducirse entre sus piernas y asegurarse de que estuviera lista para él, disfrutando con sus gemidos.

CAPÍTULO 14



Don Guillermo y su esposa regresaron a las oficinas, se olvidó de las entradas en su despacho y las necesitaban. Cuando salieron del ascensor, vieron que la puerta del despacho de David estaba abierta y del mismo salía un tremendo estruendo.

Se quedaron sorprendidos, mirándose, se asustaron y fueron a ver qué pasaba en el despacho de su hijo. Cuando entraron, se quedaron boquiabiertos viendo cómo su hijo estaba sobre el cuerpo de una mujer medio desnuda. Ninguno tuvo duda, era Susana Pardo.

—¿Qué pasa aquí? —gritó.

David y Susana reconocieron la voz enseguida, no se creían su mala suerte. Rápidamente se incorporaron, pero él la ocultó con su cuerpo. No podía mirar a sus padres a los ojos, estaba colorado y avergonzado.

Susana intentaba a toda prisa abrocharse la camisa y bajarse la falda. Estaba a punto de llorar, no se podía creer lo que estaba pasando. Nunca tuvo que dejar que las cosas llegaran tan lejos, pero le apetecía mucho estar con él.

—David, estoy esperando una respuesta.

—Papá, no es lo que parece.

—David, es exactamente lo que parece —dijo entre dientes—. Si quieres

divertirte con tu... —no pudo continuar hablando.

—No pienses mal, esto es toda culpa mía.

Susana rompió a llorar y David se dio cuenta.

—Joder, no puedo confiar en ti. Esto es lo último que yo necesito. No me puedo creer que... —su rabia no le dejó continuar.

—Guillermo, tranquilo... —Alfonsina intentaba rebajar la tensión.

—Papá, yo...

—Ni papá, ni nada, es tu secretaria.

—Lo sé...

—Lo sabes, lo sabes... —se tocaba nervioso el pelo—. Pues dime cómo cojones voy a mirar a los padres de Susana sabiendo que mi hijo se la está tirando en la oficina.

El llanto de Susana se hizo más evidente, no se podía contener.

—Es que... —David buscaba una excusa y oír a Susana no le ayudaba.

—¿Es que... qué? —gritó muy enfadado.

—Es mi novia —dijo sin pensarlo.

Más que serlo, era lo que a él le gustaría que pasara.

Todos se quedaron mirándolo, hasta Susana lo miró espantada calmando por un momento su llanto.

—¿Novia? —preguntó su madre sorprendida.

—Sí... —dudó al afirmar.

—David, Susana es tu novia, ¿desde cuándo? —no se creía a su hijo.

—Desde hace poco, pero... —se calló sin saber cómo continuar.

—¿Lo mantenías en secreto? —comentó su madre ayudándolo sin saberlo.

—Sí —corrió a decir—, para evitar problemas.

Susana se quedó en blanco, estaba perdida entre las palabras de David. Sin embargo, se dio cuenta de que don Guillermo se relajó ligeramente, por lo que no era el mejor momento para contradecirle.

—Bueno... —frunció el ceño—, eso no justifica que puedas estar de esa forma... —se puso incómodo, pues recordó a su hijo encima de una Susana medio desnuda— aquí. Si quieres estar con tu novia, creo recordar que tienes casa, ¿no?

—Tienes razón, papá. No volverá a pasar.

—Eso espero. No quiero problemas con los empleados y dentro de este edificio Susana es tu empleada.

—Vamos, Guillermo, llegaremos tarde —añadió Alfonsina.

—La verdad es que se me han quitado las ganas de ir a la cena, mejor nos vamos a casa.

—Claro —comentó ella sonriendo a su marido.

—David, compórtate —le dijo en tono tosco a su hijo.

—No te preocupes.

Don Guillermo se marchó con su mujer, dejando solos a los imprudentes amantes. Susana no podía mirar a David, él tampoco. Ambos se evitaban mientras recogían y colocaban las sillas. Cuando acabaron, ella salió disparada hacia su mesa, pensaba apagar su ordenador y salir corriendo, ya vería qué haría el lunes por la mañana.

Él notó su prisa por irse y se apresuró. Apagó el ordenador y cogió sus cosas. Ella estaba cambiándose los zapatos cuando asomó a la puerta con la chaqueta a medio poner, la corbata aún deshecha y los botones superiores desabotonados. Vio cómo se levantó rápidamente, se fue hacia el ascensor y pulso el botón, esperando muy nerviosa a que las puertas se abrieran, y se puso a su lado lo antes que pudo.

Los dos se vigilaban de reojo, nadie se atrevía a decir nada. El ambiente era tenso, todo era muy raro. David quería disculparse, pero su cabeza no paraba de recordarle el consejo de Max, “cuando la veas flojear, te lanzas”. En realidad, no quería disculparse, quería desnudarla.

Susana no aguantaba más, aquello era un infierno, quería estar lejos. No entendía cómo a pesar de lo ocurrido, podía seguir sintiéndose atraída por él. Su cabeza le recordaba que era su jefe, pero su corazón iba en dirección contraria, ya que la defendió delante de su padre. No era una boba y sabía que mintió para que no pensarán lo peor de ella.

—Me voy por las escaleras —dijo, pero las puertas se abrieron.

—No es necesario, ya llegó.

—¡Vaya! —comentó con desilusión.

Si era duro esperar a que llegara el ascensor, dentro resultaba peor, podía oír su respiración. Oía su perfume y notaba su cuerpo muy cerca. Le daba la impresión de que en el ascensor no había suficiente oxígeno para los dos.

David se veía dividido entre dejarla marchar y retenerla. No sabía qué hacer y encima el consejo de Max le martilleaba las sienas.

El ascensor llegó a la planta baja, la entrada. Era la planta donde se bajaría

Susana para acceder a la calle, David seguiría hasta el parking de la empresa. Ella le sonrió sin detenerse a mirarle y fue a salir por las puertas abiertas, pero la detuvo. La agarró del brazo y sus miradas se cruzaron. Se sintió frágil y quería apartar la mirada, aunque no pudo. Él no comprendía por qué la había detenido, fue como un reflejo.

—Perdona.

Esa disculpa podía ser por lo ocurrido en su despacho, por retenerla dentro del ascensor, por haberle ocultado lo de Almudena... Podía implicar muchas cosas, sin embargo, ni él sabía cuál era el motivo.

Las puertas del ascensor se volvieron a cerrar y siguió descendiendo hasta el aparcamiento. Cuando las puertas se cerraron del todo, la soltó y ella se colocó nuevamente a su lado para no tener que mirarle, simplemente vigilarle de reojo. David hacía lo mismo y agonizaba por dentro para tomar una decisión.

Las puertas del ascensor no tardaron en volver a abrirse. Él se quedó mirándola, ella le devolvió la mirada, y supo que no quería enfriar lo que empezó en la oficina, iba a seguir el consejo de su amigo.

—¿Puedo llevarte a tu casa? —Tragó con fuerza—. O podemos ir a tomar algo a mi casa... u otro sitio. —Corrió rápidamente a colocarse en la puerta, controlando que no se cerraran.

—No creo que sea buena idea.

—No veo el problema, mis padres piensan que somos novios, sería de lo más normal.

—David —le reclamó.

—Susana, piénsalo un momento —las puertas se quisieron cerrar, pero no las dejó—, lo que pasó arriba no fue casualidad. Los dos queríamos que ocurriera y ahora podríamos, si tú quieres, continuarlo.

A Susana le apetecía, pero creía que no era correcto, era su jefe.

—Supongamos que me voy a tu casa y pasa lo que pasa, ¿qué ocurrirá el lunes?

—No va a pasar nada, en la oficina nos comportaremos con profesionalidad.

—¿Y tus padres? —Era la tercera vez que las puertas intentaban cerrarse.

—¿Mis padres? Fingiremos un tiempo.

En el fondo no le pareció una mala propuesta. Era la única salida que

tenían, ahora don Guillermo creía que era su nuera y debían fingir por un tiempo. Peor hubiera sido que pensara que era una calienta braguetas incapaz de respetar a su jefe.

—Vale, iré a tu casa. —Sus ojos se iluminaron—. Con dos condiciones...

—Lo que quieras.

—Primera, súbete la braguita. —La había llevado abierta todo el rato, la subió al avisarle—. Segunda, si cambio de opinión por el camino, me iré a mi casa sola —recalcó la última palabra.

—Por supuesto, respetaré tu decisión.

Salió del ascensor mientras él seguía sujetando las puertas, no quería perderla de vista ni un segundo. La guió por el aparcamiento hasta su coche, un Volkswagen Golf GTI negro. Ella se quedó paralizada delante del coche, no se podía creer que tuviera ese coche.

—¿Ese es tu coche?

—Sí, ¿algún problema?

—¿Un Golf GTI? No te pega —comentó con soberbia.

—¿Vas a empezar como mi padre? ¿Crees que debo tener un Mercedes Clase C o un Audi A4 tú también?

—Te pegaría más. Ese coche es para tíos ególatras; potencia de su coche igual a tamaño de su pene, en cambio, de cerebro van cortitos. Y tú no eres de esos.

—Tú no me conoces —quería sonar más determinante, pero no fue así.

—David —le reclamó.

—Vale... —se resignó—. Este era el coche de un amigo, cuando se lo compró no podía mantenerlo, así que se lo compré y como no necesitaba mi coche, un Volkswagen Polo azul, se lo regalé.

—Seguro que le diste más dinero de lo que valía el coche.

—¿Cómo lo sabes? —Nadie lo sabía, era un secreto.

—Digamos que lo intuí, es evidente que eres un buen tío.

—Gracias. —No sabía si era un cumplido o un insulto.

—Dime, ¿este era el coche de Max? —Se quedó mirándola espantado—. Soy un poco bruja, aunque en esto tengo que reconocer que he probado suerte. Al único que conozco es a Max y es el típico coche para una persona como él.

—Sí, fue a él —dijo con reparos.

—¿Tienes otros amigos?

Ella subió al coche, pero él seguía asimilando lo ocurrido. Apenas la conocía y le contó lo de su amigo, ni Almudena lo sabía. No es que se arrepintiera de ayudar a su amigo, sino que él no presumía de eso y tampoco le gustaba contarle por Max. Era muy orgulloso y le costó aceptar el trato que le ofreció.

—Sí —respondió subiendo al coche—, está Patric. Él y Max son mis mejores amigos. A Patric le conozco desde el colegio, a Max de la universidad. Los tres estudiamos Empresariales. ¿Y tú?

—Mi mejor amiga es Cam, Camelia. Es la dueña de “La Luna Negra”.

—El bar de *strippers*.

—¿Lo conoces?

—Sí, he ido un par de veces. Está muy bien.

—Pues Cam es mi amiga de la infancia, también tengo otras amigas como Leo y Eva. Eva trabaja aquí. Es muy buena amiga.

Salieron del edificio de Empresa León S.A. y no tardaron nada en llegar al de David. Era un edificio nuevo hacia el norte, de cinco plantas, y estaba en una buena zona. El coche entró en el parking del edificio y ocupó su plaza de garaje.

Durante el camino, la había mantenido ocupada, le preguntó por Eva y Leo. Ella le relató el duro divorcio de Eva y que ahora vivía con un gato. De Leo, que tenía un bebé de cinco meses que no paraba de llorar.

Cuando paró el coche, Susana sintió un hormigueo por todo su cuerpo, estaba muy nerviosa. No sabía si hacía lo correcto, aunque ganas de estar con él no le faltaban. La cosa era que ella no le dijo de ir a su casa porque su edificio era una mierda y no quería que viera dónde vivía.

—Hemos llegado, si quieres puedo llevarte a casa —rezaba por dentro para que se bajara del coche.

—No, vamos a tomar algo a tu casa.

Se bajaron del coche y entraron en el ascensor. Esta vez no perdió el tiempo, sin mirarla, colocó una mano en su espalda poniéndose a su lado, luego fue descendiendo hasta dejarla sobre su nalga. Ella le miró con dureza, pero él no se atrevió a decir nada, subió la mano y se puso colorado, era evidente el poder que tenía sobre él.

David le indicó la puerta de su piso y ella caminó a su lado por el pasillo. Las luces se iban encendiendo mientras caminaban, llegaron a la puerta y él la

abrió, para que ella pasara primero.

Susana dudó en entrar o irse sola a su casa. No porque temiera que él le hiciera daño, sino porque si entraba dentro de aquel piso, sabía lo que iba a pasar. Sentía una fuerte atracción hacia él y la conversación sería breve, más bien inexistente, y tenía miedo de que las cosas se fueran malinterpretando y todo terminara mal, porque al final David era el hijo del jefe.

—¿Algún problema? —preguntó.

—Sí... No, eh... Quizás —se hizo un lío y respiró profundamente para aclararse—. Explícame algo, ¿por qué le dijiste a tus padres que éramos novios? Quiero la verdad.

—No sé, fue lo único que se me ocurrió. No quería que pensarán mal de ti. Si te molesta, puedo hablar con él, le diré que fue todo culpa mía.

—No —negó con rotundidad al imaginárselo contándole todo a su padre y cómo luego este la miraría por los pasillos—. Lo que quería es que te quedara claro que entre nosotros solamente hay una amistad. —No sabía cómo definirlo.

—No te preocupes, tengo muy claro que no eres mi novia, aunque no me molestaría.

—David —le reclamó.

—Vale, lo entiendo.

—Gracias.

Ella se sintió más tranquila y entró, él pasó y encendió las luces. Al entrar, se encontró con un amplio salón, a su mano derecha encontró un pasillo con varias puertas. La primera puerta era la entrada a la cocina y miraba al salón. Las siguientes, el baño y dos dormitorios.

En la otra pared, cerca de las ventanas que daban a la calle, otra puerta. Era el dormitorio principal. Se encontraba subdividido en tres zonas, o tabicado. La primera, el dormitorio con una cama de matrimonio, le seguía un vestidor lleno de armarios sin puertas y, al fondo, un baño.

Toda la decoración era en tonos blancos y negros, apenas decorado, sobrio y masculino. Muy masculino. Lo que más le sorprendió fue encontrar una cinta de correr al lado de un gran sillón negro, justo ambos enfrente de una enorme televisión.

—¿Corres?

—Sí, cuando llueve o no me apetece salir la utilizo —se quitó la chaqueta y

la corbata medio deshecha, dejándolo todo sobre el sillón.

—¿Haces deporte?

—No mucho, corro, me gusta, me despeja. ¿Qué quieres tomar? —cambió de tema.

—Sinceramente, nada —regañó la cara.

Él se quedó mirándola, volviéndose loco por retenerla en su casa. Le apetecía abalanzarse sobre ella y quitarle la ropa, pero temía que se enfadara y se marchara. Tenía que mantener la calma y esperar el momento.

Susana hacía poco que le conocía, pero sabía lo que estaba pensando, sobre todo por su forma de mirarla, no era boba. Intuía que se contenía para no asustarla, era un tío legal, de eso no tenía dudas.

Se acercó a él y se quedó a escasos milímetros de su cara. Él tragó con fuerza y ella sonrió al ver el recorrido de su nuez. Entonces, lo besó. Se estremeció y le gustó, así que repitió el gesto una vez más. Sin poder evitarlo, volvió a estremecerse. Susana le miró a los ojos sonriendo y él aprovechó para besarla con timidez.

El beso se remitió aumentando su intensidad y calidez. Él intentaba mantener la calma, calma que no tenía. Estaba desatado, en cambio ella disfrutaba de sus labios. Le encantaba cómo le besaba y que no quisiera ir más lejos de lo que le proponía, pero en realidad estaba haciendo un enorme esfuerzo de contención.

Los brazos de Susana se enredaron en su cuello tras el sexto beso. Las manos de David fueron a sus caderas, que acarició una y otra vez hasta que descendieron hasta sus nalgas. Le apetecía estrujarlas, aunque se contuvo.

Los besos se volvieron más profundos y las manos volaron a la ropa. La primera en hacerlo fue ella, que le desabotonó la camisa, dejándosela abierta, pero puesta. Él repitió el gesto de ella, mientras desabrochaba su falda y la dejaba caer. En cuanto pudo, tuvo a Susana en ropa interior con su ropa esparcida por la habitación.

Él la miraba con deseo. Sus ojos se abrían al descubrir cada palmo de su cuerpo, era tan hermoso que no podía dejarlo de mirar. Su tatuaje, escondido en parte por las bragas, le incitaba al pecado. A ella le encantaba ser tan deseada y jugó con ello.

Se apartó de él, contoneando sus caderas. Se giró para enseñarle cómo se quedaba su espalda desnuda al desabrocharse el sujetador, que tiró hacia

atrás. Seguía con su contoneo de caderas, mientras él la observaba. Se giró ocultando con sus manos sus pechos, estaba jugando y lo disfrutaba.

David no podía más, notaba que iba a explotar, le excitaba su juego. La agarró y la acorraló contra una pared. Su mano descendió hasta su entrepierna y palpó su excitación. Ella gimió y eso le hizo dejarse llevar por sus ganas. Rebuscó en su cartera un condón, tirándola al suelo, y se lo colocó con prisas, quedándose los pantalones enrollados en sus tobillos junto a sus calzoncillos.

A Susana le divertían sus prisas, el sentirse tan deseada por él le incrementaba el ego a niveles que no había experimentado.

Las bragas desaparecieron y la cubrió, levantado una pierna a la altura de su cadera. Sus cuerpos se acompasaron en un ritmo enérgico. La respiración de ambos era un jadeo continuo que se alternaba con gemidos de placer.

David estaba llegando al límite, no aguantaba más. Intentó esperarla, pero el orgasmo de ella tardaba en llegar. Hizo un esfuerzo de contención en vano, su cuerpo estalló. Se sintió fatal, ella aún no había llegado. Hundió la cara en su cuello y se disculpó.

—No pasa nada, tranquilo —le acarició el pelo.

—No —negó rotundamente—. Esto no me vuelve a pasar a mí —dijo para sí mismo.

No podía permitir que le pasara lo mismo que hace años, esta vez no se iba a conformar, no perdería su oportunidad. Le soltó la pierna para su mayor comodidad e intentó arrastrarla hasta el sillón. Le costaba con el pantalón pero, con ayuda de sus pies, se deshizo de él y sus zapatos.

Liberado de sus pantalones, arrastró a Susana al respaldo del sillón y le agarró por los brazos para que se dejara caer en él. Su espalda chocó con el asiento, quedando sus pies colgando del respaldo. Abrió sus piernas y hundió su cara en su sexo, tirando de ella hacia arriba para poder acceder mejor a su cuerpo. Su lengua hizo el resto y ella abrazó su orgasmo.

Susana se recuperaba entre jadeos, aún no se creía lo que acababa de pasar, era la primera vez que un hombre se preocupaba de sus orgasmos. Antes era todo lo contrario, normalmente se tenía que quedar con las ganas o aliviarse a sí misma.

Cuando recuperó el aliento, se levantó del sillón y fue a su lado. Cogió sus manos y desabotonó las mangas para quitarle la única prenda que tenía. La dejó caer al suelo y, dándole la mano, se fueron a la cama. Allí la noche se

hizo intensa, ambos se dejaron arrastrar por la pasión y la lujuria. Fue una noche donde se desparramaron besos, gemidos y otras cosas.

Se despertó con ella abrazada a su pecho, dormida. La miraba y estaba preciosa. No quería levantarse, pero tenía que ir al baño. A pesar de que tuvo cuidado, abrió un ojo y se giró para el otro lado, liberándolo.

Estaba lleno de energía y necesitaba quemarla después de orinar, así que decidió ir a correr, mientras ella descansaba. Antes de vestirse, regresó al dormitorio para decírselo, se acercó a ella y la besó en la mejilla, estaba despierta con los ojos cerrados.

—Buenos días, voy a ir a correr un rato. ¿Te importa?

—¿Correr? ¿Un sábado? Tú estás loco.

—¿Necesitas algo antes de irme?

—Necesito que te calles y me dejes dormir. —La tapó con la manta.

David se puso un chándal con unas deportivas y se despidió. Cuando salió del dormitorio se quedó mirándola, estaba boca abajo. Entonces cambiaron sus prioridades. Analizó mejor la situación, se iba a hacer deporte cuando tenía una mujer desnuda en su cama, cuando podía hacer todo el deporte que quería al practicar sexo. Se sintió idiota.

Susana estaba tirada en la cama con mucho sueño, pero él la había despertado y no conseguía volver a quedarse profundamente dormida. Su cabeza se encontraba asumiendo que se iba a correr, en vez de quedarse durmiendo. No se creía que fuera tan imbécil.

Notaba que necesitaba ir al baño, pero no quería levantarse de la cama. Sentía cómo los gases se acumulaban y querían salir de su cuerpo. Abrió un ojo y no encontró rastro de David, así que alzó el culo y liberó la presión que tenía, aliviándose.

Después de expulsar sus gases, escuchó unas carcajadas, era su voz. Se levantó de un salto y se cubrió el cuerpo con la sábana. Entonces lo vio en la puerta, intentando controlar la risa. Sus mejillas se enrojecieron, no se creía que la hubiera visto. Sin ser dueña de sus actos, se escondió debajo de las sábanas, muy avergonzada.

En medio de las carcajadas, el timbre sonó. Aún sonriendo abrió la puerta, tropezándose con la mirada de su padre. La risa de David se terminó y su progenitor no esperó a tener su permiso para entrar en su casa. Su sorpresa fue máxima cuando vio toda la ropa tirada. Recogió del suelo el sujetador de

Susana y lo observó. David esperaba que le regañara pero, soltándolo, le dijo a su hijo que hablarían el lunes.

Don Guillermo no esperaba encontrar a Susana y no quería hablar delante de ella. Pretendía aclarar algunas dudas con su hijo, pues necesitaba comprobar sus sentimientos.

David no esperaba la visita de su padre y su reacción le resultó de lo más extraño. En ese momento tenía mejores cosas que hacer, en su cama le esperaba una hermosa mujer con la que iba a pasar un buen rato, luego tendría tiempo de preocuparse de su padre.

Se quitó la camiseta, tirándola al suelo y entrando a la habitación las deportivas, pantalón y calcetines. Se sentó en la cama y acarició la espalda de Susana. Seguía escondida muy avergonzada y no pensaba salir a enfrentarse a él. No se creía lo que había hecho y ahora lo sentía sentado en la cama al lado.

—Susana, creo que has sido una niña mala.

—David, por favor —le suplicó, se sentía fatal.

—Susana, sal —le indicó, pero ella, ni caso.

La mano de David descendió por su espalda hasta su culo para acariciarlo. Al no tener respuesta de ella, le volvió a insistir, pero nada. Tenía ganas de jugar y Susana no quería salir de debajo de las sábanas, necesitaba que saliera. Así que le dio una suave torta en el culo. Fue tal su sorpresa que, de un salto, se sentó en la cama para reclamarle, aunque él no la dejó, la calló con un beso.

Sus cuerpos se enredaron en besos y caricias, haciendo una mañana muy interesante para ambos. Sin darse cuenta, sus cuerpos estaban empezando a sincronizarse, de tal forma que se sabían leer.

Aprovechó para retenerla todo el tiempo que pudo. Con caricias, besos, comida, película, sexo... cualquier cosa que hiciera que se quedara un rato más para saborear su cuerpo.

Sin darse cuenta, David se estaba enamorando de ella. Esa terrible necesidad de que no se fuera era la primera señal, de la cual no era del todo consciente.

CAPÍTULO 15



Sobre las diez de la mañana del domingo, Susana estaba vestida con su ropa, lista para irse. Le había costado ponerse las bragas, ya que David pretendía tenerla desnuda en su cama todo el tiempo que pudiera. Sin embargo, necesitaba alejarse de él y pensar. Tenerle cerca le hacía perder la cordura e incentivar su lado más salvaje, su lujuria.

Pensaba llamar a un taxi, pero él no la dejó, quería llevarla, saber dónde vivía. Se subieron al coche y, tras algunas indicaciones, entraron a la calle de Susana, que estaba abarrotada de gente.

A la altura del edificio había dos coches de bomberos, tres de policía y una ambulancia. Ella se bajó en cuanto pudo y salió corriendo en dirección al barullo de gente. Al llegar se encontró la zona acordonada, los policías le impedían el paso.

David aparcó en el primer hueco que pudo y salió corriendo detrás de ella. Mientras tanto, intentaba explicarle a un policía que ella vivía allí. Pero el policía no la creyó y llamó a su superior. Susana le pedía explicaciones, pero él, ni caso, esperaba órdenes para saber si la dejaba pasar o no. Él estaba detrás de ella, intentando entender algo.

En ese momento pasó un bombero por delante de ellos, lo reconoció al momento, era Manu. Susana gritó como una loca para llamar la atención de su amigo, el ex de Cam. Cuando la vio, tomó el mando de la situación y la dejó pasar. David se coló diciendo que era su novio.

—¿Qué ha pasado? —preguntó muy preocupada.

—Una tubería reventó y ha hecho un desastre. ¿Dónde vives?

—En el tercero D. —Él puso mala cara—. ¿Qué?

—No te va a gustar, mejor lo ves.

Manu era el exnovio de Cam, su amiga, la dueña de “La Luna Negra”. Se conocieron en el bar. Empezó trabajando de camarero pero, tras dos meses

de duro entrenamiento en el gimnasio, empezó a trabajar de *stripper*. Se ganaba mucho más dinero con las propinas y pronto se convirtió en uno de los mejores. Al poco tiempo, uno se fijó en el otro.

Cuando sacó las oposiciones de bombero, hace tres años, Cam y él quedaron como amigos. Ya no sentían lo mismo y tomaron la decisión de ser amigos. Ahora se llevaban perfectamente y seguían siendo amigos. Para Susana era uno de los mejores novios de Cam y un amigo.

La acompañó por el edificio, que estaba apuntalado en algunos sitios. Lo hacían por seguridad, pues era un edificio muy viejo y no sabían cómo estaban los cimientos. Además, había agua por todas partes, encharcada en distintas zonas.

Cuando llegaron al tercero D, Susana se encontró con la puerta de su piso totalmente destrozada. Dentro había algunos bomberos y todo tenía una pinta horrible. La tubería había reventado sobre el tercero D y E y había destrozado ambos pisos. Había zonas del falso techo caídas, pedazos enormes de yeso. Sobre todo en el salón cocina, por eso lo tenían apuntalado. El sillón chorreaba agua y los muebles de la cocina estaban hinchados.

No se lo podía creer, repasó toda la casa con las manos en la cara. Aquello era horrible. La única habitación que había soportado la investida del agua era su dormitorio, el resto tenía una pinta horrible.

Manu se preocupó en informarse de la situación del piso. Entre más sabía, menos le gustaba. Tenía muy malas noticias para ella y le daba pena tener que contarle todo.

David observaba el mal estado de todos los muebles y no sabía cómo consolarla, así que se mantuvo a su lado por si lo necesitaba.

—Susana, tengo malas noticias —le dijo Manu.

—¿Peor que esto? —señaló a su alrededor.

—Estás de alquiler, ¿verdad? —Ella afirmó—. Por lo que tengo entendido, tu casero es un capullo que no tiene seguro de hogar y tampoco tiene ni un duro. Según algunos vecinos es un ludópata. ¿Sabías algo?

—No, yo le pagaba todos los meses en efectivo, pero apenas hablaba con él. —Se llevó las manos a la cabeza, mientras David intentaba apoyarla acariciándole la espalda—. ¿Y ahora?

—Tendrás que denunciarle si quieres cobrar los daños de todo esto. Aunque dudo que logres algo, y menos que arregle todo esto. No creo que tenga dinero

ni para devolverte la fianza.

—¡Mierda! —Quería llorar.

—¿Seguro que no se puede hacer nada? —preguntó David.

—Me temo que no. —Manu le acarició el brazo—. ¿Tienes dónde quedarte esta noche?

—No lo sé... —Estaba colapsada.

—¿Quieres que llame a Cam o a Leo?

—No, paso de ir a casa de Cam y soportar a Mario. ¡Y Leo! ¡Con un bebé llorón! ¡Ni de broma! Quizás pueda quedarme con Eva. —Se acordó de su gato mientras hablaba—. ¡Mierda, tiene gato!

—Susana, puedes quedarte en mi casa, no tengo problemas —comentó David.

—No creo que sea buena idea, David.

—¿Por qué? Somos novios, ¿no? —intentó decirlo con indiferencia, pero se notó su interés.

—David —le reclamó.

—Bueno... creo que voy a buscar algo para guardar tus cosas —le señaló Manu a su amiga.

—Gracias.

Manu se fue en busca de algunas cajas, iba a preguntar a los vecinos para ayudarla. Le hubiera ofrecido su casa, pero después de oírle a David decir que era su novio, no quiso meterse en problemas. Decidió callarse y no buscarse problemas.

Susana se fue a su dormitorio y sacó las dos maletas que tenía para guardar su ropa. David empezó a sacar ropa de los cajones y el armario, y a meterla en una maleta. Ella se movía muy despacio, seguía procesando su mala suerte.

Manu llegó con dos cajas y le pidió indicaciones. Le pidió que guardara algunos álbumes de fotos y sus libros de derecho. Él los guardó rápidamente, ya que dudaba que dejaran estar mucho más tiempo allí.

David se encargó de la ropa, Manu de los libros y Susana de revisar para que no se le quedara nada atrás, aunque los movimientos de ella se encontraban pausados. Su mente se había colapsado y no podía más.

Con ayuda de dos compañeros de Manu, metieron todo en el coche de David, que lo había acercado al edificio. Arrancó el coche y la llevó a su casa. Susana ni se dio cuenta de que llegaron hasta que él la avisó, pues estaba

en una especie de trance.

Colocó las cajas con libros y fotos en su trastero. Cuando puso la última caja, vio dos marcos pequeños. En uno había una foto de ella con sus padres y en el otro, con dos chicas más. Lo recogió y se las entregó, y al ver la foto de sus padres, rompió a llorar como una niña pequeña.

Él la sacó del coche y la abrazó muy fuerte. Parecía tan frágil que no sabía qué hacer. La subió hasta su piso y luego regresó al coche por sus maletas. En el ascensor con las maletas, se le ocurrió llamar a su madre para pedirle consejo. Cuando su madre estuvo al tanto de todo, le comentó que se acercaba a su casa.

David se sentó a su lado en el sillón, ella estaba ausente con la mirada perdida, estudiando sus opciones, que eran muy pocas. Debía buscar un piso rápido, algo que pudiera pagar. Sus padres no tardarían en llegar a la ciudad y necesitaba una casa para los tres. Tampoco tenía mucho dinero, por lo que lo ideal era esperar a cobrar la siguiente nómina, pero sus padres llegarían antes. Su cabeza daba vueltas y más vueltas sin tener nada claro, mientras que él seguía a su lado esperando que lo necesitara.

Alfonsina llegó en unos quince minutos, entró con su llave y se encontró a los dos sentados en el sillón. Respiró al ver a su madre, en cambio, Susana no se lo podía creer. Alfonsina fue directa a ella y la abrazó. Una mirada acusadora le lanzó, él se encogió de hombros y sonrió con desgana.

—Tranquila, yo me encargaré de todo —aflojó su abrazo para mirarla.

—Mamá, ¿has llorado? —le dijo David al ver los ojos rojos e hinchados de su madre.

—Cariño —Alfonsina acarició la cara de su hijo—, fui a ver a Fran.

—¿Fran? —preguntó débilmente.

Pero en los ojos de David y Alfonsina notó que era un tema delicado y cambió de tema.

—David —suspiró— me ha contado. Susana, no debes preocuparte, entre todos te echaremos una mano.

—¿Conoce de un alquiler barato?

—Puedo preguntar, mientras tanto te quedas aquí con mi hijo, creo que hay un dormitorio libre.

—No tiene cama —aclaró él.

—Yo me encargo —aseguró su madre.

—Mi cama es grande, puede quedarse en mi dormitorio. —No solo tuvo que aguantar la mirada acusadora de Susana, sino también la de su madre.

—¡Como ella quiera!

—Es que... —necesitaba contar en voz alta sus problemas— mis padres regresan y necesito un lugar para los tres. —Su desesperación era evidente. — ¡Tu madre regresa! —El tono de alegría de Alfonsina contrastaba con el pesimismo que transmitía Susana—. No te preocupes, lo tengo solucionado. Tus padres se quedan en mi casa.

—No —negó rápidamente.

—Susana, por favor, hace mucho que no veo a tu madre y me encantaría pasar unos días con ella. Seguro que ella no tiene problemas, además, tengo un par de cosas que arreglar en casa de las que se puede encargar tu padre. Todo solucionado —sonreía sin parar.

—No creo que acepten —añadió.

Alfonsina le pidió el número de teléfono y llamó a su antigua amiga. Las carcajadas y risas no se hicieron esperar. Ambas amigas se encontraban emocionadas de hablar. Alfonsina puso al tanto de todo a Petra. No le hizo gracia enterarse de todo por su amiga, sobre todo, de que estaba saliendo con David León, de que tenía novio.

Petra no se creía que su hija le hubiera ocultado eso, Alfonsina le restó importancia y no le costó mucho convencerla para que pasara unos días en su casa. Su amistad era muy fuerte y deseaban pasar algo de tiempo juntas. Ahora le tocaba a Petra convencer a su marido para quedarse en la casa de la familia León.

Cuando colgó todo estaba arreglado. Alfonsina aconsejó a Susana ducharse. Ella, sin darse cuenta, se fue al baño del dormitorio principal. David la acompañó para darle lo necesario para ducharse. Mientras tanto, llevaba las maletas al dormitorio vacío, se imaginaba que preferiría tener su propio espacio.

Alfonsina se llevó una desagradable sorpresa al abrir las puertas del armario empotrado que tenía el dormitorio. Había ropa de mujer, una maleta, perfume, ropa interior... muchas cosas. Llamó a su hijo y se quedó igual que ella, no sabía que aquellas cosas estuvieran allí. Reconoció la ropa, era de Almudena.

En vista de su hallazgo, convenció a su madre de poner la ropa de Susana en

su vestido, para que ella no se enterara de que aún guardaba cosas de su ex en su casa. A su madre no le gustó la idea, pero aceptó. La ropa terminó en el vestidor de David. Tenía mucho espacio libre, así que no le costó acomodarla.

—David, ¿Almudena no tiene llave de tu casa, verdad? —hablaba en susurros para que Susana no oyera nada.

—No... —dudó— creo que no...

—¿No estás seguro? Eso quiere decir que puede que tenga una llave.

—Mamá, Almudena no tiene llave —dijo con mayor seguridad.

—David —suspiró llenándose de paciencia—, no sabías que dejó esa ropa, por lo que me da la sensación de que sí tiene una llave de tu casa.

—Eres demasiado desconfiada.

—Soy previsor.

—Más bien, exagerada.

—¿Exagerada, eh? ¿Qué pasaría si Almudena abre esa puerta con Susana aquí? ¿O si viene a tu casa cuando no hay nadie? No creo que te haga gracia.

—¿Y qué hago?

—Cambiar la cerradura, David. —Miró al techo y habló para sí misma—. Tan listo para unas cosas y tan idiota para otras.

—Vale, lo haré.

—De eso nada, yo mañana me encargo de todo. De la ropa y de la cerradura, es mejor que lo haga yo, no me fío de ti.

—Gracias, mamá, me encanta tu apoyo.

—De nada, hijo, es amor de madre.

Las sospechas de Alfonsina eran ciertas, Almudena disponía de una llave, cosa que desconocía David. Ella guardaba ferozmente esa llave, porque tenía pensamiento de usarla en cuanto firmara el contrato de “La Casa Vip”. Una vez firmado, no tendría que seguir siendo una buena chica y podría meterse en su cama para recuperarle, algo que Max no sabría hasta que lo tuviera comiendo de su mano, otra vez.

David se encargó el resto del día de Susana, muy atento a ella. No paraba de recordar sus muebles y toda su casa hecha una mierda. No se podía creer que le ocurriera esto a ella. Tal era su autismo que no se dio cuenta de las atenciones que recibía, por lo que no podía darse cuenta de lo mucho que le importaba a él.

Por la noche, compartieron cama sin más obligación que la de dormir. Él

mantuvo las distancias, pero ella, que se encontraba moralmente débil, se abrazó a él. No tardó en corresponderle, dejándose vencer por el sueño ambos. Aunque no paró de soñar con su casa totalmente destrozada, el abrazo le ayudó a superar esas imágenes.

Por la mañana, el despertador sonó a las seis de la mañana, la hora a la que acostumbraba a levantarse David. Susana se llevó un fuerte susto y se quedó sentada en la cama. Sus sueños la habían tenido en alerta toda la noche y el ruido del despertador terminó de inquietarla.

David apagó el despertador y se disculpó acariciándole los hombros, ella se relajó y se tumbó a su lado, volviendo a abrazarle. Él se pensaba levantar para ir a correr como cada lunes pero, al tenerla agarrada a su cintura, no se levantó.

Susana se encontraba mejor que el día anterior, estaba más entera, pero seguía necesitando mimos. Su estado de ánimo estaba por el suelo y David resultaba tan reconfortante con ella... Le daba justo lo que necesitaba sin pedirle nada a cambio, otro en su lugar se hubiera aprovechado de la situación para pedir una contraprestación sexual.

Cuando estaban muy cerca de la oficina, ella le pidió que parara el coche y se bajó, él estaba desconcertado. No quería que la vieran llegar en el coche del jefecillo. Tenía suficiente con sus problemas para añadir los cuchicheos de sus compañeros de trabajo.

David no dijo nada pero le molestó, era simple para él, se avergonzaba.

Se encontraron en el ascensor con el resto de trabajadores, saludó y se colocó en la otra punta del ascensor. Él la ignoró, aunque ella lo vigilaba por el rabillo del ojo. Estaba molesto y no disimulaba.

Cada uno tomó su puesto de trabajo y se ocuparon de sus obligaciones de forma muy profesional. David guardaba las distancias porque estaba enfadado y Susana, para evitar problemas.

A las diez de la mañana apareció Alfonsina por la última planta de Empresa León S.A. Llegó con su habitual sonrisa y, saludando a Susana, pasó al despacho de su hijo. Quería la dirección de Almudena para llevarle sus cosas, que tenía en el maletero de su coche. David rápidamente le dio la dirección y algunas indicaciones.

Cuando obtuvo lo que quería, se fue a la mesa de su secretaria, se paró delante de ella y le preguntó si tenía un momento. A Susana le resultó raro,

pero asintió, llenándose de curiosidad por el motivo de esa conversación.

—Primero quería darte esto, me temo que te hará falta —le entregó una llave.

—¿Una llave? No es necesario, no voy estar mucho tiempo abusando de la casa de David, hoy mismo me pondré a buscar.

—Susana, no es la llave de la casa de mi hijo. Es la llave de esa puerta — señaló la puerta del despacho de su hijo—. Esa llave la utilicé mucho en mis primeros años de matrimonio —sonrió pícaramente—. Confío en que la cuides y la utilices cuando sea necesario —le guiñó un ojo—. De esta forma, evitamos lo del otro día, cuando... —Susana sabía a lo que se refería, ruborizándose. No continuó la frase, pues se dio cuenta de la vergüenza de ella.

—Gracias... —dijo con un hilo de voz, roja como un tomate.

—No te pongas así. En más de una ocasión esa oficina fue testigo de momentos muy íntimos, aunque yo estaba casada, claro. Sé que ahora las cosas son muy diferentes, pero... estáis teniendo cuidado, ¿verdad? Soy chapada a la antigua y no me gusta eso de niños antes del matrimonio. —Afirmó con la cabeza, nerviosamente—. Eso está muy bien.

Susana cogió la llave y la guardó en el primer cajón.

—Por cierto, mañana irá el cerrajero para cambiar la cerradura. —La miró extrañada—. Es que se traba y hay que cambiarla —mintió—. Cuando tenga la nueva llave, te la daré. Y de buscar casa... Nada de eso, señorita —le sonrió—. Tengo un piso que quiero reformar desde hace tiempo, cuando esté listo, será para ti y tus padres.

—Alfonsina, no es necesario.

—¡Eh! —le regañó—. No voy a admitir un no por respuesta. Además, tu madre me hizo un gran favor una vez y se lo debo, así que no quiero oír tonterías.

—Es que... no creo que sea correcto que siga en casa de David.

—Si te refieres a dormir con mi hijo, eso es una tontería. Aunque estoy en ello, mañana iré a comprar una cama para el otro dormitorio, así tendrás tu propio espacio. Me imagino que te sentirás más cómoda.

—Sí —afirmó con una tímida voz.

Don Guillermo salió de su despacho para darle unos papeles a Mar, aprovechando para estirar las piernas. En eso, vio a su esposa y a Susana

charlando. Se fue directa hacia ellas con grandes zancadas.

—Menos mal, ya llegaste —le dijo a su mujer.

—Acabo de llegar, pero qué prisas tienes.

—Quiero acabar con esto. Así que vamos todos —miró a Susana.

—Susana, avisa a David, mi marido quiere que charlemos los cuatro. No te preocupes, no es nada —le indicó, pues sus ojos se abrieron asustados.

Avisó a su jefe y se fueron juntos al despacho de don Guillermo, donde esperaban él y su esposa. David cerró la puerta y, tras una indicación, ambos se sentaron delante de la gran mesa de escritorio. Alfonsina prefirió quedarse de pie.

—Quiero hablar con vosotros sobre vuestra relación. —Estaba muy serio—. Tenemos que aclarar esta situación.

—¿Situación? —preguntó desconcertado David.

Susana se mordía la lengua, creyó conveniente no meterse, dejar que hablara David, ya que eran sus padres.

—Sí, David, esta situación. —No cambió ni un ápice su tono de voz—. ¿Vosotros sois novios? —Cerró ligeramente los ojos, estudiando las caras de David y Susana.

—Eh... ¿sí? —dudó.

—Sí —Susana salió corriendo para afirmarlo, pues el tono de duda de él podía ponerlos en una mala posición.

—Entonces, tenéis que hacerlo público —sentenció.

—¿Qué? —dijeron los dos espantados.

—David, eres mi hijo. Algún día tendrás mi puesto y no es bueno que los empleados estén cuchicheando sobre el futuro jefe, debéis hacerlo público.

—Papá, no es necesario. Nadie tiene por qué saberlo.

—Eso —añadió Susana.

—De eso nada, vais a dejarle claro a todos que estáis juntos. —Notó el miedo en la cara de su hijo—. David, ¿pasa algo?

—Nada... —su voz subió unas octavas, moviendo la cabeza nerviosamente.

—Entonces, no veo el problema para contarlo, ¿no? —miró duramente a Susana.

—No.

A Susana no le gustaba que la acorralaran ni le dijeran lo que tenía que hacer, pero era evidente que tenía que callarse y aguantarse. Ahora mismo no

se podía hacer nada, y menos ponerle en evidencia delante de su padre. Era de esas situaciones en las que no cabían más posibilidades.

—Estando todo claro, tenemos que planificar qué podéis decir para que no se formen corrillos hablando de vuestra relación.

A Alfonsina se le ocurrió una buena idea.

—Es una sugerencia, podéis discutirla, pero creo que lo mejor es que digáis que sois amigos de toda la vida, ya que Petra y yo somos amigas de la infancia. Al entrar Susana a trabajar, preferisteis mantener la distancia para que no hablara la gente y por la novia de David, que le tenía unos celos terribles a Susana. Hace unos meses, cuando la relación de Almudena y David se enfrió, él buscó consuelo en su amiga y surgió la chispa —terminó ella.

—¡Vaya! —exclamó Susana impresionada.

David miraba a su madre espantado, no se podía creer que la gente se tragara ese bulo.

—Bueno... ¿qué os parece? —preguntó esperando una reacción de los dos.

—No creo que se lo crean —David fue franco.

—Pues yo pienso lo contrario.

—De todas formas, no tenéis que decidirlo ahora, podéis pensarlo.

—De eso nada —chilló don Guillermo—. Tu historia, Alfonsina, es perfecta, acallará los rumores y mantendrá la imagen de David en buena posición.

—La verdad, no entiendo todo esto, si da igual lo que se diga, porque está todo decidido, ¿no? —habló David, agachando la cabeza en la última parte.

—David, tienes que entender a tu padre —le dijo su madre suavizando el clima.

—Bueno... creo que todo está claro, ahora os toca a vosotros... —

No se preocupe, don Guillermo.

A Susana no le apetecía mentir, creía que era muy fácil descubrir una mentira, pero en este caso, no había más opción. Tenían que seguir mintiendo durante al menos un tiempo prudencial para no tener problemas ninguno de los dos.

Acabada la reunión, Susana salió del despacho, pues quería hablar con su hijo. Al salir le tembló todo el cuerpo. Se sintió débil pensando en el momento que supieran toda la verdad. Se agarró a la mesa y respiró profundamente, por suerte para ella, Mar no estaba para verla.

Cuando se recuperó, siguió hasta su mesa, se sentó en su silla y se llevó las manos a la cabeza. Aquello era una pesadilla y no se podía creer que le estuviera pasando.

Mientras tanto, en el despacho de don Guillermo, charlaban con su hijo. Estaban preocupados y necesitaban saber hasta qué nivel emocional estaba implicado con Susana. De la conversación, las conclusiones resultaban muy obvias, David estaba enamorado de ella. Ahora se preguntaba cuáles eran los sentimientos de ella, ya que estaba cansado de lagartas que se arrimaban a su hijo.

Al salir Mar del baño, se encontró a una exhausta Susana. Se acercó a ver qué ocurría, pero no estaba preparada para hablar aún, necesitaba tiempo para pensar. Su vida se desmoronaba ante sus ojos, últimamente se sentía prisionera de las decisiones de los demás. Como si ella no importara y lo primero fuera el resto, quedando ella al final de la fila.

Antes de irse Mar, le indicó que habían dejado un sobre de Recursos Humanos para ella. Era un sobre grande cerrado, lo cogió y fue a abrirlo. En el momento que Susana lo recogió, una sucesión de imágenes se aparecieron ante ella. Eva, Carolina y Mar, en nombre de don Guillermo, le entregaron un sobre con información. Al mismo tiempo, las palabras de Verónica retumbaron en su cabeza —... está cerca y os conoce—. Debía ser alguien de la oficina, no había duda, era la única conexión entre ella y David.

Tenía que saber la verdad, pero para ello debía ir descartando gente. Así que Susana salió dispuesta a los ascensores. David salía del despacho de su padre con una extraña expresión. Se paró delante de ella bajo la atenta mirada de sus padres, que los vigilaban desde la puerta.

—Creo que mi padre sospecha algo —dijo con un susurro.

—¿Algo?

—No sé... pero acabo de tener una extraña conversación con él, es como si... —titubeó— mejor déjalo, seguro que son paranoias mías.

Susana creyó entender a David, notaba las miradas sobre ella, frías y autoritarias, analizándolo todo. Su padre sospechaba de la relación de ellos, no se terminaba de creer que estuvieran juntos.

Estaba cabizbajo, sacando sus propias conclusiones, temiendo agobiarla con sus impresiones. Después de hablar se arrepintió, pues tenía miedo de perderla.

Ella decidió mover ficha y empezar a actuar, demostrarles a todos lo buena actriz que podía ser. Acarició con dulzura la mejilla de David, mirándolo con ojos de enamorada. Él se quedó espantado, no esperaba esa reacción. Su cuerpo se tensó, sin mover ni un mínimo músculo.

—¿Quieres disimular? —le dijo entre dientes—, tus padres nos miran.

—¿Qué?

Él seguía colapsado y no entendió el mensaje, así que no le quedó más remedio que besarle, pues tenía la impresión de que iba a mirar en dirección al despacho de sus padres.

Las puertas del ascensor se abrieron y Susana las ignoró centrándose en lo realmente importante. El ascensor estaba vacío, por lo que el beso solamente era visto por los presentes en aquella planta.

Susana pretendía un simple y casto beso, pero David no se conformó con eso. La estrechó con sus brazos, apretándola contra su pecho y le devolvió el beso. A ella no le supuso mucho esfuerzo disfrutar del beso de su novio falso.

Para Alfonsina, verlos quererse era recordar viejos tiempo junto a su marido. A don Guillermo no le gustaban esas muestras públicas, no quería cuchicheos en la oficina. En cambio, Mar los miraba con la boca abierta, no se podía creer lo que sus ojos veían.

—David —gritó—, respeta la oficina.

—Papá —no se giró, se quedó a un palmo de la cara de ella mirándola directamente a los ojos—, solo besaba a mi novia, tal y como me ordenaste hacer pública nuestra relación.

—¿Cómo? —Sin darse cuenta, la voz de Mar se insertó entre padre e hijo.

—David —le reclamó.

—Vale.

De mala gana, David soltó a Susana y siguió hasta su despacho. Cuando ella se vio soportando de nuevo su propio peso, notó la debilidad de sus piernas, eran flanes que no conseguían soportar nada.

Las puertas del ascensor seguían abiertas y se sumergió en el interior, buscando una pared donde apoyarse, un lugar donde descansar el peso que sus frágiles piernas no eran capaces.

Dentro del ascensor, Susana se preguntaba qué le pasaba con David, por qué tenía ese efecto en ella. No creía que fuera amor, ya que era muy consciente en qué tipo de relación estaba, pero algo raro había. Esa atracción y el fuego que

conseguía generar él en ella, eran también obvios.

En cambio, él no se podía creer lo que había hecho, se había encarado con su padre. Era la segunda vez. Esas cosas no las hacía él, bajaba la cabeza y se callaba. Solo fue extremadamente sincero cuando se dio cuenta de que su padre estaba llevando a la ruina a la empresa.

Cuando empezó a trabajar en Empresa León S.A., tuvo que decirle a su padre que, o cambiaba de forma de llevar las finanzas de la empresa, o en menos de cinco años debería cerrar. Ese momento él lo recordaba como el más duro de su vida. Sin embargo, en aquella ocasión no pensó en él o en su familia, sino en las familias que se quedarían sin un sueldo y terminarían en las listas de desempleados.

Aunque no pudiera verlo, era por Susana. Todo era por ella. Había mentido a sus padres confesándoles una relación inexistente y aparentando tenerla con ella, ahora tenía que hacerla pública. Todo esto no le importaba, pues a pesar de que no lo quisiera reconocer, estaba enamorado de ella y sus padres lo sabían.

CAPÍTULO 16



Susana llegó a la mesa de Eva y la sonrisa de ella se enmarcó de felicidad. Estaba contentísima de verla. Hacía días que no sabía nada y echaba en falta a su amiga. En más de una ocasión, le hubiera gustado subir a hablar con ella, pero la presencia de don Guillermo le quitaba las ganas, temía a su jefe, muchísimo.

Le propuso ir a tomar café a la cafetería, dejó todo lo que estaba haciendo y, cogiendo su bolso, salió disparada hacia los ascensores. Susana se dio cuenta de que no llevaba dinero, pero Eva se ofreció a invitarla. Estaba tan feliz que no le importaba pagarle un café.

Se sentaron en una mesa con dos cafés servidos por Jorge. Más que una reunión de amigas, era un interrogatorio. Necesitaba saber qué contenía el sobre que le dio a Verónica, saber si ella era el cliente.

—Eva, necesito preguntarte una cosa y me gustaría que fueras muy sincera conmigo, me ayudaría mucho.

—¿Qué pasa? —se asustó.

—Tú le diste un sobre a Verónica Sex, ¿lo recuerdas? —Ella asintió—.

¿Qué contenía ese sobre?

—Folios.

—Claro que contenía folios —sonrió ante la obviedad—, ¿pero qué clase de información?

—¿Información? Ninguna. Susana, eran folios.

—¿Folios? —le sorprendió.

—Sí, folios. Verónica me pidió unos cuantos folios blancos y yo los metí en un sobre para que nadie me llamara la atención, pero eran folios.

Susana respiró y, al mismo tiempo, se agobió. Si Eva no era el cliente, ¿quién era? Aún le quedaban don Guillermo y Carolina...

—Susana, ¿hay algún problema? Mira, yo no... —No la dejó continuar. —

Tranquila, era curiosidad simplemente. —Se relajó.

Susana vio una oportunidad de hacer pública su falsa relación con el jefecillo. Iba a darle el placer a su amiga de ser la primera en conocer la gran mentira de su noviazgo con el heredero de la familia León. Sentía mentirle, pero si alguien en aquella empresa se merecía la primicia era ella.

Le relató la historia que se inventó Alfonsina. La endulzó y se sonrojó. Se sorprendió de lo fantástica actriz que era, jamás pensó ser tan convincente. Hasta se creyó aquella mentira durante su exposición.

Los ojos de Eva se expandían con cada detalle, no se podía creer todo lo que le contaba. Era genial. Su amiga y el jefecillo, ambos en las revistas de la prensa rosa. Se imaginaba las portadas de la revista Cotilla o Corazón Rosa anunciando la boda de Susana y David, lo mejor de todo es que había sido un testigo de esa relación.

—¡Ay Susana, esto es... fantástico! ¡Tú y el jefecillo!

—Eva, no construyas castillos en el aire, estamos conociéndonos y no sé si funcionará.

—Claro que funcionará. Tu madre y la señora Alfonsina son amigas, y tú y él, también. Las mejores relaciones son aquellas que comienzan como una amistad.

—Eva —le reclamó.

—Me relajaré, pero esto es un bombazo.

—Ya... —puso cara de circunstancia—. Lo sé, seguro que cuando se enteren todos van a decir que soy una golfa aprovechada.

—No digas eso.

—Claro que lo digo —suspiró para dramatizar—. Tú conoces bien la clase de lenguas bípedas que hay ahí dentro. —Le tenía que dar la razón—. Seguro que apostarán cuánto tiempo tardaré en quedarme embarazada de David.

—Pero tú no eres así, todos te conocen. —Miró con dureza a su amiga y supo que los cotilleos no se detendrían por ser Susana—. Si...

—¿Qué?

—Si supieran la verdad, lo que me acabas de contar, que David y tú os conocéis desde que eráis pequeños, seguro que no hablarían.

—No creo que me crean —no se creía lo fácil que le estaba resultando todo—, pensarán que me lo he inventado todo.

—Tienes razón, pero... —hizo una pausa— si lo cuento yo, no tendrían que

dudar de la historia.

—Eva, no te metas, no es buena idea.

—Eres mi amiga, no me importa.

Susana se sintió un gusano rastrero al manipular a su amiga. Sin embargo, era la mejor forma de hacer pública la relación y de que todos se la creyeran, dejando en buen lugar a ella y al apellido León.

Al regresar a la oficina se fue directa a la mesa de Mar. Se la llevó a la cocina e hizo la misma interpretación que le dio a su amiga, aunque añadió más florituras a la historia, como que ella y David querían seguir manteniéndolo en secreto un tiempo, pero don Guillermo no quería.

Tuvo la misma reacción que Eva, se preocupó por la reputación de ella, aunque también la de David. Eso dio pie a que se presentara voluntaria a contar la historia que le había relatado, de tal modo que los cotilleos no llegarían más lejos de la versión oficial.

Sin apenas esfuerzo, lo tenía todo controlado, tanto Mar como Eva se iban a encargar de hacer el trabajo sucio. Solamente le quedaba informarle para que no metiera la pata. Le relató fríamente lo que había hecho, sin evitar el sentimiento de culpabilidad al hablar. La escuchó y se quedó sorprendido de lo fácil que le había sido, y ambos decidieron alimentar esa información con pequeñas caricias y miradas delante del resto de empleados.

Todo estaba arreglado, don Guillermo se podía quedar tranquilo. Al contrario que ella, que le tocaba actuar a diario y eso no le gustaba.

Al llegar a casa de David, Susana se encontró una nota con su nombre, era de Alfonsina. Le informaba de que había ido al supermercado a comprar algunas cosas para ella que esperaban que fueran de su gusto. La nota tenía una lista de artículos, en los cuales se incluían los tampones.

Inmediatamente, se fue a su móvil y revisó su agenda. Allí apuntaba su menstruación para su control. Al contar los días, era evidente, estaba por visitarle. Se fue al baño y revisó las cosas que le compró. Todo estaba perfectamente colocado en una estantería aparte de las cosas de David.

Tuvo que sonreír y agradecer tener una persona así en su vida, alguien como su madre. Entonces, la idea de tenerla como suegra le gustó. Demasiado.

Al pensar en ella, se acordó de su madre y de que hacía varios días que no hablaba con ella. La llamó y tuvo que soportar sus reclamos, ya que estaba muy disgustada por enterarse de su noviazgo por su amiga y no por su hija.

Tragó y se resignó a escuchar, dejando a su madre explayarse.

Después de media hora de quejas, su madre se relajó y pudo hablar con ella sobre la propuesta de Alfonsina. No estaba muy convencida de seguir el plan marcado, prefería buscar una vivienda para ellos y no tener que depender de la familia León. Sin embargo, su madre estaba ilusionada con ir unos días a casa de su amiga y había logrado convencer a su padre, por lo que la decisión estaba tomada y Susana se resignó.

Mientras hablaba con su madre, Alfonsina estaba llegando a casa de Almudena. Había dejado para el último momento la entrega de sus pertenencias, porque realmente no le apetecía verle la cara a la ex de su hijo. No la soportaba, aunque intentó llevarse bien con ella.

La madre de David bajó la maleta del maletero y la llevó hasta la dirección que le indicó su hijo. Almudena se sorprendió muchísimo de encontrar en su puerta a su exsuegra. Alfonsina estaba cansada y no le apetecía entablar una conversación con ella, así que pensaba dejarle la maleta e irse.

—Buenas noches, Almudena. David me dijo que te trajera estas cosas, dice que estaban en su casa, cree que son tuyas.

—¿Mis cosas?

—Bueno... te las dejo y tú las miras con paciencia. Es tarde —miró su reloj— y debo irme.

—¿Por qué no ha venido él? —preguntó al despertar de su impresión.

—Le sugerí que no era lo más correcto, después de tu última conversación con él —no tenía ganas de darle explicaciones, no quería hablar con ella, ni confiaba en lo que pudiera contarle.

—¿Le sugeriste? Claro, nunca me has querido para David —atacó al ver las pocas ganas de hablar con ella—. Siempre creíste a Valeria.

—Almudena, Valeria es mi hija y sí, creo a mi hija por encima de cualquier otra persona, porque la conozco y sé que jamás mentiría en algo tan grave.

—Pues mentía.

—Almudena —dijo con dureza, estaba empezando a agotarse su paciencia—, no creo que sea buena idea recordar esa época.

—¿Por qué?

—Porque gracias a ti, mi hija, Valeria, se peleó con su hermano y se largó a Francia para no tener que seguir peleando con él, ya que no podía seguir viendo cómo te reías de él. Por eso.

—Nunca me quisiste en la vida de David.

—Eso ahora no importa, él no te quiere en su vida y creo que tú tampoco.

—Eso es mentira, yo aún le quiero —soltó unas lágrimas al pensar en su oportunidad perdida, en su vida acomodada y el dinero.

—Creo que lo mejor es que intentes rehacer tu vida, al igual que él —quería dar por zanjado el tema.

—Eso no va a ocurrir, sé que David sigue enamorado de mí —le dolió que Alfonsina no la consolara.

—Almudena, no hagas el ridículo, es mejor que te olvides de mi hijo.

Alfonsina no quería seguir hablando, así que la dejó con la palabra en la boca. Sabía que si seguía allí, le confesaría la nueva relación de su hijo y, viendo la clase de mujer que era, seguro que no pararía hasta hacerle la vida imposible a Susana. Por eso lo más prudente era evitar darle mucha información.

Almudena echaba chispas por todas partes, no se podía creer lo que le estaba pasando. Creía que David no se atrevería a devolver sus cosas de esa forma y tan rápido, sin hablarle. Se sentía como un perro abandonado y no iba a permitirselo, porque lo iba a recuperar y pensaba restregárselo a su madre por la cara.

Al día siguiente, Susana se despertó con la sorpresa de su menstruación, acompañada de fuertes cólicos. Tenía un humor de perros y encima debía acompañar a David a una reunión a primera hora de la mañana.

Llegaron a la oficina e intentó dejar a un lado su malhumor y centrarse en el trabajo. Preparó la reunión con David, permitiéndole conocer todos los detalles de su informe sobre la sucursal de Valencia. No quería hablar, prefería seguir en la sombra.

A la reunión acudieron Carolina, Alberto, jefe del Departamento Legal, don Guillermo, Enrique, el jefe de contabilidad, David y ella. Quizás la única nota discordante era ella. Todos los demás eran jefes de departamentos. Así que se llevó un bloc de notas, pensaba apuntar los datos relevantes y mantenerse callada todo el rato.

Sin embargo, don Guillermo le pidió que expusiera su informe a todos. No se lo podía creer, se vio obligada a hablar y, tras tartamudear en los primeros minutos, consiguió hacer una exposición medianamente aceptable de su informe sobre la sucursal de Valencia.

En la reunión se debatieron varios puntos de vista para afrontar el problema de una forma óptima. Mientras hablaban, no se percataban de que estaban jugando con los puestos de trabajo de personas inocentes, de que no eran números o datos, eran personas. Susana se rebotó tanto que estalló y criticó la forma que tenían ellos de ver el problema, pues nadie se paraba a pensar en qué ocurriría con esas familias que se vieran desempleadas.

Todos la miraron espantados, por lo que se arrepintió de hablar y se sentó en su silla. Sin darse cuenta, en su afán de ser escuchada, se había levantado y elevado la voz, reclamando una actitud más cercana a los trabajadores afectados.

Después de la intervención de Susana, don Guillermo ordenó a todos una serie de informes para volver a reunirse el jueves, tomándola como referencia. Antes de salir, Enrique y Alberto la miraron de forma extraña. Lo vio en sus ojos, lo sabían, Eva había realizado bien su trabajo.

Susana salió con Carolina y, cuando estuvieron lo suficientemente lejos de los caballeros, le preguntó por su relación con David. Se vio sorprendida y no pudo evitar sonrojarse. Ella siempre fue su modelo a imitar y ahora no soportaba la idea de que la viera como una trepadora, aunque en el fondo era normal que lo pensara.

De pronto, esa actitud derrotista le hizo enfadar. Ella no era así y no tenía que darle explicaciones a nadie, ni a Carolina. Era su vida privada. Eso le dio fuerzas para aprovechar el momento.

—Carolina, ¿puedo hacerte una pregunta? —Afirmó con su cabeza—. Pude ver que le diste un sobre a Verónica, ¿por qué le dejaste esa información? —Se marcaba un farol.

—Susana, eso es privado.

—No, cuando se usan recursos de la empresa e información personal —se refería a los datos que tenía Verónica de ella.

—Susana, creo que te estás confundiendo.

—Creo que no. Verónica tenía datos muy personales de mí y tú eres muy amiga de ella, por lo que tuviste que dárselos tú.

—Susana —le reclamó.

—No te hagas la tonta, vi cómo le diste un sobre cerrado.

—Susana, el sobre que le di tenía pruebas médicas. —Se quedó pálida, había metido la pata—. Verónica conoce un buen oncólogo y quería que ella

me ayudara. Mi marido tiene cáncer de próstata y estaba muy preocupada.

—Lo siento, yo...

—La próxima vez no des por supuestas cosas. Soy amiga de Verónica, pero sé qué límites no se deben cruzar. Deberías aprender a hacer lo mismo —se había enfadado.

—De verdad que lo siento, yo no sabía.

—Tampoco tenías que saberlo. Mi vida privada no tiene que estar mezclada con mi vida laboral. Deberías tomar ejemplo. —Señaló a David con su cabeza y le quedó claro lo que quería decirle.

Susana no sabía dónde meterse para huir de la mirada acusadora de Carolina. Había cometido el peor error de su vida. Aquello no se lo perdonaría nunca y jamás daría nada por supuesto, y menos con ella.

Carolina no aguantó mucho más allí. Se disculpó y se marchó desde que pudo. Estaba muy disgustada, no esperaba algo así de ella, le había decepcionado enormemente. En ese momento empezó a creer los rumores de que solamente buscaba el dinero de la familia León.

El resto del día fue horrible, Susana intentó olvidar lo ocurrido, pero no podía. Se volcó en el trabajo, aunque no sirvió de nada. Tampoco ayudaban los cólicos que le recordaban qué parte del mes era. Lo único que le apetecía era que acabara el día.

Convivir con ella le proporcionaba cierta información a él y sabía que estaba en esos días del mes, así que conocía el origen de su malhumor e intentaba no tentar a la suerte agobiándola.

Sobre las seis de la tarde en otra parte de la ciudad, Almudena estaba hecha una furia. La visita de Alfonsina el día anterior la había inquietado. No contaba con que David le devolviera su ropa, que rompiera definitivamente con ella. No le gustaba el cariz que estaban tomando las cosas, esperaba contar con algo más de tiempo para poder reconquistarle.

Quería hacer algo, pero tampoco podía fastidiar lo de “La Casa Vip”, aún no había firmado el contrato y estaba pendiente de que los productores la llamaran para ello, aunque sabía que esa llamada llegaría.

Entre más lo pensaba, más se daba cuenta de que tenía que mover ficha, no podía dejar pasar ni un segundo más, debía empezar a reconquistarle lo antes posible. Se fue a su armario y se colocó un conjunto de lencería muy sexy, estaba realmente preciosa. Se puso la gabardina larga y, con la llave de la

casa de David, fue en su busca.

Llegó a la casa con el tiempo suficiente para prepararlo todo, lo recibiría con su conjunto de lencería sexy y no le permitiría salir de su casa hasta que la volviera a aceptar como su novia. Estaba convencida de tenerlo todo controlado. Sin embargo, la llave no abría la puerta de la casa.

Mientras tanto, David y Susana salían del ascensor hacia el coche. Cuando se acercaban al vehículo, otro que entraba en el aparcamiento se detuvo delante de ellos. Del coche salió Alfonsina muy agobiada.

—Menos mal que he llegado a tiempo.

—¿Pasa algo, mamá?

—Nada, cariño, es que esta mañana vino el cerrajero y luego me lie y no he podido traerte la llave, perdona.

—¡Ah, gracias!

—Aquí tenéis dos, una para cada uno —le entregó a su hijo dos llaves con un llavero cada uno. El llavero llevaba el logotipo de la empresa—. Por cierto, la cama llegará mañana, no te preocupes, Susana, pronto tendrás tu propio espacio —a David no le gustó.

—Mamá, tenemos que irnos.

—Claro, no os entretengo.

—Alfonsina —dijo Susana—, gracias por comprarme esas cosas, me van a hacer falta.

—Me alegro, pequeña. Quiero que me veas como una amiga, ¿de acuerdo?

—Susana sonrió y asintió—. Así me gusta —le devolvió la sonrisa.

Alfonsina se subió a su coche y se marchó. David y Susana hicieron lo mismo. Durante el trayecto en coche, él buscaba un motivo para retenerla en su cama mientras ella repasaba su conversación con Carolina. La cara de ambos reflejaba su preocupación.

Al llegar, Susana se sentía fatal y necesitaba un abrazo, algo de cariño para reconfortar su alma. Entonces, en el ascensor le pidió que la abrazara, él no tardó en estrecharla entre sus brazos y, en medio de ese abrazo, se besaron. Un beso que acabó al abrirse las puertas del ascensor.

—David, yo tengo... —Él le puso un dedo en los labios.

—Lo sé.

—Y lo último que me apetece es el sexo.

—A mí tampoco me va eso.

—Gracias.

Susana le dio un pequeño beso y, sin separarse, caminaron por el pasillo. Ella se recostó en su hombro y él le tenía el brazo sobre el suyo, ambos se sentían bien y felices, pues sonreían.

La sonrisa se oscureció al doblar la esquina y encontrarse con Almudena, estaba de pie frente a la puerta. David se puso pálido al recordar su último encuentro, aquel dolor aún estaba muy presente.

Almudena también estaba pálida, porque lo último que esperaba era encontrarle con su secretaria en esa actitud tan cariñosa. Susana se temía lo peor y se resignó a la escena de celos que formaría la ex de su falso novio.

—Almudena, ¿qué haces aquí? —tragó con fuerza, agarrando con más fuerza a Susana, la necesitaba a su lado para poder defenderse.

—Quería hablar contigo, pero veo que estás ocupado. ¿Ahora te traes el trabajo a casa? —reconoció a Susana.

—¿Eh? —titubeaba.

—Almudena —dijo Susana, queriendo acabar con todo esto—, soy la novia de David. La guarra que se lo tiró cuando era tu novio —le sonrió.

—Eres valiente, no esperaba tanta sinceridad.

—Primero, no tengo ganas de discutir; segundo, después de tu escenita de celos en la oficina no entiendo qué haces aquí y, tercero, ¿no tienes orgullo?

—preguntó con descaro.

—Lo he pensado mejor y aún le quiero —le sonrió con frialdad.

—Almudena —el tono de voz de David era muy agudo—, lo siento, pero yo no siento lo mismo, ahora estoy con Susana.

—¿En serio? —estaba muy cabreada—, ¿prefieres eso —la señaló— a esto? —se desabrochó la gabardina.

—Por favor —se sintió insultada y no pensaba callarse—, ¿te gustaba ese saco de huesos? Mira, David, yo me voy a casa, si quieres sigue hablando con ese esqueleto. —Susana sacó la llave que le entregó y abrió la puerta, la cara de Almudena definía su malestar.

—No me lo puedo creer, ¿vas a permitir que me hable así? —No sabía dónde meterse—. Ya veo, esta noche estás ocupado.

—Almudena, voy a estar ocupado todas las noches, Susana vive aquí. — Bajó la cabeza al terminar de hablar.

Los ojos de Almudena se abrieron espantados por lo que le acababa de

confesar. Jamás pudo pasar más de dos noches en su casa y su secretaria había conseguido en nada vivir con él. Aquel era un dato revelador, no tenía nada que hacer y eso la cabreaba.

—¡Vete a la mierda, hijo de puta!

—Adiós.

Almudena se cerró la gabardina y se marchó propinándole un bofetón a David. Él no hizo nada, entró en su casa y se sentó en el sillón con la mano en la mejilla colorada. Se sentía mal por ella y se arrepentía de ser un capullo, hubiera preferido terminar de otra manera, pero ya era tarde.

—¿La quieres? —le preguntó a su lado.

—No —negó rápidamente mirándola.

—David, yo no quiero perjudicarte, si la quieres, podemos acabar con esta farsa. No pasa nada, lo entiendo.

—No, yo no la quiero. No.

—Prométeme algo, por favor, cuando aparezca una chica que te guste, ¿me lo dirás?

—No tienes que preocuparte por eso, ahora mismo la chica que me gusta la estoy mirando.

—David —le reclamó asustada.

—Sé que esto es una mentira, pero me gustas, eres una gran mujer y espero que seamos buenos amigos, al menos.

—Eso dalo por hecho, yo también te quiero como un amigo.

La decepción de David fue máxima, pues eso es lo máximo que conseguiría de ella. En ese instante tuvo claro que sus sentimientos por Susana iban más allá de una simple relación de amistad. Se había enamorado de ella.

Esa noche seguía sintiéndose mal, así que le pidió que la abrazara en la cama. Necesitaba sentirse querida. Al tiempo que David la abrazaba, pensaba que ojalá existieran más hombres como él, tan buenos y desinteresados, pero la experiencia le indicaba que un espécimen como David era una cosa rara.

El jueves se repitió la reunión del martes. Con las mismas personas. Antes de comenzar la reunión, Susana se dio cuenta del malestar de Carolina, evitaba mirarla y su expresión le indicaba que seguía muy enfadada.

Durante la reunión, Susana tuvo que hablar, se vio obligada por don Guillermo, sin embargo, evitó la salida de tono de la anterior reunión. La sucursal de Valencia era un verdadero quebradero de cabeza, porque cada

análisis era más estremecedor, los datos eran muy malos y las soluciones no resultaban muy positivas.

La reunión terminó y Carolina desapareció sin apenas despedirse. No quería ningún trato con Susana y, como era la novia de David, no quería problemas con el dueño. Ella se dio cuenta de que todo era por su culpa y quería solucionarlo, debía arreglarlo.

Sin saber muy bien qué iba a hacer, pidió hablar un momento. Se reunieron en su despacho, con la puerta cerrada, se llenó de valor y le contó el problema médico del marido de Carolina. Se sorprendió muchísimo, porque no sabía nada de todo ese asunto. Él hacía mucho tiempo que conocía a ella y a su marido y todo esto le pilló por sorpresa.

—Debo hablar con Verónica, ella podrá ayudarla.

—Creo que eso lo hizo ella.

—Lógico, su marido es el mejor oncólogo del país. ¿Sabes algo más?

—No.

—Voy a hablar con Verónica, ella podrá contarme algo más.

—Una cosa más, le cuento todo esto porque creo que la empresa debería tener en cuenta la labor de Carolina durante estos años y considero que podría hacer un donativo a la fundación contra el cáncer en nombre de ella. Sería un buen detalle.

—Me parece una buena idea.

—También debería tener un par de días libres para el tema médico de su marido, bueno... es una sugerencia.

—Tengo que reconocer que estaba pensando lo mismo, déjalo en mis manos, yo me encargo.

Susana esperaba que esto suavizara las cosas, aunque tampoco le importaba que no se enterara, ya que sentía que hacía lo correcto.

—Susana, buen trabajo —le dijo antes de irse.

—Gracias, pero estoy haciendo esto porque es lo correcto.

—De todas formas, estás haciendo un buen trabajo. No me puedo creer que no me fijara antes en ti.

—¿Perdón?

—He visto tu expediente, es muy completo. Has estado en todos los departamentos de la empresa con muy buenas calificaciones de tus superiores. Susana, eres un recurso muy valioso para la empresa y, si le sumo que eres la

hija de Manuel y Petra, es algo que no debería pasarse desapercibido.

—No entiendo, usted siempre ha sabido que soy la hija de Manuel y Petra, ¿no?

—Realmente no. —Lo miró espantada—. Sabía que la hija de Manuel y Petra trabajaba aquí, pero no sabía que fueras tú. Cuando pasó lo de la modelito tonta, me di cuenta cómo defendiste a mi hijo, así que pedí tu expediente y ahí vi quién eras.

—¿Usted no sabía quién era?

—No —era sincero—, y valorando tu trabajo quiero proponerte una cosa. He visto que has solicitado en dos ocasiones un puesto en el Departamento Legal y te lo han denegado. No sé el motivo, pero ahora mismo quisiera proponerte otra cosa. Quiero que ocupes el despacho vacío en Subdirección. Quiero que seas un directivo más, una especie de *Staff*³ de Subdirección.

—¿Qué? —no se lo podía creer.

—No nos engañemos, Susana, mi hijo es muy bueno con datos y cifras, pero le falta liderazgo, necesita una persona como tú a su lado. Alguien con carácter que tome la iniciativa en un momento determinado. Esa eres tú. Sé que para una pareja es complicado trabajar juntos y convivir, pero creo que los dos os adaptaréis.

—Creo que usted no ha pensado bien las cosas.

—Susana, lo he meditado mucho y eres la mejor solución. Un día de estos, David tomará el mando y necesitará a alguien como tú a su lado. Y, si os casáis, todo queda en familia.

—Don Guillermo, las cosas no suelen pasar como uno quiere. ¿Qué pasa si David y yo rompemos?

—Eso también lo he pensado, tú tendrás tu solicitado puesto en el Departamento Legal.

—Veo que lo tiene todo pensado.

—Sí. Tienes hasta que se incorpore Carlota para decidirte.

—Bueno... ella pidió dos años de excedencia...

—Susana, lo más seguro es que Carlota se incorpore antes. Lo de su marido no pinta muy bien.

Se quedó pálida, no se esperaba nada de eso. Su cabeza era un hervidero de ideas contradictorias, no se creía lo que le acababa de proponer don Guillermo. Estaba desconcertada.

Dentro de toda su confusión, algo sí estaba claro, don Guillermo era descartado como el cliente de Verónica. Si Carolina y Eva también, ¿quién era el cliente?

CAPÍTULO 17



El sábado por la mañana, David salió a correr a la calle y Susana se encontraba mucho mejor al desaparecer sus cólicos y su menstruación. Estando sola en la casa, sonó el timbre. Fue a abrir pensando que era su novio. Sin embargo, se tropezó con un niño de siete años.

—¿Quién eres tú? —le preguntó de muy malas maneras. Su frente regañada y sus ojos serios le daban un aspecto de veinte años mayor.

—¿Y tú? —le dijo en el mismo tono que ese niño.

—Yo pregunté primero.

—Y yo después.

—Mateo, ¿qué haces? —un hombre muy serio le reclamó al niño.

El hombre que apareció en la puerta de Susana era un vecino del edificio, Henry, un periodista deportivo de la radio. Estaba divorciado y con un niño, Mateo. Después del divorcio, su vida se complicó. Su trabajo era básicamente los fines de semana y muchas veces su exmujer le dejaba a su hijo para irse con su nuevo novio.

Mateo era un niño muy travieso al que le encantaba pasar tiempo con David. No obstante, en el último año, Henry evitaba pedirle favores a su vecino por su novia Almudena. Ella trataba muy mal a su hijo y tampoco se escondía para demostrarle públicamente lo poco que le gustaba el niño.

Por ese motivo, Henry le dejaba su hijo a la viuda Rodríguez, una mujer mayor que vivía sola y a la que le encantaban los niños. Le recordaba a los nietos que nunca la visitaban. Esto más su enorme disponibilidad hacían que

fuera siempre su mejor opción.

—¡No! —gritó—, no pienso ir con esa bruja, me quedo con David. Yo me quedo aquí —el niño se ocultó detrás de Susana.

—Mateo, no molestes a la señora, ven aquí.

—No.

—Mateo —le reclamó.

—No —volvió a negar.

—Un momento —hizo la señal de tiempo muerto del baloncesto—, ¿alguien me puede explicar qué pasa aquí?

—Perdone, mi hijo Mateo es muy testarudo y no quiere ir a casa de la señora Rodríguez.

—¡Yo no voy con esa bruja, huele raro! —gritó el niño.

—Mateo, no me enfades.

—Yo quiero quedarme con David.

—David tiene compañía y no le podemos molestar —la señaló.

—Papá, yo quiero quedarme con David —el niño se empezaba a resignar.

—Hola, soy Susana —le extendió su mano para saludarle—. Soy la novia de David.

—¿La novia? —no pudo evitar su sorpresa.

—Su nueva novia —sonrió.

—¡Ah! Soy Henry —le estrechó la mano.

—Puede dejar a Mateo aquí, no hay problema. Yo me encargo.

—¿Estás segura? Es bastante travieso.

—De verdad, vete tranquilo.

—Gracias —estaba enormemente agradecido.

Henry se fue y dejó a su hijo en compañía de Susana. En cuanto se cerró la puerta, el niño se fue al mueble del televisor y toqueteó una videoconsola. Ella le detuvo y le regañó, pero el niño no se amedrentó.

—Voy a prepararlo todo para, cuando llegue David, jugar a las carreras de coches.

—¿Carreras de coches?

—Sí, soy muy bueno. —Le hizo gracia el gran ego del niño.

—Seguro que no eres tan bueno como yo.

—De eso nada.

Susana y Mateo empezaron a jugar a las carreras de coches, él se encargó

de prepararlo todo. En la primera carrera ganó el niño, pero en la siguiente ella se llevó la gloria y él se sintió herido por perder. Durante la tercera carrera llegó David, sorprendiéndose por la presencia del niño.

Se unió a ellos y se lo pasaron muy bien, rieron y disfrutaron de un buen día. Si aquella casa era un buen lugar para estar cuando su padre tenía que ir a trabajar, ahora con Susana era el mejor lugar del mundo.

Por la tarde salieron a comer una hamburguesa, Susana fue la de la idea a pesar de las reticencias de David, ya que no quería problemas con su padre. Pero Mateo insistió tanto que al final cedió. Los tres salieron como si fueran una familia y no se sintieron incómodos con esa idea.

De camino a la hamburguesería, un coche se detuvo al verlos. Un Audi A3 rosa frenó al verlos, era Almudena. Ella seguía rebotada por su encuentro y por no haberse salido con la suya reconquistando a David. Aparcó el coche y les siguió, ni lo pensó, actuó.

Mateo y Susana se sentaron en una mesa y David fue a pedir la comida. El niño le contaba cosas sobre el colegio y sus amigos cuando Almudena se plantó frente a ellos. El niño se estremeció, le daba miedo, nunca le trató bien. Se percató de su reacción y no le gustó.

—¡Vaya, qué casualidad! ¿Vienes a comer aquí? —le preguntó con ironía—. Nunca me imaginé que comieras algo de lo que venden aquí.

—Te sorprendería mucho lo que como —le sonrió con falsedad.

—¿En serio? —hizo un mueca de sorpresa y sarcasmo.

—Sí, si quieres te puedo recomendar algo de aquí, aunque con tu sobrepeso yo no comería nada, más bien me pondría a dieta.

Aquello era la guerra y ninguna iba a ceder.

—¿Sobrepeso? —repitió el mismo gesto—. Creo que David no piensa lo mismo, al menos no se queja cuando estoy en su cama desnuda.

—Algunos se conforman con cualquier cosa.

—Eso lo dices por ti, ¿verdad?

Almudena no se esperaba aquello, Susana era dura de pelar, no era ninguna boba.

David llegó con la comida lo más rápido que pudo al verla, pero Susana le hizo una señal para que no se metiera en aquella conversación.

—¡Qué graciosa! Lo decía por ti, querida —su tono de voz era déspota—. Como David la tiene así de pequeñita... —hizo el gesto con su mano.

—Habla por ti, querida. —Susana no iba a dejar las cosas así—. Al menos a mí me deja sin aliento cada noche —recalcó la última parte.

—Dale tiempo y verás que no tiene nada de original.

—¿En serio? No sé de qué David hablas, porque esta mañana en la ducha... ¡uf!... y el otro día en la oficina... es recordarlo y me pongo colorada —ella fingió y mintió.

—¡Vaya...! —se quedó sin argumentos.

—Si no te importa, nosotros vamos a comer. Te invitaría, pero dudo que disfrutes de la comida, viendo cómo David y yo... bueno, ya sabes, ¿no? —le indicó.

Almudena tenía que reconocer que Susana no era cualquier mujer. Era lista y sabía defenderse. Eso la puso de peor humor porque todo le había salido mal, así que salió de la hamburguesería maldiciendo.

Susana se sintió victoriosa, Mateo la miraba con admiración. Había conseguido echar a la bruja rubia, a David le pasaba algo parecido. Aquellos dos hombres estaban encantados de estar con ella.

El domingo volvió Mateo a estar con ellos. Cada minuto que pasaban juntos, mejor se lo pasaban, parecían una familia feliz.

El fin de semana era la fecha tope de Susana para seguir en la cama de David, pero Mateo sirvió de excusa para quedarse en su dormitorio. En el fondo, no quería dormir sola, había sido una semana estupenda durmiendo toda la noche abrazada a él sin la obligación de quitarse las bragas, eso era sensacional.

El lunes, Carolina llamó a su despacho a Susana, se esperaba lo peor. No le apetecía bajar a Recursos Humanos y tener que aguantar su mirada asesina, sentía vergüenza de su terrible error.

Bajó en el ascensor temblándole las rodillas. Al llegar a Recursos Humanos, tuvo que esperar a que la pudiera atender, un tiempo que aprovechó Clara para comprobar la versión contada por Eva. El interrogatorio fue tan sutil como ella, es decir, inexistente.

—No me puedo creer que seas amiga del jefecillo, nunca has dicho nada.

—Digamos que se enfrió nuestra amistad por su novia.

—¡Vaya! Esto es genial para ti, ahora tienes el futuro garantizado.

—Que esté con David no significa que vaya a dejar mi trabajo. Yo no soy esa clase de mujer.

—Susana, no digas eso. No seas boba. La familia de David está forrada, aprovecha. ¡Ojalá encontrara un tío así! —era sincera.

—Por favor.

—Sí, Susana, piénsalo bien. Es una oportunidad de oro para garantizarte un sueldo de por vida, solamente tienes que quedarte embarazada de un varón.

—Clara —le reclamó escandalizada—, yo no soy así.

—No seas boba, perforas un par de preservativos y listo, pero acuérdate de calcular tus días más fértiles para asegurar el bombo.

—Estoy tomando anticonceptivos y no pienso dejar de hacerlo. —De esa forma, acabó con la conversación.

Carolina la recibió en su despacho cerrando la puerta. Susana tomó asiento, ya que sentía que los nervios la iban a matar. Clavó su mirada en el escritorio y allí se quedó hasta que se viera obligada a levantar la vista.

—Quería hablar personalmente contigo —carraspeó—, sé que le contaste todo a Guillermo. Creí que quedó claro el otro día que me gusta separar mi vida privada de mi vida profesional, así que me sorprendió mucho que tardaras tan poco en ir a llevarle el chisme. —Esperaba una Carolina enfadada, pero no, estaba muy tranquila.

—Yo... —se le atragantaban las palabras.

—¿Podrías mirarme a la cara, por favor?

—Discúlpame, pero yo pensé... —La interrumpió.

—Susana —le reclamó y esta se vio obligada a levantar la vista—, gracias. Pensé que debía callar el problema de mi marido y me estaba volviendo loca con sus horarios y mis horarios. Ahora sé que contarle no es malo y que la empresa puede darme el tiempo que necesito para mi familia. Gracias —suspiró.

—Yo creí que debía hacerlo.

—Hiciste bien, pero no quiero que todos estén hablando de esto.

—No te preocupes, solamente he hablado de esto con don Guillermo, ni David lo sabe. —Se extrañó al oír su confesión.

—Hay algo que me pregunto, ¿creíste que fui yo quien le dio tus datos a Verónica? ¿Por qué?

—Parecía lo más coherente en ese momento. Ahora no entiendo nada y no sé...

—Mira, no sé por qué Verónica tendría tus datos personales, pero te aseguro

que ella no es una irresponsable. Seguro que no hará un uso fraudulento de ellos.

—¡Ya! —dijo sin saber qué decir.

Susana se fue del despacho con una sonrisa, las cosas entre ellas parecían menos tensas. Haberlo contado había sido lo correcto y eso le había proporcionado una subida de energía. Su humor mejoró y David lo notó, siendo contagioso.

Sobre las cuatro, Mar se fue algo apurada. Le dijo que al día siguiente le contaría. Al poco rato, don Guillermo también se fue. Dirección parecía un desierto, no había gente y aquel silencio la mataba. Le ponía nerviosa y le daba muy mal rollo.

En aquella planta solamente quedaban ellos. Cuando cayó en la cuenta de que estaban solos, una idea se apoderó de ella, algo maliciosa. Se fue al cajón y allí estaba la llave. La cogió y se quedó mirando para todos lados. No había nadie en la planta, por lo que podía usarla sin problemas. Además, David había sido un caballero durante ese tiempo y ahora le tocaba a ella darle una recompensa. Solo de pensarlo su cuerpo se erizaba de placer.

Susana ocultó la llave en su escote desabrochando un botón para dar una mejor visión. Entró en el despacho con una media sonrisa sintiéndose una chica mala. Cerró la puerta y esperó a que levantara la vista.

—¿Sí? —era la señal, él la miró.

—Señor León, ¿sabe qué tengo aquí? —señaló su escote y él la miró desconcertado—. Esto. —Sacó la llave.

—¿Una llave?

—Sí —sonrió con malicia—. Pero no cualquier llave, es la llave.

—Susana, no sé a qué estás jugando, pero... —Ella lo mandó a callar.

—¡Shhh! Más vale que no digas nada. —Él empezaba a asustarse, ella se comportaba de forma extraña—. Esta llave me la dio tu madre, hubo un tiempo que la usó con tu padre.

—No entiendo.

—Esta llave corresponde a esta cerradura —colocó la llave en la cerradura y la giró—. Ella la usaba cuando quería algo de intimidad con tu padre y, por lo que me dijo... —se iba acercando lentamente—, me temo que tus padres se lo pasaban muy bien aquí.

—¿Estás diciendo que... mis padres...? —Ella asintió con la cabeza, ya

estaba a su lado—. Susana, ¿por qué me cuentas esto?

—Porque pensé emular a tus padres ahora mismo.

—¿Estás diciendo...? —tragó con fuerza—. ¿Hacerlo aquí? —sus ojos se expandieron ante la expectativa.

—Sí, tu padre y Mar ya se han ido. Estamos solos, muy solos —aclaró acercándose mucho a su cara.

Él no se pudo resistir más y la besó. Sin apartar los labios de los suyos se puso de pie para rodearla con sus brazos. Sus manos no tardaron mucho tiempo en bajar de su cintura y capturar su culo.

Sus besos eran muy intensos, se le veía desesperado por estar con ella. Eso le gustó, pues se sintió tremendamente deseada. Susana consiguió liberar sus labios levantando la cabeza, pero David no se detuvo, y posó sus labios en su cuello estirado.

—Señor León, pare. —David se detuvo esperando lo peor.

—¿Voy muy rápido?

—No, usted siempre va al ritmo adecuado. —Susana empezó representando el papel de secretaria sumisa y le divertía hacerlo, por lo que quería seguir con eso—. Es que yo esperaba poder demostrarle lo buena secretaria que soy.

—¿Eh? —La miraba sin entender nada.

—Déjese llevar, señor León —le susurró en el oído.

Las manos de Susana volaron hasta su pantalón y se deshicieron de él, que cayó al suelo por el peso del cinto. Lo observaba todo muy expectante. Ella colocó su mano sobre los calzoncillos y acarició la zona, mientras le besaba el cuello. Él cerró los ojos disfrutando de la sensación que recorría su cuerpo.

Una vez que estuvo satisfecha, le bajó los calzoncillos. Su pene estaba erecto, preparado para ella. Le obligó a sentarse en su silla, luego se arrodilló delante de él, le agarró su pene con una mano y lo acarició lentamente. David gimió y ella sonrió, su trabajo daba sus frutos.

—Señor León, ¿le gusta cómo hago mi trabajo? —Él asintió nerviosamente—. ¿Le importa que —pasó su lengua por sus dientes y sus ojos se abrieron— ponga mi boquita aquí? —señaló su pene.

—No —dijo con un hilo de voz.

Ella primero utilizó su lengua y luego lo introdujo en su boca. Él gemía y eso excitaba a Susana. Tenía su boca ocupada haciéndole un trabajito, al tiempo que él suspiraba y se dejaba llevar por la excitación. No era el único.

La mano libre de Susana fue hasta su entrepierna para aliviar el picor que sentía por la excitación que le producía tener el pene en su boca.

David estaba a punto de estallar, avisó a Susana para que se apartara, pero esta succionó más fuerte y él se dejó ir. Se sintió victoriosa y él fascinado. Su respiración era acelerada e intentaba recuperar el aliento. Ella se levantó y fue al baño a limpiarse y a enjuagarse la boca.

—Señor León, ¿le gusta mi forma de trabajar? —preguntó saliendo del baño.

—Susana, eres la mejor secretaria que he tenido. —Ella sonrió llegando hasta su altura—. ¿Cómo lo hacemos ahora?

—¿Qué?

—¿Prefieres que te haga lo mismo? O, si esperas unos minutos, podemos pasarlo bien los dos, yo prefiero lo segundo.

—Señor León, es usted un chico malo.

Él la atrapó con una mano, tiró de ella y la abrazó para tocarle el culo. —Ahora mismo solo puedo pensar en desnudarte.

Ella le quitó las manos de su culo y se apartó. Se quitó la falda, dejándola caer al suelo, para luego recogerla y colocarla sobre una silla. Hizo lo mismo con la camisa al quitársela, quedando en ropa interior.

Las manos de él fueron corriendo a quitarse la corbata y la ropa que llevaba puesta en la parte superior. Al mismo tiempo, sus pies hicieron lo mismo con su pantalón y sus calzoncillos enrollados en sus tobillos. Susana solamente le permitió deshacerse de la ropa en sus tobillos, de la parte superior quería encargarse ella personalmente.

—Yo le he demostrado, señor León, ser una buena secretaria. Ahora le toca a usted demostrarme ser un buen jefe. —Él no entendía nada.

—Susana, no te sigo.

—Tranquilo, ahora lo entenderás todo.

Susana le quitó la corbata y le desabrochó la camisa, acariciando su pecho. Lo tenía todo planeado y se iba excitando a cada paso que daba. Le encantaba jugar y controlar, y estaba haciendo las dos cosas.

—¿Tienes preservativos? —Sacó uno de su cartera, dándoselo—. Ahora, con la corbata, voy a atarte las manos a la espalda —mientras hablaba lo iba haciendo. Se aseguró de tenerlas bien atadas— y luego tú tendrás que convencerme para que quiera usar esto —le mostró el preservativo.

Se aseguró de que el nudo fuera fuerte y, apartando todas las sillas de la mesa libre, se tendió sobre ella. Era sencillo, David debía excitarla para que ella quisiera tener sexo con él. Eso no le costaría mucho, porque estaba empezando a sentir la humedad de su sexo, notaba que su cuerpo le pedía a gritos su pene.

Él no perdió el tiempo y se fue directamente a su sexo. Todo el juego de Susana le había puesto a tono y notaba que su cuerpo reclamaba el de ella. Su pene comenzaba a mostrarse, era un chivato.

Al primer roce de su lengua, ella gimió. Su espalda se arqueó, eso no lo detuvo para seguir insistiendo en la zona. Ella lo estaba disfrutando a pesar de que existiera la barrera de sus braguitas.

Sus manos intentaban liberarse, pero el nudo era fuerte. Él quería tocarla y poder acariciarla, poder excitarla más. Sin embargo, solo tenía su boca para ello. Se apartó de su sexo y, rodeando la mesa, se fue a su pecho. Con la boca bajó el tirante a un lado y, con sus dientes, apartó la copa. Era complicado. Ella lo observaba, podía ayudarlo, pero disfrutaba con todo aquello. Como no podía, metió la lengua entre la copa y el pecho y lamió hasta donde pudo, ella gimió.

Susana tuvo suficiente juego con aquello, le apartó y se puso en pie. Cogió el condón y se lo puso. Él sonreía, había logrado su objetivo. Ella le mandó a sentarse en la silla más cercana, colocando el respaldo de la silla entre sus brazos y su espalda. Se estaba divirtiendo con él atado y no pensaba soltarle. Se quitó las bragas y se sentó lentamente a horcajadas.

Él le pidió que se quitara el sujetador, así que aprovechó la primera vez que arqueó un poco su espalda para lanzarse sobre sus pechos desnudos. Sabían tan bien y los extrañaba tanto que no se iba a contener. Ella se retorció de placer mientras cabalgaba sobre él. La excitación llegó a un punto en el que el orgasmo fue increíble.

Ella lo desató cuando recuperó el aliento. Ambos tenían las respiraciones aceleradas y estaban sudando. En cuanto tuvo sus manos libres, la abrazó y la apretó contra su pecho. Aquella mujer era maravillosa. Él jamás había disfrutado tanto con el sexo.

Con la sensación del orgasmo en el cuerpo, pero más recuperados, empezaron a vestirse. David no se colocó la corbata y se despeinó a petición de ella. Para trabajar se engominaba el pelo, pero a ella le gustaba verlo con

el pelo revuelto, eso le daba un aire más juvenil.

Había una idea que le estaba rondando la cabeza y necesitaba conocer su opinión. No había encontrado el momento para hablar del tema, pero nunca iba a ser el adecuado.

—Susana, ¿puedo preguntarte una cosa? —Temía su reacción.

—Sí, dime —le indicó poniéndose la falda.

—¿Tú has fingido alguna vez con un hombre?

—¿Perdona? —Ella sonrió, no se esperaba esa pregunta—. ¿A qué viene esto?

—Es que después de estar contigo y ver cómo reacciona tu cuerpo, estoy casi seguro de que yo no era capaz de hacerle lo mismo a Almudena, tengo la corazonada de que ella no disfrutaba.

—Mira, David, después de tratar con esa arpía, me creo cualquier cosa. Es la clase de mujer que fingiría por conseguir algo, estoy segura. De todas formas, yo no soy así. Si alguna vez yo no llego, te lo diré. Además, eso se sabe, se nota.

—¿Tú crees?

—Estoy convencida. —Él estaba pensativo—. David, no te comas la cabeza por eso. El sexo es cuestión de conectar y quizás tú y ella no conectasteis. Así que no te obsesiones, a veces pasa. Ni es culpa tuya, ni de ella. —Realmente creía que era culpa de ella, pues tenía pinta de ser frígida.

—Prométeme algo, nunca... —Ella lo silenció con un beso.

—No es necesario que te lo prometa, porque no pienso mentirte en esto y en nada. Yo no soy de esas.

—Gracias.

—Señor León, no tiene por qué darlas —dijo guiñándole un ojo.

CAPÍTULO 18



Al día siguiente, Susana llegó, como todos los días, a la oficina con David. Se daban la mano o se hacían un gesto cariñoso cuando había gente delante para que fuera creíble su relación. A él le salía muy natural, pero ella se solía sentir algo incómoda fingiendo delante de sus compañeros de trabajo.

Cuando salieron del ascensor para entrar en Subdirección, la mesa de Susana tenía una decoración diferente. Había dos grandes globos felicitando su cumpleaños, una gran tarjeta de felicitación, confeti por toda la mesa y una bolsa con algunos regalos. Sonrió, se habían acordado de su cumpleaños.

Enseguida supo quién era la culpable, Eva.

—¿¡Hoy es tu cumpleaños!?! —David no lo sabía y se sentía muy culpable por no saberlo. No le había comprado nada.

—Sí.

—Hoy, 23 de junio, es tu cumpleaños —chilló diciendo lo elemental.

—¡Que sí, David! —Se quiso enfadar por tener que repetirle algo muy obvio.

—¡Muchas felicidades! —La agarró por la cintura impidiendo disfrutar de la decoración de su mesa.

La giró y la besó, metiendo la lengua en su boca. Ella se quedó descolocada, aunque no le duró mucho.

—Gracias —dijo con la respiración acelerada.

David la soltó y se metió directamente en su despacho. No podía seguir viendo cómo todos sabían que era su cumpleaños y él no.

Mar se acercó en cuanto desapareció David y la abrazó para felicitarle. Don Guillermo también se acercó al ver la nueva decoración de la mesa y la felicitó con un beso y un abrazo. Le pareció lo correcto siendo su nuera. Ella se vio sorprendida, pues no se lo esperaba.

Eva no tardó en aparecer para felicitarla personalmente y comprobar qué le había parecido la sorpresa. Susana estaba encantada. Había sido un bonito detalle y no se podía creer que tanta gente hubiera participado en su regalo. La tarjeta tenía muchos nombres que no tardó en reconocer.

David no podía pensar en otra cosa que no fuera su cumpleaños, daba vueltas en su despacho sin poder centrarse en nada. Sentía que tenía la obligación de ir a comprarle algo, pero no sabía el qué. Hasta que recordó el anillo de Almudena, aún lo conservaba en su cajón.

Cogió la cajita que lo guardaba y la abrió, dentro seguía el anillo, el que ella había elegido. No podía dárselo, ella se merecía uno propio. Además, era muy exagerado para Susana. Era otro tipo de mujer diferente a Almudena.

Definitivamente, no podía entregárselo. Lo dejó en la cajita, cerrándola, y se la metió en el bolsillo. Revisó que tenía el móvil y la cartera y salió de la oficina, diciéndole a su secretaria que no tardaría en regresar. Ella ni le preguntó, estaba más atenta a los mensajes de felicitación que iba recibiendo en su móvil, haciéndolo de forma disimulada para que no la pillaran.

David caminó muy rápido a la joyería. Rebuscó entre las dependientas hasta localizar la que le vendió el anillo. Se acordaba de él, no podía olvidarse del hijo de don Guillermo León, y también recordaba toda la historia.

La dependienta lo recogió para valorar el estado del mismo para su devolución. Siendo quién era no podía negarse a la misma, a pesar de que había expirado el tiempo. El anillo estaba en perfecto estado, de lo que sustrajo que jamás había salido de la cajita, sobre todo, sabiendo la ruptura de ambos por las revistas.

Mientras revisaba el anillo, David se puso a buscar algo que regalar a Susana. Todo lo que veía era demasiado ostentoso, hasta que se topó con unas dormilonas con un rubí. La piedra era roja. Eran ideales, había encontrado el regalo.

Cuando la dependienta regresó con los papeles para la devolución, le pidió los pendientes. En su mano eran aún más perfectos, así que pensaba llevárselos. El importe de la devolución era muy superior a los pendientes, por lo que la dependienta le mostró un anillo de la misma colección, con la misma piedra y la misma forma. Esta realizó un cálculo mental y superaba el importe a la devolución.

David dudaba en llevarse las dos cosas, no sabía si sería apropiado para

regalar por un cumpleaños. Sin embargo, la dependienta, que quería vender, le convenció para que se llevara ambas joyas. Él le pidió que se lo envolviera por separado, por si decidía no darle el anillo.

Se sentía muy conforme con su compra, llevaba el anillo en el bolsillo derecho del pantalón y los pendientes en el bolsillo de la chaqueta. Al salir del ascensor, se encontró a Susana con el móvil en la mano. Sonreía, estaba preciosa. No pudo resistirse y le entregó la cajita de su chaqueta. Ella lo recogió y se temió lo peor.

Susana tenía sus reservas para abrir aquella cajita de joyería, sobre todo porque no sabía lo que podía encontrarse en ella. Sonrió prudentemente y la abrió, hallando dos preciosas dormilonas con un rubí. La piedra era roja, como su color favorito. No se lo podía creer, su cara se iluminó y le dio las gracias por su regalo.

Se sentía orgulloso de sí mismo, había acertado y quería que se los pusiera. Él se encargó de ponérselos. Entre la felicidad y el roce de su piel, ella estaba sintiendo descargas eléctricas en su cuerpo, lo mismo le pasaba a él. Se miraron a los ojos, pero el beso que ambos deseaban no llegó.

El ambiente entre ambos se tensó, se podía cortar con un cuchillo la tensión sexual, la atracción era mutua. La conexión que se produjo entre sus miradas les hizo sentir un escalofrío. Sus cuerpos se reclamaban, aunque ellos no fueran del todo conscientes.

Con un nudo en la garganta, David se fue a su despacho. No entendía qué había pasado. Se sentía inquieto y no podía parar ni un segundo. Caminaba para rebajar la adrenalina que fluía por su organismo. A Susana le pasaba algo parecido, sentía el cuerpo cortado y una terrible ansiedad. Tampoco comprendía qué le pasaba, pero supuso que se debía al regalo.

David sentía que la cajita de la joyería le quemaba en el bolsillo. Sin pensarlo, se fue a la puerta, la abrió y la llamó. Ella se levantó y fue al interior del despacho. Estaba de pie entre su escritorio y la otra mesa, mirándola. Entró un poco más y se colocó delante de él, entonces sacó la otra cajita y se la dio.

Susana sonrió incómodamente. Era otro regalo y de la misma joyería. Se puso muy nerviosa al abrirla. Al ver lo que contenía, sus peores temores se hicieron realidad. Era un anillo con un rubí. Aquello era demasiado. Se suponía que su noviazgo era una farsa y él le había regalado un anillo. Sus

nervios se transformaron en cabreo, era un inconsciente.

—¿Un anillo? ¿En serio? —En su afán de demostrarle su disgusto, agitó muy fuerte la cajita y el anillo cayó al suelo.

—Es igual a los pendientes —le dijo inocentemente.

—Por favor, es un anillo —le chilló.

Él no esperaba esa reacción y se frustró. Se agachó para recogerlo. Al principio no lo vio, así que colocó ambas rodillas en el suelo para buscarlo mejor. Lo encontró muy cerca de él, al lado de la pata de una silla. Lo recogió y, con dos dedos, se lo fue a entregar a Susana, disgustado por su reacción.

—¿Lo quieres, sí o no? —le preguntó aún de rodillas.

—David —le reclamó.

Se sentía fatal, estaba muy enfadada. Aquello había resultado una mala idea, así que empezó a levantarse del suelo, doblando una rodilla para apoyarse en ella.

—¡No me lo puedo creer!

Un grito desde la puerta los alertó a ambos. Se giraron para mirar, aún él de rodillas, descubriendo a Alfonsina en la puerta con las manos en la cara.

Susana no se lo podía creer, aquello era lo peor que podía pasarle. Volvió la vista a David y él seguía de rodillas con el anillo en la mano, dirigido hacia ella. Susana cerró los ojos y suplicó para que no fuera verdad lo que le estaba pasando, pero al abrirlos todo seguía igual.

Él estaba en su propio mundo, no comprendía la reacción de su madre al verles y menos que estuviera tan feliz.

—Yo quería daros una sorpresa, pero creo que la sorpresa nos la vais a dar a nosotras.

—¿Nosotras? —preguntó Susana mirando a Alfonsina y después a David, que se encogió de hombros.

Alfonsina salió del despacho un segundo para arrastrar consigo a otra mujer, una mujer que Susana conocía a la perfección, su madre. Al igual que Alfonsina, Petra reaccionó del mismo modo. La ilusión y la felicidad la embargaron, pues jamás pensaron estar presentes en la petición de mano de sus hijos.

—¿Mamá? —a Susana se le quebró la voz.

—¿Mamá? —repitió desconcertado David.

—Luego las presentaciones, primero terminad vosotros.

—¿Qué dices, mamá? —preguntó David.

Seguía sin entender lo que le pasaba a su madre y a su amiga. Susana era más consciente y estaba dividida entre decir la verdad o contar una mentira. Se giró para volver a mirar a aquellas dos mujeres. La cara de su madre era de felicidad máxima, no podía romperle el corazón sabiendo la ilusión que le hacía todo aquello. Así que cogió el anillo y se lo colocó en el dedo.

Agarró la cara de David y le besó en los labios, ayudándole a incorporarse. Cuando estuvo de pie, le abrazó y le explicó entre susurros. Sus ojos se abrieron, incapaces de creerse el lío en el que se había metido.

Petra fue corriendo hacia su hija y Alfonsina hacia su hijo, luego se intercambiaron. La emoción de ambas contrastaba con la cara de circunstancia que tenían ambos. Al menos Susana sonreía y disimulaba, pero David tragaba en seco como un poseso cada vez que le felicitaban.

—¡Qué alegría más grande! Aún no me lo puedo creer... —Los ojos de Alfonsina brillaban de ilusión y su boca era una sonrisa constante—. Y pensar que nosotras veníamos a darle una sorpresa a Susana. ¡Vaya sorpresa! ¿Verdad, Petra?

—Cariño, me alegro un montón, no me puedo creer que mi niña se vaya a casar —rompió a llorar de su euforia.

—Mamá, por favor, no llores —se le partía el alma al ver la emoción de su madre por aquella gran mentira.

—¡Ay, no le hagas caso a tu vieja madre!

—Mamá —le reclamó.

—¡A ver, quiero ver ese anillo! —Cogió la mano de Susana y se quedó espantada con el anillo, aquello era una porquería, se merecía algo mejor—. Pero, David, ¿le has comprado esto a Susana? —le regañó severamente.

—A mí me gusta, es el compañero de los pendientes que me regaló esta mañana —Le mostró una oreja.

—Son rojos, tu color —Petra aclaró—. A Susi le encanta el rojo.

—Sigo pensando que mi hijo se pudo estirar un poquito más —seguía enfurruñada.

—Alfonsina —agregó Susana—, el anillo no importa, sino...

—Tienes razón, Susi —su madre no la dejó acabar—, lo importante es que los chicos quieren formalizar lo suyo, dejar de vivir en pecado y casarse.

—No te olvides de los nietos —añadió con una enorme sonrisa de

complicidad con su amiga.

—Un momento —David hiperventilaba—, necesito sentarme.

—David, ¿estás bien? —le gritó su madre. Él asintió sentándose, aflojándose la corbata y desabrochándose los primeros botones de la camisa.

—Alfonsina, creo que has asustado a tu hijo con los nietos. —Ambas rieron, pero ellos no le vieron la gracia.

Susana le entregó la botella de agua a David para que se calmara. Ella estaba más o menos como él, ambos estaban desconcertados con la alegría de sus madres. Si ser novios suponía un problema, el estar comprometidos lo hacía un problemón. Así que todo se complicaba muchísimo más, de forma que ninguno sabía cómo salir de todo este jaleo sin tener que hacer daño a sus madres ni tener que contar la verdad.

En medio de la euforia, Alfonsina se acordó de su marido, por lo que salió disparada a su despacho. Ni le preguntó a Mar si podía pasar. Su alegría no tenía contención ni educación. Entró como una locomotora, gritando.

—Guillermo, los chicos... los chicos se casan.

—¿Qué?

—David le ha pedido matrimonio a Susana y ella ha aceptado. ¿A que es maravilloso?

—Este niño es gilipollas.

Don Guillermo no veía las cosas como su mujer, consideraba que llevaban muy poco tiempo juntos para dar ese paso, lo veía una locura.

Mar estaba fuera oyéndolo todo y se quedó pálida. Al igual que su jefe, la noticia le había pillado por sorpresa y no se podía creer que ambos fueran tan imprudentes de casarse tan rápido.

—Más te vale comportarte —le regañó su mujer.

—Se conocen del otro día y le pide matrimonio, lo más suave que se me ocurre ahora mismo es gilipollas, te lo puedo asegurar.

—Guillermo León, a mí solamente me hizo falta una hora para darme cuenta de que eras el hombre de mi vida y el padre de mis hijos. Así que si no tienes nada bueno que decir, quédate aquí con tu adorada empresa. Yo voy a celebrarlo con mi hijo —se indignó.

—Venga, no te enfades, es que...

—Nada... Es tu hijo y nuestro deber como padres es apoyarle, aunque se equivoque.

—Vale —suspiró.

Don Guillermo salió detrás de su mujer, enmascarando su desagrado. En realidad, lo hacía por evitar un problema con ella. Alfonsina era una mujer fuerte y con un carácter peor que el de él, así que era preferible poner buena cara y esperar a ver qué iba pasando.

Don Guillermo irrumpió en el despacho de su hijo y este se puso en pie. Sonrió a aquellas dos caras espantadas delante de él. No parecía una pareja enamorada, sino dos presos a punto de ser fusilados. David no creía que la noticia a su padre le sentara tan bien como a su madre.

—Tu madre me ha dicho que le has pedido matrimonio a Susana.

—¡Eh... sí! —afirmó no muy convencido—, le di un anillo, míralo — levantó la mano de ella.

—¿Tengo que felicitarte o darte el pésame?

—Guillermo —le regañó su mujer dándole un golpe en la espalda.

—Es que tiene una cara que parece alguien sentenciado a muerte.

—Eso es culpa nuestra —añadió Petra sonriendo—, Alfonsina y yo nos pusimos a fantasear con nietos y el pobre se puso pálido.

—No sé... no sé —suspiró intentando sacar sus propias conclusiones.

—Don Guillermo —saltó Susana—, estamos contentos, pero algo abrumados con la felicidad de nuestras madres. Yo creo que hablo por los dos —Susana miró a David y él asintió—, vemos esto como algo a largo plazo, y si ellas pudieran nos casaban mañana mismo.

—¿Largo plazo? —chillaron las dos.

—Creo que os habéis metido en un buen lío, dudo mucho que podáis alargar esto más de un año —rio.

—¿Un año? Lo máximo, seis meses —aclaró Alfonsina con el consentimiento de Petra.

—¿Seis meses? —David se agobiaba y su tono de voz era muy agudo.

—Claro, David, en seis meses se puede preparar una boda perfectamente.

—Un momento, un momento —gritó Susana levantando la voz—. Creo que en todo este asunto yo tendré que decir algo, se supone que soy la novia, ¿no?

—Claro, cariño —le indicó su madre.

—Pues nada de seis meses, la fecha la pondremos él y yo, ¿me habéis oído? —Susana sacó su carácter, no podía permitir que aquellas dos mujeres siguieran organizándole la boda.

—Cariño... —Susana no dejó continuar a su madre.

—No pienso discutir al respecto, así que si os vais todos... quiero hablar con David.

—Dirás con tu prometido —aclaró Alfonsina guiñándole un ojo a Petra.

Cuando estuvo a solas, quiso darse cabezazos contra algo muy duro. Su cabeza iba a estallar. No podía creerse que en menos de un segundo todo se complicara tanto. Aquello era una horrible pesadilla. Ahora sí que estaba en problemas, en serios problemas. Su madre y Alfonsina estaban tan ilusionadas que no habría quien las parara. Eso era un hecho.

David se desplomó en la silla. Jamás pensó que regalar un anillo fuera tan peligroso. Ahora estaba comprometido y su madre estaba organizándole la boda. Le gustaba Susana, pero casarse eran palabras mayores. ¿Y tener niños? Estaba repasando cada parte de ese embrollo, buscando una explicación coherente, pero no la había.

Alfonsina y Petra comentaban lo sucedido, para ellas había sido muy romántico. Se sentían felices y encantadas, en cambio, don Guillermo no lo veía así. No sabía lo que había pasado, pero temía que tanto Susana como David no estuvieran preparados para casarse.

Ellos se miraban callados, los ojos de cada uno expresaban al otro sus miedos. Ninguno se podía explicar lo que había pasado y cómo o cuándo se habían complicado tanto las cosas.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó David.

—Ni idea.

—¡Esto es de locos! Yo solo quería hacerte un regalo de cumpleaños, no pedirte matrimonio —dijo para sí mismo.

—¿Y qué querías que hiciera? Nunca vi a mi madre así, estaba tan feliz que...

—Susana, no quería decir que tuvieras la culpa, yo...

—Lo sé, David. Pero es que, en ese momento... yo... las vi tan felices a las dos... que... no pude ser sincera —cerró los ojos resignándose.

—Yo hubiera hecho lo mismo, no te culpes. La cosa es que ahora no creo que podamos detener todo esto.

—Debemos —Susana pensaba y hablaba sin meditar— conseguir tiempo, tiempo para buscar un buen motivo para romper, algo que ni ellas puedan discutirlo.

—Conociendo a mi madre, tiene que ser un buen motivo.

—Tenemos que estar alerta y hacerles creer que somos una pareja, y cuando surja el momento, romper.

—¿Tú crees que funcione?

—¡David, por favor! —gritó alterada—, no lo sé, pero lo tenemos que intentar.

—De acuerdo, estoy contigo en esto —dijo con miedo.

Un golpeteo en la puerta hizo sobresaltarse a ambos. Después de esperar unos segundos, se abrió la puerta. Era Alfonsina informando de una cena esa noche para celebrar el cumpleaños de Susana y el compromiso de los dos. Les sonrió y ellos le devolvieron una falsa sonrisa. Luego se cerró la puerta y pudieron respirar, pues sin darse cuenta se habían olvidado.

Sin más que añadir a todo esto, Susana regresó al trabajo, pero su madre la esperaba sentada en su silla. Con una enorme sonrisa, saltó de la silla y la abrazó. La había echado mucho de menos y necesitaba demostrárselo. Ella se sentía asfixiada por su madre, a su forma de ver, era demasiado cariñosa.

Cuando su madre estuvo conforme con su abrazo, le pidió ir a tomar algo. Susana la llevó a la cafetería de Jorge y pidieron dos cafés. Antes de que su madre comenzara el interrogatorio, ella la puso al corriente de su vida. Le contó algunos detalles de su convivencia con David y sobre el día a día en la oficina. Su madre sonreía feliz con cada dato, dándose cuenta de que era el hombre adecuado para su niña.

—Mamá, necesito que me expliques algo. Alfonsina dice que David y yo jugábamos de pequeños, pero yo no recuerdo nada. No me acordaba ni de Alfonsina, y eso que dice que es tu mejor amiga.

—Cariño, a Alfonsina le debo lo mejor de mi vida, tú.

—Mamá, no te entiendo.

—Susi, Alfonsina y yo nos criamos juntas en el mismo barrio. Éramos muy amigas desde niñas, somos como hermanas. Cuando teníamos dieciséis años, más o menos, Alfonsina tuvo que ponerse a trabajar, su familia lo estaba pasando muy mal. Su padre enfermó y no podía trabajar, así que su tía, que trabajaba limpiando en las oficinas de la Empresa León, le consiguió un puesto para archivar o algo así. —Su madre no se acordaba muy bien—. Ahí conoció a Guillermo, ella se hizo la difícil al principio, pero estaba coladita por él —su madre sonrió al recordar—. Solíamos salir los cuatro porque yo

ya estaba con tu padre. Guillermo y tu padre se hicieron buenos amigos, ya que nosotras éramos inseparables. Ellos se casaron primero y enseguida ella se quedó embarazada. Nosotros tuvimos que esperar porque no teníamos dinero. —Su hija le acarició la mano, pues notó que se puso algo triste—. Después de casarnos, intenté quedarme embarazada, pero nada. Cada aborto era aún más doloroso. Lloré tanto hasta que ella me llevó a un médico muy caro. Ella lo pagó todo, no nos dejó correr con los gastos. Al final me quedé embarazada y, cuando naciste tú, fue el mejor momento de mi vida. Por eso le debo todo, le debo tener a mi pequeña.

—Mamá... —se emocionaron.

—Alfonsina y yo solíamos quedar con los niños para hablar, o simplemente vernos, por eso dice que David y tú jugabais juntos. Pasaste muchas tardes en su casa.

—Pero eso no explica por qué no me acuerdo.

—Cuando tenías cuatro años, más o menos, a Guillermo y a Alfonsina les iba muy bien. Tenían dinero, al contrario que nosotros. Tu padre lo pasaba mal viendo cómo Guillermo le daba a su mujer más de lo que necesitaba y él no podía. Así que terminamos distanciándonos. De vez en cuando hablábamos, pero la amistad se fue enfriando lentamente.

—Por eso no me acuerdo de David y sus hermanas.

—Eras muy pequeña Susana, es normal que no te acuerdes.

—Intento recordar, pero nada.

—Mira —Petra sacó una foto de su cartera. Era Susana sentada en las rodillas de una mujer joven que se parecía mucho a Alfonsina, al lado, un niño pequeño con cara de asustado, era David—, esta foto es de cuando tú tenías dos años, más o menos.

—Esta es Alfonsina, y el niño, David.

—¿Lo ves, Susana? Tú los conoces.

CAPÍTULO 19



A la hora de salir, se presentaron muy elegantemente vestidas. Alfonsina llevaba un vestido corto color café con una chaqueta mostaza. Iba maquillada y peinada de peluquería. Petra lucía un elegante vestido corto verde con mangas de tul. Llevaba su media melena recién cortada y peinada, todo ello combinado con un sutil maquillaje.

Susana se quedó impresionada al ver a su madre, estaba guapísima. Jamás la había visto tan bien. Ella se ruborizó y culpó a su amiga, pero en realidad estaba encantada. Hacía muchos años que no recibía una sesión completa en una peluquería.

Alfonsina se encargó de poner en marcha a todo el mundo. Se fue directa al despacho de su hijo y le ordenó que se pusiera la ropa que le había traído, lo mismo hizo con su marido. Luego, ella y Petra se encargaron de Susana en el despacho vacío de Subdirección.

Le colocaron un precioso vestido sin tirantes en champán y ribeteado en dorado. Le hicieron un moño bajo y la maquillaron. Estaba impresionante, parecía otra mujer con aquella ropa. Cuando salió, se encontró con tres hombres de esmoquin delante de ella.

Nada más ver a su padre se fue hacia sus brazos. Se emocionó manteniendo sus lágrimas controladas. Olía a tabaco, como siempre, y seguía igual. Alto, muy delgado, con el pelo canoso y muy corto. No podía evitarlo, cada vez que estaba entre sus brazos era como volver a la niñez.

Cuando David la vio se quedó pasmado. Estaba guapísima, no parecía la misma Susana. El moño bajo le recordó a su fin de semana en casa de Verónica. Su cuello desnudo era un afrodisiaco para él y esperaba poder controlarse toda la noche.

Alfonsina y Petra vieron cómo Susana abrazaba a su padre. Era tan adorable... Ninguna de las dos pudo evitar soltar una lágrima, en cambio, a don Guillermo

tanta sensiblería le daba sueño y no disimuló al bostezar.

Los seis salieron a cenar a un restaurante que eligió Alfonsina, esa noche ella llevaba la voz cantante. Ni su marido intentó arrebatársela, se mantuvo al margen. Prefería observar a la feliz pareja, porque seguía manteniendo sus reticencias respecto a ese matrimonio.

Llegaron al restaurante y tuvieron que esperar en la barra hasta que la mesa estuviera lista. Susana y David se sentían algo incómodos, todos los observaban. Eran el centro de atención y a ninguno le gustaba sentirse así.

Alfonsina les obligó a posar para una foto con su móvil. Petra también sacó su móvil. Ellos se colocaron uno al lado del otro. David se puso colorado y Susana se sentía incómoda. Les obligaron a ponerse en una postura más cariñosa. Él le puso la mano en la espalda y la miró, ella en ese momento se quedó enganchada a su mirada. Lentamente y sin darse cuenta, se olvidaron de dónde estaban y con quién estaban, besándose tiernamente. Cuando sintieron el flash, pegaron un brinco y se separaron avergonzados.

Para Alfonsina y Petra fue un momento hermoso y romántico. En cambio, tanto a Manuel como a don Guillermo les pareció extraña su conducta para dos personas enamoradas que están prometidas.

El camarero les llevó a la mesa y se sentaron por parejas. Susana estaba en medio de su novio y su padre, y David entre su madre y su prometida, y así respectivamente. Alfonsina y Petra se ponían al día de sus vidas y eso les dio un respiro para comer tranquilos. Lo mismo hicieron sus padres, que comenzaron con una conversación de política. Sin embargo, esa felicidad no duró mucho.

—Ahora que serás mi nuera me imagino que aceptarás mi propuesta —le dijo don Guillermo mirándola fijamente.

—¿Propuesta? —preguntó Alfonsina, Susana no se acordaba de eso.

—Le he propuesto ser parte del cuerpo directivo de la empresa, como Staff en Subdirección. Aún estoy esperando su respuesta.

—Eso es genial —chilló Alfonsina.

—No me habías dicho nada —comentó David sorprendido.

—No le di importancia, pensé que eran locuras de tu padre, que en un par de meses se olvidaría del tema.

—Yo no digo locuras, Susana.

No sabía dónde meterse, por un lado David molesto y por el otro, su padre.

Se sentía acorralada.

—¿Te molesta, David? —le preguntó su madre.

—No, para nada. Susana es muy competente, pero...

—Ya lo sé, debía contártelo —agregó Susana resignándose a la evidencia.

—¿Vas a aceptar?

—No lo sé... De todas formas aún tengo tiempo, no tengo que tomar ninguna decisión hasta que Carlota vuelva.

—Susana, no tienes mucho tiempo —le aclaró don Guillermo—, el marido de Carlota no está bien, los médicos no le dan buena salida. Creo que le han dado una semana de vida. —Se produjo un enorme silencio y los ojos de todos los que conocían a Carlota se llenaron de terror—. Supongo que en cuanto pase lo inevitable, ella querrá regresar. Me imagino que querrá recuperar lo que le queda de vida.

—Papá, ¿cómo lo sabes?

—Mar me ha estado informando. El viernes por lo visto sufrió una crisis y me pidió salir antes para estar con Carlota en el hospital.

—¡Dios mío! —exclamó Alfonsina, aunque era algo generalizado en el pensamiento de todos.

El silencio inundó la mesa y todos se sintieron raros, nadie quería hablar y se podía cortar con un cuchillo el ambiente.

El postre era una tarta con bengalas. Los camareros cantaron la canción de cumpleaños a Susana, pero eso no hizo cambiar el ambiente. Todos intentaron disimular, pero sus cabezas estaban al lado de Carlota y su marido. Sobre todo la de David, que no podía dejar de sentirse culpable por no estar un poco más atento a su antigua secretaria.

La pareja llegó a casa con la misma energía, ninguno quería hablar del tema, a pesar de que sus cabezas no paraban de dar vueltas al mismo asunto. Se colocaron el pijama y se acostaron. Inicialmente, cada uno tomó el extremo de la cama, pero luego la abrazó por la espalda. Necesitaba estar cerca de ella para aplacar la tristeza que sentía. Ella le agarró la mano que la envolvía y la apretó con fuerza contra su pecho.

A la mañana siguiente, el despertador sonó a la misma hora de siempre, pero David se quedó en la cama. No le apetecía levantarse a correr. Se quedó despierto, abrazando a Susana, que también se había despertado y se había quedado en la cama junto a él.

De repente, sonó el timbre y se miraron sorprendidos, ya que no esperaban a nadie. Él se levantó para averiguar de quién se trataba. Ella se quedó en la puerta del dormitorio, su curiosidad le impedía quedarse en la cama.

Al abrir la puerta, se tropezó con una mujer esbelta de unos treinta años con unos vaqueros rotos, una camiseta que dejaba ver el *piercing* del ombligo y una cazadora morada abierta. Su pelo castaño largo tenía algunas mechas de color rojizo, y estaba oculto tras una boina francesa. En el suelo había una bolsa de deporte y un *trolley* grande.

Los ojos de David se asustaron, conocía a aquella mujer y se temía lo peor. Ella se tiró a sus brazos para besarle en una mejilla de forma muy cariñosa. Susana se quedó pasmada ante el descaro de la mujer. Se quedó paralizada con la boca abierta y los brazos cruzados.

—Hola, guapo, ¿te alegras de verme?

—¿Qué haces aquí? —preguntó duramente.

—¿Sigues enfadado conmigo? —puso voz mimosa—. Pensaba que ahora que no estabas con la arpía rubia, quedaba todo olvidado.

—¿Qué haces aquí? —repitió la pregunta con suspiro incluido.

—Gatito, necesito un sitio donde quedarme hasta que papuchi vuelva a desbloquearme la tarjeta.

—¿Aquí? No —negó con voz alarmada.

—Pero, gatito, podemos pasarlo bien. —En eso Susana carraspeó y la mujer se fijó en ella, apartó a David y entró—. Pero mira —soltó una carcajada—, has cambiado a la arpía rubia por una morena. ¡Guay!

—Ella es Susana, ¿vale? —le indicó.

Valeria fue a acercarse, pero Susana tenía una actitud tan amenazadora que al final desistió, eso provocó la sonrisa maliciosa de ella.

—Esto promete, podemos hacer un trío y todo.

—¿Qué? —No se lo podía creer, mientras él se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Nunca has hecho un trío? Es muy excitante. —Valeria contoneaba sus caderas muy sensual—. Te lo aseguro —le guiñó un ojo a Susana.

—Valeria, por favor.

Cuando David dijo el nombre de Valeria, Susana se relajó, recordó que ese era el nombre de su hermana más rebelde.

—¿Eres la hermana de David?

—¡Mierda, me estaba divirtiendo! Sí, soy Valeria León. —Se viró hacia su hermano para suplicarle—. Por favor, David, no tengo dónde ir.

Él la miró y ella se encogió de hombros, no se quería meter.

—Te prometo que ni te enterarás, seré buena —sonrió de forma angelical.

—¿Por qué aquí? Vete a casa, seguro que a mamá no le importa.

—Gatito —se acercó a su hermano y le rodeó por los hombros—, sabes cómo es papá y no tengo ganas de oírle, por favor —le imploraba.

—Vale. —De la alegría le besó en la mejilla.

—Hola, soy Valeria. —Se fue directa a Susana para darle dos besos, estaba tan feliz que iba dando saltitos.

—Yo Susana. Te ayudo a llevar las cosas —le indicó sonriendo.

Susana acompañó a Valeria al otro dormitorio. Cuando vio la cama se tiró sobre ella. No se podía creer que dormiría en una cama, creyó que tendría que ocupar el sillón como en otras ocasiones.

A David no le gustaba tener a la loca de su hermana en la casa. Siempre traía problemas y no tenía ganas de más complicaciones. Así que se puso la ropa de deporte y empezó a correr en la cinta, necesitaba despejarse. En ese momento Valeria era una gran nube gris.

Susana la ayudó con sus cosas y enseguida entablaron conversación. Valeria aparentaba ser una loca despreocupada, pero se dio cuenta de que no era así. Era la imagen que proyectaba, aunque en realidad era alguien muy sensata que vivía al límite.

Valeria sentía curiosidad por su cuñada, por lo que no tardó en preguntar. Susana estaba harta de fingir y de mentiras, así que le contó la verdad, omitiendo el fin de semana en casa de Verónica. Empezó a partir de cuando sus padres los pillaron medio desnudos en el despacho. No se lo podía creer. Le contó la versión oficial que inventó su madre, es decir, todo. Algo le decía que era de confianza.

Al terminar, Susana quería conocer algo más de aquella mujer, aunque no le hizo falta preguntar mucho. Valeria era muy sincera, tanto si gustaba como si no.

—Mi nombre es Valeria León —habló solemnemente, aunque no le duró porque le hizo gracia—. Hablo inglés, alemán y francés. Soy la oveja descarriada de la familia. Antes éramos mi hermana y yo, pero ella se reformó. Creo que mi madre tiene la esperanza de que pase lo mismo conmigo.

Sin embargo, yo no soy así. No me va eso de casarme y tener niños. Prefiero ser la tía que consiente a sus sobrinos.

—¿Por qué has venido aquí? —Susana sentía curiosidad.

—Rompí con Pierre hace una semana y *papuchi* me cortó el crédito. Sinceramente, no tenía ganas de quedarme en París sin dinero, así que regresé. Es el *modus operandi* de mi padre, cuando quiere que me vaya me suelta dinero, cuando me corta el crédito es para que vuelva.

—¿Qué piensas hacer?

—Buscar trabajo, pero ni de broma en la empresa familiar. Algo muy lejos del apellido León —puso cara de asco.

—No es tan malo trabajar para tu padre.

—Eso lo dices porque no te han intentado amaestrar como a un perro —se rio y Susana no pudo evitar sonreír.

—Pues nada, bienvenida —pensaba dejarla para prepararse e ir a trabajar.

—Susana, me caes genial, parece que gatito ha elegido bien esta vez.

—¿Gatito? —sonrió.

—Nuestro apellido es León y mi hermana y yo, para reírnos de mi hermano, le decíamos gatito. El muy idiota lloriqueaba, desde entonces se ha quedado con ese mote.

—¡Pobrecito!

—De pobrecito, nada. ¡Que espabile! No tiene carácter.

Se hacía tarde y Susana tenía que prepararse. Cuando entró en el dormitorio encontró a David llamando a su madre, le contaba que su hermana se quedaría un par de días con él. No le gustó, era un chivato.

Nada más llegar a la oficina, don Guillermo reunió a David y a Susana. Quería que estuvieran presentes en la reunión del día siguiente. Había que negociar el contrato de un proveedor y le estaba costando, ya que era amigo suyo. Pretendía que actuaran de abogados del diablo para presionarle y que bajara los precios. Don Guillermo quería conseguir el contrato a toda costa, pero sin llevarse mal con su amigo.

David se puso a quejarse, no quería encargarse de eso, odiaba las reuniones y los compadreo de su padre. Prefería tratar con números, resultaba más estimulante. En cambio, Susana tomó nota de todos los datos del proveedor. Mientras los escribía, le resultó familiar el nombre de la empresa. Algo le decía que ya conocía esa empresa, aunque no lo recordaba.

Al llegar a su mesa, empezó a buscar datos de la empresa en cuestión. Había muchas quejas de esos productos, los clientes se quejaban de que el precio era elevado para la calidad que tenían. También encontró un informe de Marketing confirmando lo que decían los clientes. La calidad que ofertaban no tenía nada que ver con la realidad.

Susana pensó en decírselo a David, pero al final se calló. Quería comprobar si realmente el estudio de Marketing decía la verdad. Llamó a mensajería y se encargó personalmente de mandar un producto a una empresa independiente para que elaboraran un estudio similar. Ella conocía esa empresa, ya que a veces se le solía pedir informes de productos nuevos. De esa forma, comprobaría si el proveedor mentía sobre la calidad de su producto.

Por la tarde, Valeria apareció en las oficinas de la Empresa León, iba con su madre. Vestía muy diferente a esa mañana, un vestido vaporoso con sandalias y una chaqueta. Miró a Susana y le hizo el gesto de que estaba muerta, ojos en blanco y lengua fuera. Su madre la llevaba agarrada del brazo y, tras un saludo de Alfonsina, fueron al despacho de don Guillermo.

Se comportó delante de su padre, pero no aceptó regresar a casa. Quería quedarse en casa de su hermano, le gustaba Susana, y al menos allí podría contar con alguien que la escuchaba y no la juzgaba, al contrario que el resto de su familia. En cuanto pudo, huyó del despacho de su padre y se refugió al lado de su nueva amiga, mientras su madre convencía a su padre para ir a comer los tres y limar asperezas.

—¡Sálvame, por favor! —le suplicó de rodillas a Susana.

—¿Qué haces, loca? —la ayudó a ponerse en pie. —

Susana, vente a comer, por favor.

—Ni de coña —fue sincera—, a mí me tocó ayer.

—Sí, ya me enteré, guarrilla, tú y mi hermano os vais a casar en seis meses, no me dijiste nada esta mañana.

—Ya te contaré, ahora no. —Miró hacia Dirección—. No quiero problemas con el jefe.

—No sé de qué te preocupas si mi madre está como loca contigo, nunca la he visto tan feliz. Ni cuando Alexandra se casó. —La miró desconcertada—. Si tienes el cariño de mi madre, tienes las puertas de la familia León abiertas —sobreactuó al hablar.

—No creo que a tu padre le caiga precisamente bien...

—Susana, Susanita... —Valeria le pasó el brazo por los hombros—, olvídate de mi padre, la que manda es mi madre. Mi padre es un pelele al lado de mi madre.

—Pero si es tan serio y... —Ella le interrumpió.

—Nada, nada, nada. A mi padre jamás se le ocurriría contradecir lo que diga mi madre, es un pedazo de pan a su lado. Él puede que mande aquí y tenga esa fachada de tío malote, pero es un corderito. Así que tú sigue llevándote bien con la *suegri*, que todo te irá de perlas.

—¿Alguien te ha dicho que eres tremenda?

—Todos los tíos con los que he estado, aunque nunca me lo ha dicho una mujer con la que me he acostado —le guiñó un ojo burlándose.

—No creo que a tu hermano le haga gracia.

—Eso no lo sabremos hasta que pase.

—¡Calla, loca! —ambas rieron.

A Susana le encantaba Valeria y lo mismo le pasaba a esta.

Finalmente tuvo que ir a comer con sus padres y tener la clásica conversación sobre su futuro. La conocía de sobra, pero era más llevadera cuando eran dos. Su hermana y ella eran compinches de locuras y resultaba más fácil enfrentar a sus padres juntas. Ahora estaba sola y sus padres cada vez le permitían menos. Ella le echaba la culpa a su hermana, por casarse y tener una niña.

Al salir del trabajo, David y Susana visitaron al marido de Carlota. Pudieron verla y charlar un rato con ella, había envejecido unos veinte años y se le veía muy afectada por todo lo de su marido. En vez de sentirse mejor, se sintieron peor al ver lo mal que lo estaba pasando.

El jueves por la tarde se produjo la reunión y Susana apenas tuvo tiempo de ojear el informe preliminar de la empresa independiente. Se lo mandaron por correo, así que lo imprimió para la reunión, por si tenía que utilizarlo.

David no sabía nada sobre el informe que encargó Susana, pero creía que se alegraría cuando descubriera lo que decía.

Don Guillermo llegó con su amigo. Era el baboso amigo suyo que no le quitaba los ojos de encima. Cuando la vio, hizo lo mismo, era un viejo verde. A Susana le dio asco, mucho asco.

Cuando don Guillermo le explicó que era su nuera, enseguida cambió su actitud, dejó de mirarla como un objeto y le sonrió, presentándose como

Raimundo Marcos de Raimar S.L. Susana fue muy correcta, cogió el tocho de papeles que tenía para la reunión y se fueron a la sala de juntas.

Aquel hombre era duro de pelar, cuando se veía comprometido por las cifras que le daba David, apelaba a la amistad de don Guillermo. Era un zorro de los negocios, no cabía duda. A Susana le dio coraje cómo utilizaba su amistad para sacar partido de aquello.

—Bueno... —carraspeó Susana para intervenir. Aquel hombre se sorprendió, pues pensaba que ella era un adorno—, usted asegura que sus productos cumplen estos requisitos —le mostró el contrato anterior. Raimundo lo cogió y lo revisó.

—Sí, los productos de mi empresa cumplen cada uno de los requisitos de esta lista —se pavoneaba.

—Sin embargo, tengo que decirle que usted no ha cumplido su contrato y que podríamos demandarle. —Don Guillermo se puso pálido y Raimundo se puso rojo de rabia por las acusaciones—. Soy abogada, señor Marcos —no fue del todo sincera—, y creo que usted no está siendo sincero con nosotros. Eso es causa de demanda, sobre todo cuando hay un contrato con unas condiciones firmadas.

—Guillermo —gritó poniéndose en pie—. No sé quién se ha creído que es tu nuera, pero no tolero que me acusen sin pruebas. —Estaba muy alterado, pero eso no la amedrentó.

—Señor Marcos, ¿quiere calmarse? Tengo pruebas de lo que digo y si quiere más, puedo conseguirlas. No se preocupe. —Estaba la mar de tranquila. David la miraba fascinado y don Guillermo estaba en alerta porque no sabía lo atado que lo tendría todo.

—Quiero ver esas pruebas —exigió.

Primero le entregó las quejas de los clientes y los datos de las devoluciones, los mismos datos que David le había dado antes. Raimundo, al ver aquello, se rio de ella. Luego le mostró el informe de Marketing. Entonces gritó, alegando que aquello era todo una mentira. Susana se mantuvo impassible, sin achicarse ante los gritos de aquel hombre, porque tenía un as en su manga. Esperó a que don Guillermo calmara a su amigo para rematarle.

—Aquí tiene otro informe de una empresa independiente, lo pedí ayer. Este informe es preliminar, la semana que viene me envían el estudio final.

—¿Qué es esta mierda?

Raimundo estaba muy alterado porque no tenía escapatoria. Había bajado la calidad de sus productos por falta de liquidez en su empresa y Susana le había pillado. Él supuso que la renovación del contrato sería fácil, pues creía que podría engañar fácilmente a su amigo, pero se topó con su nuera y ahora toda la verdad saldría a la luz. Sus planes se frustraban, de ahí su exagerado comportamiento.

Don Guillermo cogió el informe preliminar y lo ojeó, no cabía duda, las primeras conclusiones eran similares a las del departamento de Marketing. Susana había hecho un gran trabajo. En ese momento, se dio cuenta de la clase de proveedor que era Raimundo, quería engañarle.

—Susana tiene razón.

No se lo podía creer, don Guillermo ya no estaba de su parte.

—¿Vas a creer a esa niñita?

—Raimundo, no te pases. Susana es la prometida de mi hijo y la madre de mis nietos. Así que cuidado con lo que dices —se puso muy serio—. Ella simplemente está mirando por el legado de sus hijos.

—¡Esto es increíble! —Se llevó las manos a la cabeza.

—Yo creo que es mejor que esperemos a la semana que viene para aclarar todo esto, cuando el informe final esté listo. Susana, avísame cuando lo tengas.

—Claro.

—¡Esto no va a quedar así! —gritó Raimundo mirando a Susana y saliendo hecho una furia.

Susana se sentía muy orgullosa de su trabajo. Fue muy evidente que Raimundo estaba entre la espada y la pared. Don Guillermo se acercó a su nuera y la felicitó, dándole una palmadita en el hombro y saliendo en busca de su amigo. Esto le daba razón, la necesitaba en el personal directivo.

Solos en la sala de reuniones, David fue a felicitarla besándola en los labios. Ella le colocó las manos en el pecho para frenarle, pero entre más se resistía, más ganas le entraban.

Él le propuso utilizar la llave de su despacho, pero ella se negó. Había gente en aquella planta y no iba a ceder, por lo que le dijo a Mar que se tenían que ir antes. Cogió el coche y se fue a su casa. En el ascensor, no se contuvo y la acorraló para besarla, estaba desatado. La cosa es que a ella le apetecía tanto como a él.

Llegaron a la casa muy encendidos. David se quitó la chaqueta y la corbata.

Ella se deshizo del bolso, la rebeca y la falda. Él se desabrochó la camisa y ella le besó el pecho. Lo condujo al sillón y le obligó a sentarse mientras se besaban en los labios. Aprovechó para sentarse sobre él y seguir con los besos y las caricias.

Las manos de David volaron rápidas a su blusa, en esta ocasión no había botones, así que tuvo que sacársela por la cabeza. Le molestó tener que separar sus labios de los de ella.

—No os cortéis, seguid con lo vuestro. Aquí una pasando hambre y vosotros me lo restregáis por la cara.

—¡Valeria! —gritó David muy alterado.

—No nos acordábamos de ti —dijo avergonzada tapándose con sus manos.

—Oye, por mí seguid, ¿eh?

No se podía creer su mala suerte, Susana estaba colorada y Valeria disfrutaba fastidiando a su hermano.

—¿Quieres hacer el favor de irte a tu habitación?

—Estas son zonas comunes —sonreía con maldad—. Además, tu novia está buena —añadió con voz masculina.

—Vete, por favor —le suplicó.

—De eso nada, esto es divertido.

—Valeria, hazle caso a tu hermano.

—No, no, no. —Era como una niña malcriada—. Ven —le tendió la mano a Susana—, quiero ver mejor la suerte que tiene el sosaina de mi hermano.

Susana tuvo sus reparos, pero era muy insistente.

Al final, David se quedó con las ganas porque Valeria le vio el tatuaje a Susana y empezaron a hablar de eso. Ella tenía tres tatuajes: en el tobillo, un gato; al final de la espalda, una flor de loto; y en el omóplato, la Torre Eiffel. El tatuaje del gato lo tenía igual Alexandra, se lo hicieron juntas a escondidas de su madre.

Valeria le mostró cada uno de ellos, desnudándose a pesar de que su hermano estaba delante. Le daba igual. Mientras hablaban se dieron cuenta de que tenían mucho en común, sus madres eran controladoras y muy acaparadoras.

Esa noche, David siguió quedándose con las ganas porque Susana no quería que Valeria les oyera hacerlo. La frustración le comía por dentro.

CAPÍTULO 20



David se levantó rebotado, pues no había parado de soñar con Susana, y tenerla pero no poder estar con ella le frustraba. De tal modo que quería que todos fueran conscientes de su malhumor, iba a hacer ruido. Empezó como cada mañana, se puso la ropa de deporte, encendió la televisión en el canal de noticias y corrió en su cinta.

La primera en despertar fue Valeria, que se levantó para descubrir qué había pasado. Al ver a su hermano corriendo como un poseso ni le dijo nada. Se fue a ver si Susana también estaba despierta. Pasó delante de su hermano y este ni se fijó en ella, tampoco ella se detuvo para saludarle.

Susana estaba en la cama, con la almohada sobre la cabeza, intentando dormir. Se acostó a su lado y la abrazó. Como no se lo esperaba, brincó, pero al verla se relajó.

—¿Se puede saber qué le has hecho al idiota de mi hermano?

—Nada.

—¡Ah, ahora lo entiendo!

Valeria no quiso indagar más, supuso que era frustración sexual.

—Me voy a la ducha.

David estaba sin aliento, apenas había corrido quince minutos y sus pulmones no daban abasto. Su malhumor le podía, todo le molestaba, hasta la presentadora de las noticias. Por lo que apagó la televisión tirando el mando al sillón y se fue al baño.

Cuando entró en el dormitorio, Susana seguía durmiendo. Se quitó la camiseta sudada y la tiró al suelo. Al llegar al baño, había una mujer en la ducha. Regresó sobre sus pasos hasta su dormitorio y, al mirar con detenimiento la cama, se dio cuenta de que en su cama estaba su hermana. Ese pelo era inconfundible.

Volvió al baño y la observó bajo la ducha, estaba cantando y desnuda. Su cuerpo hirvió al pensarlo. Se quitó el resto de la ropa y, sin hacer ruido, abrió la mampara de la ducha. Susana se asustó y fue a gritarle, pero él consiguió parar el grito con su mano, insonorizando el ruido.

—No grites, ¿o quieres que mi hermana nos pille? —le susurró.

—Si no quieres que grite, espera a que salga.

—No quería esperar. —Ella lo desafió con la mirada, pero él no se inmutó.

—Me voy —dijo abriendo la mampara.

—De eso nada. —Él tiró de ella, quedando pegado a su cuerpo.

Susana se quedó mirándolo esperando a que la soltara, pero él la besó. Entre más profundo se hacía el beso, más la estrujaba contra su cuerpo. Ella se dejaba querer. La temperatura empezó a subir debajo del agua caliente de la ducha con besos y caricias por parte de ambos.

Él se sinceró con ella, quería más, quería su cuerpo. Ella también lo deseaba, pero tenían un problema, no tenían protección. Susana sonrió y le confesó que tomaba anticonceptivos. Sus ojos se iluminaron y una sonrisa pícaro se desplegó en su cara.

David la giró de espaldas a él y colocó sus manos sobre sus pechos, jugando con ellos. Ella gimió y él le recordó que no podía hacer ruido. Las manos bajaron a su sexo y se encargaron de terminar de prepararla. Ella volvió a gemir y él disfrutaba mandándola a callar.

Cuando ella le pidió más, la obligó a abrir las piernas y la penetró. Susana se mordió el labio para acallar sus gemidos. Él estaba igual, embestida tras embestida, sintió cómo iba llegando el orgasmo, y los dos rompieron en un grito ahogado. Cuando recuperaron el aliento, se miraron y se besaron.

En cuanto Susana salió de la ducha, se enrolló una toalla y fue a investigar al dormitorio. Valeria estaba dormida en su cama. Ella respiró aliviada y comenzó a prepararse para ir a trabajar.

A media mañana apareció Raimundo Marcos, pero solo quería tratar con don Guillermo, no quería reunirse ni con David y menos con su nuera. Él lo atendió por su amistad, pero estaba en alerta tras la reunión, no se fiaba de él. Más que una reunión era un encuentro de amigos para limar asperezas y ganarse su favor otra vez.

Al mismo tiempo, la mañana se volvió ajetreada al aparecer Max. Trató a Susana amigablemente, nada que ver con la última vez, no quería enfadar a su

amigo. Así que cogió el teléfono para avisar a su jefe y, en ese momento, Max vio el anillo de su dedo. Su primera reacción fue asustarse pensando que se trataba de un anillo de compromiso, pero luego desechó esa idea.

Venía a convencer a David para salir una noche, ellos más Patric, los tres amigos solteros. Con lo que no contaba era con las novedades que tenía que contarle. Él necesitaba hablar con alguien del tema, por lo que le confesó todo lo que había pasado con su secretaria. No dejó ningún detalle al respecto.

Max flipaba, sus ojos se expandían con cada dato, aunque no pudo evitar romper a reír cuando le contó la petición de mano, siendo lo que más le gustó la historia que se inventó su madre, era una buena manera de acallar voces. Él sabía que David era una persona pública, aunque no quisiera, y necesitaba algo así.

—Entonces, habrá que celebrar tu compromiso. ¿Qué tal si salimos esta noche los tres?

—No sé... No puedo dejar a Susana con mi hermana. —Lo miró desconcertado—. Mi hermana está en mi casa.

—Que se venga. Tu hermana está buenísima y yo... —Le puso mala cara—. Seré bueno —dijo resignado.

—Creo que será divertido.

Cuando salió de la oficina descubrió un coche que conocía, era Almudena. Estaba siguiendo a David. Llevaba siguiéndole varios días, esperaba poder encontrarle solo y poder convencerle para que volviera con ella.

—¿Qué haces aquí, Almudena? —preguntó malhumorado.

—¿Acaso no puedo aparcar en esta calle? ¿Está prohibido? —se indignó ante su pregunta.

—Almudena —le reclamó—, no me vengas con esas, hemos quedado en que ibas a ser una buena chica, o...

—No es necesario que me amenaces. Sé muy bien lo que debo hacer.

—Eso espero.

Se alejó del coche esperando que ella le dijera la verdad. Sin embargo, no creía que su encuentro fuera casualidad. Él estaba teniendo serios problemas para que los productores la aceptaran en “La Casa Vip”, ya que no querían problemas con la familia León. Así que esperaba, por el bien de ella, que todos sus esfuerzos no terminaran en saco roto por una locura suya.

Almudena aún temblaba cuando Max se marchó. Sabía que con él no se

jugaba. No era de segundas oportunidades ni iba a tener compasión.

Por la noche se preparaban para salir. Susana se puso un vestido rojo cruzado sin mangas, le quedaba muy bien porque le marcaba sus curvas; Valeria optó por un pantalón muy corto, blusa de tirantes y unas botas altas. David se puso un vaquero y una camisa con el cuello desabrochado. El pelo revuelto, tal y como le gustaba a su novia.

Él las esperaba viendo la televisión, mientras ellas se maquillaban en el baño. Valeria estaba algo apática por salir y Susana no lo entendía, ya que al principio pareció ilusionada.

—¿Puedes explicarme qué te pasa?

—Sinceramente, no soporto a Max, es un cínico.

—Eso vas a tener que explicarlo.

—Vale, pero prométeme que no le dirás a David que te lo he contado.

—No te preocupes.

—David —suspiró para tranquilizarse— y yo tuvimos una fuerte pelea por culpa de Almudena. —La miró sorprendida—. Cuando David empezó a salir con esa, yo intenté acercarme para conocerla, para llevarnos bien y eso. Nunca me gustó, si te soy franca. Almudena es propensa a emborracharse, pero una noche hace más de un año se pasó más de la cuenta y ya sabes lo que le pasa a los borrachos.

—¿Qué?

—Son propensos a sincerarse. Pues esa noche me contó que mi hermano no era bueno en la cama, que ella no disfrutaba con él. —Los ojos de Susana se abrieron de la impresión—. Espera, que esto empeora. Me confesó que para aliviarse se acostaba con Max, que él sí tenía un pene en condiciones y no la mierda que tenía mi hermano.

—¿En serio?

—Susana, te lo juro.

—¿Y qué dijo David?

—Ella lo convenció de que yo solo quería separarles y mil historias inventadas. Al final, me largué para evitar problemas.

—¿Tus padres lo saben?

—Mi padre no, mi madre sí. Creo que intentó comprobar si entre ellos había algo, pero son muy listos y no encontró nada. Encima, son buenos amigos, se conocen de antes, creo que fueron pareja o algo así.

—¿Estás segura de que no te mintió?

—Susana, yo sé lo que es una borrachera y también sé que un borracho es incapaz de mentir, porque no puede hilvanar una mentira. Su cerebro está adormilado.

—Tienes razón.

Ambas se quedaron calladas unos minutos hasta que rompió el silencio, quería saber más sobre esos amigos.

—¿Y qué tal es el otro amigo de David?

—¿Patricio? Es como David, son amigos desde niños. Es un tipo legal. Nada que ver con Max. Bueno, es el socio de David.

—¿Qué?

—¿No lo sabes? —sonrió—. Tu novio es socio de “La Gruta de Pavid”. Pa de Patricio y Vid de David. Patricio quería montar un local nocturno y mi hermano le prestó el dinero, por eso son socios. Creo que les va muy bien.

—No he ido nunca.

—No te preocupes, seguro que iremos primero allí, es como el centro de reunión de ellos. Además, las copas son gratis —sonrieron las dos.

Una idea loca le cruzó por la cabeza a Valeria. Salió del baño y fue corriendo en busca de su hermano. Se acercó a él y se sentó en su regazo. —Gatito, dime, ¿tu amiguito, la estrellita, tiene novia?

—Vale, no.

—Venga, gatito, dime.

—Valeria, no. Deja a Patric, él no. —Ella le puso morritos y él cedió ante sus caritas de súplica—. Ahora no tiene, pero Valeria, no quiero problemas, él no es como Max.

—¿Quién ha hablado de la rata esa? —dijo con desprecio.

—Un momento —habló Susana extrañada—, ¿estrellita?

—¡Ah! —rio—. Alexandra y yo nos reíamos de David y sus amigos porque era como ver un capítulo de Bob Esponja. David es Bob Esponja, Patricio es la estrella de mar y Max es la rata del calamar. Lo dicho, un capítulo de Bob Esponja.

—¡Es verdad! —se descojonó.

—Valeria, no quiero problemas esta noche.

—Vale, gatito.

Los tres salieron hacia la discoteca “La Gruta de Pavid”. Estaba en el bajo

de un edificio de oficinas, al lado tenía un gran centro comercial y, al otro lado, una gran parcela con mucho aparcamiento. Había un hotel enfrente y se veía mucho movimiento en aquella calle, la zona era muy buena.

Era temprano, pero había gente. El local estaba muy bien. Tenía dos mostradores redondos para servir bebidas. Al fondo había unos sillones con un cordón rojo que los separaba del resto de la discoteca. Al lado, el escenario con un DJ que ponía música, y detrás estaba la puerta para los aseos, la del almacén y la de la oficina.

A la entrada había dos hombres enormes con vaqueros y camiseta tan ajustada que se podía ver cada uno de sus tríceps, bíceps y pectorales. La camiseta tenía el logo de la discoteca y el nombre. El logo era una estrella de mar sonriendo con una copa en la mano.

Cuando llegaron, Max estaba tomando una bebida y detrás de la barra estaba Patric. Era un hombre de expresión amable y cabellos castaños. Tenía los rasgos de la cara grandes con un cuadrado mentón. Le pareció mono.

A Susana le presentaron a Patric y pudo comprobar que Valeria tenía razón. Patric no era un baboso, le sonrió y no la miró con lascivia. Valeria no tardó ni medio segundo en pasar detrás de la barra para saludarle y pedirle una bebida gratis. Él se negó a dársela. Ella se indignó y agarró del brazo a Susana para ir a bailar a la pista.

Valeria se movía de escándalo. Tenía un control de sus caderas impresionante. Todos los tíos a un metro a la redonda se fijaban en ella, no podía evitar llamar la atención, su carácter se lo impedía.

Susana se dejaba envolver por la música, sintiéndose muy sexy bailando, aunque Valeria de vez en cuando la involucraba en sus locuras, bailando muy pegadas o imitando los movimientos sensuales de su amiga. En poco tiempo tenían una corte de admiradores revoloteando alrededor de ellas.

Susana se empezó a agobiar y llamó con la mano a David. Él, que la observaba desde hacía rato, al igual que sus amigos, se negó. Él no bailaba, no le gustaba y no sabía. La genética le otorgó dos pies izquierdos, así que hacía años desistió de ello. Sin embargo, Susana lo vio como un reto y se acercó a él bailando.

Cuando estuvo delante de él, colocó las manos sobre sus hombros y movió sus caderas. Sonreía, pero no se animaba. Ella siguió insistiendo, se giró y, arrojándose mucho a él, volvió contoneando las caderas. El calor empezó a

atacarles a los dos.

Max y Patric observaban con una sonrisa, ellos lo conocían bien y sabían que sus esfuerzos eran en vano, pero tenían que reconocer que le ponía muchas ganas.

A Susana le apetecía bailar con su novio, suponía un reto personal, por lo que se puso frente a él y le agarró las dos manos, colocándolas sobre su culo. Ella siguió moviendo las caderas, y se las acarició. Le rodeó el cuello con los brazos y, sin darse cuenta, él estaba acompañando su movimiento. Sus amigos estaban flipando. Su hermana en la pista, también. No se lo podían creer, David bailando. Era difícil de creer.

Valeria se acercó a la barra y volvió a pedir una copa gratis. Estaba sedienta y quería una bebida. Max le ofreció invitarla, pero la cara de asco de ella fue suficiente para retirar su ofrecimiento.

—Apuesto lo que quieras a que consigo que nos invites a una copa a mi amiga y a mí. —Señaló a Susana mientras hablaba con Patric.

—¿En serio? —Él sonrió ante el desafío lanzado—. No creo que lo consigas.

—Cariño —se apoyó en la barra para acariciarle la cara—, siempre consigo lo que quiero.

Valeria se fue al *DJ* y le pidió la canción “Las chapas que vibran”, de La Materialista. Regresó con una enorme sonrisa, separó a la pareja y le pidió a su amiga que le ayudara. Susana sabía que estaba loca, pero le apetecía hacer locuras.

Cuando empezó la canción, Valeria empezó a mover su cintura y luego, echando el torso para delante, movió su culo de forma compulsiva. Bailaba para Patric, y Susana, imitándola para David. Quiso detenerlas, pero Max se lo impidió. Mientras, el amigo de su hermano cruzó los brazos sobre su pecho y puso cara de estar poco impresionado.

Valeria se mosqueó, ese truco no solía fallarle. Le tocó el brazo a Susana y le indicó que la siguiera. Pasó por detrás de la barra y, apoyando un pie en la nevera, subió a la barra. Susana necesitó ayuda de su amiga y encima de la barra siguieron moviéndose, sensualmente y con movimientos nerviosos de sus pelvis.

Al principio, solamente llamaban la atención cerca de la barra, ahora toda la discoteca las miraba. El *DJ* las animaba a seguir moviéndose. David

intentaba liberarse de Max para bajar a aquellas dos locas, como no podía les exigía que se bajaran. Al liberarse, agarró a su novia por los pies y la bajó. Ella tuvo que agarrarse a su cabeza al perder el equilibrio.

—No vuelvas a hacer eso —le dijo secamente.

Al verse sola se bajó de la barra con ayuda de Patric, que le dio la mano.

—Señorita, a mi amigo y a mí nos encantaría invitarte a ti y a tu amiga a unas copas. —Un hombre joven con otro se acercaron para hablar con Valeria. Valeria miró a Patric pidiéndole esa copa. Él sonrió, ella había ganado.

—Lo siento, tíos. Esta noche estas chicas están ocupadas, ¿qué os parece que os invite a una copa por las molestias?

Se miraron y, encogiéndose de hombros, se resignaron, al darse cuenta de que quizás no llegarían muy lejos con aquellas chicas.

—¡Vale! —sonrieron ambos hombres.

—Oye, ¿qué pasa con mi copa?

—Les sirvo a ellos y luego te pongo la tuya —sonrió victoriosa.

Patric cogió una bandeja con varias bebidas y les indicó al grupo que le siguieran. Los llevó al reservado, puso la bandeja en una mesa y les dio la bienvenida a sus amigos. Esa noche les invitaba a todos por el baile de las chicas. Valeria estaba encantada y, agarrándole la cara con las dos manos, lo besó en los labios. Él la miró espantado, pero ella no se cortó y le guiñó un ojo sonriendo.

Tras la primera copa, Valeria pilló a Susana para llevarla a bailar a la pista. Esa noche, ellas iban a romperla. A David se le hacía la boca agua observándola. Cuando regresaron por bebidas, tiró de su novia, que al perder el equilibrio cayó sobre él. Ella se rio y la besó. Se lo estaban pasando genial, sobre todo cuando él la besaba, superaba la diversión del baile.

Valeria no iba a permitirle a su hermano acapararla, los separó y se la llevó a bailar. Susana se reía y David se cabreaba, ella lo ignoró porque su nueva amiga la seguía a la pista.

En todo esto, Max intentaba ligar en la pista. Patric se sentó al lado de David. Charlaban, pero sus ojos no se apartaban de las chicas. Ellas los veían y bailaban para ellos. Susana se sentía liberada y feliz, hacía tiempo que no disfrutaba de una noche así.

—¡Eres una tía guay! ¿Qué haces con mi hermano? —Valeria estaba algo borracha.

—Ni yo misma lo sé.

—Esta noche no pienso regresar con vosotros, voy a tirarme a la estrellita.
¡Qué bueno que está!

—Yo voy a hacer lo mismo con tu hermano —Susana estaba también algo templada.

—Pero si mi hermano es una mierda en la cama.

—Tu hermano será un gatito, pero en la cama... es todo un león.

—Joder. —Ambas rieron.

Para facilitarle las cosas a su nueva amiga, le pidió a David irse a casa. Ni se lo pensó, se despidió de sus amigos y se marchó con su chica. Valeria le dijo que se quedaba, Susana le guiñó un ojo y la otra le sonrió.

Estaba desconcertada, pues no conseguía respuesta a la pregunta de qué hacía Susana con su hermano. Ella era tan guay y él, un sosaina. No tenía respuesta para eso.

Salieron agarrados de la mano de la discoteca, riéndose y algo achispados. Cuando estuvieron fuera, Susana sintió algo de frío y se estremeció. David la rodeó con sus brazos y la besó. Estaban en la calle con gente entrando y saliendo de la discoteca, besándose.

Él la rodeó con sus manos en la cintura y ella enrolló sus brazos en su cuello. Disfrutaron del beso sin importarles nada, se dejaron llevar por el momento.

Lo que no sabían ellos era que Almudena estaba escondida en su coche grabando toda la escena con su móvil. Al verlos tan alegres y algo borrachos, pensó que podría arruinar la reputación de David al tener pruebas de que estaba ebrio. Sin embargo, lo que consiguió fue un vídeo romántico de una pareja enamorada. Se maldecía por ello, todo le salía mal. Su grabación no le servía de nada.

De repente, su cabeza tuvo una idea. Llamó al periodista del corazón, Angelus. Le explicó que le enviaron un vídeo de su exnovio besando a otra mujer en la calle. Fingió que le afectaba, haciéndose pasar por la víctima de todo este asunto.

Angelus quería ese vídeo, pero no se fiaba, sabía que era una mentirosa. Por eso empezó a criticar a David León, para ganársela y conseguirlo. Ella no tardó nada en mandárselo.

Cuando tuvo el vídeo, se frotó las manos. Tenía una buena historia para la

revista *Cotilla*. Podía imaginarse el cheque que le darían por esa historia. No pensaba quedarse con esa versión victimista, necesitaba contrastarla y sabía a quién llamar, por lo que cogió el teléfono y llamó a una fuente muy fiable.

Mientras tanto, Susana y David regresaban a la casa para acabar desnudos en la cama. Él se encargó de repartir un sinfín de besos por su cuerpo y ella se dejaba querer, las caricias se replicaban en ambos bandos. Sus cuerpos se alimentaban de la pasión.

Más que sexo, era amor lo que se respiraba aquella noche en aquel dormitorio. Sin darse cuenta, ambos se dejaban llevar por lo que sentían el uno por el otro sin poder ocultarlo.

CAPÍTULO 21



David y Susana pensaban pasar toda la mañana metidos en la cama. Era sábado y no tenían que ir a la oficina. Desnudos y felices. Podían hacer lo que les diera la gana, Valeria no estaba y se sentían libres. Sin embargo, la madre de David rompió la felicidad informándole de una salida familiar el domingo. Él intentó poner una excusa, pero su madre no le dejó.

Susana no entendía por qué le molestaba tanto, era ir a pasar un rato juntos. Nada más. Era extraño y no pensaba quedarse con las dudas.

—David, ¿por qué no quieres pasar el domingo con tu familia?

—No es eso. —Le levantó una ceja, esperando otra clase de respuesta—.

Es que... ¿golf?... no sé... —gruñó.

—Nunca he jugado al golf, podrías enseñarme, será divertido.

—De acuerdo, iremos.

Susana tenía la intuición de que había algo más, lo notaba.

—Si no te apetece, será mejor no ir. No te preocupes, yo me encargo de tu madre.

—No es eso. Es que... —Su mirada se entristeció—. No me gusta ese lugar. Me trae malos recuerdos.

—Puedes confiar en mí. —Le miró directamente a los ojos, quería toda la historia y no iba a ceder ni un centímetro hasta conseguirla.

—Es pasado.

—Me gustan las historias y más si son pasado.

—Susana —le regañó.

—David —le reclamó.

—De acuerdo. —Cerró los ojos para obtener fuerzas—. En el verano de cambio del instituto a la universidad, trabajé en la tienda del campo de golf. Mi padre quería que trabajara y me consiguió ese puesto. Ese verano también contrataron a Milagros, una chica del instituto por la cual me había pasado el curso babeando —suspiró—. Durante las clases, ella tenía novio, pero en junio rompió con él. Así que aproveché para acercarme a ella.

—Fue tu primera novia.

—Susana, no, nunca fue algo serio.

—¿Cómo era?

—Era una chica normal, morena. —Ella quería más detalles y él lo sabía—. A mí me gustaba cuando se reía, porque terminaba contagiando la risa al resto.

—Espera, ¿morena? ¿Es la chica que se parece a mí? ¿Esa que no cuenta?

—Sí, ¿me vas a dejar terminar o me callo?

—No, me callo.

—Milagros y yo nos hicimos amigos trabajando. Ella era muy sociable y yo un chico tímido lleno de hormonas, te lo puedes imaginar. Al final, una noche, el encargado nos dio la llave para cerrar la tienda. Con ella cerrada, nos pusimos a ordenar y recoger todo, yo terminé antes y, para salir antes, la ayudé y nos besamos. Aumentó tanto la temperatura que robé una caja de condones, nos ocultamos detrás del mostrador y pasó lo que tenía que pasar.

David evitaba la mirada de Susana, ocultaba algo.

—¿Qué pasó en realidad? —Él se encogió de hombros—. David —le reclamó.

—Fue horrible. No quiero contarlo, fue patético.

—Por favor, te prometo que no me reiré.

—De acuerdo —suspiró resignado—. Me puso el condón y cuando estaba... —gesticulaba en exceso— ahí, no pude esperar más y... —se avergonzaba—. Ella no le dio importancia y seguimos besándonos. Cuando volví a estar listo, lo volvimos a intentar, pero no pude aguantar lo suficiente.

Nunca —cerró los ojos— he pasado más vergüenza en mi vida.

—¿Qué pasó después?

—Ella y su novio se arreglaron y los pillé en la trastienda follando. Te puedo asegurar que fue muy humillante, por eso coloqué un cerrojo en la puerta, aunque fui testigo de los gritos cuando su novio aparecía.

—Joder...

—Eso mismo —sonrió— es lo que hacían.

—Pero, David, no tienes por qué sentirte mal, tú no eres ese adolescente. Ahora eres un hombre muy bueno en la cama, yo no tengo queja. —Ella intentó incrementar su autoestima.

—Ya. —No sirvió de nada, él parecía afectado por su pasado—. Menos mal, porque después de eso leí un montón de libros, vi un montón de porno y no he parado de hacer deporte.

—¿Cómo?

—Me enteré de que si haces deporte, tienes más resistencia.

—Eres un chico listo —le dijo con cara pícaro, besándolo.

Susana quería animarlo y, estando desnuda, lo primero que se le ocurrió fue darle carta blanca a su cuerpo. Aunque no pudo llegar muy lejos, ya que Valeria apareció con el desayuno. Ni preguntó si podía pasar, se metió en el dormitorio y repartió la comida. Ellos se taparon con la sábana, evitando mostrar más carne de la necesaria.

Valeria había tenido una noche increíble y pensaba presumir de ello. Desde que llegó no paró de hablar. Se lo pasó genial y quería repetirlo. Susana le sonrió y eso ella lo tomó como una afirmación, su hermano puso los ojos en blanco.

—Por cierto, hablé ayer con Alexandra y se acuerda de ti —le indicó a Susana.

—¿De mí?

—Sí, dice que no se acuerda mucho, pero sí de una mujer con una niña pequeña que jugaba con David. La foto que tiene mamá en su habitación —le aclaró a David— fue cuando pasó lo de Fran.

—Es la segunda vez que oigo ese nombre, ¿quién es Fran? —preguntó llena de curiosidad.

—Cuando David tenía seis años, creo, mi madre se volvió a quedar embarazada, Fran nació muerto. Yo recuerdo a mamá llorando, pero Alexandra

dice que recuerda que la mujer que estaba en la foto con la niña se pasaba el día con mamá, ella nos llevaba al colegio y se encargaba de nosotros.

—Yo no recuerdo nada de eso —dijo David intentando recordar.

—¡Ah! —se rio—. También dice que David formaba todos los días una pataleta para quedarse en casa, porque no quería ir al colegio, quería jugar con la niña.

—Eso tiene que ser mentira.

—Habla con Alexandra, hermanito. Eso dice ella —se regocijaba.

Susana estaba callada, analizando todo lo que le contaba Valeria. Todo parecía normal. Si su madre y Alfonsina eran muy buenas amigas, ante algo así, su madre no dudaría en echarle una mano.

—Sinceramente, esto parece una bodrio romántico de esos en que los protagonistas están predestinados a amarse —explotó de risa.

—No tiene gracia —le indicó David.

El resto del día no se pudieron deshacer de Valeria, ni de Mateo, que se unió a ellos. A pesar de que estaban ocupados, no podían dejar de pensar en aquella conversación, llegando a la misma conclusión que ella. Sus vidas eran el argumento de una novela romántica empalagosa.

Al día siguiente fueron al club. Valeria, David y Susana fueron los primeros en llegar. Iban con pantalones cortos y camisetas. Aunque Valeria llevaba unas enormes gafas negras, ya que apenas había dormido por una visita fugaz que hizo a “La Gruta de Pavid”.

Aparcaron en el aparcamiento del club de golf, una gran explanada al lado de una enorme casa de madera con enormes cristaleras. La casa tenía una enorme terraza con unas pocas mesas y tres puertas acristaladas. La primera era para los socios: taquillas, duchas, alquiler de palos... La segunda era la entrada al restaurante y tenía en la parte baja un pequeño espacio para compartir entre cocina y mesas, pero toda la planta superior era del restaurante. La tercera puerta era la tienda.

Desde la terraza se podían ver casi todos los hoyos. Una gran explanada de césped combinada con charcos, banderillas y árboles. Eran impresionantes las vistas y Susana se quedó encantada. Al contrario que Valeria, ya que para ella no era ninguna novedad, así que se sentó en una de las mesas de la terraza y le pidió un café muy cargado al camarero.

Al ser su primera visita, le pidió a su novio que le mostrara los alrededores.

David miró a su alrededor y poco podía mostrarle más de lo que sus ojos podían ver. Ella insistió, así que la llevó a la tienda. No entraron, Susana no le dejó, se quedó parada frente a la puerta y le miró con una gran sonrisa socarrona, lo tenía todo planeado.

—Me imagino que si una pareja quiere enrollarse, aquí hay algún lugar.

—Sí. —Sacudió la cabeza para aclararse, pero no sirvió de nada—. Susana, ¿por qué quieres saberlo?

—Venga, llévame. Quiero verlo, tengo mucha curiosidad.

David la llevó a la parte trasera de la casa, hacia unos arbustos y árboles. Allí le atacó. No podía perder tiempo, tenían que ponerse a tono para lo que pretendía hacer.

Entre beso va y beso viene, la temperatura fue subiendo. Ella no se cortaba ni un pelo para incrementar la tensión. Él la intentaba detener, pero ella era más fuerte y él muy débil. Aunque hubiera querido no hubiera podido, su cuerpo empezaba a prepararse para la acción. A Susana le pasaba algo parecido, se excitaba pensando que alguien podía pillarles.

—Vamos. —Ella le empujó para separarse. Los ojos de David estaban llenos de lujuria y su bulto en la entrepierna no dejaba dudas del estado en el que estaba—. Venga, vamos.

—Susana, yo así no puedo ir a ningún lado —le dijo señalando el bulto de su entrepierna.

—Ya lo sé. Quiero que me lleves a ver ese pestillo que pusiste en la puerta, donde pillaste a tu amiga con su novio.

—¿Al almacén?

—Sí. Venga, vamos. —Tiró de él para darse prisa.

Tuvieron suerte al encontrarse la puerta trasera de la tienda abierta. Entraron por un pasillo con cuidado para no ser descubiertos y entraron en el almacén de la tienda. Susana cerró el pestillo con cuidado de no hacer ruido y sus manos fueron al pantalón de David, estaba siendo muy excitante todo y eso subía su libido.

Él la detuvo, la miraba como si estuviera loca. No podía imaginar qué le pasaba para hacer eso. Ella le sonrió y le besó olvidándose de su pantalón. Cuando le pilló con la guardia baja, aprovechó para quitárselos, acariciando el bulto, y él gimió tragando en seco.

—Venga, vamos a hacerlo.

—¡Tú estás loca! Aquí no podemos. Nos pueden pillar.

—Quiero hacerlo aquí y contigo, quiero vengarme de la idiota esa que prefirió a su novio antes que a ti.

David lo comprendió todo, ella lo hacía por él. No podía creérselo.

En vista de que seguía asimilando sus intenciones, ella tomó la iniciativa. No tenían mucho tiempo. Se bajó los pantalones y las bragas. Cuando la vio sin la parte inferior de su ropa, despertó. La giró poniéndola contra unas estanterías y ella se apoyó con las manos. Su mano palpó su sexo y verificó que estaba preparada.

Susana estaba lista, fue rozarla y ronroneó como una gata en celo. Con sus pies la obligó a abrir más las piernas, hasta donde le dejó los pantalones. Tiró de ella para tener mejor posición de sus caderas y la penetró. Se estremeció del gusto. Su cuerpo estaba listo para él y él listo para ella. David no se anduvo con preliminares, fue directo al grano. Evitaban hacer ruido, pero él era muy rudo y ella se derretía por dentro. Todo ello acabó con un grito medio ahogado de ambos. El orgasmo los envolvió, proporcionándole un recuerdo bonito de aquel sitio.

Cuando recuperaron el aliento, se vistieron con rapidez y, sin hacer ruido, salieron del almacén. Mientras cerraban la puerta para dejarlo todo como estaba, un empleado los pilló en el pasillo de la trastienda.

—¿Qué hacéis aquí? —les gritó.

David se quedó pálido, pero Susana, que lo tenía todo planeado, le contestó con otra pregunta.

—¿El restaurante?

—Al lado —contestó el chico extrañado.

—¿Lo ves, cariño? No es por aquí —ella le regañó y se giró al chico—. Perdona, pero mi novio se pierde hasta dentro de su propia casa, voy a tener que comprarle un GPS⁴.

Susana soltó un par de carcajadas y, agarrándolo, salió de la trastienda por la tienda. El chico se quedó paralizado sin saber qué decir y, como no les vio nadie más, se libraron de dar más explicaciones.

Salieron de la tienda por una puerta que comunicaba directamente con el restaurante. David estaba sediento y Susana también. Se fueron a la barra y pidieron agua. Cuando se miraron, después de aquella locura, rompieron a reír. No se creían que salieran ilesos de todo aquello.

Una vez calmada su sed, David agarró a Susana por su cadera, acercándose a ella. Él la miró a los ojos y le dio las gracias, ella le sonrió y le guiñó un ojo. Era su forma de ser agradecida. Se acercó más, colocando las manos en su espalda. Su prometida le rodeó el cuello y ambos se besaron. Durante el beso, las manos de David bajaron hasta su culo para obligarla a acercarse más a él.

Mientras tanto, en la terraza estaban don Guillermo, Alfonsina, Petra, Manuel y Valeria esperando a la parejita. Esta fue la primera en descubrirles en la barra del restaurante bebiendo agua. Avisó a su madre y al resto y pudieron ver toda la escena. Después de ver esa escena tan íntima se les disiparon todas las dudas, estaban enamorados.

—¿Ahora lo ves? —le reclamaba Alfonsina a su marido—. ¿Ves la bonita pareja que hacen? Es perfecta para David. Te lo dije.

—No tengo ganas de que me regañes, de verdad.

—¡Joder, David es igual que papá! —chilló espantada Valeria.

—¿Qué dices, Valeria? —le preguntó su padre cansado de boberías.

—David, ¡es igual que tú! Mira como le coge el culo a Susana. Tiene el mismo gesto que tú. —A don Guillermo le dio vergüenza, pero el resto sonrió socarronamente.

—No digas chorradas.

—Tú di lo que quieras, pero haces lo mismo que David cuando piensas que nadie te ve. Te he visto con mamá —Alfonsina sonrió avergonzada ante la sinceridad de su hija.

—Valeria, esa manía la tiene desde que era soltero, creo que tu hermano la ha heredado —comentó Manuel, el padre de Susana, entre risitas.

Valeria estaba molesta con su padre, pero también se debía a su falta de sueño. Don Guillermo estaba avergonzado. Alfonsina fue a interrumpir el beso de la pareja y los padres de Susana se reían disimuladamente.

La familia Pardo aprendió a jugar al golf. Valeria se pasó casi todo el rato en el cochecito dando cabezadas. El resto disfrutó de un día diferente con momentos divertidos que hicieron amena la mañana.

A la hora de comer, Alfonsina había reservado mesa en el club. Cuando terminaron se fueron al restaurante. En él, se encontraron con Verónica, su marido y dos adolescentes idénticas, eran gemelas. Se parecían mucho a Verónica, no cabía duda, eran sus hijas.

Estaban comiendo, pero se levantaron para saludar a todos. La conversación fue escueta y cada uno ocupó su mesa, algo que agradeció Susana, le daría vergüenza que su madre se enterara de qué conocía a Verónica.

El lunes llegó muy rápido y, con ello, las responsabilidades laborales. Todo regresaba a la normalidad. Sin embargo, Valeria no tenía pensamiento de largarse de casa de su hermano ni de buscar trabajo. Pretendía alargar todo lo que pudiera su estancia allí.

A última hora de la tarde, a la oficina llegó una terrible noticia. El marido de Carlota había fallecido. Fue un jarro de agua fría para todos. En el fondo, todos tenían la esperanza de que mejorara, a pesar de que las noticias no eran muy buenas.

Al salir del trabajo, todos se vieron en el tanatorio para acompañarla, estaba destrozada y no había consuelo. Susana se sintió fatal, pero David estaba muy afectado. Esa noche tuvo pesadillas y la despertaron varias veces, aunque él ni se enteró.

El martes fue rarísimo en la oficina. Todos callados y pensativos.

Por la tarde, se presentó en las oficinas Henry con Mateo. Necesitaba que cuidaran de su hijo. Su madre se había ido de viaje con su novio y él tenía un trabajo que no podía cambiar. Después de pasarse meses detrás de un futbolista muy importante, le concedía esa tarde una entrevista y, si la cancelaba, no sabía si la volvería a conseguir. Así que le suplicó a Susana que se quedara con su hijo, ya que la señora Rodríguez estaba enferma y no quería molestarla, estaba desesperado.

Susana se vio en un compromiso. Esa tarde tenía el entierro del marido de Carlota y no quería faltar, pero tampoco quería dejar colgado a Henry. Sus pensamientos iban dando tumbos hasta que se acordó de Eva.

Condujo a padre e hijo por los pasillos de la Empresa León S.A. hasta la mesa de Eva. Le presentó a su amiga y le indicó que era de entera confianza. Susana le contó a Mateo que tenía un gato, Bigotes. Eso hizo acercarse al niño a su amiga y ella le contó miles de historias sobre su gato. Al ver Henry cómo se comportaba con su hijo se quedó más tranquilo.

Pudo ir a hacer la entrevista mientras Eva se quedaba con su hijo dando una vuelta. Cuando acabara, la llamaría para recogerlo y poder pagarle el favor invitándola a comer. Los tres terminaron en una hamburguesería. Al tiempo que Mateo jugaba con un juguete entre las mesas, Eva y Henry se contaron

muchas cosas de sus vidas, de sus ex y sus divorcios. Tenían tanto en común que no se lo podían creer, quedando verse otro día.

Esa tarde, Susana fue al cementerio con David. En el entierro había muchos compañeros de trabajo y familia de Carlota. Todos acompañando a una mujer con el corazón partido.

No podía aguantar todo aquello, así que se acurrucó en el costado de su novio, le necesitaba y él también a ella. La presión del pecho era muy dolorosa para ambos.

Lo que no sabían es que estaban siendo observados. Entre la gente se encontraba Almudena, camuflada, y un metro más allá, Angelus hacía lo mismo con una cámara de fotos escondida entre su ropa, captando cada movimiento de la pareja.

Ninguno de ellos se percató de ninguna presencia, pero Angelus vio a Almudena y ella lo vio a él. No se lo podía creer, el pánico la invadió y, mezclándose entre la gente, desapareció del cementerio comprobando que no era de fiar.

Al llegar a la casa, David se encontraba fatal, estaba peor que Susana. Su tristeza era tal que la necesitaba de una forma que jamás había necesitado a nadie. Empezó a besarla desesperado y le suplicó que no le parara.

En el dormitorio, siguió besándola y acariciándola, dejando que los besos y las caricias se llevaran su tristeza. Ella se dejaba llevar, ayudándola también.

Se dejaron llevar por la pasión y, cuando él la penetraba, sus ojos se clavaron en los de ella. No apartaba la mirada, ella se sentía intimidada. Sus ojos solamente se apartaron cuando llegó el orgasmo. Ambos gritaron, retorciéndose sus cuerpos del placer.

Después de una intensa sesión de sexo, se quedaron en la cama abrazados. Él estaba boca arriba mirando el techo y ella estaba encaramada a su pecho, disfrutando del latido de su corazón. Sin embargo, su felicidad se vio aplacada por su sinceridad.

—Susana, estoy enamorado de ti. Lo siento, sé que ese no era el trato, pero no he podido evitarlo. Por eso y por muchas cosas más te quiero en mi vida de todas las formas posibles —suspiró—. Por lo que si quisieras casarte conmigo, yo sería el hombre más feliz del mundo.

David no encontró respuesta, ella fingió estar dormida. Aunque él sabía que ella le había oído, su silencio fue su respuesta.

CAPÍTULO 22



El jueves por la mañana Max hizo una visita a Almudena. Le llevaba la revista *Cotilla* y un café con leche descremada. Cuando le vio, su sonrisa se desplegó por su cara. Ella estaba pendiente de que le avisaran de “La Casa Vip” y la presencia de Max solo podía traer buenas noticias.

Tras los saludos, Max pasó al interior de la casa entregándole el café. Ella se veía rebotante de felicidad y él lo sabía, disfrutaba con su próximo movimiento cuando aplacara esa felicidad.

—Tengo buenas y malas noticias, ¿cuáles quieres?

—Las malas. —Se asustó.

—Olvídate de “La Casa Vip”, los productores no te quieren. —Estaba pálida, con la moral por el piso.

—¿Por qué?

—Los productores no estaban muy ilusionados contigo y yo tampoco, por lo que no me costó nada hacerles cambiar de opinión.

—¡Teníamos un trato! —gritó.

—Eso es cierto, y tú —le tiró la revista a las manos— no has cumplido. Le enviaste el vídeo a Angelus. ¿Creías que no me enteraría? Almudena, no. Eso no se hace, querías engañarme —disfrutaba.

—No me lo puedo creer... —Estaba destrozada.

—¿Ahora quieres la buena noticia? —Ella estaba sin voz, así que afirmó con la cabeza—. Cuando me llamó Angelus, pude destrozarte, pero no lo hice. Así que puedes estar contenta.

—¿Qué?

—Lo que has oído. —Se dirigió a la puerta para irse, pero se giró en el último momento—. ¡Ah! Por cierto, ni te atrevas a acercarte a David ni a mí. No quiero volver a verte. Adiós, Almudena.

Él se fue dejándola sin nada. Ahora estaba bien jodida y todo era culpa de

la guarra esa. Cogió la revista y revisó el artículo, había como siete páginas con un montón de fotos.

Las primeras imágenes eran sacadas de su grabación, las siguientes eran del entierro del martes. En cada una de ellas se les veía muy enamorados.

El artículo decía que la relación de David León y Almudena Chica llevaba meses rota, pero no había trascendido a la prensa. Al romper, se refugió en una vieja amiga de la infancia, Susana. Una amistad que se vio enfriada por los celos de su ex, pero se conocían desde la cuna, ya que sus madres eran amigas de la infancia. Al trabajar en la misma empresa, la amistad no tardó en resurgir y pronto se convirtió en una relación. Actualmente, estaban pendientes de fecha para su boda. David le pidió matrimonio el día de su cumpleaños y ambas familias estaban deseando ese enlace.

Básicamente eso decía el artículo, aunque estaba muy aderezado comentando las fotos y los momentos en que fueron tomadas.

Almudena releyó el artículo y la rabia fue creciendo dentro de ella. Sintió que la guarra se había reído de ella y no le gustaba esa sensación, por lo que cogió las llaves del coche y fue en busca de la culpable de todos sus problemas.

Mientras tanto, en la Empresa León, Eva compró un ejemplar de la revista a Susana y se la entregó nada más llegar. Pudo ojear la revista tranquilamente, dándose cuenta de que todo estaba allí. Toda su relación falsa. Las fotos eran de aquellos días y cada una de ellas reflejaba a una pareja enamorada. Habían ampliado una de ellas para mostrar su anillo, todo estaba estudiado, aquel artículo estaba preparado para vender la relación perfecta.

Susana se lo mostró a David. Era la primera vez en dos días que ella se dirigía a él por algo personal y no profesional. Desde la confesión de sus sentimientos, evitaba el menor roce personal, estaba tomando distancia, no quería complicar más las cosas.

Después de pensarlo mucho, llegó a la conclusión de que necesitaba su propio espacio. A escondidas, buscó un piso con dos dormitorios para ella y sus padres con un alquiler asequible, de tal modo que iba a verlo durante la mañana. La peor parte sería contárselo.

David se tomó su tiempo para mirar el artículo. Al tiempo que lo ojeaba, su tristeza crecía. Todo aquello era mentira, aunque a él le hubiera gustado que fuera verdad. Era muy consciente de que su confesión la había alejado y que

no podía hacer nada, ya que ella fue sincera desde el principio, así que, resignándose, esperaba el momento que más temía.

—David, necesitaría una hora para un asunto personal. —Él la miró pasmado.

—¿Qué?

—Que tengo que salir una hora.

—¿Te encuentras mal? ¿Te pasa algo? —Estaba asustado.

—Tengo —suspiró— que ir a ver un piso.

—¿Un piso? ¿Te vas? —Se le caía el alma a los pies.

—Creo que va a ser lo mejor —le sonrió con desgana.

Él no dijo nada y ella se fue a su mesa sintiéndose una mala persona. Su reacción le había afectado, al contrario de lo que ella pensaba.

El reloj marcó las once de la mañana y Susana le avisó de que se tenía que ir. Él le indicó que le acompañaba y ella se negó, pero insistió. La acompañó por la oficina. Al llegar a la calle, siguió a su lado, callado. Cuando estaban en la acera para cruzarla, ella le puso una mano en el pecho para detenerle, no podía seguir haciendo eso.

—David, no puedes seguir con esto, vuelve a la oficina.

—Susana, no te vayas. —Ella bajó la mirada al suelo y apoyó su cabeza en su pecho—. Dime, ¿qué puedo hacer para que te quedes?

—Ese no es el problema. Soy yo, lo siento. —A Susana le dolía el pecho, le costaba decir adiós a David.

Ella levantó la vista y le dio un beso de despedida, mientras esperaba que el semáforo se pusiera en verde. Al contrario que el resto de peatones que, al ver que no venían vehículos, cruzaban sin atender al semáforo.

Ellos vivían su propio drama, mientras eran observados. En un coche estaba oculto Angelus grabando toda la escena. No podía creerse lo que estaba viendo, la pareja del momento con problemas. En otro coche y sin percatarse de otra presencia, estaba Almudena mal estacionada viendo la escena.

Se cegó al ver el beso. La rabia se apoderaba de ella, no paraba de culparla de su mala suerte. La cólera la dominaba.

La calle estaba desierta, en aquel momento no pasaba ni un coche, volvió a comprobarlo y ni rastro de tráfico. Salió lentamente del aparcamiento, dándole tiempo a Susana, pues se veía claramente que iba a cruzar por el paso de peatones donde había un semáforo.

El semáforo se puso en verde. Ella lo dejó y comenzó a cruzarlo. David no pudo resistir la tentación de llamarla. Ella se giró para detenerle, entonces los acontecimientos empezaron a pasar a cámara lenta.

Un coche empezó a acelerar bruscamente hacia el paso de peatones. Susana estaba en medio, paralizada, viendo cómo se iba acercando a ella. Su cabeza le ordenaba a su cuerpo que se moviera, pero sus pies eran incapaces de dar ni un paso. Entonces, David, que veía todo desde la acera, se tiró sobre ella, dándole un fuerte empujón para apartarla de la trayectoria del coche. En su afán por salvarla, salió despedida, pero solo recibió unos cuantos moratones.

En cambio, David no salió bien parado. Cuando le vio clavó frenos y giró el volante para evitar darle un golpe, pero era demasiado tarde. La esquina del coche lo golpeó. Él salió despedido recibiendo un golpe en las costillas contra el borde de la acera, al igual que en el brazo, y otro en la cabeza, quedándose inconsciente.

Almudena se detuvo y se llevó las manos a la cabeza. En ese instante se dio cuenta de lo que había hecho. Se asustó muchísimo, pero el pánico terminó de invadirla al ver a algunas personas con el móvil en las manos sacando fotos como locos. Todos la reconocieron y eso hizo llamar más la atención de la gente. Tampoco Angelus perdió detalle de nada con su cámara.

Alrededor de las víctimas se formó un alboroto. La gente comenzó a llamar a la policía y a las ambulancias. Almudena escuchó a una mujer hablando con la policía y, sin detenerse a pensar, arrancó el coche y salió huyendo como un cobarde. Acababa de cometer el peor error de su vida, porque había miles de pruebas de su infracción.

Las ambulancias llegaron junto con la policía. Susana estaba aturdida por el golpe, pero al ver a David tirado sin reaccionar corrió hacia él. Sus lágrimas se desataron, no paraba de llamarle, pero no respondía.

Los médicos se encargaron de cada uno de ellos, metiéndolos en ambulancias diferentes. Llegaron a la vez a urgencias y fueron atendidos. Susana solamente tenía un par de costillas magulladas y algunos rasguños de la caída, pero querían hacerle pruebas.

No paraba de preguntar por David, pero no le decían nada, estaban haciéndole pruebas y tampoco podían darle noticias. Se estaba imaginando lo peor y notaba que el corazón se le encogía.

Unos veinte minutos más tarde, Alfonsina y Petra llegaban a urgencias

preguntando por sus respectivos hijos. Don Guillermo y Manuel se quedaron hablando con la policía y se aseguraban de que el culpable no escapara.

Mientras tanto, en otra parte de la ciudad, Angelus estaba negociando rápidamente su grabación, antes de que la historia dejara de ser noticia. Cuando se aseguró un trato, esperó unos diez minutos para que se colgara en la web. Luego le entregó una copia a la policía. En media hora, la web de la revista se colapsaba por la grabación del atropello de Almudena Chica a la prometida de David León.

En el hospital, por fin tenían noticias. Susana no se quedó quieta en su cama, estuvo presente cuando el médico habló con Alfonsina. Estaba inconsciente, pero no tenía lesiones cerebrales; dos costillas astilladas y el brazo muy inflamado. El médico comentó que no había motivos para que no reaccionara, por lo que podía despertar tanto al cabo de una hora como en varios días o meses.

Su novia quería verle, necesitaba verle. Su madre también. Las llevaron a una sala y lo encontraron dormido, tendido en una camilla. Estaba rodeado de aparatos con números que no paraban de fluctuar. Alfonsina se abrazó a su hijo. No se podía creer que pudiera perder otro hijo, rompió a llorar. Susana se tiró a los brazos de su madre, también a llorar.

Don Guillermo y Manuel acompañaron a la policía a buscar a Almudena. Estaba en su casa haciendo las maletas para largarse del país. Ella lo negó todo pero había demasiadas pruebas en su contra. De todas maneras, se la llevaron a comisaría detenida, acusada de intento de homicidio.

Con esa parte solucionada, se fueron directamente al hospital, aunque Petra los tenía al tanto de todo. Valeria llegó con Patric a urgencias, muy alterada. Al enterarse del estado de su hermano rompió a llorar en los brazos de él. Todos estaban muy preocupados.

Susana no iba a separarse de David. A pesar de que el médico le dijo que tenía que guardar reposo porque ella también había recibido un golpe, no insistió mucho cuando ella utilizó la baza de su anillo de compromiso para no separarse de él.

Estaba dolorida y magullada, pero al verle así, sus dolores se transformaban en desesperación. La posibilidad de perderle le formó un nudo en su garganta que no le dejaba respirar, dándose cuenta de sus verdaderos sentimientos por él. Rompió de nuevo a llorar. No se podía creer que fuera tan ilusa respecto a

sus sentimientos y no haberse percatado antes. Todo lo que se hubiera evitado si el martes ella le hubiera dicho “TE QUIERO, yo también”.

Alfonsina y don Guillermo querían que subieran a su hijo a planta lo antes posible. En el hospital estaban algo colapsados y eso se iba a demorar, por lo que don Guillermo llamó al marido de Verónica, que no tardó mucho en aparecer. Cuatro horas más tarde, Susana y David compartían una habitación.

Todos andaban muy preocupados, llevaba seis horas sin despertar. Lo bueno, según los médicos, es que su cuerpo no necesitaba respiración artificial, todos sus órganos funcionaban correctamente.

En la comisaría, Almudena fue interrogada y en ese momento la policía estaba recabando pruebas sobre la infracción. Ella llamó a un abogado que conocía, pero al ver las pruebas en su contra y conocer por los agentes que don Guillermo había hablado con el fiscal general, no quiso coger el caso. Ahora esperaba a que le asignaran uno de oficio.

Max se acercó a verla, aún no se creía lo que había hecho. En el fondo se sentía algo culpable, pues él la había provocado aquella mañana, pero jamás pensó que sería capaz de aquello.

—Max, Max... ¡cómo me alegro de verte! Menos mal, necesito ayuda, por favor —le suplicó.

—Eso es cierto —suspiró—, necesitas ayuda, y mucha.

—Vienes a sacarme de aquí, ¿verdad?

—¿Qué? Tú estás loca, nadie te va a sacar de aquí. El padre de David no va a permitir que nadie te ayude. Almudena, has cometido el peor error de tu vida.

—Pero, Max... —la interrumpió levantando la mano.

—La verdad es que no sé qué hago aquí. Yo tendría que estar en el hospital junto a David. Me voy. —Se giró para irse.

—Max —se detuvo pero no se dio la vuelta para mirarla—, ¿cómo está él?

—¡Mal! Yo que tú rezaba para que se recupere.

—¡Dios!

Se fue de la comisaría con el pecho encogido y un terrible sentimiento de culpabilidad. Almudena lloraba desconsolada. Tenía un aspecto horrible, su maquillaje era pegotes sobre su cara por las lágrimas que no paraban de salir con cada mala noticia que recibía. Para ella, su futuro era muy negro.

Max llegó y se reunió con Valeria, Patric, Manuel y don Guillermo en la

sala de espera, las madres no querían salir de la habitación. Allí se puso al tanto de todo, aunque básicamente lo sabía por la última vez que hablaron por teléfono.

En eso, el teléfono de Max sonó, era Angelus, quería información. Le colgó como las cuatro veces anteriores, por lo que le mandó un mensaje pidiéndole verse y él le respondió que en ese momento no podía.

Quería información, y si podía conseguir fotos de la pareja en el hospital tirados en una cama, mejor. Era una rata que solamente quería ganar dinero y eso era una oportunidad única para llenarse los bolsillos.

A las once de la noche, todo seguía igual. Don Guillermo y Manuel convencieron a las madres de ir a dormir un par de horas a la casa. Ellas querían quedarse sin importarles nada, sobre todo Alfonsina. Finalmente, Susana las convenció diciendo que si pasaba lo más mínimo las llamaría. Con un fuerte dolor en el pecho, todos regresaron a casa y ella se quedó sola en la habitación.

Dormía a intervalos, ya que su cabeza no paraba de mostrarle el accidente combinado con la declaración de amor. La culpabilidad le invadía cada poro y no podía dejar de soltar alguna que otra lágrima. Aquello era una auténtica pesadilla de la que quería despertar.

A las seis y media, las enfermeras vinieron a mirar la tensión y la temperatura. Susana se sentó en la cama para ayudar a la enfermera. Cuando se hubo marchado, se quedó mirándolo, parecía tan feliz dormido... Estaba tan guapo que no pudo evitar acercarse y besarle los labios. Ese beso le supo a poco e insistió con otro y otro.

De pronto, los labios de David le respondieron, se movieron. Ella se separó para verle abrir los ojos, pero nada. Los dedos de su mano se movieron. Sonrió, estaba despertando. Entonces, le besó de nuevo. Sus labios volvieron a moverse lentamente, al igual que los de Susana. Ella no dejaba de sonreír por dentro, su corazón se llenó de tanta felicidad que las lágrimas rodaron por sus mejillas, aterrizando en su cara.

—Tengo sed —dijo con voz acartonada.

—Claro. Yo me encargo.

Salió como una exhalación de la habitación para avisar a las enfermeras. Fue llegar al pasillo y retorcerse de dolor por sus costillas. La enfermera que acababa de atenderla fue a regañarla, pero antes de que pudieran decirle nada,

ella les avisó y fueron corriendo a avisar al médico de guardia.

En aquella planta todos sabían que David León estaba allí. Don Guillermo se encargó de avisar a todos de que su hijo estaba en aquella habitación. A todos les dio miedo y, en realidad, nadie quería tener problemas con alguien así.

El médico de guardia revisó a David, apenas podía hablar y menos abrir los ojos, le dolía mucho la cabeza. Pero estaba despierto, que era lo principal. Le dieron un poco de agua, mientras Susana con un hilo de voz avisaba a Alfonsina. El médico le ordenó apagar el móvil y la examinó porque no paraba de agarrarse el costado que le dolía. No tardó mucho en regañarla, ya que debía guardar reposo y no estar corriendo por los pasillos.

No tardaron nada en aparecer en el hospital. Cuando vio a su hijo medio adormilado pero hablando, rompió a llorar sobre él. Se quejó mucho, pues David estaba peor y sentía dolor en todos los músculos del cuerpo.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de todos, hasta don Guillermo no pudo evitar emocionarse al ver a su hijo hablando. La felicidad volvió al corazón de todos con el despertar de David.

CAPÍTULO 23



Los periodistas se agolparon tanto en el hospital como en la puerta del edificio de la casa de David, pero no obtuvieron declaraciones. Don Guillermo hizo un comunicado que dio a toda la prensa y solicitó que dejaran a su hijo tranquilo. No obstante, eso no sentenció el tema del atropello, se convirtió en una gran noticia, comentándola hasta en los telenoticias de todas las cadenas de televisión.

Al no existir secuelas cerebrales, a David le dieron el alta el sábado. Susana también la recibió. En el caso de él, lo peor eran las costillas, le dolían hasta al respirar. Tenía que guardar mucho reposo.

Valeria organizó una fiesta de bienvenida en la casa con cartel, comida y bebida. Iban a asistir todos menos Max, que tenía que trabajar. Algo más que pensaba celebrar su hermana.

David y Susana llegaron acompañados por sus padres, él caminaba despacio, le dolían mucho las costillas. Alfonsina no perdía detalle de su hijo y le ayudaba en todo. No dejó que Susana le ayudara, estaba muy molesta, su madre no tenía que meterse, pero se mordió la lengua.

Cuando entraron por la puerta, todos aplaudieron. David se fue directo al sillón, no aguantaba más el dolor. Susana se sentó a su lado, también dolorida. Alfonsina y Petra se encargaron de que sus hijos comieran, aunque ellos hubieran preferido descansar. Estaban agotados.

Don Guillermo lo observaba todo. Tenía un secreto atragantado en la garganta que no podía seguir ocultando, ellos debían conocer toda la verdad. Después de lo ocurrido, debían conocer quién era el culpable de todo ese embrollo.

—Valeria, ¿podrías tú y Patric ir a dar una vuelta? Necesitamos hablar.

—¿Hablar? ¿De qué? —preguntó con una media sonrisa.

—Valeria, haz caso por una vez en tu vida y lárgate con tu amiguito —le dijo

con autoridad.

—De eso nada, esto suena... —sonrió— a algo chungo, yo me quedo.

—Creo que será mejor irnos —le aconsejó Patric.

—Haz lo que te dé la gana, pero yo me quedo —afirmó sentándose en una silla—. Esto yo no me lo pierdo.

—Creo que nosotros también deberíamos irnos —añadió Manuel.

—No, Manuel. Tú y Petra deberíais quedaros.

—Guillermo, ¿qué pasa? —preguntó Alfonsina preocupada.

—Los chicos tienen derecho a saber la verdad de todo lo ocurrido. —Le abrió los ojos y ella lo miró extrañada.

—Guillermo, déjate de tonterías, eso no es importante ahora.

—Claro que es importante.

Se veía que se avecinaba una discusión de ambos y a nadie le apetecía presenciar todo eso.

—¿Alguien sería tan amable de explicar lo que está pasando? —suplicó Susana, agarrándose las costillas.

—Yo te lo voy a explicar enseguida —aclaró don Guillermo.

—Guillermo —le reclamó su mujer.

—Más vale que os sentéis todos, esto nos concierne a todos —carraspeó mirando a su hija.

Ella no se inmutó ante el gesto de su padre, pero a Patric le dio vergüenza y pensaba irse, aunque no pudo, Valeria no se lo permitió.

Susana no entendía nada, al igual que David. Guillermo parecía avergonzado; Alfonsina, enfadada; y los padres de Susana estaban como su hija.

—Yo hacía tiempo que sabía que la hija de Petra y Manuel trabajaba en la empresa, aunque no sabía quién era en realidad. Vine a conocer la existencia de Susana cuando vi cómo defendió a mi hijo de la loca de la modelito, cuando vino a la oficina y se cebó contigo, pegándote. A partir de ese momento, yo pedí tu expediente a Carolina. Cuando me llegó estaba incompleto, me extrañó, así que lo volví a solicitar.

—¿Para qué querías el expediente de Susana? —preguntó David, mostrando el dolor que le proporcionaba hablar.

—Quería saber quién era esa mujer joven que trabajaba para mi hijo. Lo hice con Mar y con Carlota, me gusta controlar mi personal. Además, la vi

demasiado joven para ser tu secretaria y me asustaba que no estuviera preparada para el cargo que ocupaba.

—Papá, Susana es muy competente.

—Claro, David. De eso no cabe duda, lo he comprobado personalmente. Además, tenía un expediente perfecto. Todos los cargos que ha tenido los ha desempeñado de forma excelente. Sin embargo, vi que faltaba documentación en el expediente y me extrañó.

—¿Cómo que faltaba?

—No era algo obvio, pero yo vi algo raro. Cuando le pregunté a Carolina, ella se escudó en que era un error. Así que fui a buscarlo en persona a su despacho. Descubrí que en la copia que tenía faltaban las dos cartas de Susana solicitando un puesto en el Departamento Legal.

—Guillermo, sería una información no relevante. —Alfonsina le abrió los ojos, le estaba mandando callar, pero él, ni caso.

—Alfonsina, cuando yo quiero un expediente de un trabajador, lo quiero entero y no una sola parte. Bueno... —hizo una pausa para aclarar sus ideas— le pregunté a Carolina el motivo por el cual se le rechazaba a una trabajadora de la calidad de Susana un puesto acorde con su formación académica. Al principio se puso a la defensiva, pero luego me contó la verdad.

—¿La verdad? ¿Qué verdad? —preguntó Susana alarmada.

—Susana, a ti no te rechazaron por no ser apta para trabajar en el Departamento Legal, sino porque alguien no quería que cogieras ese puesto. Alguien tenía otros planes para ti.

—¿Qué? —gritó poniéndose en pie, algo que lamentó al sentir un fuerte dolor en su costado.

—Siéntate, por favor. Yo también me disgusté mucho cuando me enteré de todo. No me gusta todo lo que ha pasado y las personas involucradas ya saben lo que pienso. —Miró a su mujer—. Creo que ha llegado el momento en que cuenten toda la verdad, o lo hago yo.

—Esto es innecesario, Guillermo —le dijo duramente su mujer.

—Alfonsina, o lo cuentas tú o lo cuento yo. Me da igual —se mantuvo firme.

—Quiero que no os enfadéis, por favor, yo solo quería lo mejor para los dos y ahora todo está bien. Por lo que veo esto innecesario, pero... —Alfonsina —le exigió su marido.

—Ya voy...

—Mamá, habla —David la interrumpió.

—Yo conocí a Susana al poco de entrar a trabajar y me alegró mucho verla. Era una mujer guapa, inteligente y con carácter. Era perfecta —carraspeó para centrarse—. Entonces, viejas fantasías volvieron a mi cabeza.

—¿Fantasías?

—Sí, David. Cuando eras un niño y jugabas con Susana yo fantaseaba con el día en que fuerais pareja. ¡Como ahora!

—Alfonsina, céntrate —le regañó su marido.

—Vale —lo miró con rabia—. Durante una partida de parchís, le pregunté a Carolina... Es que a mí me encanta jugar al parchís y a veces hago reuniones con amigas. —Don Guillermo carraspeó, le tenía hecho un marcaje para que no se desviara de lo que tenía que contar—. Vale, le pregunté por Susana. Ella me contó que en ese momento te tenían para sustituir vacaciones, por lo que se me ocurrió que si pasaba por todos los departamentos, obtendría un conocimiento muy profundo de la empresa.

—Mamá, no entiendo nada.

—A ver... —suspiró—. Cariño, tú no sirves para imponerte, te falta carácter. Necesitas a alguien como Susana a tu lado que te guíe. Tu padre no entiende mucho de números, pero sí de autoridad, y eso es lo que tiene que tener un jefe. Por eso se me ocurrió que si Susana conocía bien la empresa desde dentro, podría ayudarte a dirigirla. Pero para eso debía tu padre ver lo capacitada que estaba. Así, él valoraría la idea de que fuera tu mano derecha. Y si Susana se casaba con un León, o sea, contigo, todo quedaba en familia. De tal modo que tu padre no se negaría a tenerla en la familia, ya que sería buena para ti y para la empresa.

—¿Eso no es lo que le ofreciste a Susana, papá? —afirmó con cierto grado de duda.

—Tu madre fue quien me sugirió la idea.

—¿Por eso no me dieron el puesto en el Departamento Legal? ¿Porque me quería de nuera? —Estaba con la boca abierta, pero no era la única.

—Mamá, lo que no entiendo es, ¿por qué todo esto?

—Porque yo sabía que Susana era perfecta para ti, para la empresa y para la familia. Por eso, David.

—¿Y si al conocerla no me gustaba? ¿O le hubiera pedido matrimonio a

Almudena?

—De la modelito tonta no me hables, he tenido bastante estos días. De todas formas, yo sabía que no la querías, era obvio. Y lo otro... —Hizo una mueca de no saber qué responder.

—¡Mamá! —exclamó abrumado por la información.

—David, espera que todavía hay más —agregó don Guillermo.

—¿Más? —Empezaba a desesperarse.

Susana se mantenía callada, analizando cada detalle y atando cabos. No se lo podía creer. El cliente era Alfonsina, ¿pero por qué?

—¡El cliente! —chilló—. ¡El cliente es tu madre! —La miró extrañado—. David, tu madre contrató a Verónica. —Se agarraba el abdomen por el dolor que le producía chillar, pero no lo podía evitar. Todo aquello era muy fuerte.

—¿Qué? —gritó espantado, sin soportar el dolor en sus costillas del esfuerzo al hablar.

—Estaba desesperada, cada día había más rumores de que ibas a pedirle matrimonio a esa tonta de la modelito. David, no podía permitirlo. Necesitaba que te dieras cuenta de la idiotez que ibas a cometer, por eso contraté a Verónica. Y me alegro de haberlo hecho.

—Un momento —se levantó Valeria, porque se había perdido en todo el relato—, rebobinamos. Mamá se encargó de que Susana fuera rotando por toda la empresa para conocerla bien, para que fuera la mano derecha de David en Dirección. —Su madre asintió—. Vale, pero, ¿quién es Verónica?

Susana se llevó las manos a la cara, estaba roja como un tomate, sus padres se iban a enterar de lo promiscua que era su hija.

—Verónica es una importante sexóloga que ayuda a parejas. Tu madre y yo hemos acudido en tres ocasiones.

—¡Agrr! —Valeria puso cara de asco al imaginarse a sus padres desnudos en una cama.

—Tu madre —continuó hablando don Guillermo mirando a su hija— contrató a Verónica para que hiciera que tu hermano y Susana se enamoraran.

—¿Cómo? —preguntó ella espantada por lo que acababa de descubrir.

—Supuse —Alfonsina quería contar su versión— que Susana y David no se conocían en persona, así que le pedí a Verónica que se los llevara a su finca y les hiciera terapia de pareja. Yo simplemente buscaba que se conocieran, que vieran la bonita pareja que podían hacer.

—Joder, mamá, eres peor que la mafia italiana —comentó Valeria.

—Hay algo que no entiendo, Verónica tenía muchos datos personales míos, ¿quién te los dio? —preguntó Susana.

—Susi, a esa pregunta te puedo contestar yo —contestó su madre, mirándola sorprendida.

—¿Mamá? —Su madre acababa de matarla de la impresión.

—Petra —le reclamó su marido.

—Cuando Alfonsina me llamó para proponerme todo esto de Verónica, no pude negarme. Yo también soñaba con la idea de unir nuestras familias, así que soy tan culpable como ella.

—No me lo puedo creer. —Miró duramente a su madre. No se esperaba algo así.

—Susi, perdóname. Sé que no debo meterme en tu vida y que no te gusta. Pero tienes que reconocer que ha salido todo bien, al final tú y David os queréis.

—¿Todo bien? ¿Todo bien, mamá? —le gritó, soportando como podía el dolor de su costado—. Una loca estuvo a punto de matarme por celos. Si David no llega a salvarme la vida, ahora estarías llorándome en el cementerio. —Estaba muy enfadada. —Susana, nosotras...

—¿Nosotras? —Le invadía la rabia y no quería más excusas, así que hizo un esfuerzo por decir lo que pensaba, dejando a un lado el dolor—. Vosotras dos sois peores que...

—La mafia italiana —le señaló Valeria.

—Gracias —le dijo Susana—. ¿Con qué derecho os creéis para meteros en mi vida —miró a David—, en nuestra vida? Quizás os ha salido bien esta vez, pero pudo pasar algo horrible por vuestra culpa.

—Creo que es mejor marcharnos, Alfonsina —le señaló su marido.

—Sí, tienes razón, Guillermo, vámonos todos —puntualizó.

Manuel estaba muy cabreado con su mujer, pero delante de su hija no iba a regañarla, iba a esperar a estar a solas para decirle un par de cosas. También se callaba para no avivar el enfado de su hija, porque él estaba con ella.

Don Guillermo estaba molesto con su esposa. Él lo sabía desde hacía más de una semana, cuando lo descubrió todo. Sin embargo, se mantuvo callado hasta que pudiera saber si Susana estaba enamorada de su hijo o era otra sinvergüenza detrás del dinero de su familia.

Alfonsina y Petra no podían mirar a la cara ni a Susana ni a David. La vergüenza combinada con las expresiones de odio de ellos dos les dejaba muy claro que eso tardaría en olvidarse. Se habían pasado de la raya y eran muy conscientes de todo lo que habían hecho.

Valeria estaba impresionada. Su madre siempre había sido muy autoritaria y controladora, pero en todo esto se había pasado muchísimo. Después de todo lo que había escuchado, solamente podía dejar a solas a David y a Susana para que pensarán y hablaran de ello.

Le pidió a Patric pasar la noche en su casa y este no se negó, aunque apenas podía hablar, estaba muy sorprendido con todo lo que había oído. Agradecía tener unos padres normales que no se metieran en su vida.

Todos terminaron yéndose.

Susana y David se quedaron callados más de media hora después de que todos se marcharan de su casa, analizando cada detalle que acababan de descubrir. Por mucho que lo pensaban, más se sorprendían del egoísmo de sus madres.

En algo David coincidía con ellas, gracias a sus manipulaciones conoció a Susana y no cometió el peor error de su vida: casarse con Almudena. Sin embargo, eso no cambiaba los sentimientos de Susana y él no podía obviarlos.

—¡Vaya con las mami! —dijo David suspirando.

—No me las nombres, que me pongo negra —echaba chispas de rabia, ni el dolor de sus costillas podía calmar su enfado.

—No te enfades —le indicó con resignación.

—¿Que no me enfade? —le reclamó.

—Susana —la miró a los ojos—, ellas te acaban de proporcionar la excusa perfecta. —Ella estaba desconcertada—. Ahora podemos romper, les diremos que no podemos —cerró los ojos para intentar que le fuera más fácil decirlo, pero no sirvió de nada— construir una familia sobre una mentira, o yo qué sé. No podrán decir nada.

—David. —Ella tenía ganas de llorar al oírle, aquello era peor que el dolor de tenía.

—No te preocupes —él clavó su mirada en el suelo—, el Departamento Legal se lleva a la mejor empleada, yo me encargo.

—¿Estás seguro de que lo mejor es romper?

—Susana, no nos engañemos, tú no me quieres. Sé que me oíste la otra

noche, cuando te confesé... —Se le formó un nudo en la garganta y no pudo continuar. Además, le dolían mucho sus costillas al hablar.

Susana no podía negarlo, era la verdad, ella se había hecho la dormida. Aunque ahora se arrepentía muchísimo.

—No pienso romper nada —aclaró ella, poniéndose en pie para plantarse delante de él.

—¿¡Eh!? —la observó desconcertado.

—¿Me crees tan idiota de perder la opción de casarme con David León, el heredero de Empresa León S.A.? Perdona, pero no pienso perder la oportunidad de darle un hijo, y varón, por supuesto —ella sonreía ante su asombro.

—Susana, ¿hablas en serio?

—¿Tú qué crees? —Ella acercó su cara a la suya. David levantó su barbilla y ella se quedó a milímetros de su cara.

—Susana, no juegues conmigo, sabes lo que... —Ella lo besó con cuidado.

—Idiota, no pienso irme a ningún lado. —Ella se enderezó quedándose en el sitio.

—Pero tú no me quieres, no como yo...

—No entiendo por qué dices eso. Yo nunca te he dicho que no te quiera.

—Pero ibas a irte.

—Joder, eso fue una tontería. —Ella le quitaba importancia, pero no la tenía—. Si nos vamos a casar, vas a tener que ser más tolerante.

—Sigo sin entender nada.

—¡No vas a parar hasta que te lo diga! —Ella sonreía. Lo que confundía a David era que sus palabras no concordaban con la expresión de su cara. Ni el tono de su voz. Era como si estuviera de broma—. David León —ella se arrodilló delante de él, poniéndose seria, con su mano aferrada a su costado para controlar el dolor—, sé que soy una mandona, controladora, perfeccionista y tengo un carácter complicado pero, ¿me harías el gran honor de casarte conmigo y ser el padre de mis hijos? —Él tragó con fuerza—. Aunque con los antecedentes de mi madre, no te aseguro que pueda darte el heredero que quiere tu padre, pero será divertido intentarlo —sonrió, guiñándole un ojo.

—Susana, ¿lo dices en serio?

—Joder, David, que me duelen las costillas. ¡Claro que hablo en serio!

—Mis padres son complicados, sobre todo mi madre. Ya ves cómo es.

—Creo que podré mandarlos un poco a la mierda.

—Me gusta tu idea —sonrió y se acercó a ella aguantando el dolor, y la besó.

—David —tenían las bocas unidas—, no has contestado.

—Claro que sí, joder.

El beso se hizo más íntimo y personal. Ambos disfrutaban de su felicidad. Aunque mucho más lejos no podían llegar, el cuerpo de David todavía requería más reposo antes de poder cumplir sexualmente con ella.

Eran una pareja de enamorados que no pensaba dejar que sus madres volvieran a liar las cosas. Por eso decidieron que lo mejor sería esperar unos días para hablar con ellas y fingir durante un tiempo que estaban enfadados. Eso les proporcionaría unos cuantos días para pensar bien en lo que habían hecho y evitar que se volvieran a meter en sus vidas. Aunque eso lo dudaban mucho.

Epílogo

Casi cuatro meses después

Susana estaba muy nerviosa. No podía parar quieta en ningún momento. Después del cumpleaños de David, el 30 de septiembre, los días habían pasado muy rápido. Y ese día era el día de su boda.

Tanto su madre como su suegra insistieron en que debían casarse el 17 de noviembre. Insistieron tanto que ni Susana ni David pudieron negarse. En realidad, todo lo relacionado con la boda fue así. Alfonsina y Petra se encargaron de elegir cada detalle, sacando de quicio a la novia, que no pudo ni elegir el traje que realmente quería.

El día que fueron a la tienda, Susana se había enamorado de un vestido blanco con detalles bordados en negro. Cuando se lo dijo a su madre, puso el grito en el cielo, y su suegra no se quedó atrás. Así que terminó escogiendo un precioso vestido blanco muy sencillo.

Ellas habían decidido que la boda fuera en blanco y rosa, muy romántica. Todo decorado en esas tonalidades, hasta el lugar de la celebración. Al final renunció, no podía impedirlo, ya que no le harían caso. David se convirtió en su confidente acerca de sus verdaderos pensamientos, pues necesitaba contárselo a alguien.

En este momento, ella lo necesitaba para tranquilizarse un poco. Sus nervios estaban empezando a estresarla más de lo que podía soportar, pero las madres estaban muy atentas a todo y frenaron sus intenciones. No les dejaron hablar, porque daba mala suerte, solo podría verle en la iglesia.

De repente, Valeria entró como un huracán en el dormitorio. Traía tres bolsas y al entrar cerró la puerta con llave. Susana la miró extraña. La madre de esta aporreaba la puerta para entrar, pero su cuñada le gritó que ella se encargaba de preparar a la novia.

—Pero, ¿qué haces?

—Tengo órdenes precisas de David. Tranquila, te va a encantar. —Sonrió y se le iluminaron los ojos.

Susana estaba peinada y maquillada. La peluquera no hacía mucho que había acabado con ella, llevaba un moño bajo con un maquillaje muy sutil.

Valeria le ayudó a ponerse el vestido que eligieron su madre y su suegra, a esta tampoco le gustaba. Le parecía horrible. Entonces, sacó un sobre y se lo entregó, era de David: “Creo que hoy deberías ser tú la protagonista y pienso

hacer lo posible para que lo seas. Valeria tiene indicaciones muy precisas, espero haber acertado con todo. Susana, no me importa lo que digan nuestras madres, solo me importa lo que tú digas. El jefecillo”.

Susana se emocionó con la nota e intentó controlar las lágrimas para no estropear el maquillaje.

Valeria no dejó que eso pasara, así que empezó con todo lo planeado. Primero, sacó un fajín en tul negro con piedras rosas incrustadas. Se lo colocó alrededor de la cintura, no se lo creía. De otra bolsa sacó una caja pequeña, Susana la abrió y descubrió dos dormilonas, una tenía forma de gato y la otra de escoba. Susana sonrió al verlo, ella llevaba los mismos pendientes en sus orejas, y por último, sacó una gran caja con el nombre de una floristería. Susana abrió la caja y descubrió un ramo de novia con rosas negras y rosas, era precioso. Había logrado impresionarla y devolverle el mando de su boda.

Cuando Petra vio a Susana empezó a gritar enloquecida. El ramo debía de ser blanco y rosa. Quiso coger el teléfono para quejarse a la floristería, pero Manuel no la dejó. La novia estaba feliz con su ramo y eso era lo importante. Él había sido testigo de que su mujer se había excedido en su forma de organizar la boda.

Petra también quiso quitarle el fajín, pero esta vez se impuso su hija. No iba a permitir que nada de lo que David había hecho se modificara, ya que tal y como él decía, era la boda de ella.

En contra de su voluntad, tuvo que aceptar las decisiones de su hija, pero estaba muy disgustada, tanto que llamó a su mejor amiga para contarle las novedades, también estaba histérica. David había cambiado el color de su traje de novio por uno gris claro, cuando ella había elegido el negro. Encima, llevaba en la solapa una rosa negra y no blanca como ella había decidido. Así que ambas andaban desquiciadas por las decisiones de última hora de los novios.

Alterados y con los nervios a flor de piel, llegaron todos a la iglesia. Los dos coches estaban aparcados en la puerta, esperando la señal para que se bajaran y entraran.

La boda había sido todo un evento social, había muchos periodistas esperando captar la entrada de los novios. Todos querían ser el primero en publicar la foto del traje de la novia, así que nadie quería perderselo. Por ese motivo, don Guillermo contrató seguridad, no quería otra loca que intentara

matar a su hijo.

Estaban esperando a que los avisaran cuando Susana se bajó del coche y les dijo a todos que necesitaba hablar con su novio. Las alarmas saltaron. Todos se temieron lo peor. Petra intentó calmar a su hija, pero ella no hizo caso, se fue al otro coche y le dijo que quería hablar con él.

David se asustó y bajó del coche, mirando lo guapa que estaba. Petra y Alfonsina no paraban de gritar que eso daba mala suerte. Ella se quedó mirando lo guapo que estaba con su traje. Le encantaba verlo con el gris claro, le quedaba muy bien con su tono de piel.

—Quiero intimidad —le dijo Susana a todo el arsenal de familiares que les rodeaba preocupados—. Necesito hablar con David, a solas.

Manuel se encargó de apartar a Petra de los novios, y don Guillermo a Alfonsina. El resto se fue retirando sin necesidad de intervenir.

—Susana, ¿qué pasa? —Estaba preocupado.

—No te lo imaginas —sonrió con malicia.

—¡Estás embarazada! —Se le iluminó la cara.

—No, bueno... no lo sé.

Después del accidente, David y Susana se pusieron manos a la obra para tener un hijo. Fue una decisión basada en los problemas reproductores de sus padres. Ella temía que los hubiera heredado. Ese fue el principal motivo para que ella dejara los anticonceptivos y él los preservativos. De todas formas, nadie tenía constancia de esa decisión, no querían a madres cotillas en medio.

Ellos se estaban divirtiendo mucho creando una vida. En el despacho de David, también en el de Susana, porque finalmente aceptó la propuesta de don Guillermo, aprovechando cuando Carlota no estaba. En su casa, no había rincón donde no lo intentaran, cualquier sitio les parecía bien a ambos.

Susana estaba empezando a creer que era una ninfómana. Siempre le apetecía hacerlo.

—¿Entonces? —preguntó David.

—Quería darte las gracias por todo esto —señaló el fajín negro de su traje — y también por dar por saco un rato.

—Me encanta —sonrió— cuando das por saco. —Fue a besarla pero ella le frenó.

—Esta conversación...

—No la va a saber nadie —terminó la frase—. Tú mandas, eres la jefa. —

¡Dios! —le besó—. ¿Tienes la respuesta correcta para todo?

—Con preguntarle a mi esposa tengo, ella sabe lo que se debe hacer.

—¡Dios! —le volvió a besar—. ¡Vaya suerte tiene esa guarra!

—La suerte la tengo yo.

Susana no se controló y el beso fue más intenso de lo que ella hubiera querido mostrar públicamente.

La boda transcurrió correctamente, tal y como planearon las madres. No hubo más sorpresas, eso hizo que ellas disfrutaran más de la boda de sus hijos.

La celebración sirvió para dar nuevas noticias. Alexandra estaba otra vez embarazada, algo que celebraron todos menos Valeria. Esta confesó que llevaba más de un mes viviendo y trabajando con Patric. Lo de ellos iba lento, pero cada vez disfrutaban más estando juntos.

No todo fueron buenas noticias, ya que Max no acudió, la amistad se vio enfriada tras una reveladora carta de Almudena a David, pidiéndole perdón por haberle puesto los cuernos con este, buscando su ayuda para reducir su condena, y de paso fastidiar a su amante.

Al principio, David pensó que solamente buscaba hacer daño, pero luego no paró hasta conocer toda la verdad. Eso provocó una pelea muy fuerte, aniquilando la amistad entre ellos.

No obstante, en lo profesional no le iban mal las cosas, iba a empezar una aventura de productor de una serie de televisión. Sin embargo, seguía regocijándose de ser un ligón. No quería atarse a ninguna mujer, consideraba que eso no era para él.

Una gran novedad tardaría en llegar en unos meses, en ocho meses más exactamente, Susana daría a luz al heredero de la familia León. El nombre no lo sabría nadie de su familia hasta que naciera, pero lo tuvo claro desde el mismo momento en que le dijeron que era un varón. Francisco León, Fran. Era un pequeño guiño al hermano de David.

Detrás de Fran llegarían los mellizos, Lucas, como su bisabuelo, y Alba. Aunque para eso tendrían que pasar tres años. Fue en ese embarazo cuando se enteró de que en la familia de su padre había casos de mellizos.

Susana tuvo los niños tan seguidos porque disponía de dos niñeras muy controladoras y mandonas, su madre y su suegra, para encargarse de sus hijos. Eso le proporcionaba la posibilidad de trabajar.

David quería un cuarto hijo, pero ella cerró la fábrica. Después del último

parto, lo pasó fatal. Además, le parecía que tres hijos era un buen número y le apetecía disfrutar de su familia, de su marido y de su trabajo, y un cuarto hijo podía complicar su preciosa vida.

Otro motivo fue que Susana no tardó en hacerse imprescindible en la empresa. Todos temían a la mujer de David León, era muy dura negociando contratos. Y de eso fue testigo Raimundo Marcos, entre otros proveedores.

FIN.

Agradecimientos

Quisiera empezar diciendo: “¡Gracias a todos!”

Después de ti, lector, hay un montón de gente a la que me gustaría nombrar, la cual me ha apoyado en este proceso.

Primero, a mi familia y amigos. Ellos son esenciales en mi vida, apoyándome y empujándome, sobre todo, a mi hermana, Nuria, y a mi madre, Carmina, que se leen todo lo que escribo.

Segundo, a la editorial que confió en este proyecto, es un placer contar con personas emprendedoras como mi editora Ángela y el señor inversor, tú ya sabes quién eres.

En tercer lugar, a mis queridas escritoras y amigas, no quiero que se me quede ninguna atrás, así que si me falta alguna espero que me disculpe: Raquel, Bárbara, Jossy, Cora, Magela, Diana, Yara, Romina, Zeneida, María, Ana, Dalia, Paula, Mélani, Sandro, Sandra, Miriam, Alexandra, Rotze, Marie... entre muchas, sois un apoyo para mí.

Seguido por los blogs y los grupos de *Facebook*, mi cuarto lugar es para vosotros, sois un gran apoyo para los escritores. Dejadme hacer una pequeña mención a los blogs de Thelma, Ángela, Dolors y Patricia.

En quinto lugar, a mis lectores cero: Yanira, Ana Belén, Marta, Jorge, Fayna, Saray... y, cómo no, a mi hermana, que siempre termina cambiando algo de mis novelas.

En sexto lugar, a todos mis amigos de *Facebook* o *Twitter*, que de forma desinteresada han compartido o retuiteado mis enlaces promocionales. Con especial mención a Ana G. Hernández.

En último lugar, aunque deberían estar en la cabeza de todo esto, a Susana y David. Aparecisteis en un momento que necesitaba reír, llorar e ilusionarme... aunque no seáis reales, tenéis un huequito en mi corazón.

Estoy enormemente agradecida, lo digo muy en serio.

Por eso y mucho más, ¡GRACIAS, MIL GRACIAS! SOIS GENIALES.

ANEXO

¹Sociedad Anónima. Forma jurídica.

²Programas de televisión donde se expone la vida personal de sus participantes.

³Persona o grupo de personas que asesoran a los directivos.

⁴ Sistema de los aparatos móviles para indicar localizaciones.

BIOGRAFÍA



Yazmina Herrera nació en Gran Canaria y completó su formación en la ULPGC. Es una enamorada de la literatura romántica y le encanta escribir en su tiempo libre, publicando en el 2012 “Cuestión de Esperanza” y en el 2013 “Sin ti, ¡NO!”, bajo el seudónimo de Yz Herrera, novelas románticas de estilo juvenil. En el 2016 ha publicado “La Comunidad” y en el 2017 “Ese no era el trato”, bajo el nombre de Ani M. Zay (su nombre al revés), novelas románticas adultas.